

BILL EVANS / MARIANNA JAMESON

CATEGORÍA 7

¿PUEDE SER EL CLIMA UN ARMA DE DESTRUCCIÓN MASIVA?



Lectulandia

Simone es un huracán creado artificialmente. La CIA impulsó la operación POPEYE en los años sesenta para determinar las posibilidades de utilizar el clima como arma. El objetivo de *Simone* es Nueva York. Medio siglo después, alguien genera cambios climáticos a voluntad. *Simone* ha alcanzado la categoría cuatro. Un asesor del director de Inteligencia Nacional debe encontrar la conexión entre esos dos hechos, y ha de hacerlo de prisa, pues... *Simone* alcanza la categoría cinco, y no se detiene. El clima tiene más variables de las que el hombre puede controlar, y nadie sale indemne cuando juega a ser Dios. Carter Thompson se encuentra en posesión del poder más grande que se pueda imaginar: el clima.

Lectulandia

Bill Evans y Marianna Jameson

Categoría 7

¿Puede ser el clima un arma de destrucción masiva?

ePUB v1.1

AlexAinhoa 11.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Category 7: The Biggest Storm in History*
@Bill Evans & Marianna Jameson, ©2007.
Traducción: Carlos Daniel Schröder

Editor original: AlexAinhoa (v1.0)
ePub base v2.0

Este libro está dedicado, con gratitud, a los distinguidos y valientes miembros de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos, agentes de policía, departamentos de bomberos y de rescate y fuerzas armadas, que diariamente ponen en peligro su vida para protegernos.

Y para mi marido, por motivos que van mucho más allá de las palabras.

Marianna Jameson

Para mis hijos, Maggie, William, Julia y Sarah a los que quiero con todo mi corazón.

Papá

Capítulo 1

La lluvia azotaba el infernalmente ardiente cielo del Sahara, cayendo al suelo con caótica furia para evaporarse antes de hacer contacto con la tierra moribunda. El aire seco era aspirado nuevamente hacia las capas húmedas, repitiendo este proceso hasta que la tormenta concluyó.

Una hora más tarde, el borde del desierto estaba como había estado días, meses y años antes, sin revelar señal alguna de haber sido transformado por la tormenta. El calor abrasaba las interminables y desoladas dunas cambiantes, enviando torbellinos de delicado polvo hacia un cielo resplandeciente de cegadora luz. El aire mismo parecía brillar cuando la luz del sol se reflejaba en la miríada de finísimas placas de mica y sílice que la tierra sacrificaba a los cielos en obediencia convectiva.

Algunos de los granos de arena y minerales, las esporas y las bacterias habían recorrido ya increíbles distancias. Abandonados por vientos desvanecidos hacía mucho tiempo, habían permanecido allí durante días o décadas, dispuestos a ser levantados una vez más hacia los cielos. Algunas partículas provenían de los lechos de mares antiguos y selvas primitivas; otras eran más recientes, formadas hacía apenas unos miles de años cuando la tierra se convulsionó, lanzando rocas y cenizas a los caóticos cielos al dar a luz a las tierras africanas, las implacables masas y planicies polvorientas que los rodeaban.

Más pequeñas que el polvo e infinitamente más livianas, estas partículas fueron elevadas sobre la tierra, flotando hacia el Oeste sobre el cálido viento, llevando consigo las duras y atemporales lecciones del desierto. Sin voluntad, sin deseo, se deslizaron sobre las dunas mientras la corriente de aire se estabilizaba. Viajeras silenciosas, tocaban tierra y volvían a alzarse, cegadores torbellinos en un río de viento, y barrían llanuras abrasadas que guardaban secretos fabulosos, que escondían los tesoros y las miserias de civilizaciones desaparecidas hacía ya mucho tiempo.

Al introducirse en el aire más denso y espeso de la ciudad, las partículas microscópicas de polvo y minerales, de polen, hongos y bacterias, de plantas y animales muertos hace tiempo, comenzaron a aglomerarse. Inevitablemente, chocaron contra las pesadas partículas carbonosas que la humanidad lanzaba al cielo. Desde que los humanos habían descubierto el fuego, imitaban las acciones de la tierra misma, enviando cenizas y humo hacia el cielo con total abandono, oscureciendo la atmósfera, ensuciándola.

El viento mantenía las partículas a flote, conduciéndolas en un vuelo interminable y nómada, en una misión inexorable, de duración eterna. Habían volado sobre los campos de refugiados de zonas en conflicto, abrazado la muerte y la desesperación que se elevaba sobre el calor infernal y el aire fétido. Pasaron por los campos arrasados y las poblaciones, depositando retazos de tiempos mejores y peores y

llevando consigo tanto la esperanza como la destrucción que yacía bajo ellas.

Las montañas se elevaban frente a las partículas, precipitando muchas de ellas a tierra, y enviando a otras a más altura todavía. Los lagos y ríos las llamaban, henchido el aire con humedades desconocidas para las partículas, en infinitas ocasiones.

Algunas caían. Otras permanecían flotando, continuando su viaje transversal por sabanas y desiertos, plantaciones y ciudades.

Finalmente, una parte de ellas llegó al mar. En un sorprendido tumulto se dispersó, abriéndose, extendiéndose, ya sin los límites impuestos por las tierras, debajo de ellas. Como una serpiente adormecida por el calor que se desenrosca bajo una sombra imprevista, el pálido brillo dorado del polvo se convirtió en un encaje brumoso sobre las azules aguas de la costa oeste africana. Su ondulante y elegante borde avanzó hacia las distantes tierras del Caribe y las Américas, la filigrana dorada de polvos antiguos era visible desde el espacio. Miles de ojos invisibles comenzaron a observarla, esperando y preguntándose qué efecto podría tener sobre costas y vidas lejanas.

Capítulo 2

31 de mayo, 16:57 h, costa este de Barbados.

—¿Te has saltado todas mis clases? —Richard Carlisle —meteorólogo en una importante cadena televisiva, profesor emérito del Departamento de Meteorología de Cornell y un sureño de modales en general mesurados, ya en el ocaso de su madurez — miró a su antiguo estudiante con abierta incredulidad. Se hubiera reído si su seguridad no estuviera en juego.

Echándole una ligera mirada, Richard señaló con brazo extendido al panel de cristal detrás de él. La ventana enmarcaba el infinito espacio del océano Atlántico, desde los escarpados y aserrados acantilados que caían a sus pies, sobre un horizonte casi completamente oscurecido por un amenazador cielo de media tarde. Gruesas capas de nubes cumulonimbus mamma semejaban siniestras y ondulantes cubiertas de plástico que se extendían sobre las aguas.

—En caso de que ese semestre te lo hayas pasado durmiendo, Denny, lo que ahí aparece fermentando es lo que se denomina una tormenta tropical. La velocidad media de los vientos es de noventa kilómetros por hora con rachas de hasta ciento veinte. ¿Significa eso algo para ti? —Hizo una pausa—. Permíteme que te refresque la memoria. Una persona no puede permanecer de pie ante nada más rápido que eso. ¿Y tú quieres que yo salga, allí —a una terraza— y haga una crónica? ¿Estás completamente loco?

Hubiera preferido decir algo más contundente, pero había demasiados camareros yendo y viniendo por el comedor del último piso de uno de los hoteles con vistas al mar más lujosos de Barbados, en la víspera de la temporada de huracanes. La isla, en el extremo este del Caribe y posiblemente la primera que sentiría los efectos de la estación, estaba enfrentándose a la incipiente temporada de tormentas con el típico estilo caribeño, esto es, encogiéndose de hombros.

Denny Buxton, de veinticuatro años, antiguo alumno de Richard y, en aquel momento, asistente de producción, esbozó la sonrisa idiota de quien ha visto de la vida apenas lo suficiente para no percatarse de que no ha visto nada.

—Vamos, tío. La gente del canal del tiempo lo hace. Joder, Jim Cantore está ahora en una playa, con el culo lleno de arena de aquí hasta la semana que viene. —Denny hizo una pausa—. Vale, ¿qué tal si te atamos? He visto que tienen por allí uno de esos ganchos que usan para atar las tiendas.

Richard continuó mirándolo, con expresión de incredulidad. Aquel joven era un idiota. Desgraciadamente, también tenía razón. La audiencia aumentaba cuando hacía mal tiempo, y hacer alguna locura nunca venía mal.

La estúpida sonrisa de Denny no desapareció, sino que, al contrario, se hizo más

amplia.

—Quieres hacerlo. Diablos, hombre. No puedo creerlo. Vas a hacerlo. —Riendo, Denny intercambió una fuerte palmada con su cámara, que no era ni mucho mayor, ni tampoco mucho más sensato.

Richard miró por encima de su hombro hacia la pared acristalada y hacia la oscura y brillante masa de nubes cumulonimbus que se extendía en la lejanía. Las lisas nubes pileus se habían estabilizado, tal como el último informe del radar había indicado que sucedería, y la tormenta flotaba sobre el océano, amenazando con tocar tierra en cualquier momento con un torbellino de viento y lluvia cálida.

La tormenta sería rápida y feroz, y desaparecería, posiblemente, en una hora. No era muy peligrosa, pasaría por la costa, molestaría a los habitantes y asustaría mucho a los turistas, empapando a los más osados, o a los más necios, es decir, a aquellos que decidieran permanecer a la intemperie. Cuando cesara la lluvia, la isla volvería a su húmeda quietud, y el tiempo se convertiría en un suntuoso telón de fondo de la estación veraniega.

—Vamos. Demos una vuelta. Salimos en treinta minutos. —Denny y el cámara abrieron la puerta y salieron.

Richard tomó aliento resignadamente y los siguió hacia la terraza.

—Haremos el avance desde aquí. Si se pone muy feo, volvemos a entrar —gritó Denny, tratando de hacerse oír sobre ulular del viento.

—Una decisión que sólo un imbécil podría tomar —gruñó Richard por lo bajo.

Denny lo miró entrecerrando los ojos y movió los labios para preguntar «¿Qué?».

Richard sonrió cortante.

—He dicho: «Buena idea».

Denny asintió.

—Colócate allí —le gritó, señalando hacia una zona abierta que no ofrecía protección contra los elementos—. De ese modo, si te derriba el viento, no caerás por encima de la barandilla.

Sacudiendo la cabeza, Richard se dirigió a su puesto y se enfrentó al viento mientras Denny señalaba los segundos que faltaban con sus dedos. Cuando el último de los dedos del productor se cerró sobre su palma, Richard ofreció su sonrisa televisiva.

—Hola, América, desde el no muy soleado Caribe. La víspera del día de inicio oficial de la temporada de huracanes ya nos estamos preparando para un encuentro muy próximo con la segunda tormenta con nombre en lo que va del año. En lo que ya se prevé será una notable temporada de huracanes, les suministraremos un panorama aéreo de la tormenta tropical Barney desde la costa de la hermosa... —Dejó de hablar cuando vio que Denny abría los ojos como platos y se quedaba boquiabierto.

Micrófono en mano, Richard volvió la cabeza. Sintió que sus entrañas se

retorcían al ver que las hinchadas y amenazadoras nubes explotaban sobre el océano con la infernal fuerza de una detonación en medio del aire. Furiosos retazos de nube se expandían en todas direcciones y las oscuras y agitadas aguas del mar estallaban en una enloquecida superficie hirviente, lanzando espuma y estrellándose de forma estruendosa contra los repentinamente pequeños acantilados y la playa que se encontraba a sus pies, a unos ciento cincuenta metros.

Más rápido de lo que su mente pudo asimilar, la cortina de viento golpeó a Richard, derribándolo al suelo y lanzándolo de cabeza contra el murete de piedra que rodeaba la terraza. Mientras perdía el conocimiento, recordó la última vez, la única vez, que había visto algo parecido a esas nubes.

En los mares del sur de China, en 1971.

Esas tormentas no habían sido agradables.

Tampoco habían sido naturales.

Capítulo 3

Martes, 10 de julio, 5:00 h, Campbelltown, Iowa.

Carter Thompson se encontraba de pie delante de la ventana de su cómodo despacho, en su casa, mirando sin ver el amanecer sobre el extenso y verde horizonte de Iowa. Su mente estaba a tres mil kilómetros de distancia, en los cielos todavía oscuros sobre las ardientes y desiertas tierras que bordeaban el Valle de la Muerte, en el desierto de Mojave.

La última prueba a su habilidad, a su ingenio, a su intelecto, estaba a punto de comenzar. Había gastado millones de dólares y esperado treinta años para que llegara este momento, y nada iba a impedirle que el trabajo de toda una vida diera sus frutos. Iba a crear lluvia. No se trataba simplemente de atraer nubes formadas por la naturaleza y rociarlas con sustancias químicas. Eso venía haciéndose desde hacía décadas. No, él estaba a punto de crear lluvia de las nubes a las que había dado vida en un lugar donde no debía existir nube alguna.

El éxito significaría la posibilidad de salvación al alcance de la mano para muchas criaturas, muchas especies y muchas zonas medioambientales.

Más que eso.

La salvación sería inminente.

Sintiendo que su corazón daba un excitado salto en su pecho, Carter frunció el entrecejo y cerró los ojos, preparándose para el leve mareo que siempre seguía los devaneos de su errático corazón. La sensación lo irritaba, y siempre parecía llegarle cuando más poderoso se sentía. Disminuía la sensación de autocontrol, como si la naturaleza le recordara que él era un simple engranaje en un amplio y complejo mecanismo. Trató de controlar la respiración y esperó el regreso a la normalidad. Era inútil resistirse. Había aprendido a reprimir su excitación para evitar los incidentes. Pero ahora —abrió los ojos y se soltó del marco de la ventana, enderezándose mientras la sensación de caer al vacío era reemplazada por una de comfortable equilibrio—, no había necesidad de contener su alegría. Se había comprometido con el planeta, con la humanidad, décadas atrás, y, en este momento, el éxito estaba finalmente en sus manos. El convencimiento de que no habría don más grande que el que estaba a punto de entregar a la humanidad resonó en su alma.

Profundamente satisfecho consigo mismo, Carter sonrió. Con los años, había aceptado todos los riesgos, todos los costes, con el pragmatismo y la paciencia del científico. Se sentía orgulloso de ello. Incluso el último e inexplicable suceso atmosférico, que había mantenido la corriente en chorro mucho más al sur de lo esperado, trayendo consigo temperaturas mucho más moderadas a gran parte de los Estados Unidos durante el último mes, había sido aceptado con ecuanimidad, aunque

hubiera puesto en peligro los últimos trabajos de campo, arriesgándose a que su programa fuera descubierto. Era lo suficientemente difícil construir o modificar una tormenta cuando grandes sectores del país aparecían de color verde en las pantallas Doppler de radar, pero había superado el desafío hacía varios años utilizando esas tormentas para camuflar las suyas. Construir tormentas cuando los cielos y las pantallas de radar estaban despejados y no mostraban signo alguno de precipitación, sin poder ocultar sus pruebas, era el último obstáculo antes de alcanzar el éxito. Y lo superaría.

Hoy construiría una tormenta sobre los despejados cielos del desierto. Se demostraría a sí mismo que era más que un simple engranaje del universo. Hoy recibiría la bendición de la naturaleza.

Se convertiría en un ser igual a la naturaleza.

Los altavoces conectados a uno de los monitores del ordenador de su escritorio emitieron el suave chasquido que había estado esperando. Carter se dirigió lentamente a su silla y se sentó frente al halo de luz azulada que emanaba de la pantalla. Con un ligero toque al ratón dio paso al programa que mostraba imágenes en vivo del radar y de los registros infrarrojos, así como imágenes de video. Los datos procedían de un transpondedor conectado a uno de los muchos satélites geosincrónicos a treinta y cinco mil kilómetros sobre el ecuador.

No había tenido inconvenientes en conseguir el transpondedor a través de su discreto y bien subvencionado programa de investigación, delicadamente denominado Fundación para la Recuperación del Medio Ambiente. Lograr el software criptografiado correcto había resultado un poco más complicado, dadas las leyes que prohibían la importación o exportación de algoritmos de encriptación que el gobierno de los Estados Unidos no podía romper. Trasladando sus experimentos fuera del país, había conseguido solucionar ese problema y muchos otros. El pago de excelentes salarios a físicos de talento, científicos atmosféricos, ingenieros y diseñadores de software ubicados en diversos países pobres era, en buena medida, una garantía de que el trabajo de la fundación progresara con tanta rapidez y discreción como era necesario. Las generosas contribuciones a los políticos locales habían neutralizado el escabroso asunto de la supervisión gubernamental, que sólo servía para retrasar el avance de la ciencia.

Las imágenes de la pantalla hicieron que el rostro de Carter se iluminara con una sonrisa. El cielo sobre los márgenes del desierto estaba perfectamente despejado excepto por un pequeño grupo de nubes cumulus fractus en el centro de cada pantalla. Sus nubes.

Pulsó la tecla para activar el micrófono en la pantalla.

—Vamos allá.

La áspera voz, ronca debido al tabaco, del piloto jefe de la fundación, Raoul

Patterson, mayor retirado de la RAF, llegó a través de los altavoces tan claramente como si estuviera en la habitación.

—Tierra-Cuatro. Nos acercamos.

—Entendido, Tierra-Cuatro —respondió Carter tranquilamente mientras ampliaba un pequeño grupo de nubes que habían sido trabajosamente creadas hacía menos de media hora. Alejándose un poco para alcanzar una perspectiva más amplia de la zona a través de las imágenes de vídeo, Carter vio el punto que correspondía a su avión. Pero el Lockheed P-3, modificado para evitar los radares, no aparecía en las pantallas. Tampoco era visible en ningún radar militar o de aeropuerto que pudiera estar realizando batidas de rutina en el área. Su sonrisa se hizo más amplia al reconocer, y no por primera vez, que a veces su ingenio y su utilización de los recursos lo sorprendían incluso a sí mismo.

La voz del piloto interrumpió sus pensamientos.

—Todos los sistemas listos y a la espera. Espero órdenes. Cambio.

—Bajen al aproximarse al objetivo, tal como está previsto.

—Entendido. Nos acercamos. Cambio.

El avión no estaba avanzando a gran velocidad, y, conteniendo la respiración, Carter vio que el cronómetro marcaba el paso de veinte segundos.

—Dejen caer el sensor a ocho e inicien al llegar a uno, Tierra-Cuatro, después, aléjense de la zona. Cambio. —Carter pronunció las palabras con suavidad cuando una repentina y dura contracción en su pecho le hizo tomar aire profundamente. La sensación —casi dolorosa, sin llegar a ser un éxtasis— era tan diferente a la sensación de caída libre de hacía un momento que se preguntó si estaría sufriendo un ataque al corazón.

«Seguro que no. Dios no me quitaría este momento».

—El sensor está preparado para ser lanzado. —Como siempre, la voz de Raoul era neutra e inexpresiva. A Carter no le importaba. Respiró, tratando de aliviar la presión que le aplastaba el pecho y lo mantenía inmóvil, luchando contra el miedo, normal pero irracional, e intentó seguir concentrado en la prueba que estaba a punto de comenzar.

Una bola metálica del tamaño de una pelota de tenis llena de argón caería por la escotilla en la panza del avión y se abriría cinco segundos después, liberando docenas de delicados microsensors que se activarían al entrar en contacto con el aire del desierto. Más pequeños que una moneda de cinco centavos, con una vida útil de no más de veinte minutos, los sensores tomarían datos y los enviarían a ritmo frenético al transmisor del avión antes de arder bajo el calor generado por los procesadores de silicona del tamaño de una astilla. Si llegaran a tocar tierra, se desintegrarían en confeti metálico que se dispersaría sobre la arena del desierto y quedaría oculto entre ella.

—Diez, nueve, ocho. Sensor liberado. Siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. Iniciando el láser.

Carter notó que su corazón volvía a acelerarse mientras se imaginaba el rayo invisible de energía infrarroja, emitiendo más calor que cien mil bombillas de 100 vatios, atravesando la atmósfera hasta el corazón de sus nubes, calentándolas y liberando la energía que éstas almacenaban, al descargar la lluvia generadora de vida que contenían.

La pausa desde la cabina duró menos de veinte segundos.

—Ya está iniciado. Dos envíos de uno punto cinco segundos descargados a intervalos de punto cinco cero segundos. Misión completada. Tierra-Cuatro, cambio y fuera.

Carter activó el zoom para aproximarse un poco a las nubes cumulus congestus cuando éstas comenzaron a crecer en todas direcciones, burbujeando contra el cielo oscuro, evolucionando de una prístina palidez plateada a un gris sucio y oscuro, ensombreciendo la pequeña y deshabitada parcela de desierto, mientras que los contadores en el borde inferior izquierdo de la pantalla destellaban con las nuevas mediciones. Altitud, temperatura, presión atmosférica, humedad relativa, fuerza del viento... Cada variable estaba progresando sin pausa en la dirección correcta hasta que los datos se detuvieron bruscamente cuando los sensores se desintegraron o se estrellaron contra el suelo.

La presión del pecho comenzó a aliviarse, y relajándose en su silla, Carter sonrió satisfecho a la vez que la intensidad de su respiración disminuía. Los pulmones le dolían al expandirse. Tanto los soñadores como los científicos se habían esforzado durante mucho tiempo para crear lluvia a voluntad. El mundo la necesitaba, y ahora, gracias a su tenacidad y talento, el mundo la tenía. El la tenía. Nada, ni siquiera la muerte, podría arrebatársela.

Cerró los ojos. Los éxitos previos habían sido dulces, pero nada tan dulce como éste. Esto era una reivindicación, y después de esperar durante toda la vida, tenía sabor a néctar. Como el agua pura y fría. Tenía gusto a lluvia. Gusto a poder. El hombre había intentado controlar los cambios climáticos durante siglos. Desde los sacrificios ofrecidos a los antiguos dioses a los experimentos de sembrado químico de nubes, todavía en activo, la gente se había aferrado a la creencia de que podía lograrse. Durante décadas, los más avanzados servicios de inteligencia y organizaciones militares habían invertido una ingente suma de dinero intentando controlar el clima. Carter lo sabía por experiencia propia.

Mientras los militares estadounidenses estaban siendo aplastados en Vietnam durante los sesenta, la Agencia Central de Inteligencia lo había arrancado a él y a un reducido grupo de científicos de sus programas doctorales en ciencias climatológicas para integrarlos en un equipo dedicado al control climatológico. Los servicios de

inteligencia habían confirmado que la Unión Soviética había superado los esfuerzos estadounidenses en el mismo campo. Los Estados Unidos estaban decididos a triunfar, en la guerra del clima, en la guerra de Vietnam, en todas las guerras.

Con un enorme presupuesto, prácticamente sin tener que rendir cuentas, con la mejor tecnología del mundo a su alcance y una protección completa como científicos de plantilla del gobierno, el grupo de Carter rápidamente superó los débiles esfuerzos soviéticos para desentrañar el caótico «código» de los patrones climáticos. La clave de los buenos resultados que había obtenido el equipo de Carter había sido que, a diferencia de los soviéticos, no se había concentrado en manipular o controlar el clima, sino en crearlo.

A medida que la situación geopolítica empeoraba, otros asuntos fueron prioritarios en las mentes de los líderes soviéticos.

El programa soviético de desarrollo climatológico prácticamente desapareció, dando al programa estadounidense la victoria por abandono. Poco después que la Agencia Central se enterara de la suspensión del programa soviético, aparecieron comentarios sobre el programa estadounidense en los grandes periódicos del país, filtrados por fuentes anónimas.

Carter siempre había asumido —lo sabía en lo más profundo de su corazón— que una de las filtraciones se había originado en las oficinas de Winslow Benson, un joven y ambicioso senador de Nueva York, que poseía un cierto respeto por el poder, pero carecía por completo de respeto hacia la ciencia o la naturaleza. Alcanzar el poder de crear y controlar los fenómenos meteorológicos era una enorme responsabilidad y una oportunidad increíble, pero Benson, apoyado silenciosamente pero firmemente por la emergente industria nuclear, había visto los potenciales perjuicios para quienes lo apoyaban. Jugando hábilmente con el temor de un público endurecido y desconfiado a causa de la Guerra Fría, Benson había criticado abiertamente el programa de Carter, el mismo programa que el propio comité del senador había subvencionado en secreto durante diez años, como parte de un complot al estilo Strangelove que resultaría ser más destructivo que beneficioso. La CIA no tardó mucho tiempo en eliminar el programa.

Incapaz de aceptar la decisión, Carter se había enfrentado en las oficinas de la Agencia y en las audiencias en el Senado, sin más resultado que observar cómo desaparecían su carrera científica y su credibilidad. Avergonzado, humillado, pero con una tozudez que rayaba en la irracionalidad, Carter había abandonado las esferas del gobierno y la academia y se había dedicado a los negocios, continuando de forma independiente sus investigaciones meteorológicas en cada oportunidad que se le presentaba. Al principio, el hecho concreto de tener que mantener a su familia y administrar un negocio había retrasado su avance y modificado sus objetivos, pero el paso del tiempo también había endurecido su resolución hasta volverla apenas más

flexible que el acero. Y ahora, treinta años y muchos millones de dólares más tarde, había llegado a la meta.

En lo más profundo de su alma, Carter supo que los logros de esa mañana eran algo más que un avance tecnológico, más que la suerte arbitraria o el resultado del trabajo duro. Era profunda y magníficamente simbólico. Controlar el tiempo a escala global era el mayor poder que el hombre podía asumir sobre la tierra. Aumentar la intensidad de una tormenta en un sitio, disminuirla en otro, manteniendo las lluvias fuera de la ciudad para que, literalmente, no lloviera en los desfiles gubernamentales. Los rusos y los chinos se habían dedicado a ello abiertamente y sin pedir disculpas, casi como un juego, durante años, sin preocuparse por las interrupciones que causaban en el fluir de la naturaleza.

Pero lo que Carter había logrado aquel día era distinto.

Tomó aire, reverentemente. Había creado nubes allí donde la caprichosa naturaleza negaba su presencia. Y de esas nubes, del aire seco como un hueso del desierto, había creado lluvia.

Había creado los medios para la vida.

La idea resonó en su cabeza con tanta fuerza y pureza como la última nota de un himno en una enorme catedral.

«Los medios para la vida».

Su talento y su inteligencia le habían arrebatado ese privilegio a la naturaleza, ese don más allá de toda comprensión. Con el tiempo, la regulación local, regional e incluso global de las lluvias podría volver las selvas tropicales a su estado natural y revertir la desertificación, oponiéndose a los efectos del calentamiento global. Podría reducir la pobreza y el hambre del Tercer Mundo a la vez que disminuiría la dependencia de las naciones pobres de la exorbitante generosidad del Primer Mundo.

Se aferró a los brazos de su silla, apretando el gastado cuero contra sus palmas, cediendo bajo sus dedos mientras una segunda revelación lo golpeaba.

«Llover».

«Reinar».

Sus manos se relajaron mientras la dualidad de la paz y el propósito lo atravesaban. No podía haber mandato más claro: con ese privilegio se adquirirían iguales y opuestas responsabilidades para castigar a los destructores y proteger a los inocentes.

Era la mayor de las filantropías.

Un crujido electrónico del altavoz lo distrajo de su euforia.

—Señor. Es posible que tengamos un problema. —La voz del piloto seguía transmitiendo con británica flema.

«El desafío no estaba concluido». Carter se inclinó hacia delante y sonrió.

—Adelante.

—El director de vuelo creyó haber detectado a algunos excursionistas en la ruta de la tormenta. Un reconocimiento confirmó la presencia de un pequeño campamento en un cañón no lejos del punto cero.

Carter quedó inmóvil.

—¿A qué distancia?

—Menos de medio kilómetro.

Ésas no eran buenas noticias. Aunque a veces era inevitable, el daño colateral — la muerte de seres humanos— que ocurría en sus pruebas tendía a distraer a su personal y a aumentar el riesgo de ser descubiertos.

—¿Por qué no los han detectado antes? —preguntó, con voz tranquila y científica.

—La cámara de vídeo nocturna y el detector de infrarrojos ya se habían apagado. Procedimiento estándar. Tendríamos que haber pasado directamente sobre ellos para verlos en una imagen. Es un desfiladero angosto.

Solo en su despacho, Carter asintió, conocedor de cada paso de los procedimientos para el experimento. Como precaución de rutina, el instrumental electrónico no esencial en el avión especialmente equipado era desconectado antes de que el gran láser se hubiera puesto en funcionamiento.

Respiró profundamente. Iniciar un rescate no sólo revelaría demasiado, sino que además sería, con toda probabilidad, inútil. Incapaz de absorber una cantidad apreciable de agua con rapidez, el reseco suelo del desierto encauzaría las abundantes precipitaciones por el lugar que opusiera menor resistencia. Las paredes del cañón actuarían como embudo, empujando el agua, volviéndola más profunda y mortal. Aunque los despertara el rugido del agua, los excursionistas estarían muertos antes de que pudieran identificar el sonido.

«Que así sea».

—Procedan de acuerdo con las órdenes, Tierra-Cuatro. Vuelvan a contactar conmigo cuando terminen el plan de vuelo.

El silencio fue casi imperceptible, pero Carter lo detectó y frunció el entrecejo cuando volvió a escuchar la voz del piloto.

—Entendido. Tierra-Cuatro fuera.

El científico volvió a reclinarsse en su silla, profundamente irritado e incapaz de disfrutar de las verdes ondulaciones que aparecían en la pantalla frente a él. No le gustaban los errores. Tampoco le gustaba que nada empañara sus momentos de gloria. Eran momentos íntimos, una especie de comunión con su destino. Se sentó en la oscuridad intentando volver a capturar el maravilloso y fugaz sentimiento, hasta que un leve golpe en la puerta lo distrajo.

—¿Papá?

Abrió los ojos al oír la suave voz, y vio el rostro de su hija más joven, Meg, de

pie, junto a la puerta.

—¿Estás bien?

Sonrió y se puso de pie, ajustándose el cinturón de la bata de algodón que llevaba sobre su pijama.

—Peggy, no creo que nunca me haya sentido mejor. ¿Adónde vas? —le preguntó, mientras pinchaba con el ratón en el ordenador para minimizar las ventanas antes de cruzar el despacho.

—Jane y yo vamos a salir a correr antes de que empiece el jaleo. Los chicos todavía están dormidos, o al menos eso creemos. —Dejó de hablar el tiempo suficiente para darle un beso en la mejilla, y luego dio media vuelta y se encaminó con él hacia la cocina—. Por lo menos no se oye ningún ruido ahí arriba. Mamá todavía está dormida.

La segunda de sus hijas más jóvenes, Jane, estaba sentada ante la mesa de desayuno, atándose las zapatillas.

—Hola, papá. ¿Por qué estás levantado? ¿Demasiado excitado para dormir? —le preguntó sonriente—. Va a ser un largo día.

—No hace mucho que he despertado —dijo, ignorando su pregunta con una sonrisa—. Es magnífico que todos estemos reunidos. Ya no sucede muy a menudo, ¿por qué habría de perder el tiempo durmiendo?

Las dos mujeres se rieron.

—Cuando los habitantes de la casa aumentan de dos personas de la tercera edad a catorce más de entre veinte y treinta y tantos y diez niños de menos de siete años, es para estar agotado —observó Meg.

—Jamás. Siempre dije que vosotros y vuestra madre erais la fuente de mi energía. Eso no ha cambiado. Excepto que ahora hay siete maridos y unos cuantos nietos que añadir a la mezcla. Todos están sanos, felices, y aquí, y eso es más importante para mí que los motivos por los que habéis venido.

Jane se puso de pie y lo besó con ternura en la mejilla.

—No podíamos perdérselo, papá. Esta empresa ha formado parte de nuestras vidas desde siempre. Hemos visto cómo la levantabas de la nada. Te merecías la fiesta. Te mereces más que una fiesta.

—Estamos tan orgullosas de ti —agregó Meg con un suspiro—. Les has demostrado a todos que nadie puede detener a Carter Thompson.

Las miradas de sus hermosos rostros le provocaron una versión leve, pasajera, de la sensación de opresión en su pecho, pero se obligó a sonreír. Eran buenas chicas. Inteligentes. Todas sus hijas lo eran. Y eran sinceras, honestas y merecedoras de su confianza. Por eso todas habían querido trabajar con él cuando terminaron sus estudios, y por eso él las había contratado para que trabajaran en sus empresas, las empresas que habían hecho que todo lo demás fuera posible. Había sido bendecido,

verdaderamente bendecido en todos los sentidos.

—ID a correr antes de que os pongáis sentimentales —dijo gruñón, señalándoles la puerta—. Quedaos cerca de la laguna.

Creo que la pista de aterrizaje está siendo protegida a la espera del presidente, y no quiero que los brutos del servicio secreto disparen contra vosotras.

Haciendo un gesto de amable exasperación con los ojos, abandonaron la casa. Él las observó partir con paso firme y seguro mientras se dirigían a lo largo del sendero hacia el pequeño lago a un kilómetro de distancia, y luego se dirigió hacia la silenciosa cocina de la vieja granja, y de allí al piso superior. Su esposa, las otras cinco hijas y sus familias, todos dormidos, no tenían ni idea de que él, Carter Thomson, acababa de asegurar la salud y la prosperidad del mundo y sus habitantes.

Por supuesto, unos pocos tendrían que pagar un inevitable y terrible precio, pero se vería compensado por los indiscutibles beneficios para muchos.

Era cuestión de devolver al mundo su equilibrio. La idea lo hizo sonreír.

Capítulo 4

Martes, 10 de julio, 6:35 h, Washington, D.C.

El trabajo *freelance* tenía sus ventajas, pero las reuniones como las de aquel día no eran una de ellas.

Tom Taylor, experto en ecoterrorismo y consejero especial del director Nacional de Inteligencia, se acomodó en su silla. Había permanecido sentado demasiado tiempo, y más que nada, quería ponerse de pie y activar un poco la circulación de la sangre en sus extremidades inferiores. Pero primero tenía que calmar a esa bestia que no cedía, ni quería escucharle bajo ningún concepto.

Que lo rechazaran al verlo demasiado joven para el puesto que ocupaba era algo que ocurría con bastante frecuencia. Sus genes habían conspirado para darle el rostro de Dorian Gray. Cuanto más crecía y más bestial era la mierda embrutecedora que veía, más joven lo creía la gente. Esto funcionaba, curiosamente, en su beneficio, pero tenía que aceptar las estupideces condescendientes durante los primeros minutos en cualquier maldita reunión en la que participara. De todos modos, se las iba arreglando. Era mejor que lo contrario. Si su rostro revelara la mitad de lo que sabía o la mitad de lo que había visto, espantaría al mismísimo ángel de la muerte. Pero, en ese momento, no le importaría hacer exactamente eso al bastardo con el pecho cargado de medallas, que estaba sentado frente a él.

Levantó la vista de sus papeles y se encontró con la mirada del general sentado a la cabecera de la mesa en la cómoda y segura sala de conferencias, varios pisos bajo tierra en el Pentágono.

—Con el debido respeto, general Moore, usted no va a cambiar nada. La corriente en chorro se quedará donde está.

—Uno no se mete con la madre naturaleza, señor Taylor —replicó el general, moviendo apenas las mandíbulas al hablar—. HAARP no fue pensado para eso. Se llama Programa de Investigación de Actividades Auróales de Alta Frecuencia por una razón. Es un programa de investigación de comunicaciones y vigilancia, no un arma. Nunca hemos inducido interferencias atmosféricas de modo consistente, continuo y a gran escala durante un periodo tan largo, incluso cuando la situación claramente lo requería. Lo que estamos haciendo ahora es lo que tantos puñeteros imbéciles nos han acusado de hacer durante años.

«Ceda, *prima donna* de mierda».

—Entiendo su preocupación, general —dijo Tom con un tono de voz tranquilo, calculado para irritar a la gente que pensaban que ellos eran los IAM, sus siglas favoritas para denominar a los Imbéciles Al Mando—. El director de operaciones de la CIA y el director Nacional de Inteligencia entienden que HAARP es estrictamente

una herramienta de investigación atmosférica y que usarla con otro fin es darle credibilidad a los delirios de los teóricos de la conspiración. Pero el aparato de relaciones públicas del Pentágono no está en nuestra lista de prioridades en estos momentos. Estamos analizando una misión mucho mayor, señor, con incalculables ganancias y un resultado potencialmente catastrófico. Estamos cambiando las reglas de juego, y usted tendrá que jugar con nosotros.

La piel del general era tan curtida como el granito y casi del mismo color, o así había estado hasta hacía un instante. Ahora se estaba volviendo de un oscuro color rojo. Sus ojos azules ardían con furia al saberse inferior. Dado que había formado parte de la cúpula militar durante la administración anterior, la ausencia de poder era una sensación que seguramente no estaba acostumbrado a experimentar, lo cual era una pena. Hoy no iba a dar las órdenes. El director de operaciones de la CIA iba a hacerlo, por solicitud directa del director nacional de Inteligencia.

Sin embargo, Tom deseó una vez más haber traído consigo algún material técnico para sostener su postura, sobre todo teniendo en cuenta que el general había traído refuerzos. Pero su mejor investigador había muerto repentinamente y su sustituto no estaba preparado para acompañarle.

—General, en breve tengo una reunión en Langley, así que le propongo que cortemos por lo sano. Estamos seguros de que una célula terrorista que opera dentro de las fronteras de los Estados Unidos ha desarrollado los medios para controlar los cambios climáticos. Le hemos pedido que nos cubra las espaldas mientras perseguimos a los miembros de esta célula y mantenemos el clima sobre Estados Unidos estable hasta que los obliguemos a salir a la luz, haciéndoles dar un paso en falso. Gracias, en parte, a su cooperación, estamos cerca de identificar a los terroristas, general Moore. Ahora, me gustaría comprender sus objeciones para continuar con esta operación.

Prácticamente pudo ver cómo le subía la tensión.

—Mi objeción es que estamos interrumpiendo ciclos necesarios y críticos que controlan el clima del planeta, incluyendo la convección termohalina. Mi objeción es que no sabemos cuáles serán las consecuencias si continuamos interfiriendo en los sistemas climáticos a este nivel, señor Taylor. Y, a estas alturas, no sabemos qué sucederá cuando dejemos de interferir. —Hizo una pausa, aparentemente esperando una respuesta.

Tom no le dio ninguna. Se limitó a acomodarse en su silla, ocultando bajo una máscara impasible su alarma ante las afirmaciones del general. No se suponía que las cosas fueran así. Era consciente de que el general lo sabía, y que el director nacional de Inteligencia también. La eliminación de terroristas no duraría tanto. Habían tardado ocho meses en encontrar a Sadam Husein, Osama bin Laden había sido más puñeteramente escurridizo de lo que nadie había anticipado y ahora estos bastardos...

Cuando fue convocado para ponerse al frente del equipo de trabajo, el personal del director nacional de inteligencia lo había puesto al tanto de todo lo que sabían hasta el momento, que se reducía básicamente a que el arma de destrucción masiva en discusión era el clima. La sensación de agobio en sus entrañas fue compensada por una explosión de adrenalina.

«Era un arma demasiado grande para ocultar. Y, sin embargo, alguien lo estaba haciendo de una forma muy efectiva».

En los últimos dos años, los ataques habían sido ocasionales, a pequeña escala y en territorios extranjeros. Habían sido, sin duda, pruebas, pero demasiado efectivas y demasiado sutiles como para prevenirlas o incluso descubrirlas antes de que fueran llevadas a cabo. Quien estuviera detrás de ellas sabía cómo pasar desapercibido y cómo lograr que la gente mantuviera la boca cerrada.

El ritmo de las investigaciones había aumentado cuando nuevos informes de inteligencia le dieron al equipo motivos para creer que, en los últimos meses, las operaciones se habían desplazado a los Estados Unidos, indicando la probabilidad creciente de un ataque. A pesar de estar armados con semejante información, el equipo se había ido tropezando rápidamente con un callejón sin salida tras otro. Hasta cierto punto, habían reducido el *dónde* a la zona occidental de los Estados Unidos, pero después de tres meses, no tenían pistas sobre *quién o cuándo* —como cuándo sería el próximo ataque— o el *porqué*, aunque grosso modo, esto último pareciera sencillo de adivinar.

Si uno controlaba el clima, controlaba el mundo.

Los Estados Unidos habían estado intentando controlarlo durante décadas. También sus enemigos. Y uno de ellos estaba teniendo éxito allí donde todos los demás habían fracasado.

Tom cayó en la cuenta de que el general lo miraba fijamente.

—Señor Taylor, estoy seguro que usted está familiarizado con las leyes de termodinámica, pero permítame, de todos modos, refrescarle la memoria. La primera ley de termodinámica establece que la energía no puede ser ni creada ni destruida; sólo se la puede transformar de un estado a otro; de potencial a cinética, y viceversa. La segunda ley establece que la energía potencial de un sistema será siempre menor que en su estado inicial. Lo que nos ha obligado a hacer, para ponerlo en términos sencillos, es un cortocircuito en el sistema. Durante las últimas cinco semanas hemos impedido que una enorme cantidad de energía potencial fuera convertida o liberada en la atmósfera en forma de tormenta y otros fenómenos meteorológicos. Pero no podemos continuar haciéndolo.

Tom echó una mirada a sus notas.

—Ha habido pequeñas tormentas a lo largo del país en las últimas cinco semanas. Y en el Atlántico, la actividad ha comenzado antes que lo habitual. Han ocurrido,

hasta la fecha, veintidós tormentas con nombre, incluyendo dos que tuvieron lugar antes del inicio oficial de la temporada de huracanes, pero ninguna de ellas ha generado mucho más que algún titular y algunas marejadas. No parece que ustedes estén conteniendo mucho, general. ¿Quién es responsable de esas tormentas?

La coronel Patricia Brannigan, asistente del general, había permanecido en silencio hasta ese momento. Ahora intervino en la conversación.

—Nosotros. Hemos tenido que descargar energía en donde pudimos y cuando pudimos. Retener tanta energía de forma más o menos estacionaria nos pone en creciente peligro.

—¿De qué?

—Un desastre, señor Taylor. Con un frente frío estacionario en la alta atmósfera sobre el centro del país, el aire del Golfo no tiene adónde ir, así que permanece allí, calentándose. Y el agua, por debajo, también se calienta. En estos momentos, la temperatura del Golfo llega a un promedio de 26°, lo cual es significativamente más cálido de lo que debería ser en esta época del año. El agua caliente recalienta el aire, y el aire caliente asciende. Si se desarrolla un frente de aire cálido de suficiente intensidad, con toda esa energía latente detrás, una columna de aire podría hacer explotar el sistema como un volcán.

—Sin las cenizas ni el humo —señaló secamente Tom.

Ella ni siquiera parpadeó.

—Sin cenizas. Sin humo. En cambio, se encontraría con un clima violento en alturas que no son las habituales para los frentes de tormenta. Las células de convección se moverían a velocidades fuera de lo normal, apoyadas por la presión, creando huracanes que podrían extenderse por miles de kilómetros en todas direcciones y crear tornados, trombas marinas y tormentas de gran magnitud. Los aviones serían derribados, los navíos en tránsito se hundirían y las comunicaciones se verían interrumpidas en todo el hemisferio norte. Habría inundaciones masivas, granizo, fuertes vientos... ¿Quiere que continúe?

—No, me hago una idea. —Había agarrado la taza de café que tenía junto a su brazo y la había mirado. Vacía. Alzó su mirada hacia la mujer—. Tan terrible como parece, coronel, semejante pronóstico se basa en un porcentaje importante de especulación, ¿no es verdad?

El general se inclinó hacia delante sobre la mesa con los ojos inyectados de algo que parecía ser sed de sangre.

—Escuche, maldito gilipollas —exclamó. Su voz adquirió un tono similar al roce contra una plancha metálica—. Estamos hablando del tiempo. Existen demasiadas variables para predecir exactamente qué sucederá, pero cualquiera de los escenarios, probables e improbables que hemos desarrollado sería suficiente para darle al director nacional de Inteligencia una abultada factura. Entienda lo que le digo. La energía va

en aumento. Estamos tratando a la alta atmósfera como si fuera una gran batería, pero incluso la atmósfera llega a su límite y en algún momento, que puede estar muy próximo, no vamos a ser capaces de impedir que la naturaleza siga su curso.

—¿Qué quiere decir con eso, general?

—Quiere decir que, a menos que comencemos a disipar la energía a mayor escala, ya, mientras todavía podemos controlar el grado de disipación, podríamos encontrarnos con un desastre a escala hemisférica en nuestras manos.

Tom sostuvo la mirada del general.

—No.

El general volvió a inclinarse hacia delante.

—Señor Taylor, tal vez no me expresado con claridad. Tenemos que detener esta operación ahora mismo.

—Comprendo lo que dice, general Moore, pero no podemos detener la operación —replicó tranquilamente—. Vamos a continuar con la Operación Demora tal como lo planeamos hasta que ocurra alguna anomalía que no sea de nuestra autoría. Y cuando eso suceda, podremos volver a tener esta conversación.

La coronel Brannigan lo miró seriamente.

—Señor Taylor, por favor, intente comprender que ya hemos ido más allá de cualquiera de los modelos que hemos diseñado. Lo cierto es que, tal como ha dicho el general, no sabemos cuánto tiempo más podemos continuar reconstruyendo y difuminando los patrones climáticos naturales, así como tampoco sabemos cuánto tiempo más podremos contener la energía que esas interrupciones están produciendo, ni tenemos un plan para disipar la energía actualmente acumulada.

«Los militares admitían su derrota. Eso es algo que uno no escucha todos los días». Tom observó el rostro de la asistente, manteniendo el suyo sin expresión, a pesar de la furia que ardía en sus entrañas.

—¿La he entendido correctamente, coronel? ¿No saben cómo disipar la energía?

—Sí, señor Taylor, me ha oído perfectamente.

—Pues aquí tienen una sugerencia. Continúen dispersando energía del modo en que han dicho que estaban haciendo. Generen algunas tormentas mayores si necesitan hacerlo. Simplemente no lo hagan sobre el territorio continental de Estados Unidos. Pienso que Cuba y Venezuela son blancos convenientes. —Habló con suavidad, observando el rostro del general, que se había vuelto de una tonalidad aún más morada.

—No se pueden mover células masivas de energía como si fueran las piezas de un ajedrez, señor Taylor —dijo la coronel Brannigan antes que el general pudiera abrir la boca—. Como ha dicho el general, hemos tomado un sistema dinámico y lo hemos vuelto estático durante cinco semanas. Básicamente, hemos forzado una poderosa maquinaria más allá de su capacidad. No existe lugar en donde liberar la energía que

no sea allí donde está almacenada.

—Seguramente existe algún mecanismo natural...

—¿Para liberar un campo energético descomunal creado artificialmente? No, no lo hay. Una situación semejante no se ha presentado con anterioridad. —Cruzó las manos delante de ella sobre la mesa y lo miró fijamente con una helada sonrisa—. Naturalmente, señor Taylor, los rusos, la OTAN, y la mayoría de nuestros aliados sospechan que estamos tramando algo, y no están muy contentos. Tampoco los chinos. Los estamos asustando porque sus físicos no pueden explicar lo que está sucediendo por causas naturales. Tampoco pueden hacerlo los nuestros, excepto quienes lo están llevando a cabo. También están desconcertados los meteorólogos. Nadie ha visto nunca nada parecido, o leído ningún trabajo teórico sugiriendo algo similar. Pero, sin tener conocimiento de esta operación, la gente está teorizando sobre los gradientes energéticos radicalmente fuera de control, lo cual es una situación que no se ha producido jamás, excepto en los modelos informáticos. Los teóricos de la conspiración se están dando un banquete, en particular aquellos que sospechan del HAARP.

Tom enarcó una ceja.

—Gracias por compartir esa información con nosotros, coronel Brannigan. —Desplazó su atención hacia su izquierda—. General, por favor, manténgame al tanto de la situación.

El general se recostó contra su silla y miró a Tom fijamente a los ojos.

—No sé si usted es un hombre religioso, señor Taylor, pero tal vez le convenga revisar sus creencias. Pedirle a Dios que tenga piedad de todos nosotros por lo que hemos hecho puede que sea la única opción que nos quede.

Tom se puso de pie, reunió sus papeles en un ordenado montón, los guardó en su maletín y levantó la mirada hacia el general.

—No lo soy, general Moore, pero lo tomaré como un consejo. Buenos días.

Saludó con una inclinación de cabeza a la coronel Brannigan y salió de la sala. El baño más cercano se encontraba a unos ciento cincuenta metros de distancia. Se las arregló para llegar a tiempo hasta uno de los inodoros antes de vomitar su desayuno.

Vacío y tembloroso, se reclinó contra el frío metal de los paneles que separaban los inodoros y cerró los ojos.

«Mejor que esos gilipollas se muevan pronto. Muy pronto».

Se humedeció el rostro un par de veces con agua helada, lo que le devolvió un poco la compostura antes de abandonar el baño. No había recorrido ni treinta metros por el pasillo cuando escuchó la voz pausada de la coronel que lo llamaba por su nombre.

Maldiciendo por lo bajo, se detuvo y se dio media vuelta para verla cómo se acercaba hacia él con pasos más adecuados para alguien que estuviera vestida con

uniforme de faena y botas de combate que con una ajustada chaqueta verde del ejército y zapatos de tacón bajo. Se detuvo bruscamente a escasa distancia.

—¿Qué puedo hacer por usted, coronel?

—Dé la orden de liberar la corriente en chorro —respondió francamente—. Se ha generado una inexplicable columna de nubes cerca del Valle de la Muerte hace menos de una hora. Creo que es la anomalía que han estado esperando.

Dejó transcurrir unos segundos mientras miraba el azul helado de sus ojos, no del todo dispuesto a creerle, y sin confiar plenamente en la inyección de adrenalina que le corría por las venas.

—Volvamos a la sala de conferencias y allí podrá contármelo todo.

«Y, maldita sea, mejor que se asegure de estar en lo cierto».

Capítulo 5

Martes, 10 de julio, 11:00 h, Campbelltown, Iowa.

La meteoróloga Kate Sherman estaba de pie en un extremo de la gran carpa, llena de gente observando la cálida lluvia de verano cayendo incesante frente a ella. Su mente, por una vez, no estaba concentrada en el tiempo. Se estaba preguntando si salir a toda velocidad a lo loco hasta la próxima carpa a treinta metros de distancia y empaparse era un precio razonable para no permanecer escuchando la incesante perorata que salía de labios de Ted Burse, un empleado de seguridad de la emisora y, sin duda, el hombre más aburrido que hubiera surgido nunca del caldo de cultivo de un científico loco. Estaba convencida de que Ted había salido de un sitio semejante. Era tan aburrido que no era posible que aquel hombre fuera producto de la naturaleza.

Mirando hacia su derecha, sonrió educadamente a Ted, con la misma sonrisa que le había ofrecido cada noventa segundos o poco más durante los últimos diez minutos, cuando él la había arrinconado. Tener que soportar situaciones como ésa era una de las razones por las que despreciaba las fiestas de la empresa, especialmente las que se llevaban a cabo a la intemperie, bajo la lluvia, en Iowa. Campbelltown, Iowa, con una población de 416 habitantes, en donde lo único que mantenía ocupada la mente de la gente era el tiempo, y no había nada más que granjas en todas direcciones. La única interrupción del horizonte en cualquier dirección era el bajo perfil de las monótonas oficinas centrales de Coriolis, la compañía para la cual ella trabajaba, y que le había pagado para que se sentara durante dos días en un tren para llegar a aquel lugar y permanecer allí una jornada, para luego regresar a su despacho en el centro de Manhattan y a la civilización a la mañana siguiente.

La salvación apareció a cincuenta metros de distancia bajo la forma de Davis Lee Longstreet, con un traje de negocios informal, director global de estrategias de Coriolis y su jefe. Con envidia, Kate vio cómo realizaba el recorrido yendo de un grupo a otro, de una carpa coloreada a otra, avanzando bajo el paisaje empapado por la lluvia, tan sereno y sencillo como un tiburón en las tranquilas y oscuras aguas. Kate sabía, por experiencia propia, que Davis Lee nunca se detenía para conversar con una persona demasiado tiempo.

Eso estaba a punto de cambiar. Él se iba a quedar con ella todo el tiempo que le llevara alejarse del maldito Ted.

Kate extendió su brazo y agarró a Davis Lee con tanta delicadeza como le fue posible, sin llamar la atención de los numerosos agentes del servicio secreto y del personal privado de seguridad que circulaba por aquella especie de campus corporativo. Este se detuvo y, de una ojeada, evaluó la situación.

Su mente, entrenada en la Facultad de Derecho Kennedy de Yale, se ocultaba,

como era habitual, detrás de un agradable rostro sureño. Davis Lee pasó un amistoso brazo por encima de sus hombros con una sonrisa cómplice, que volvió su agradable rostro aún más atractivo.

—Bueno, si está aquí mi conejita meteorológica favorita —dijo con su mejor acento de Green Acres. Kate se obligó a sonreír y se contuvo para no darle un fuerte pisotón—. ¿Cómo está usted, señorita Kate? No puedo resignarme a llamarla por su apellido. Haría que demasiados de mis antepasados se revolvieran en sus tumbas. — Sonrió a Ted de un modo que casi parecía necio—. Hola, Ted. No sabía que os conocíais.

Ted devolvió la sonrisa y estaba a punto de responder cuando Kate se lo impidió. Una vez que empezaba, era imposible detenerlo.

—Hola, Davis Lee. Estoy muy contenta de que nos hayamos encontrado. Necesitamos hablar. Sobre aquel informe —agregó significativamente.

—¿Y qué informe será ése? Ésta es una reunión social, Kate, ¿o acaso no recibiste el memorándum? —Le hizo un guiño cómplice a Ted, pero, como Kate había previsto, éste no entendió el gesto. Ted era verdaderamente duro de mollera.

—Estoy aquí, ¿no es así? Y tú sabes a qué informe me refiero. El informe. —Hizo una pausa, esperando que dejara de hacerse el tonto y apoyara su mentira.

Él no lo hizo, y ella supo que era intencionadamente.

«Fantástico».

—El informe sobre las fluctuaciones episódicas de los patrones de lluvia en el desierto del Gobi. Creo que necesito tu ayuda con parte de la jerga técnica. —Había suficiente empalago neoyorquino en su sonrisa para que él entrecerrara sus ojos, aunque su sonrisa no disminuyó. Era permanente, como la de un tiburón.

—Ah, ese informe. Me había olvidado por completo, con la emoción de volver a ver al presidente y todo eso. —Davis Lee tendió su mano hacia Ted—. Kate y yo tenemos que hablar, Ted. Estoy seguro de que sabrás disculparnos.

No se habían alejado ni siquiera diez pasos cuando Kate lo miró.

—¿Cómo lo haces?

—¿Qué cosa, cariño?

—Parecer sincero y falso al mismo tiempo.

Davis Lee la condujo fuera de la carpa y a través del césped mojado hacia el asfalto, protegiéndola con su gran paraguas de golf. Se dirigían, cruzando el aparcamiento principal, hacia el edificio en donde su jefe, Carter Thompson, se reuniría con el presidente de los Estados Unidos en unos minutos. Kate se preguntó hasta qué punto les permitirían acercarse al edificio antes de que un enjambre de hombres musculosos con chaquetas oscuras la separara a ella de Davis Lee.

—¿Y bien? —preguntó.

Él hizo una ligerísima pausa, para luego bajar su mirada hasta buscar la de ella.

—¿Te han acusado alguna vez de ser demasiado sutil?

—Nunca —respondió ella—. Soy de Brooklyn. No somos muy sutiles.

—Eso es una auténtica pena, cariño. Si no fuera por eso, le encantarías a mi madre.

Kate hizo un gesto con sus ojos.

—Deja de imitar a Jethro Bodine. Necesito hablar contigo, Davis Lee.

Él le sonrió.

—Ves, Kate, he seguido la regla básica de la vida según J. R. Swing: «Una vez que uno puede imitar la sinceridad, puede lograr cualquier cosa». Es el undécimo mandamiento sureño, al menos cuando tratamos con vosotros.

Kate lo miró exasperada.

Davis Lee se rió y la abrazó por un breve momento, dejando luego caer su brazo.

—Bien, ¿cómo van las cosas, cariño? Parece que estos días estás teniendo problemas.

—No es habitual, pero sí, así es. Y no puedo entender el porqué.

—Tal vez tus muñecas de vudú tengan demasiados alfileres clavados. —Levantó la mano para saludar a alguien a quien Kate no reconoció.

—El vudú es para la gente, no para el tiempo —replicó—. Hablo en serio, Davis Lee. Y estoy seriamente enfadada. Se me escapó una tormenta de granizo en Montana, una inundación en Minnesota y una tormenta de viento en Oklahoma. Tres sucesos, en tres estados, en tres meses. —Sacudió la cabeza—. No tiene sentido. He revisado los datos de las estaciones terrestres y por satélite. He comparado todos los datos. No sé cómo no las vi. Y no trates de hacerme sentir mejor diciéndome que se les escaparon a todos. Eso no funciona. Soy mejor que cualquiera, y ambos lo sabemos.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Eres condenadamente buena. —Tomó un sorbo de la botella de cerveza que llevaba. Su mano cubría por completo la etiqueta, pero ella sabía que era sin alcohol. A Davis Lee no le gustaban los errores, ni los propios ni los ajenos.

—No te pares en eso —respondió ella secamente—. ¿Qué sucede con las tormentas?

—No es una ciencia exacta, ¿verdad? —dijo, con los ojos fijos en la multitud.

El despreocupado comentario la tomó por sorpresa. Kate se tragó una respuesta ácida.

—No, no lo es.

Él le echó una ojeada.

—¿Tiras la toalla tan pronto?

—¿Cuáles son las probabilidades de que eso suceda? —contestó Kate, forzando una sonrisa—. Intento averiguar qué fue lo que no funcionó.

—Házmelo saber cuando lo descubras.

«Allá va».

—Podría suceder antes de lo que imaginas. Escribí una ponencia sobre esas tormentas y la envié a un congreso. La han elegido para que la exponga. A ti no te molesta, ¿verdad?

Él la examinó durante un momento.

—No lo sé. ¿Debería? ¿Qué congreso? —preguntó.

—Un congreso anual sobre fenómenos meteorológicos locales severos.

—¿Locales dónde?

Ella se rió en silencio.

—En cualquier parte. En todas partes. Mira, me has enviado todos los años...

—¿En serio?

—Sí, lo has hecho. ¿Recuerdas qué es lo que hago para ti, Davis Lee? Estudio el clima local y predigo lo que sucederá.

—¿Y vosotros celebráis congresos sobre eso?

«Fantástico. Jethro ha vuelto».

—Pues sí —replicó, paciente.

—Entonces, con esta ponencia, ¿estarás contribuyendo a aumentar el conocimiento?

—Sí, pero no tienes por qué decirlo de forma tan escéptica.

Sonriendo, asintió moviendo la cabeza.

—Mis disculpas. —Hizo una pausa—. Has realizado una serie de excelentes trabajos para nosotros, Kate, con todos esos datos que van directamente desde las fuentes a esas bases de datos que confeccionas. No tratarás de huir de la granja, ¿verdad? ¿O contarle a alguien todos nuestros secretos?

—Eso resulta difícil. La conferencia no tiene nada que ver conmigo o con la compañía como tal. Se limita a esas tormentas.

—¿Qué vas a decir sobre ellas?

—Que han mostrado un comportamiento atípico debido a criterios que permanecen sin identificar por razones que siguen sin poder ser explicadas.

Él la miró fijamente.

—¿Eso es todo? —Ella asintió—. ¿Vas a decir, sencillamente, que te has encontrado con un problema y que no puedes ofrecer una solución?

Ella volvió a asentir.

Él se pasó la mano por su ondulado cabello castaño, mientras dejaba escapar un largo suspiro, luego se detuvo y la miró. No parecía contento, pero tampoco enfadado, lo cual era bueno; «molesto» tal vez fuera una buena definición.

—Tienes que contestarme a algunas preguntas, Kate. Antes que nada, ¿cuál es la razón para hacer eso? No va a mostrar el talento que tienes. Y en segundo lugar, ¿por

qué, en nombre de todo lo sagrado, tendrías que admitirlo delante de tus colegas?

«Y la gente te considera un intelectual». Ella se guardó su sarcasmo y se enfrentó a su mirada.

—Bueno, a alguien podría ocurrírsele una respuesta o estar estudiando lo mismo desde otra perspectiva. Como dijiste, es una contribución al conocimiento. Estuve conversando con un colega mío y él pensó que tenía gran proyección.

—¿Alguien de la casa?

—No. He hablado con Richard Carlisle. Fue profesor mío y...

—¿El tipo del tiempo de la televisión? ¿El que casi sale volando de aquel edificio, hace no mucho?

—Sí, ése es.

—¿De qué lo conoces?

—Somos amigos.

—¿No es un poquitín maduro para ti? —preguntó, enarcando una ceja.

Ella resistió la tentación de cruzarse de brazos y mirarlo fijamente.

—Sí, Davis Lee, lo sería si estuviéramos liados, aunque eso no sea asunto tuyo, pero somos amigos. ¿Podemos concentrarnos en la conferencia?

—No quise ofender. ¿Cuándo es la conferencia?

—A finales de la semana que viene.

—¿Dónde?

—En Washington.

—Vas a utilizar el puente aéreo.

—Iré en tren. —Se miró las manos durante un segundo, luchando con la vergüenza y la furia residual que le atravesaba el cuerpo cada vez que salía el tema de viajar. Su lado racional sabía que no tenía que explicar su decisión a todas horas, especialmente después de seis años, pero el otro lado siempre acababa por vencer a ese proceso de razonamiento porque su decisión era menos una elección que un imperativo traumático. Ella estaba trabajando justo antes de las nueve del 11 de septiembre de 2001, en su oficina del piso treinta con vistas al World Trade Center, a unas manzanas de distancia. Esos recuerdos podían paralizarla, si ella se lo permitía.

Kate carraspeó y volvió la vista a Davis Lee.

—Iré en tren —repitió con una voz que había perdido el ardor.

Davis Lee asintió.

—Me parece bien. A propósito, buena observación sobre Nebraska la semana pasada. Nos salvó de perder varias futuras cosechas de trigo.

—Gracias. Asegúrate de mencionárselo al jefe —respondió con sequedad.

Continuaron caminando, y antes de que pudiera darse cuenta, él la estaba conduciendo hacia otra carpa repleta de gente y con mesas cubiertas de comida.

—Estaré de vuelta en Nueva York a principios de la semana próxima. Tal vez

podamos hablar un poco más entonces. Entretanto, tengo que ir a ver a un hombre por una cuestión política. —Se volvió hacia una mujer corpulenta que estaba detrás de él, ofreciéndole su seductora sonrisa—. Bueno, que me aspen si creo lo que veo, Tammy Jo. ¿No es esto buena suerte? ¿Sabes una cosa, Kate? Ella es de la oficina de Nueva York. Kate, ésta es Tammy Jo, una de mis ayudantes, aquí en Campbelltown. De hecho, mi mano derecha. Kate es una de nuestras meteorólogas, Tammy Jo. Tal vez puedas convencerla de que te cuente por qué está lloviendo en nuestra celebración. — Con un guiño y una sonrisa, Davis Lee se alejó hacia el grupo de hombres armados y con micrófonos que estaban congregados frente a la puerta principal de la sede.

«Maldita sea». Kate se obligó a sonreír a la sonrojada y halagada mujer, que le dio una botella de Bud Light y la alentó a ponerse en fila para solicitar comida de las parrillas.

Kate acercó la fría botella a sus labios y tomó un trago. A pesar de que no se lo había confesado a Davis Lee, saber que su trabajo había sido aceptado para ser presentado en el congreso le había provocado sentimientos contradictorios. Estaría hablando delante de una importante audiencia de investigadores climatológicos profesionales, y entre ellos, un buen número eran colegas suyos en el aún más salvaje mercado de inversiones y finanzas.

Para la otra mitad de la audiencia —los intelectuales, los académicos y los presentadores de televisión—, ponerse de pie y admitir que no sabía algo era perfectamente aceptable. Pero si uno consideraba Wall Street como su hogar, eso ya no resultaba tan aceptable. Ni mucho menos. Los analistas y administradores de fondos, los corredores de bolsa, acciones y otros negociadores de valores y todos los demás no sólo no lo harían nunca, sino que contaban con un infinito vocabulario y palabras con doble sentido para evitar reconocer el hecho de que ellos no eran Dios. Si oían que una persona en quien confiaban admitía públicamente no saber algo que debería saber, eso no les sentaría nada bien. Por eso, la relativamente tranquila aceptación de Davis Lee al exponerle sus planes había sido más que una sorpresa. Kate todavía se estaba preguntando si no estaría cometiendo una especie de suicidio profesional. Habría estado dispuesta a renunciar si él hubiera protestado lo suficiente, y, en realidad, una parte de ella esperaba que lo hiciese, para evitar así que la decisión fuera únicamente suya.

Por otro lado, esas tormentas eran tan condenadamente extrañas que quizás no hubiera retirado su ponencia. Tomó otro sorbo de la botella.

A pesar de lo que había admitido delante de Davis Lee hacía unos minutos, lo cierto era que Richard —amigo, mentor, adicto a la meteorología y el meteorólogo televisivo más visto en los programas matinales— se había opuesto totalmente a su investigación sobre las tormentas o a su decisión de transformar su investigación en una ponencia. Había intentado convencerla de abandonar por completo esa línea de

investigación, señalándole una posibilidad que ella no había considerado, una que ella no había sido capaz de olvidar.

Con sus amables maneras, Richard le había recordado que los fanáticos de la meteorología y los teóricos de la conspiración continuaban revisando minuciosamente la bibliografía académica y científica en busca de preguntas sin respuesta. Y las convertían en «pruebas» de riesgos improbables, escenarios catastróficos y malvados planes gubernamentales.

Mientras Kate albergaba la esperanza de que algunas de sus preguntas atrajeran la atención de alguien que pudiera llegar a responderlas, según Richard, esas mismas preguntas podían conducir a un buen puñado de locos a tomar como rehén su bien ganada reputación y sus credenciales al identificarla como otra experta que se había pasado a su bando. Ella se convertiría involuntariamente en la muchacha del póster para las legiones de lunáticos que colgaban en la red páginas caseras con fondo negro y texto en blanco, y con una redacción ligeramente histérica, presentaban teorías paranoicas, discursos antigubernamentales y mala ciencia.

No era lo que ella había esperado para sus quince minutos de gloria.

Por otro lado, Kate era una científica capacitada y los fenómenos inexplicables carcomían su cabeza.

—Discúlpeme, señora, ¿pasada o poco hecha?

Kate parpadeó, dándose cuenta que había ido avanzando en la fila para el bufé sin percatarse. Se concentró en el delgado rostro manchado de hollín del joven que le sonreía. Estaba colocado entre las humeantes parrillas y las mesas que se combaban bajo el peso de humeantes bandejas térmicas metálicas. Su sombrero de papel de chef se veía ligeramente achatado a causa de la humedad y aparecía como un asiento aplastado sobre su sudorosa cabeza, complementando perfectamente su delantal blanco manchado de carbón y de sangre. Extendió su mano derecha para agarrar su plato mientras con la izquierda sostenía un largo tenedor de metal con trozos de carne de diferentes reses colgando de sus dientes.

—Lo siento, me he equivocado de fila. —Le sonrió agradecida al joven y se dirigió a la mesa de ensaladas.

Los fenómenos inexplicables carcomían su cabeza. Y no era por la vaca loca.

Capítulo 6

Martes, 10 de julio, 11:30 h, Campbelltown, Iowa.

Si era cierto que el poder era el mayor afrodisíaco, entonces la proximidad al poder tenía un efecto similar. Tener acceso al selecto círculo íntimo del entorno presidencial le había provocado a Davis Lee una seria erección. El hecho de estar dirigiéndose a su propio despacho servía para intensificar la experiencia, puesto que se encontraba dentro del anillo de fuego.

No tuvo que fingir una sonrisa cuando atravesó la falange de agentes del servicio secreto y asistentes presidenciales convocados en torno a la entrada de la sede de Coriolis y de los diferentes controles de seguridad. Al abrir la puerta de su despacho, su sonrisa se hizo aún más pronunciada.

Allí estaba ella, la tranquila, honesta y obviamente sencilla Elle Baker, a quien había atraído de un puesto de poca importancia en la oficina del jefe de personal de la Casa Blanca para convertirla en su asistente principal en proyectos especiales.

Ella había resultado ser la elección perfecta. Lo supo la primera vez que la vio durante una fiesta interminable y perfectamente aburrida organizada por uno de los lobbies de preservación de la vida salvaje. Elle había ido moviéndose próxima a las paredes de la sala, siguiendo a los más sofisticados como una sombra, y riendo sin entender las bromas. Sabiendo que las grandes oportunidades generan gran lealtad, él se había tomado el trabajo de averiguar quién era y de entablar una conversación, y luego había hecho que el Departamento de Recursos Humanos la investigara y le hiciera una oferta, con base en Manhattan, que ella no pudiera rechazar. Todo eso había sido resuelto en menos de diez días.

Ella se había sumado a la plantilla unas cuantas semanas más tarde, armada con varias diplomaturas en estadística e historia, un máster en ciencias archivísticas y una inesperada tenacidad. A pesar de haber vivido y trabajado durante dos años en Washington, Elle todavía llevaba la impronta de una muchacha de pueblo, en un estado sin importancia, ambiciosa pero sin criterio. De acuerdo a lo que Recursos Humanos había podido averiguar, ella había conseguido su puesto en la Casa Blanca siguiendo las viejas normas: se lo había ganado.

No habían surgido contactos con ninguna estructura de poder de importancia en Washington, durante la investigación de rutina. Su nombre no aparecía en ningún blog, ni escandaloso ni de cualquier otro tipo, y su presencia en Internet se limitaba a una tímida página en Facebook que no había sido puesta al día desde que se licenció en la universidad. Una investigación más profunda había revelado que su madre había asistido a la misma universidad que la primera dama y que habían pertenecido a la misma agrupación estudiantil; el padre de Elle era un empedernido y sonoro

partidario del partido político equivocado.

El director de personal de Coriolis había dicho entre risas que era más un milagro que un misterio que Elle hubiera sido contratada por la Casa Blanca, y Davis Lee no le había llevado la contraria. Tras sus prácticas como investigadora en la sede central de partido y en un gabinete de estrategia privado, la Casa Blanca había sido el poco habitual paso siguiente, pero dos años en Washington habían generado, obviamente, algún tipo de conexión. Elle no era la mujer de veintiséis años más astuta que Davis Lee había contratado jamás, pero si había sido capaz de lograr algo semejante era lo suficientemente inteligente para hacer lo que necesitaba que le encargara.

Pronto demostró su talento para la investigación, lo que la hizo más que tolerable hasta que su proyecto especial actual —él le había dicho que era una biografía «entre bambalinas» para ser publicada de forma privada, para el sexagésimo quinto cumpleaños de Carter— estuvo terminado. Lo cierto es que no había biografía planeada. Davis Lee consideraba la investigación clandestina que abarcara la historia personal de un individuo una obligación en el mundo de la política corporativa. Carter Thompson era un hábil jugador que no mostraba sus cartas, pero eso no le había impedido esconder algunas en su manga.

—Hola, Elle, me preguntaba cuándo llegarías —le dijo mientras se dirigía a su escritorio.

—He llegado esta mañana. Tammy Jo me fue a buscar al aeropuerto y me trajo hasta aquí hace un rato.

—Buena chica. No te han causado ningún problema, ¿verdad? —le preguntó, inclinando la cabeza en dirección a la entrada del edificio.

—¿El personal de seguridad? —Sacudió la cabeza a la vez que se sonrojaba—. No. Algunos de los agentes me reconocieron de las oficinas de la Casa Blanca, así que me dejaron pasar bastante rápido.

—Bien. Ahora dime qué estás haciendo aquí cuando tendrías que estar fuera, divirtiéndote.

Ella le sonrió abiertamente, y a decir verdad, casi con adoración. Si hubiera sido bonita, no le habría irritado, pero ella era tan insignificante como una verja. Sin maquillar, sin ideas respecto a la moda, sin hacer esfuerzo alguno para mejorar su aspecto... A pesar de todo le guiñó un ojo, y observó cómo ella se daba la vuelta rápidamente.

—¿Está a punto de convertirme en el más feliz de los hombres, señorita Baker?

Acomodándose en una silla detrás de su imponente escritorio de roble, Davis Lee pulsó una tecla en el teclado de su ordenador para encender el monitor, y luego se reclinó y se sacó los mocasines italianos hechos a mano, completamente empapados. «Maldito barro de Iowa».

—Creo que estarás satisfecho, Davis Lee. Pensé que querías ver esto

inmediatamente y no quería dejarlo en cualquier parte. Por eso esperé por ti aquí —respondió suavemente mientras se ponía de pie y le acercaba una carpeta. Estaba marcada con la palabra *CONFIDENCIAL* en grandes letras azul oscuro, seguida de *PARA DA VIS LEE LONGSTREET ÚNICAMENTE* escrito a mano con rotulador rojo.

«Qué sutileza».

Tomando aliento, aceptó de sus manos la carpeta, la abrió y echó un vistazo que duró apenas dos segundos antes de dejarla sobre su escritorio. Alzó la mirada hasta encontrar la suya.

—¿Más artículos que escribió? Pensé que ya los habías encontrado todos hacía tiempo.

Ella se dejó caer sin gracia en la silla delante de su mesa.

—Yo también lo creía. Pero éstos no fueron archivados del mismo modo. No son lo que uno consideraría académicos o de revistas científicas. Son de... —Hizo una pausa—. Bueno, fueron citados en algunos libros poco convencionales con los que me tropecé. Sobre conspiraciones climáticas. Control del clima y cosas así.

Él se dio cuenta de que se había quedado sin respiración y se obligó a esbozar una risa fácil para cubrirse, y luego se inclinó hacia delante y tecleó su contraseña.

—Elle, tienes que ser franca conmigo. ¿Qué quieres decir con que «te tropezaste» con antiguos libros sobre teorías conspirativas sobre el clima? Encuentro el hecho de que estuvieras leyendo eso casi más alarmante que las citas que encontraste en ellos. No me digas que eso es lo que haces para divertirte por las noches, porque simplemente no te creo.

—No —respondió ella con una sonrisa algo forzada—. Pero en una de esas áridas monografías que el señor Thompson escribió cuando estaba en el Servicio Nacional de Meteorología en la década de los sesenta, hacía alusión a un tema que yo no había observado antes, así que decidí ver adónde me llevaba.

Apartó la mirada de la pantalla y la posó en el rostro de ella para darle a entender que aquélla no era una conversación a la que pensaba dedicarle demasiado tiempo.

—¿Y te condujo al delirante mundo de los teóricos de la conspiración sobre el clima?

Ella asintió y comenzó a reír.

—Bueno, me dijo que buscara todo lo que pudiera. Pensé que podía dar un toque de color a toda la información estéril que he encontrado hasta ahora. Ya sabe, algo para adornar un poco la biografía. Con lo obtenido hasta el momento, no puedo imaginarme que el que vaya a escribirla cuente con mucho material. Es decir, la mayoría de sus monografías tratan sobre las corrientes en chorro y la física de las nubes.

—Entonces, ¿qué fue lo que encontraste? —le preguntó, volviendo a mirar a la pantalla de su ordenador. Oprimió una tecla y abrió su programa de correo

electrónico. Había sesenta y tres mensajes nuevos.

—Trabajos universitarios.

Davis Lee alzó la vista.

—¿Qué has dicho?

—Estaba interesado en el papel de los meteorólogos durante los periodos de guerra. —Se inclinó hacia delante, los ojos brillantes de excitación—. Escribió con respecto a las teorías de manipulación climática a lo largo de la historia. Como en la época de Shakespeare y Napoleón. Y era un gran entusiasta de lo que había sucedido en las ciencias climáticas durante las guerras mundiales. Ya sabes, estrategias sobre la predicción e investigación climática. El sembrado de nubes y...

—Más despacio, Elle, me estás confundiendo.

Ella sonrió, satisfecha de sí misma, y casi pareció bonita.

—Creo que podría haber sido un antiguo hobby, pasión o algo así, Davis Lee. ¿Le has oído alguna vez hablar del asunto?

Él negó con la cabeza, mientras una creciente incomodidad le erizó el pelo de la nuca.

—Entonces creo que hemos encontrado algo, ¿no es así? Quiero decir, no debería ser una gran sorpresa. Su tesis fue un estudio sobre el Servicio Británico de Meteorología y el Día D, y su trabajo de licenciatura se centró en la evolución de patrones climáticos a gran escala. Debe haberlo abandonado como hobby o lo que fuera cuando estaba trabajando en su doctorado, porque su disertación es muy científica y árida, pero...

«¿Había leído ella su disertación?».

—Elle, céntrate en el asunto. ¿Trabajos universitarios?

—Así es. Lo siento. Bueno, esa serie de trabajos me pareció un poco extraña porque, básicamente, en su etapa universitaria escribió diez, y todos parecen variaciones sobre un tema. Y todos fueron escritos en distintos años para distintas asignaturas, incluso para una de literatura inglesa. Hay que forzar un poco el tema para hacer algo así, y creo que uno tiene que estar realmente enamorado del asunto para ser capaz de examinarlo desde tantas perspectivas diferentes.

—¿Y cómo terminaron en esos libros?

Ella se encogió de hombros, manteniendo las manos cruzadas apretadamente sobre su regazo.

—Creo que debe haber pensado que eran buenos, o importantes, o algo similar, porque es probable que se los haya enviado a la gente que lo cita. Quiero decir, es una conjetura mía, pero entonces no tenían ni ordenadores, ni Internet, ni nada —bueno, la red DARPA, pero él no habría tenido acceso a ella—, pero tiene que haberse puesto en contacto con esa gente de alguna manera. ¿De qué otro modo se enterarían de sus trabajos? Él no era más que un estudiante universitario. Así que, si se puso en

contacto con ellos, eso significa que tenía mucho interés en el asunto, y que debe de haber pensado que sus trabajos merecían ser examinados. ¿No te parece? —Hizo una breve pausa para tomar aliento—. Quiero decir, ¿por qué otro motivo habría mantenido correspondencia con esa gente?

Las últimas palabras las dijo a toda prisa y su voz se volvió más entrecortada. Si él no la detenía, ella seguiría hablando sin cesar.

—Bueno, dame un segundo. —Alzó una mano mientras miraba el título en la página que había en el extremo superior del montón—. *Jugando a ser Dios: La búsqueda del hombre de los medios para controlar el clima.*

Davis Lee mantuvo su rostro inexpresivo. «Carter, ¿a qué mierda te estabas dedicando?».

Echó una ojeada al resto de los trabajos.

—El papel de la predicción climática en la resolución de la Guerra de los Cien Años; El tifón Halsey y las pérdidas en el Pacífico por circunstancias climatológicamente inducidas; El papel del electromagnetismo en la mitología y las supersticiones; Los efectos del cambio climático en el comercio y la estructura social durante el siglo XIX; Imágenes climáticas en las tragedias de Shakespeare.

Su corazón dio un brinco. Maldita sea si el nombre de Carter no estaba en la portada de cada trabajo, junto con el nombre del curso, el profesor y la fecha. Daba igual la asignatura que fuera, Carter se las había ingeniado para hablar del tiempo.

«Esto no sonará bien en los programas de radio».

La divulgación de los escándalos estudiantiles no había beneficiado a Bill Clinton, a Joe Biden o a cualquiera que estuviera en el punto de mira público. Pero las suyas habían sido transgresiones más típicas —fumar marihuana o plagiar un trabajo—. El contribuir a las teorías conspirativas que cuestionaban la moralidad o las políticas del gobierno estadounidense estaba en una categoría completamente diferente. Howard, Al, Rush y G. Gordon tendrían con que entretenerse, sin importar el ángulo con que abordaran la discusión. Después los «telecomentaristas» —el neologismo particular de Davis Lee para los comentaristas televisivos— tomarían cartas en el asunto. Cuando eso sucediera, la mierda no sólo salpicaría el ventilador, sino que quedaría pegada en todas partes.

«Eso no va a suceder».

Davis Lee miró a Elle, que estaba radiante.

—¿Cómo conseguiste estos trabajos?

—Contacté con los autores de los libros y les dije lo que estaba haciendo. Estuvieron encantados de ayudarme y me enviaron lo que tenían. Después pedí una copia de las calificaciones del señor Thompson durante sus estudios universitarios en la Universidad de Iowa. —Se encogió de hombros—. Les seguí la pista a los profesores. Algunos todavía siguen dando clases y guardaron esos trabajos. Una parte

de ellos me dijeron que lo habían hecho porque estaban seguros de que él estaba destinado a grandes cosas, pero otros admitieron que simplemente lo guardaban todo. Pero ahora que se ha convertido en un hombre tan reconocido, creo que estaban encantados de ser valorados como parte de su historia. Se sentían honrados de que me hubiera puesto en contacto con ellos. Tal vez quieras mencionarlos en la página de agradecimientos.

Sintiéndose un poco agitado, Davis Lee asintió y observó la pantalla de su ordenador para hacer tiempo y ordenar sus ideas. Tenía suficientemente bien calibrado a Carter como para saber que no era el tipo de persona que abandonaba un tema si le parecía importante. Ser durante diez años su mano derecha no le dejaba asomo de duda a ese respecto. ¿Qué era aquello? Considerarlo un hobby le resultaba un poco inocente. Conociendo a Carter como lo conocía, «obsesión» podía ser la palabra adecuada.

Cuando Davis Lee conoció a Carter, Ingeniería Coriolis ya existía desde hacía veinte años y no era nada especial, apenas una gran firma constructora que se ocupaba de la limpieza después de grandes desastres naturales y conseguía sustanciosas ganancias con ello. Él había convencido a Carter para que utilizara su habilidad para las predicciones meteorológicas para entrar en los mercados financieros, en especial, los mercados con más futuro, y por eso Carter lo había integrado en su empresa. Obtener ganancias de los dos extremos de los fenómenos climáticos jamás se le había pasado por la cabeza a Carter hasta que Davis Lee se lo había sugerido, pero a éste se le había ocurrido inmediatamente. Mierda, si uno podía saber qué tormentas iban a eliminar unos cuantos miles de hectáreas de soja o destruir una plataforma petrolífera o un oleoducto antes de que otros lo supieran, se podrían obtener grandes beneficios. Y si uno tenía una empresa que podía ir y limpiar el desastre cuando sucedía —que era lo que Carter ya hacía—, los beneficios podían ser dobles. No tuvo más que señalar este hecho. Desde entonces, habían limpiado con todo tanto en sentido figurado como literalmente hablando.

«Pero si sabías cómo hacer que las cosas sucedieran del modo en que querías...».

—¿Davis Lee?

Parpadeó y volvió a centrar su atención en Elle, que lentamente volvía a encerrarse en su caparazón.

—Lo siento, cariño. Es que estoy un poco asombrado por todo lo que has conseguido. ¿Qué me estabas preguntando?

—Te decía que tal vez quisieras mencionarlos en la página de agradecimientos.

No sabía ni siquiera a qué se estaba refiriendo, pero, aun así, le sonrió.

—Es una gran idea. Tú guarda toda la información, para que no nos equivoquemos. ¿Qué tal si sigues trabajando en esa dirección? Busca todo lo que puedas. Es un material excelente, Elle, excelente. Trata de conseguir los originales

cuando puedas, así los podremos tener en nuestros archivos.

Ella se puso de pie, lentamente, captando que él había dado por concluida su charla con ella, pero no estaba todavía lista para irse.

—¿Alguna otra cosa?

—Bueno, sé que esto probablemente no tiene nada que ver con la biografía, pero siento curiosidad. ¿Por qué crees que alguien como Carter se ha interesado tanto en este tipo de, no sé, tema, área de investigación o lo que sea, que lo lleve a profundizar en él en su doctorado e incluso a entrar a trabajar para el Servicio Nacional de Meteorología, estudiando las fluctuaciones en las corrientes en chorro? Quiero decir, ¿no piensas que es algo ajeno a su perfil? Parece... no sé, aburrido.

«Maldita sea si ésa no es la pregunta del millón».

—La vida real, supongo. Para entonces tenía una esposa y dos criaturas, Elle. Y en los sesenta, diría que había más dinero público para dedicarse a la historia del clima o a las teorías conspirativas. —Inclinó su cabeza hacia la puerta, forzando una sonrisa—. Sería mejor que te vayas ahora, antes de que se me ocurran otras tareas que encargarte.

Treinta minutos después, Davis Lee se incorporó, adoptando mínimamente su normal apariencia. Sus pies seguían todavía húmedos por haber estado recorriendo el césped embarrado, su trasero estaba entumecido de estar sentado en el sofá durante demasiado tiempo y parte de su cerebro se encontraba absorto en las extrañas noticias que Elle le había traído. Pero el resto de su cerebro estaba plenamente concentrado en la conversación que se estaba desarrollando a escasos metros de distancia.

Si los dos hombres más poderosos de esa sala hubieran sido perros, habrían estado gruñendo e intentando morder el cuello de su oponente, y para separarlos habría hecho falta un gran cubo de agua helada lanzada desde un metro de altura. Los mezquinos canes en cuestión eran su jefe, Carter Thompson y Winslow Benson III, el presidente de los Estados Unidos, y sonreían en vez de morderse, pero el tono de fondo era salvaje. Si lanzara un cubo de agua en dirección a ellos, Davis Lee terminaría de cara al suelo sobre la alfombra, con un par de rodillas apretándole la espalda y una o dos armas apuntando a su cabeza.

El presidente Benson, elegante, rígido, de cabellos canos, se dirigía a Carter con esa mirada sincera de ojos bien abiertos del tipo «siento tu dolor» que le salía tan bien. Era la mirada que funcionaba con las madres de niños en edad escolar cuando les tenía que explicar por qué los recortes en el presupuesto educativo eran necesarios y a los jubilados cuando tenía que socavar aún más lo que quedaba de la Seguridad Social. Le había llevado a ganar las elecciones hacía dos años y medio.

«Maldita sea, la ha elevado a la categoría de arte».

Davis Lee se tragó su sonrisa de admiración antes de que ésta se hiciera visible. Sabía que el cuarto hombre de la sala, el hijo del presidente, Win IV, lo estaba

observando mientras pretendía, muy convincentemente, no estar haciéndolo. Win Lite, como a Davis Lee le gustaba llamarlo, era una serpiente oculta en la hierba, mucho más peligrosa todavía que su padre, pero resultaba más evidente que éste y, por eso mismo, nunca llegaría tan lejos.

El presidente Benson se inclinaba hacia delante, asintiendo en los momentos adecuados, con el ceño fruncido por la preocupación, tal como se requería. No es que estuviera engañando a nadie. Davis Lee sabía que el presidente no estaba escuchando porque el tema le interesaba; estaba buscando argumentos para utilizar contra Carter cuando éste se presentara a un cargo público. Era un secreto a voces que Carter estaba considerando presentarse como candidato. Ni el presidente ni nadie en su equipo de consejeros cancerberos estaba seguro para qué puesto, pero Davis Lee podía garantizar que todos esperaban que no fuera al Despacho Oval.

—Ya ha oído antes estos argumentos, señor presidente. —Carter Thompson, sureño, normal y perversamente multimillonario, se encogió de hombros y habló con una voz tan tranquila que sonó, en cierto modo, macabra—. No se trata únicamente de un problema teórico, ni tampoco de un simple recurso de discurso político. Hay hechos que deben ser tomados en cuenta. Ha habido cientos de incidentes serios en la seguridad desde la llegada de la energía atómica. —Esbozó su típica sonrisa amistosa—. Aquí tiene varias plantas vulnerables y anticuadas. Están en zonas críticas para los mercados y centros de población y están listas para tener problemas, ya sean accidentales, naturales o deliberados. No necesitamos otra Three Mile Island, no necesitamos otro 11 de septiembre ni otra Nueva Orleans. Es hora de cerrar esas centrales y reemplazarlas con otros medios diversificados de generación de energía. Medios más seguros y renovables. Lo que quiero de usted es una promesa de que hará que sus consejeros examinen los datos. Así de sencillo.

—Sencillo —repitió el presidente con un predecible y grave movimiento afirmativo de cabeza—. Ya sabes, Carter, que hay algunas personas que podrían pensar que quieres que el gobierno federal rescate a los pequeños granjeros otra vez, pagándoles para que arranquen su maíz y soja y replanten sus campos con molinos de viento y paneles solares. —Su sonrisa era cualquier cosa menos benévola—. ¿Es eso lo que estás solicitando? ¿Otra subvención federal? La mayoría de los votantes creen que los granjeros ya están recibiendo mucho dinero a fondo perdido.

Al lado del presidente, que emanaba por cada uno de sus poros el brillo de la élite de la Costa Este, Carter parecía un granjero regordete salido de una película de serie B, con los hombros caídos y una enmarañada melena gris. Lo único que faltaba era una brizna de hierba entre sus dientes.

Se apoyó sobre sus talones.

—No una subvención, señor presidente. Apoyo del Congreso, bajo la forma de

investigación y dinero para invertir en pequeñas empresas cuyos dueños estén dispuestos a dar la espalda a generaciones de orgullosas tradiciones y granjas familiares para ayudar a desligar a esta nación de su peligrosa dependencia del petróleo extranjero y suministrar una alternativa más segura que la energía nuclear — respondió Carter con una voz más adecuada para un confesonario que para una mesa de negociaciones.

El presidente miró a Carter durante un minuto.

—Es conmovedor, Carter. Casi profundo. Asegúrate de utilizarlo cuando estés en campaña. —Su desprecio por Carter y la conversación se habían filtrado, finalmente, en su tono de voz.

Davis Lee quería aplaudir. Todos sabían que el presidente había compartido la cama con las industrias de energía nuclear desde su primera elección a la legislatura del estado de Nueva York. El motivo por el cual Carter lo seguía molestando con ese tema seguía siendo un misterio para la mayoría de la gente, excepto para Davis Lee. Se puso de pie, metió las manos en los bolsillos de sus recién planchados Dockers y apoyó un codo contra una ventana desde la que se veían los verdes maizales, empapados de lluvia. Aquel movimiento llamó la atención de Win Lite y Davis Lee le sonrió. Win le devolvió la sonrisa. Ambos sabían que, en unos años, se estarían enfrentando en solitario, sin Carter ni Benson a su lado.

Davis Lee había realizado algunas investigaciones por su cuenta; sabía que el primer encuentro documentado entre Winslow Walters Benson III, un joven y prometedor senador de Nueva York y Carter Thompson, un moralista pagado de sí mismo, doctor en meteorología por la Universidad de Chicago, tuvo lugar durante los candentes debates presupuestarios para la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica, para la cual Carter había trabajado un breve tiempo tras un largo y poco reseñable periodo en el Servicio de Meteorología.

Incluso antes de la llegada de Elle, Davis Lee no había sido capaz de descubrir nada que indicara que los hombres se hubieran conocido antes de esos debates, pero el tono y el contenido de sus discusiones durante las sesiones no era correcto, haciendo sospechar a Davis Lee que aquélla no era la primera vez que se enfrentaban. Nadie le hablaba a un senador del modo en que lo hacía Carter, y mucho menos en público, a menos que ya lo hubiera hecho antes.

Para cuando ambos hombres habían ascendido lo suficiente para que se considerara su aparición ante el subcomité, Carter había pasado diez años produciendo una lenta pero constante corriente de trabajos sobre temas de escasa importancia social o científica, y hasta donde Davis Lee había sido capaz de discernir, de marginal utilidad. Hasta la fecha, Davis Lee no había encontrado nada que le diera el menor indicio de por qué Carter había sido considerado digno de atención por parte de Benson. O por qué había sido merecedor de las burlas del ahora

presidente. Sin embargo, las transcripciones de la primera serie de debates estaban repletas de intercambios agudos que daban credibilidad a los rumores de una larga y profunda animadversión entre los dos hombres.

En los diez años que Davis Lee había pasado junto a Carter, todas las discusiones con el senador, y posteriormente presidente Benson, habían sido iguales que la que se desarrollaba ante él en aquel momento: controladas y retorcidas, pero plagadas de mordaces corrientes subyacentes que se suponía que Davis Lee no percibía y una oscura historia que no entendía.

Las revelaciones del día sobre los primeros intereses de Carter podían ser importantes o no. Su interés en aquellas locuras de mierda había menguado aparentemente cuando comenzó su primer trabajo serio, y, por lo que Davis Lee sabía, nunca había vuelto sobre ello. Si Carter había estado metido en profundidad en aquel asunto, abandonarlo no habría sido muy acorde a su comportamiento, pero conociendo cómo trabajaba aquel hombre, Davis Lee consideró que era posible que, sencillamente, le hubiera faltado tiempo para seguir lidiando con semejante tema.

Desvió su atención del rostro poco llamativo de Carter, que había envejecido y se había vuelto mofletudo en los dos últimos años, al bien conservado y lustroso rostro patricio del presidente. En apariencia, eran dos hombres diametralmente opuestos. Winslow Benson era elegante y refinado, como un perro perdiguero excesivamente caro, al contrario de la rústica sensibilidad de sabueso de Carter. Pero bajo esas apariencias, ambos poseían cerebros, morales y ambiciones que hacían de Maquiavelo un aficionado afeminado y delicado.

—Pero volviendo al tema, que es el dinero, me alegra que entiendas el vocabulario, Carter. —El presidente sonrió—. En realidad, no importa cómo lo describas, porque la palabra «subvención» es la única que nuestros hombres en el Congreso usarán para describir este plan que propones, y eso es lo que le diremos a la prensa. Créeme, «molinos de ondas ambarinas» no funciona como frase televisiva. —El presidente se encogió de hombros despreocupadamente, como si la conversación no fuera de nada más importante que la posibilidad de lluvias al día siguiente. Su holgada camisa de tela vaquera, hecha a mano, pero diseñada para parecer gastada y de confección, se movió al unísono con él—. Aparecerás como un loco. Francamente, Carter, no puedo creer que me hagas perder el tiempo con esto. Después del último apagón en la Costa Este, todo el asunto de los cortes de energía se cayeron de la mesa y nadie lo ha vuelto a mencionar, excepto tú. Nadie quiere hablar de clausurar nada. Sólo quieren asegurarse de que puedan seguir trabajando en un tren con aire acondicionado o un deportivo con un iPod Nano cargado en una mano y un capuchino recién servido en la otra. Ni siquiera los huracanes del Golfo lograron que la gente quisiera cambiar las cosas. Sólo provocó que abrazaran sus televisores de plasma un poco más cuando se iban a cama por las noches. —Sacudió la cabeza, y

sonrió fríamente—. Los estadounidenses son unos enormes consumidores de energía, Carter, y no vamos a disculparnos por ello. Yo, personalmente, ansío ver el día en el que una tormenta aplaste una de tus malditas granjas eólicas, y cuando eso suceda, créeme, el mundo estará mirando para averiguar cuánto tardas en volver a conectarte. —Hizo una pausa—. Pero por si todavía no te enteras, Carter, puedo hacer que alguien de mi personal te lo explique.

Nada había cambiado en ambos hombres, ni sus expresiones, ni sus posturas, ni el ritmo de la respiración, pero la tensión en la sala aumentó.

Había un lugar en el que nadie se atrevía a atacar a Carter, y ése era su ego.

A menos, aparentemente, que fueras el presidente de los Estados Unidos.

Davis Lee sintió que le corría un sudor frío por la nuca. Lanzó una mirada a Win, que parecía estar conteniendo una sonrisa.

«Una prueba más de que es un idiota».

—Señor presidente —comenzó lentamente Carter mientras volvía a balancearse sobre sus talones—. Yo he hablado con su personal y con el de la administración anterior. En varias ocasiones. Y créame, esas conversaciones siempre dieron como resultado acciones de algún tipo. Como verá, cuando no impiden activamente nuestro trabajo, los miembros de su personal se dirigen inevitablemente a la Comisión de Energía Nuclear o a otro gabinete conservador para que emprenda un estudio a largo plazo sobre los efectos de alguna cuestión menor u otro asunto irrelevante. Los resultados de esos costosos estudios, tras unos cuantos años de análisis de datos, son siempre ambiguos, y la guerra pública de palabras subsiguiente oscurece la inutilidad del estudio. —Imitando el encogimiento de hombros del presidente, Carter metió sus manos en los bolsillos de sus pantalones, gastados y arrugados, para jugar con las monedas que deliberadamente había colocado en ellos.

Recuperando su pulso a niveles normales, David Lee se encontró resistiendo la tentación de sonreír mientras observaba un tic muscular en la mejilla del presidente. Ese hombre odiaba los tics. Los odiaba.

—El tema necesita ser llevado al siguiente estadio, señor presidente —continuó lentamente Carter—, y ese estadio es usted. Es así de crítico. Usted necesita prestarle seria atención. Creo que será un asunto importante en la próxima campaña electoral. —Tomó aire, apretando los labios, y luego dejó escapar un suspiro—. De hecho, casi puedo garantizárselo.

Los ojos del presidente se encendieron con peligrosa alegría.

—Eso suena como una amenaza, Carter.

—Vamos, Winslow. Me conoce mejor que eso. No hago amenazas. Tampoco promesas vacías. —Carter hizo una pausa, pero su sonrisa permaneció inalterable—. Como científico, como hombre de negocios y como ciudadano preocupado, le prometí a los grupos dedicados al medio ambiente y a los antinucleares que traería

este asunto para que lo considerara personalmente. Lo he hecho porque soy hombre de palabra. Ahora, como votante, como afiliado al partido y como contribuyente importante a las arcas del partido, espero que se me escuche y se me tome en serio. No creo que eso sea irracional. De hecho, creo que es lo menos que puede hacer.

El presidente sonrió aún más ampliamente, con toda la honestidad y sutileza de un jugador profesional de billar en un garito de mala muerte.

—Es que no entiendo tu lógica, Carter. ¿Qué te hace pensar que podría establecer una diferencia? Cerrar una central nuclear apenas mejoraría la situación. Es un largo proceso administrativo y después la planta tiene que ser desmantelada. Eso puede durar años. Luego hay que transportar los cilindros de combustible, quizás atravesando tu precioso cinturón agrícola, para ser almacenados en alguna parte. Y a tu pequeño grupo de frutas y nueces orgánicas con sandalias Birkenstock no le gustaría mucho eso, ¿no te parece? Y piensa en los granjeros. Quiero decir, los granjeros en serio, Carter, los conglomerados agrícola-industriales. A ellos les gusta la energía barata y segura. En abundancia.

—Su lealtad con la industria de energía nuclear es conmovedora, señor presidente, pero se está convirtiendo en poco convincente. Las organizaciones de base están...

—Las organizaciones de base son una pérdida de mi tiempo, Carter — interrumpió irritado el presidente—. Puede que tú seas el gran hombre de vanguardia, pero la gente que te sigue ni siquiera aparece en las pantallas del radar. Sólo creen que aparecen. Gilipollas cabezas huecas. Son como un enjambre de mosquitos, Carter. Irritantes, pero demasiado pequeños para tener importancia alguna. Tus amigos comedores de cereales pueden no darse cuenta de que los días de conseguir cambios sociales mientras cenan tofu orgánico y casero han pasado, pero tal como tú has señalado, eres hombre de negocios. Sabes cómo son las cosas. Sabes que el número de gente que se esposa a las verjas, se manifiesta o se queja en blogs de progresistas amanerados nunca llegará a igualar el número de dólares que la industria energética gasta en tranquilizar al resto del país de que siempre tendrán bombillas que no titilen. —Se detuvo y se rió—. Mierda, Carter, estoy esperando que me preguntes por mi conciencia, o si duermo bien por las noches, para luego saber a ciencia cierta hasta qué punto has enloquecido. —El presidente extendió una mano para desabrocharse una manga y comenzó a remangársela—. Si vas a continuar en el juego, Carter, termina con esa mierda de corazón doliente y hazte cargo. En caso contrario, apártate del maldito camino. —El presidente Benson dio media vuelta, dando por terminada la conversación con Carter.

Carter ni se movió. Davis Lee no pudo detectar ni siquiera un brillo en sus ojos, aunque su sed de sangre seguramente era mucha. Él no era hombre que aceptara ser dejado de lado por nadie.

—¿Que me aparte del camino de quién, Winslow? —preguntó con calma.

—Del mío.

Carter no tuvo tiempo de responder porque un asistente llamó a la puerta y luego asomó su cabeza en la habitación.

—Señor presidente, es hora de marcharnos. Señor Thompson, señor Longstreet, los agentes querrían que ustedes bajaran primero. El presidente subirá con ustedes al escenario en unos momentos. —La sonriente cortesía del asistente rayaba en el servilismo.

—Gracias por reservar algo de su tiempo para hablar conmigo, señor presidente —dijo Carter con una breve inclinación de cabeza, luego salió de la sala con su habitual sonrisa familiar en su rostro.

—Gracias, señor presidente —repitió Davis Lee, estrechándole la mano, para seguir a su jefe. Sonrió a la encantadora muchacha que se cruzó en su camino. Era rubia, inteligente o con buenos contactos, o tal vez ambas cosas.

Era una pena que la Casa Blanca se hubiera vuelto tan correcta.

Capítulo 7

Martes, 10 de julio, 12:00 h, Campbelltown, Iowa.

Win Benson observó en silencio como su padre se subía la otra manga. Al cabo de un rato, Win sacó el iPod de su bolsillo y tras seleccionar la música que más escuchaba, lo encendió. Al mismo tiempo que el zumbido del ruido blanco llenaba el cuarto, el presidente alzó la vista y lo miró a los ojos.

—Si presenta su candidatura, no va a ser un hombre fácil de derrotar. Será una carrera a tres bandas —anunció Win.

—Ya lo han intentado antes. Le quitará votos al otro partido y será más sencillo para mí como sucedió con Perot y Clinton y como hizo Nader con Bush —replicó su padre despectivamente.

Procurando no dar muestras de preocupación, Win sonrió con soltura y deslizó sus manos en los bolsillos de su pantalón, encogiendo con indiferencia los hombros.

—Tiene dinero como Perot, pero es más popular, y tiene los mismos seguidores que Nader con más hombres de negocios en la coalición. Creo que sería un error subestimarlos.

—No pierdas demasiado tiempo pensando en ello, Win. No va a presentarse. A pesar de todo lo que tiene a su favor, Carter es un bala perdida que no duraría ni una semana en campaña. Su ego está fuera de control, como has visto, y no puede tolerar que se le cuestione o se le critique. Y no es capaz de desligarse del pasado. —Hizo una pausa como si fuera a continuar, pero no fue así—. Nos conocemos desde hace mucho, y hay cosas que no cambian.

Win se quedó inmóvil, mirando el perfil de su padre.

—¿Cuánto es mucho?

—Lo suficiente.

«Gilipollas». Antes de que la irritación por la condescendencia de su padre con respecto a él pudiera hacerse visible en su rostro, Win dio media vuelta y se encaminó hacia la ventana. Había una gran multitud allí afuera, bajo la lluvia. Era un buen homenaje que se reuniera tanta gente en esas condiciones. Su padre, naturalmente, pensaba que estaban allí para verlo a él de cerca. Win, sin embargo, había pasado bastante tiempo entre la multitud. El grupo estaba de buen humor y con energía, a pesar de aquel tiempo de mierda, y muchas de las conversaciones que oyó tenían que ver con Carter o su empresa. Había regresado con la incómoda sensación de que la multitud estaba allí, principalmente, por el trigésimo aniversario de la empresa y sólo en segundo término para ver al presidente. Ahora, viendo el escenario que se estaba preparando a unos cientos de metros del edificio en donde se encontraba, Win se dio cuenta demasiado tarde de que la presencia de su padre podía haber atraído aún a

menos gente de la que pensaba a aquel espectáculo del tres al cuarto. Después de todo, era una multitud relativamente joven, y había habido un anuncio sorpresa hacía no mucho en el que se comunicaba que Bon Jovi y Hottie and the Blowfish iban a tocar ese día. El contingente anti-Benson estaba bien representado entre los rostros que pululaban por la carpa de los periodistas; ellos sin duda, calificarían a su padre de telonero.

Tenía que haber sido calculado. Y aunque no hubiera sido así, el fracaso sería desagradable y la responsabilidad recaería sobre sus hombros. Necesitaba un contraataque. Ya.

Win volvió su rostro hacia su padre.

—¿De qué conoces a Carter? ¿Por qué dices que es desde hace tanto tiempo? Estabas en el Senado y él no era nadie. Apenas un burócrata de escaso nivel en una agencia sin poder.

Su padre apartó la vista un momento antes de responder.

—Estaba en la NOAA, la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica, cuando comenzó, y no era de tan escaso nivel. Tenía algunas responsabilidades presupuestarias. Testificó ante mi comité allá por los setenta.

—Mucha gente testificó ante ti. No todos ellos te odian.

El presidente aceptó la afirmación con una sonrisa irónica.

—Para hacer breve una larga historia, cancelamos su programa y él se convirtió en el hazmerreír de forma tal que ningún otro programa quiso contratarlo. Básicamente, fue expulsado del área gubernamental. Por eso montó su propia empresa. Era algo más que un advenedizo, nadie quería contar con él.

—¿Qué clase de presupuesto era el suyo? ¿Cuál era el programa que coordinaba?

—Investigación climática —respondió su padre tras otra breve pausa.

La reticencia iba a tono con la personalidad del presidente, pero la incomodidad subyacente sobre el tema no. Había algo más en esa historia.

—¿Qué fue lo que hizo?

La expresión de su padre ahora mostraba, claramente, señales de irritación, dándole a entender a Win que no iba a obtener muchas respuestas más sobre esa cuestión.

—Fue a principios de los setenta. Mucha gente se ocupaba de muchas cosas absurdas, y Carter estaba con el medio ambiente. Se puso furioso cuando se enteró de que su programa iba a ser cancelado, pero enloqueció más cuando tuvo conocimiento de que había proyectos para construir más centrales nucleares. Vio conexiones donde no las había. La energía nuclear quedaba completamente fuera de su área de investigación, pero el tema lo volvía loco. Lo sigue haciendo, como acabas de ver. Así que asumió como responsabilidad propia presentarse a las audiencias y sermonearnos sobre la ecología de las «profundidades de la Tierra» y cómo la Tierra

era un organismo vivo y no sólo una piedra verde y azul flotando en el espacio. Dijo que trabajar en contra de la naturaleza era enfrentarse a lo Divino. —Se rió con una extraña risa silenciosa—. ¿Puedes creerlo? De todos modos, afirmó eso en declaraciones oficiales, y después se enfureció tanto que... —El presidente sacudió la cabeza—. Se comportó como un imbécil. Parecía uno de esos hippies que se abrazan a los árboles. Y, aparentemente, me culpa a mí de ello.

—Eso no aparece en ninguna de las transcripciones documentales que he leído.

La sonrisa de su padre se esfumó.

—Eso sucedió durante una audiencia a puerta cerrada. Aunque tampoco le fue mucho mejor en las comparecencias públicas. El hecho es que podría obtener el puesto de gobernador de Iowa, pero no es contrincante para la presidencia.

—Entonces, ¿por qué has venido aquí?

Su padre le frunció el ceño.

—Porque tiene dinero y lo distribuye. Si no lo hiciera, créeme, habría quedado al margen hace mucho tiempo.

Otro ligero golpe en la puerta atrajo su atención. La muchacha rubia asomó su cabeza y sonrió.

—Cuando esté usted listo, señor presidente.

Iba a aplastar a Winslow Benson.

Aquella certeza tomó a Carter por sorpresa. No era tanto una decisión sino una promesa que se hacía; era totalmente distinta a las decisiones que lo habían guiado durante los últimos treinta años e incluso en los años anteriores a esos. Se trataba de algo frío, puro y sólido, inmutable, irreversible. Se aseguraría de que el presidente se convirtiera en una mancha en el panorama político a causa de su ceguera y su codicia. Tenía que suceder.

—Bueno, ha ido bien, ¿verdad?

Carter continuó por el corredor alfombrado unos pasos más, antes de echar una mirada a su consejero. La furia que le ardía en el vientre era cuidadosamente contenida, pero sabía que no engañaba a Davis Lee. Él era una de las pocas personas a quien Carter podía confiarle la verdad. No toda la verdad, pero sí versiones de la misma, y no sólo porque Davis Lee fuera bueno en manipularla.

Davis Lee Longstreet parecía un vagabundo de playa, hablaba como un provinciano y diseñaba estrategias como Gengis Jan. Era una ventajosa pero irritante combinación de elementos y servía para desviar automáticamente las críticas. Hasta la prensa había sido engañada; Davis Lee era demasiado amigable y dado a la risa para ser considerado implacable, y sin embargo, en diez años, nunca había dudado en tomar decisiones categóricas y llevar a cabo los planes necesarios, a la vez que se aseguraba que no quedaran huellas suyas en ninguna parte.

—Ahórrate el sarcasmo —respondió Carter—. Ha ido tan bien como era de esperar.

—Siempre es necesario usar el sarcasmo cuando uno se enfrenta a la autoridad —replicó Davis Lee, ofreciéndole la sonrisa que desarmaba a tantos—. Hace que uno tenga perspectiva. ¿Y ahora qué?

—A comer —dijo Carter, haciendo una pausa para mirar a través de la pared acristalada que formaba la fachada del edificio. Docenas de grandes y coloridas carpas alfombraban los jardines de su empresa, y cientos de personas se hallaban bajo las mismas. El malestar del vientre comenzó a ceder, y por primera vez en muchas horas, la sonrisa de su rostro le pareció casi genuina. Ésta era su tierra, en su pueblo, en su estado. Los que estaban allí fuera eran sus empleados, su familia y sus invitados. El presidente era su invitado.

Carter tomó aire profundamente, satisfecho. Incluso el presidente había hecho lo correcto al no rechazar esa invitación. La fiesta de hoy, celebrando los treinta años de su empresa, no era una representación importante para el comandante en jefe, pero se le acercaba bastante, y a pesar de la conversación que acababa de tener lugar, el presidente lo sabía. Winslow Benson podía ocupar el puesto —por el momento—, pero Carter tenía el dinero, vivía en el estado correcto y había acumulado suficiente poder para que el presidente sintiera una ligera obligación de contentarlo. Era otro signo cierto de que la vida se estaba desarrollando del modo en que debía hacerlo.

En el momento exacto, el vicepresidente de Recursos Humanos de Carter lo presentó. Su esposa, Iris, y sus hijas, agrupadas en el escenario, comenzaron a aplaudir. La multitud acompañó el gesto, vitoreándolo enloquecida. Carter se adelantó a los agentes del servicio secreto y abrió las pesadas puertas del edificio justo cuando unos débiles rayos de sol se abrieron paso entre las nubes. Un rugido se alzó entre la audiencia. Subió al trote los escalones hasta el escenario, haciendo un gesto de convincente humildad, queriendo dar a entender que no había tenido nada que ver con la mejora del clima.

Era un gesto magistral, en realidad, porque había tenido que ver exactamente con ello.

Capítulo 8

Martes, 10 de julio, 15:00 h, McLean, Virginia.

Jake Baxter apretó su mano derecha, cerrando el puño y dejó que el teléfono sonara una segunda vez antes de atenderlo. Después de diez años trabajando como meteorólogo forense en el Consejo de Ciencia y Tecnología de la Central de Inteligencia, nunca había estado en un proyecto que avivara su imaginación —o sus neuronas— tanto como éste. Había estado en el equipo de trabajo menos de una semana y todavía le subía la presión sanguínea cuando pensaba en ello, pero estaba esforzándose en hacer que pareciera otra cuestión más a resolver en su lista de tareas: *No. 5. Poner a punto el equipo de trabajo Escuadrón de Dios.*

Así es como la Operación Demora le había sido presentada por Candy Freeman, la candidata más atípica que la Agencia había promovido nunca al cargo de jefe de sección. Pequeña, ruidosa, de nombre inapropiado, y sarcástica como un demonio, Candy era también increíblemente inteligente y tenía el talento único de ser capaz de pensar más allá de los parámetros habituales. Bastante más allá. Y eso, creía él, era parte del motivo por el que había sido requerido para ocupar el puesto, a pocas horas de la muerte de Wayne Chellner: era un candidato inusual. La especialidad de Wayne había sido el análisis de predicción meteorológica, y no, como en el caso de Jake, el análisis forense.

Wayne —pobre hijo de puta— había sido asignado al equipo de trabajo interdisciplinario hacía un mes hasta que no consiguió tragar por completo el último bocado de un emparedado de cerdo con salsa Tabasco extra durante su almuerzo habitual de los viernes en Jimmy Joe's BBQ Shack. Cuando Candy mencionó a propósito el equipo de trabajo en la misma conversación en la que le comunicó la noticia sobre Wayne, Jake supo que él sería a quien ella eligiera para tomar el testigo y continuar la carrera.

Y allí estaba, metido hasta el cuello y trabajando demasiado duro como para pensar en ello.

Descolgó el auricular después que el teléfono sonara tres veces.

—Baxter.

—Hola, Jake. Ya estamos preparados para ti. —El acento del oeste de Texas en la voz de Candy era apenas distinguible. Eso, de por sí, significaba mucho. Ella no moderaba su acento delante de cualquiera, así que, fuese quien fuese el coordinador del equipo de trabajo tenía que estar muy arriba en la cadena alimenticia.

—Voy para allá.

Mientras se ponía de pie y agarraba su ordenador, Jake tuvo que admitir que jamás había notado tanta adrenalina deslizándose por sus venas. No saber quién

estaba en la sala de conferencias en la que estaba a punto de entrar era sólo una parte del asunto. Sabía muy poco sobre el equipo de trabajo y su misión, excepto que su papel era suministrar datos sobre investigaciones a fondo sobre el clima en áreas específicas de alta confidencialidad. Algunas de las zonas tenían sentido, como Chicago y Kabul, y otras, como el pueblo de Prayer, en Oklahoma, y unas coordenadas geográficas señalando una zona deshabitada de Sudán, no le parecían relevantes. Pero eso no importaba. La operación funcionaba bajo la estricta política de «saber lo mínimo indispensable», y Jake sabía que su papel, en ese momento, era el de suministrar respuestas, no el de hacer preguntas.

Excepto que los datos que le habían pedido que recopilara no podía considerarse la típica información meteorológica. Incluía una enorme cantidad de información geográfica e hidrológica así como datos climatológicos históricos, que en muchos casos se retrotraían a veinte o treinta años atrás. Había sido una sorpresa para Jake darse cuenta de lo detallada que era la información disponible. La compilación de información climatológica pertenecía a la época de su adolescencia, hacía treinta años, o al menos eso había creído. Los archivos que le habían estado entregando llevaban clasificaciones que nunca antes había visto.

Llamó a la puerta, que se abrió casi de inmediato. Al entrar, lo primero que observó fue que había sólo dos personas en la sala, Candy y el tipo que había abierto la puerta. Parecía lo suficientemente joven como para ser un pasante.

«Fantástico. Le doy mis informes al jovenzuelo». El flujo de adrenalina se interrumpió a medida que se adentraba en la habitación y depositaba su ordenador sobre la superficie de la mesa, de fórmica imitación madera.

—Hola, Jake. Entra. Éste es Tom Taylor. Está a cargo del equipo de trabajo del DNI.

La voz de Candy era moderada y Jake ocultó su sorpresa mientras le tendía la mano a su nuevo jefe. Si él estaba trabajando para el DNI, eso quería decir que no formaba parte de la Agencia.

«Esto tiene que ser una espina en muchos culos ejecutivos».

—Encantado de conocerle. Jake Baxter.

—Doctor Baxter. —El apretón de manos de Tom Taylor estaba calibrado exactamente para transmitir confianza y una sutil superioridad en directa contradicción con un mentón que parecía no haberse enfrentado nunca a la máquina de afeitar. Después de estrechar su mano, hizo un gesto para que Jake se sentara—. Me alegro de que estuviera dispuesto a ocupar el puesto en tan poco tiempo.

—Es un proyecto interesante.

—Es una buena palabra para definirlo —dijo Tom, tras pensar un instante, y Jake se preguntó si el muchacho esperaba que él se sintiera incómodo.

«Ni en esta vida, ni para este gilipollas».

Diez segundos en presencia de aquel tipo fueron suficientes para determinar que la arrogancia era la carta de presentación más notable del joven.

—Confío en que haya tenido acceso a todos los materiales del doctor Chellner —continuó el gilipollas, caminando hacia un extremo de la mesa en donde un pequeño montón de carpetas color manila estaban cuidadosamente apiladas. Cada carpeta estaba cruzada con gruesas líneas diagonales azul oscuro que iban del extremo superior derecho al inferior izquierdo. Las palabras TOP SECRET/INFORMACIÓN ESPECIAL COMPARTIMENTADA descansaban en un rectángulo de espacio libre en el centro de las líneas.

—Sí.

El otro hombre asintió e hizo señas a Candy para que se sentara. Entonces tomó asiento también él y agarrando un lápiz se reclinó en su silla.

«Le deben de haber enseñado eso en la escuela de negocios».

Jake intentó no mirar fijamente mientras Tom fruncía levemente el ceño y se metía el lápiz en la boca como si estuviera tomándose un instante para ordenar sus ideas.

«Tal vez en la guardería».

Jake se sentó y se cruzó de brazos, apoyándose sobre sus antebrazos a la vez que miraba a Tom a los ojos.

«Aprendí esto en los marines, niño bonito; ahora empieza a hablar».

La mirada impasible de sus ojos advirtió a Jake de que Tom no estaba impresionado. Al menos el campo de juego era similar, y eso era mejor que la situación un minuto antes.

—¿Cuánto sabe sobre manipulación y control climático? Sobre todo en lo que se refiere a procesos que podrían ser considerados armamento no detectable.

—Sé que hay un tratado de la ONU que lo prohíbe y que hay un montón de locos ahí afuera que piensan que a pesar de eso se está llevando a cabo —respondió Jake sin asomo de duda.

—No sólo locos.

Jake se encogió de hombros.

—Bueno, tanto locos instruidos como los no tan instruidos. La historia y un montón de ciencia basura les han dado motivos para sospecharlo. Los Estados Unidos no siempre se han portado bien en el *sandbox*.

—No teníamos por qué hacerlo. Y desde que comenzó a ser un asunto importante, ha sido nuestro *sandbox*. —La sombra de una sonrisa cruzó el rostro de Tom, provocando un escalofrío a Jack.

A Jake no le gustaban los escalofríos. Parpadeó y no le devolvió la sonrisa.

—Me doy cuenta —continuó Tom— de que hablar tan frívolamente sobre el clima puede resultar ofensivo para quienes lo han convertido en el trabajo de toda una

vida. Desgraciadamente, lo cierto es que sigue siendo la última frontera, y como tal, nos ruega ser conquistada.

«Ahórrame la mierda florida». Jake mantuvo su rostro impassible.

Tom dejó el lápiz sobre la mesa, descansando la palma de la mano sobre el montón de carpetas.

—El tema de la manipulación climática tuvo su punto álgido en los cincuenta y sesenta, con escasos éxitos, como cuando la operación Popeye provocó un aguacero sobre las rutas de Ho Chi Minh, ayudando a interrumpir las líneas de suministro de los norvietnamitas, y algunos pocos desastres, o cuando el proyecto Tormenta Furiosa desvió un huracán débil de la costa este de Florida, sólo para fortalecerlo, hacerlo volver y destrozar el sureste de Georgia. —Hizo una pausa—. Todo eso pasó en los viejos buenos tiempos, cuando la participación de la Agencia nunca era reconocida, pero, sin embargo, era quien tomaba las decisiones. Después, la seguridad empezó a volverse ligeramente permeable en Washington, con el asunto de los papeles del Pentágono que se filtraron, y Garganta Profunda haciendo de las suyas, ya se imagina. Había indicios obvios pero falsos de que los soviéticos habían dejado de invertir dinero y sus mejores científicos en ese esfuerzo, y que el campo estaba libre para que lo ocupáramos.

Lo que el Congreso vio fue una serie de votantes agitados y un montón de cámaras de televisión. En esa época, el Pentágono se cansó de hacerse cargo de todas las culpas. Así que los Estados Unidos abandonaron oficialmente el juego del clima. El presupuesto oculto fue eliminado del presupuesto general a mediados de los ochenta. Como usted dice, siempre ha habido locos lanzando teorías descabelladas y sacando a la luz lo que ellos denominan «pruebas» para demostrar que la investigación nunca fue interrumpida.

—Muchos científicos veraces piensan exactamente lo mismo.

Tom alzó la vista. Sus ojos de color castaño eran oscuros e inexpresivos.

—Y tienen razón. Había demasiados proyectos en marcha como para detenerlo todo. Algunas cosas tuvieron que ser abandonadas, pero otras, sencillamente, continuaron. Supongo que no podemos decir con justicia que siguieron bajo tierra, ¿verdad?

Hizo un esfuerzo por no retorcerse. Pero la mala broma había alcanzado su objetivo. Con un fogonazo de tardía intuición, Jake se dio cuenta de que el hombre al otro lado de la mesa no era un muchacho sino lo que él siempre había llamado un vampiro: un operativo que había permanecido en las sombras tanto tiempo que ya no podía funcionar al descubierto. Al menos no sin espantar a mucha gente.

—El dinero fue destinado a proyectos especiales.

Mientras Tom hacía una pausa para que sus palabras surtieran efecto, Jake sintió un amenazador retortijón en el vientre. Proyectos especiales significaba dinero de los

«fondos reservados», de mil millones de dólares en fondos que el Congreso le daba a la Agencia anualmente sin esperar informes de los proyectos o del uso del dinero.

—Los soviéticos ya habían abandonado la carrera. Sus estudios más profundos fueron dejados de lado en los setenta —señaló Jake—, excepto por la investigación agrícola y los esfuerzos de mantener los cielos sobre Moscú sin nubes durante los desfiles.

El vampiro sonrió.

—¿Y usted cree eso? Qué decepcionante. Por el contrario, ha habido enormes avances en la manipulación pacífica del clima en las últimas décadas, y estos archivos —dio una palmada a las carpetas que tenía delante de él— se lo contarán en detalle, en caso de que quiera conocer la historia. En lo que estamos interesados en este momento es en las actividades menos pacíficas.

«Manipulación pacífica del clima». Saliendo de esa boca, aquellas palabras le ponían a Jake los pelos de punta.

Cualquiera que hubiera estudiado el clima durante más de cinco minutos sabía que nada era benigno. Los meteorólogos sabían que no era la última frontera y que no era la herramienta de nadie. Era la máquina más poderosa de la tierra. Podía dar comienzo en cualquier parte y hacer prácticamente cualquier cosa. Muy pocos elementos podían interferir con un sistema climático en desarrollo, y no había fuerza en el planeta que pudiera detener una tormenta una vez que fuera iniciada. El que pensara lo contrario era un idiota o un loco.

Jake consiguió articular palabra.

—¿Quién está haciendo qué?

—Mucha gente está intentando muchas cosas, Jake — ¿puedo llamarte Jake?—, pero lo importante es que creemos que alguien está teniendo éxito. Necesitamos averiguar quién, por qué y cómo, y después quitarle los juguetes.

Jake se acomodó para recostarse un poco en su silla, tratando de ocultar con su postura relajada la burbuja de adrenalina que acababa de explotar cerca de su corazón. Como el joven vampiro había dicho, la manipulación del clima para obtener beneficios económicos o políticos se había llevado a cabo durante siglos con escaso éxito. El desarrollo de los medios tecnológicos para conseguir que el clima fuera un arma ofensiva se había intentado desde hacía sólo unas décadas, sin que hubiera habido avances significativos. Eso, según Jake, era bueno. Tener éxito significaría que el resto de las armas serían inútiles, y eso era un mal asunto, sin importar quién lo lograra primero. Se aclaró la garganta.

—¿Podría ser un poco menos impreciso?

—No. —La pausa reforzó la impresión de Jake de que ese hombre era un gilipollas—. No necesitas saber más que eso. Al menos por ahora. Lo que queremos de ti es un análisis de los datos que ha recibido. Necesitamos la historia de los

patrones climáticos y tendencias dentro de esos patrones, y las explicaciones científicas con respecto a por qué son como son. Necesitamos que identifiques puntos en los que han fallado las predicciones. Identifica las anomalías y explícalas.

—¿Identificar el momento en el que determinadas predicciones fallaron? — Cuando Tom se limitó a enarcar una ceja, Jake dejó que pasaran algunos segundos antes de añadir—: ¿Estamos investigando una amenaza real?

—Tenemos un equipo de trabajo movilizado —replicó Tom—. Pero, aunque creíble, la amenaza no se considera inminente. Necesitamos saber más sobre el asunto antes de que las cosas pasen al nivel siguiente. Pero nos hacen falta los Servicios de Inteligencia y ciertas circunstancias nos están limitando.

En otras palabras, estaban teniendo lugar algunos experimentos dentro del territorio de los Estados Unidos en donde la Agencia no tenía permiso para operar. Abiertamente.

«Maldita sea». Jake se acomodó nuevamente y se esforzó en mantenerse tranquilo.

—El ecoterrorismo no es exactamente nada nuevo. —Tom sonrió con su estilo suave y desagradable, como si de verdad estuviera disfrutando de la conversación—. A decir verdad, depende de qué tipo de ecoterrorismo estemos hablando, y la información que obtenga va a ayudarnos a identificar y definir a esos tipos. Si algo está sucediendo, y estamos casi convencidos de que así es, se convertirá en un asunto público tarde o temprano.

—¿Se refiere a la corriente en chorro...?

—No. Nosotros hicimos eso —interrumpió bruscamente—. La desviamos hacia las llanuras para forzar a los malos a salir al descubierto, cosa que hicieron, aunque escasamente. El clima no es sencillo de ocultar, y tampoco lo son los desastres que, inevitablemente, le siguen. Y no me refiero a correos electrónicos discutiendo quien va a beber qué en el nuevo porche de Trent Lott una vez que bajen las aguas. — Comenzó a jugar con el lápiz entre los dedos, con movimientos tensos y controlados—. Cualquier tormenta importante proporciona a los lunáticos una nueva plataforma, y el *Katrina* fue para ellos como si llegara la Navidad por adelantado — continuó—. Entre los que descubren rostros entre las nubes, acusan a la Agencia Federal de Manejo de Emergencias (FEMA) de permanecer a distancia por los campos de plasma y rayos de partículas activados por el gobierno, o acusan al cuerpo de ingenieros del ejército de dinamitar los diques, o a la Agencia de usar mecanismos de control para diezmar una zona de fuerte presencia del Partido Demócrata. —Se detuvo y miró a Jake a los ojos—. Estoy seguro de que hay más teorías, pero ya te haces una idea. Cuando llegó el momento de las comparencias sobre el *Katrina*, los lunáticos bien podrían haber bailado desnudos en la avenida Pennsylvania, porque tenían tanta cobertura de los medios como si de verdad estuvieran haciendo

semejante cosa. No queremos que eso vuelva a suceder.

—¿Qué papel represento yo en todo esto?

—Nos vas a dar lo que necesitamos para detener lo que ya está sucediendo y para controlar la discusión cuando suceda. La discusión pública sobre cualquier hecho vinculado a la manipulación o control meteorológico se vuelve, de modo inevitable, una pesadilla de relaciones públicas. Si uno menciona ligeramente el sembrado de nubes ya tiene a los ecologistas atacando por un lado, el uso del agua, el uso de la tierra y las agrupaciones agrícolas desde, por lo menos, otras seis direcciones, los constructores de viviendas, y además la industria del turismo. Los políticos comienzan a hacer ejercicios de precalentamiento vocal y los miembros de los servicios de inteligencia tienen que acusar el golpe una vez más. Los únicos que están contentos son los científicos, porque finalmente alguien les va a preguntar su opinión. —Tom se enderezó bruscamente y se inclinó hacia Jake, con expresión seria y furiosa—. Pero me importan un rábano todos ellos. *Katrina*, *Rita* y *Wilma* revolviéron suficiente mierda en la caldera pública que incluso aquellos que deberían estar más al tanto comenzaron a ponerse nerviosos. Y no sólo en el Canal Meteorológico. También estaban fuera, sudando nerviosos los de la CNN, la Fox y la maldita MTV. Así que recuerda esto cuando estés haciendo tus cálculos, Jake. Además de averiguar quién está haciendo qué, por qué y cómo, para mí es prioritario asegurarnos de controlar cualquier debate. —Hizo una pausa, reclinándose de nuevo en su silla, con los dedos inmóviles a unos centímetros del lápiz—. ¿Alguna pregunta?

—Sí.

Tom se pasó una mano por el pelo, como un gesto para restablecer su dominio.

—Ahora es un buen momento para hacerla.

Jake sabía que no valía la pena esperar una promesa de respuestas verdaderas.

—¿Qué es lo que se supone que tengo que descubrir? Específicamente.

—Patrones climatológicos locales y las razones de su existencia.

—Con todo respeto, la mayoría de los patrones climatológicos del mundo han sido documentados durante décadas, si no...

—Lo que hace que tu trabajo sea más sencillo —replicó Tom—. Evidentemente, no estamos interesados en *El Niño* o el *Expreso Siberiano*. Queremos patrones locales. Muy locales, en algunos casos, y necesitamos saber qué los diferencia de la norma, o entre sí. Por ejemplo, ¿cuáles son los parámetros que influyen en la manera en la que los vientos de Santa Ana afectan a una localidad en vez de a la vecina, o al otro lado de la frontera estatal? Y, por supuesto, necesitamos saber cuáles son las anomalías y su causa, y si se repiten en otra parte en condiciones similares.

«Por supuesto».

—En otras palabras, ¿quiere que identifique microclimas y que les tome las huellas dactilares?

El joven vampiro se permitió el esbozo de una verdadera sonrisa en una de las comisuras de sus labios.

—Sí, eso es lo que queremos que hagas. —Hizo una pausa—. ¿Alguna otra pregunta?

No se trataba de una invitación sino de un cambio de tema.

—No por el momento.

—Excelente. —Empujó el montón de carpetas manila sobre la mesa—. Aquí hay algunas coordenadas más y el material histórico. Puedes enviar tus informes a Candy cuando estén completos. Muchas gracias por tu tiempo.

Jake echó una mirada a Candy, cuyo rostro se mostraba inusualmente inexpresivo, y sintió que el frío se apoderaba de sus entrañas.

—Gracias, Jake —dijo ella.

—Un placer —respondió con soltura, luego se puso de pie, hizo una inclinación de cabeza a ambos y abandonó la habitación.

De vuelta a su escritorio, tres minutos más tarde, echó una ojeada a los nuevos datos que le habían entregado. Dos de ellos eran mapas de coordenadas de algún lugar de la costa central occidental de África, otro era del Valle de la Muerte y el cuarto se situaba frente a las costas de Barbados. Sacudió la cabeza mientras conectaba los cables a su ordenador portátil, y luego se sentó a añadir la información a la base de datos de entrada múltiple que había creado.

Eran más de las ocho de la noche cuando notó que alguien lo observaba a su espalda. Se tratara de un lugar de trabajo seguro o no, era una sensación incómoda. Sin hacer ni siquiera el gesto de enderezar su espalda, hizo girar su silla para mirar hacia la entrada de su cubículo.

—Sólo te ha llevado cinco segundos. No está mal. Por supuesto, si yo fuera de los tipos malos, ya estarías muerto.

Sonrió al ver su pequeña cara de hada rodeada por una nube de rizos rubios.

—Tienes el sentido del humor más extraño que he visto nunca.

—Lo reservo sólo para ti, Jake. —El acento de Candy había vuelto con toda su fuerza, mientras su soltura era traicionada por los oscuros círculos que estaban emergiendo por debajo de su maquillaje—. Confiaba en que todavía estuvieras aquí. ¿Tienes un minuto?

Asintió. Ella se enderezó y con la cabeza indicó hacia la sala de conferencias atravesando la «autopista de cubículos», el ancho pasillo central que dividía en dos la multitud de despachos idénticos que los empleados consideraban su «hogar».

Un minuto más tarde, se encontraban en una de las salas de conferencias más agradables, una que tenía sillas que no hacían ruido cuando alguien se sentaba en ellas y que contaba con una pequeña nevera en una esquina. Ella la abrió y tomó una Coca-Cola Light para cada uno.

—Tom no siempre es tan cretino —dijo ella, alcanzándole a Jake su refresco por encima de la mesa.

—Parecía saber lo que estaba haciendo —respondió con soltura Jake, cosa que hizo reír a Candy.

—Bueno, he dicho, «no siempre», ¿vale? —Ella se sentó en un extremo de la mesa, abrió su lata y vertió el contenido en un vaso—. Todavía no tengo permiso para darte un informe completo, Jake, pero pronto lo haré. Pero pude apresurarlo un poco, lo suficiente para que me permita hacerte saber algunas cosas que se olvidó de mencionar.

—Me aseguraré de enviarle una nota de agradecimiento.

Ella lo miró a los ojos.

—Comprendo. ¿Podemos seguir?

Bebiendo directamente de la lata, Jake asintió con una sonrisa.

—Mientras nos entendamos...

—Te iban a incorporar al proyecto en un mes, de todos modos, cuando éste entrara en su próxima fase. Cuando Wayne murió, yo presioné para que te incluyeran ahora. Por eso estás haciendo todo el trabajo de Wayne. Sé que está fuera de tu ámbito habitual, pero lo que busco es continuidad. —Se esforzó en no bostezar—. Perdón. Anoche dormí poco. Este proyecto es interdisciplinario, como bien sabes. Todos estamos involucrados de una u otra forma, pero quien lo coordina es el Centro Antiterrorista y tenemos que apresurarnos. Dentro de poco aceleraremos la marcha.

—¿Acelerarla hacia dónde?

—Oh. Tú estarás colocado en el centro de todo.

Él parpadeó.

—¿Va todo bien? —le preguntó, hablando por el borde de su vaso.

—Soy meteorólogo.

—Me refiero a tu salud. Has puesto una expresión un tanto rara.

—Estoy bien, sólo que sorprendido de que me mandes hacer trabajo de campo.

—Podría haberlo dicho de otro modo, ¿no? ¿Aún quieres hacerlo? Eres ex militar, ¿verdad?

—Semper Fi. Y, demonios, sí, todavía quiero hacerlo.

—Es lo que pensé. —Tomó otro sorbo—. No irás de incógnito, por si es eso lo que ha provocado tu extraña expresión. Simplemente estarás involucrado en los trabajos de campo. Cosas de técnico.

—Eh, no ha pasado tanto tiempo. Todavía puedo...

—No irás de incógnito —le repitió suavemente.

El escaso énfasis en aquellas palabras le dejó claro que su decisión no era negociable y una parte de él que ya había comenzado a oler a cordita en medio del húmedo aire de la selva volvió para reconocer el aire filtrado de Langley.

Candy se enderezó en su silla, con las manos entrelazadas primorosamente sobre la mesa frente a ella.

—Como te he dicho, no puedo contártelo todo, Jake, pero puedo decirte que, en estos momentos, estamos haciendo una búsqueda amplia. Inteligencia y Operaciones están involucradas, naturalmente, y DS y T vigilan la retaguardia. Hemos tenido que salir en busca de algunos expertos, pero es un excelente equipo. La gente de Seguridad Territorial y los militares están representados, obviamente, pero también tenemos vulcanólogos y sismólogos, especialistas en avalanchas y toda una serie de físicos atmosféricos con especialidades que van desde la estructura de las nubes a las explosiones solares, incluso estamos buscando entre los locos conspiradores que siguen mascullando sobre campos de plasma y control mental electromagnético. ¿Cuál es la película de Tommy Lee Jones en donde maldice porque tiene que investigar en cada gallinero, en cada perrera y en cada letrina?

—El Fugitivo.

—Ésa. Me encanta ese tío. —Se quitó los zapatos de tacón alto de color rosado y se acomodó en la silla, con los pies bajo su cuerpo—. Estamos buscando anomalías climáticas no específicas, sutiles, lo que hace que encontrar la vieja aguja en el pajar parezca una tarea mucho más sencilla. Tú estás en primera fila, Jake. Necesitamos todo lo que puedas conseguir tan pronto como te sea posible. A pesar de que Tom parezca un cretino —y lo es—, tiene una mente abierta. Ninguna teoría será rechazada de plano. Mi padre solía decirme que uno nunca tiene que pelear con un cerdo en una pocilga porque ambos se ensuciarían, pero el cerdo disfrutaría, y a veces ésa es la única manera de ganar.

Jake la miró fijamente.

—¿Qué demonios se supone que quiere decir eso? —le preguntó tras un instante, y ella, como única respuesta, se rió.

—Mi padre era criador de cerdos, por eso le gustaban las referencias porcinas. Era también un filósofo de granja, y le encantaba decir que no importaba una mierda si la experiencia era buena consejera a menos que uno aprendiera algo de ella. Bueno, a mi modo de ver, en gran medida los ataques del 11 de septiembre fueron posibles por el factor de incredulidad. La idea de usar aviones como arma había sido sugerida un par de años antes de los ataques, pero no hubo suficiente gente que se tomara semejante idea en serio simplemente porque les parecía demasiado absurda. Hubo muchos que dijeron que la logística, el entrenamiento y todo lo necesario para llevar a cabo el ataque era demasiado complejo, demasiado arriesgado... hasta que alguien lo hizo. Y no fue un solo ataque, sino cuatro ataques coordinados. Fue entonces cuando la gente se dio de cuenta que nos enfrentábamos a un ejército de locos que estaban dispuestos a tomarse todo el tiempo del mundo para matarnos. —Se encogió de hombros—. Bueno, diseñar métodos para usar el clima como un arma sería aún más

largo y costoso, y es todavía más absurdo imaginarse que tendrán éxito, pero, ¿sabes qué? Está sucediendo. —Hizo una pausa, ofreciéndole una delicada sonrisa—. El tipo de gente que piensa en esas cosas mide el tiempo con la eternidad como telón de fondo, Jake, mientras que muchos de nosotros lo medimos contra el tráfico en la autopista GW o el cierre de la bolsa en Nueva York. Tenemos que combatir locura con locura, Jake. Como te he dicho, ninguna idea, ni loca ni cuerda, será descartada sin ser analizada.

Él sonrió con amargura.

—¿Y las posiciones?

—Algunos son lugares de interés y otros son blancos potenciales que queremos evaluar.

—¿A quién estamos observando?

Ella dejó transcurrir un minuto antes de dejar escapar un lento suspiro.

—Se supone que tengo que decirte que no puedo revelártelo, pero lo cierto es que no lo sabemos. Todo este asunto es algo que ha estado dando vueltas durante décadas, como antes mencionaste. Ni siquiera estoy segura de la razón que llevó a alguien a tomárselo en serio, pero el nivel de amenaza en este asunto ha cambiado recientemente de «demonios» y ahora está firmemente en el nivel «por todos los demonios». No estoy segura de cuál es el nivel que le sigue, pero no me sorprendería que fuera «pónganse a cubierto». —Reprimió de nuevo un bostezo y lo miró como pidiéndole disculpas—. Lamento que debas quedarte después de tu horario laboral, cariño, pero necesitas revisar los archivos. Tráete una mascarilla contra el polvo y una linterna de minero. Tienes permiso para revisar material que probablemente no haya sido examinado desde hace décadas. No sé si algo de todo eso te servirá de ayuda, pero podría proporcionarte algo de contexto. Hazme saber si necesitas algo.

—¿Como qué? ¿Más información? —El sarcasmo no era el mejor camino para hablar con Candy, pero ella lo entendió.

Se levantó y se puso los zapatos.

—Te he dicho todo lo que puedo decirte. Tan pronto como pueda mencionarte alguna otra cosa, lo haré. Entretanto, ve a cubrirte de polvo. Te sentará bien.

Ella abandonó la sala de conferencias con una sonrisa forzada, dejando que Jake asimilara todo lo que había averiguado en las últimas horas.

En última instancia, alguien estaba manipulando el clima, y si la CIA no sabía quién era o cómo lo estaban haciendo, entonces no se trataba de ninguno de los sospechosos habituales. Eso quería decir que nadie sabía cuál era el motivo o el planteamiento. Y eso era lo más enervante de todo.

Capítulo 9

Martes, 10 de julio, 23:30 h, Campbelltown, Iowa.

Carter estaba concluyendo su larga jornada exactamente donde había comenzado. La luna, acercándose a su plenitud, resplandecía en medio de un cielo brillante y estrellado, iluminando los campos y la laguna e inundando su despacho con su suave luz plateada.

—Supuse que te encontraría aquí.

Alzó la vista y vio a su esposa, Iris, de pie junto a la puerta, sonriéndole. Su cabello estaba cepillado y suelto sobre los hombros, del modo que a él le gustaba, cuando estaban solos. Antes había sido rubio, pero ahora era una mezcla de gris y plateado. Todavía tenía un aspecto estupendo con su albornoz azul oscuro. Él se lo había dicho durante la luna de miel y cada bata que había tenido desde entonces había sido azul oscuro. Carter le sonrió.

—Mi trabajo nunca termina.

Ella se rió brevemente, entró en el despacho y se sentó en una de las sillas frente a su escritorio.

—Estoy a punto de acostarme. ¿Vendrás pronto?

—Sí. Pronto. ¿Cómo estás tú, querida?

—Estoy cansada. Pero, a pesar de todo, ha sido un buen día. Un día encantador. Apenas puedo creer que hayan pasado cuarenta años —dijo suavemente.

—No habría llegado hasta aquí sin tu ayuda.

Ella sonrió.

—Sí, lo habrías hecho. Tú consigues lo que te propones, Carter. Siempre lo has hecho.

Él aceptó el cumplido con una sonrisa. Era una buena mujer. Supo que se trataba de la mujer ideal la primera vez que la vio. Y no se había equivocado. Se habían trasladado de la zona rural de Iowa, el único hogar que ella había conocido, a Washington, D.C., con unas cuantas lágrimas y ninguna queja. Ella había soportado cada uno de sus fracasos con estoica lealtad e inagotable fuerza interna, y cada triunfo con una tranquila dignidad.

En el fondo, Iris era tímida y no le gustaba dejarse ver demasiado. Prefería mil veces quedarse en casa para cuidar de su familia. Pero a medida que las empresas aumentaban y él le pedía que apareciera junto a él o, a veces, sola, ella había manejado cada situación con genuina gracia y paciencia de santa. Era una mujer extremadamente buena y, desde el principio, había demostrado ser digna de su confianza y afecto.

—Has hecho un excelente trabajo, Iris. Gracias.

—Meg dijo que ya estabas levantado cuando ella salió a correr esta mañana.

Él asintió, volviendo la cabeza, mientras observaba con el rabllo del ojo el informe televisado de un campamento arrasado por las aguas en un cañón del desierto. «Noticias de última hora» parpadeaba en la parte inferior de la pantalla, debajo del logo de Fox News. Carter buscó el mando y subió el volumen.

—... la tragedia de esta mañana en el Valle de la Muerte. Un helicóptero del Servicio de Parques que estaba haciendo un informe sobre una tormenta insólita descubrió el campamento arrasado de un grupo de estudiantes universitarios. De acuerdo con el Servicio Nacional de Meteorología, las fuertes lluvias tuvieron lugar antes del amanecer y duraron menos de una hora, pero descargaron cinco centímetros de agua sobre el reseco suelo desértico. Los ocho estudiantes de diecinueve años que estaban haciendo una marcha por el Valle de la Muerte como parte de una campaña para reunir fondos para un amigo que había sido diagnosticado de cáncer, estaban, aparentemente, durmiendo cuando una inundación repentina causada por la tormenta atravesó el desfiladero en donde habían acampado. Conectamos ahora con Carmella Noyes, que se encuentra en el lugar, en el Valle de la Muerte. Carmella, ¿hasta qué punto es insólita esta tormenta...?

Carter apretó un botón para silenciar el aparato.

«Cinco centímetros en menos de una hora. En el desierto».

La temperatura del aire en la zona afectada a las dos y media de esa mañana había sido de 36° con una humedad relativa del 11 por ciento. Y él había creado en ese ambiente hostil no sólo nubes, sino nubes que habían producido cinco centímetros de lluvia en menos de una hora. Cruzó las manos sobre el escritorio para ocultar el temblor y respiró profundamente, para contener la emoción, antes de volverse a su mujer, que había emitido un suave sollozo.

«Ella sabe que no debe hacer eso». Sintió que fruncía el entrecejo.

—¡Qué tragedia! —Ella lo miró a los ojos, con los suyos llenos de lágrimas, y sacudió lentamente la cabeza—. Eran tan jóvenes...

Carter suspiró.

—Estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado, Iris. Es una coincidencia desafortunada y una condenada vergüenza. Enviaremos un donativo para su causa.

—Carter —comenzó Iris, su voz casi un susurro—, por favor, dime que no sabías que estaban allí. Que fue un...

—Tal y como sucedió, no sabía que estaban allí. Pero no hubiera detenido la prueba de haberlo sabido, Iris. Ya ha pasado antes. Y volverá a pasar. Lo evitamos cuando podemos, pero la ciencia siempre ha exigido sacrificios. Tú lo sabes.

—Pero...

«¿Está discutiendo conmigo?». Frunció todavía más el entrecejo y empezó a

sentir un ligero enfado.

—No hay peros, Iris. La prueba ha sido un éxito. Un éxito clamoroso. Raoul ya está saliendo del país para mejorar los procedimientos, y luego podremos comenzar a hacer lo que siempre quisimos. Lo que hemos hablado durante estos treinta años. Se puso de pie y rodeó la mesa para tomarle la mano. Ella se levantó de su silla y dejó que sus brazos la rodearan mientras se acurrucaba contra él. Su calor, sus curvas reconfortantes se fundían contra su cuerpo al igual que lo habían hecho hacía cuarenta años.

—Carter, sabes que estoy orgullosa de ti. Has conseguido tanto... Y eres muy bueno en querer usarlo para hacer el bien —murmuró—. Pero, como madre, no puedo dejar de pensar en...

—No. —Agarrándola suavemente de la barbilla para obligarla a mirarlo, Carter se aseguró de sonreír con amabilidad aunque su voz fuera firme—. No, Iris, no puedes concentrarte en esos muchachos. Concéntrate en los resultados. Como madre, deberías estar pensando en todos los niños que se salvarán. En todos los niños cuyos padres nunca han visto llover, que nunca han conocido nada salvo el calor y el polvo. En las generaciones que sólo han vivido en un campamento para refugiados, que nunca han comido nada que no les fuera lanzado desde el remolque de un camión. Vamos a salvarlos, Iris. Vamos a salvar a muchos de ellos. —Le dio un beso en la frente y la abrazó con fuerza, abrazo que ella correspondió.

—¿Hacia dónde va Raoul?

—Al Caribe.

Su cuerpo se puso rígido contra el suyo, y él supo que ella estaba conteniendo el aliento. La furia volvió a invadirlo nuevamente, y nuevamente él la controló.

—Pero la última vez... Las pruebas que hicieron salieron tan terriblemente mal... Esas tormentas fueron tan terribles, y entonces... —Sintió que su pecho se alzaba contra el suyo, cuando tomaba aliento. Eso no impidió que se le quebrara la voz—. No va a ser como la última vez, ¿verdad, Carter? No va a ser como el *Mitch*, ¿verdad? —le susurró contra el pecho—. ¿O el *Iván*? Esas tormentas fueron devastadoras. Murió mucha gente.

Carter apretó los dientes. ¿Cuántas veces le había dicho que los errores era mejor olvidarlos una vez que uno aprendía las lecciones que ofrecían? Y él había aprendido mucho de los errores cometidos nueve años antes. Sus primeros experimentos de campo en manipular un huracán habían tenido resultados desastrosos. Había estado demasiado ansioso, demasiado lleno de orgullo, para atemperar su entusiasmo. En vez de proceder con moderación y cuidado, había intentado obtener grandes resultados. La naturaleza, bajo la forma del huracán *Mitch*, le había respondido con un fuerte golpe.

Al ser una de las tormentas más fuertes y destructivas del siglo XX, *Mitch* dejó a

los meteorólogos confundidos mientras observaban cómo su intensidad crecía y decrecía y volvía a aumentar. Su mortífero y accidentado recorrido no tenía precedentes y era virtualmente impredecible, su fuerza destructiva casi incalculable. Once mil personas habían muerto; varios miles más habían desaparecido o habían sido desplazadas cuando la tormenta llegó a su fin. *Mitch* casi había destruido a un país; nueve años después, Honduras todavía estaba recuperándose.

Lo único que Carter había podido hacer para reparar los daños había sido el envío de personal de Ingeniería Coriolis a la zona afectada cuando la zona fue mínimamente segura.

Y él había aprendido la lección de la naturaleza. Había esperado, rehaciendo sus cálculos y sus equipos, y tres años más tarde lo había intentado nuevamente. Su intervención en el huracán *Iván* había sido mejor. La tormenta había sido torpe y errática, pero también poderosa, y eso en sí mismo, ya era un triunfo. El recuerdo de los errores del principio era completamente innecesario. E Iris lo sabía.

—Pensé que tenías fe en mí, querida —le dijo con calma, aunque había un tono desafiante en su voz.

Ella se aferró a él con más fuerza.

—Ah, Carter, claro que la tengo. Tú sabes que es así, pero...

Tranquilizado, la abrazó todavía con más fuerza, para luego separarse un poco, sosteniéndola mientras la miraba directamente a los ojos, a aquellos amorosos pero atemorizados ojos azules.

—Sin peros, Iris —le repitió, suavemente—. La gente es la variable inconstante. Siempre lo será. Pero ahora yo puedo controlar otras cosas. Sabes que puedo, ¿verdad? —La sacudió levemente—. ¿Verdad?

Todavía con los ojos muy abiertos, silenciosa, asintió.

Satisfecho, aflojó sus manos sobre los hombros.

—No será como el *Mitch*. Te lo prometo, querida. No será ni remotamente parecido al *Mitch*.

Incluso cuando las palabras tranquilizadoras brotaban de su boca, Carter supo que su dulce y gentil esposa había vuelto a inspirarlo.

Era cierto que no había mejor modo de concentrar la atención de la gente en la fragilidad de la vida, en el poder de la naturaleza y la vulnerabilidad de las estructuras construidas por el hombre que los sencillos métodos que brindaba la misma naturaleza.

El mundo, y el presidente, necesitaban aprender una lección.

Y lo que Carter necesitaba enseñarles es que la lección era una tormenta.

Jueves, 12 de julio, 11:00 h, quinientas millas al este-noreste de Barbados.

Raoul escuchó la áspera voz de Carter a través de sus auriculares y casi la ignoró por completo, aunque parte de su atención se alteró.

No se estaba haciendo viejo para estas cosas; se estaba aburriendo demasiado.

Los primeros años, cuando todavía se concentraban en las verdaderas investigaciones, habían sido interesantes. Hacer todas aquellas pruebas mientras probaban la fuerza del láser y los ciclos de vida de los sensores había sido un desafío, y trazar los cursos para encontrar las zonas de mal tiempo e inmiscuirse en ellas había sido un cambio con respecto a lo que los pilotos solían hacer, es decir, buscar recorridos para evitarlas. Pero eso había sido hacía más de una década. Durante los últimos cinco años, cada prueba había sido más o menos idéntica a la anterior. Cambiaba el escenario y, ocasionalmente, el grupo de trabajo, pero los procedimientos y los resultados eran esencialmente los mismos, con pequeñas variaciones.

El último y auténtico periodo de entusiasmo había tenido lugar en los noventa, cuando Carter había comenzado a jugar con los huracanes. «Maldito loco». Al principio había alterado deliberadamente las cosas en el este de África, para dar comienzo a algunas tormentas. Hasta donde Raoul había captado, ése había sido el primer error de Carter. Las inundaciones habían crecido fuera de control demasiado rápido.

No se juega así como así con el Nilo.

A menos que uno sea Carter Thompson, que creía que estaba en su derecho, puesto que su empresa sería llamada a reparar la infraestructura arrasada.

Cuando finalmente consiguieron actuar sobre una tormenta que se comportó como ellos quisieron, y que se desató sobre el Atlántico, Carter había decidido usarla para probar su nuevo equipo, un láser que podía sobrecalentar áreas de la superficie del océano. Había sido hacia finales de la temporada de huracanes en 1998. Carter había intentado, sencillamente, incrementar las lluvias aumentando la cantidad de vapor de agua en el aire. Lo que había obtenido fue el huracán *Mitch*, que destruyó el Caribe y América Central. Carter, nervioso como nunca lo había visto Raoul, canceló el resto de los trabajos de campo —«eso fue un maldito milagro»— y no intentó una versión más actualizada hasta 2004. Aquella debacle dio lugar al *Iván*, que asoló la mayor parte del sureste estadounidense.

Después de eso, Carter se había vuelto más precavido y más paranoico y había comenzado a espaciar las pruebas en lugares más lejanos. Como resultado, Raoul había tenido menos trabajo y más tiempo para pensar en lo que estaba haciendo.

Y lo que estaba haciendo era despreciable.

Podía haberlo dejado de lado como una crisis de conciencia de la madurez, pero lo cierto es que ya no podía engañarse en creer que las actividades de la fundación eran tan altruistas como alguna vez habían sido. Raoul se había hecho millonario en

algún momento en los últimos años, lo cual iba más allá de que había imaginado, pero el ansia por algo realmente apasionante que lo había impulsado alguna vez había desaparecido. No quedaba en él ni rastro de entusiasmo. Carter lo sabía y Raoul estaba seguro de que, en parte, ése era el motivo por el que estaba a dos mil metros sobre el Atlántico central en ese momento. Carter había dejado claro que no permitiría que Raoul se retirara sin enfrentarse a él, y a Raoul le parecía que ambos eran conscientes de que el momento de esa contienda se estaba acercando.

Ajustó el volumen de sus auriculares y respondió a la segunda llamada.

—Nos estamos acercando —dijo, concentrándose por completo en el banco de nubes que veía al frente y por debajo de él—. Dejaremos caer el sensor al contar ocho e iniciaremos el láser en uno. Cambio.

—Proceda, Tierra-Cuatro.

Su copiloto comenzó la cuenta atrás y el director de vuelo lanzó el sensor e inició el láser de acuerdo con el plan. Las nubes, por debajo, burbujearon, y el avión se balanceó ante la repentina turbulencia. Raoul inclinó el aparato y aumentó la altura, mirando el caldero bajo sus pies con ojos desapasionados.

Era otra tormenta de mierda, otro dólar de mierda. Tal vez el último.

Capítulo 10

Después de flotar resacos y ligeros durante tanto tiempo sobre tierras ardientes, los vientos cargados de polvo habían alcanzado el mar y se habían expandido sobre el cielo infinito. Impregnados con sal y pesados por el vapor de agua, vagabundearon sin rumbo sobre las olas, formando espirales perezosamente mientras se elevaban y caían sobre los torbellinos tropicales. Las corrientes más frías les impedían alcanzar los cielos. El calor del agua bajo el sol los mantenía a flote, mientras se dirigían, sin prisa, hacia el oeste.

A más de tres mil metros por debajo de esos torbellinos, a lo largo de la extensa y zigzagueante costura en donde las masas continentales del norte se separan y el mar se ensancha inexorablemente, formas de vida bullían en torno a una serpenteante cadena de escarpadas chimeneas hidrotermales.

Las chimeneas funcionaban de acuerdo a los imperativos de la naturaleza tal como lo habían hecho durante miles de años. Sin agenda, sin conciencia de las consecuencias o propósitos, habían sentado las bases para las civilizaciones y el comercio, para el arte, la codicia y la guerra, mientras sus efluvios tapizaban los ancestrales lechos oceánicos con cobre, oro y otros metales que el hombre finalmente descubriría y querría apoderarse de ellos. Las chimeneas, de pie por sí solas, muchas elevándose seiscientos metros sobre el lecho marino, y agrupadas de forma intermitente en una línea que se extendía más o menos paralela al centro, eran el camino para las nubes tóxicas de minerales sobrecalentados que la tierra liberaba desde sus entrañas.

Sin cesar, ese flujo primitivo y elemental emergía de las cámaras verticales a temperaturas que alcanzaban los 400° C y que se combinaban con las densas y heladas aguas que daban nacimiento a una impenetrable y venenosa niebla negra que brotaba con furia infernal. Empujadas hacia lo alto por presiones inimaginables desde la chimenea, las oscuras nubes alteraban su densidad, su composición química, su salinidad, hasta que eran inevitablemente modificadas y se volvían indistinguibles, formando parte del océano. Su espantoso calor también se disipaba durante esa transformación.

Al alcanzar las corrientes superficiales, las columnas de agua caliente representaban apenas poco más que la eterna contribución de la tierra a la constante e intemporal corriente que cruza las cálidas aguas africanas hacia las templadas costas de las islas del Caribe y América del Norte antes de regresar hacia el este para llevar su calor a Europa.

Ese día, sin embargo, la superficie de la tierra se deslizó imperceptiblemente, acelerando infinitesimalmente el movimiento del magma a través de sus cavernas. Con el ritmo alterado, una sola onda de calor ardiente se movió por el mar de roca

fundida con una intensidad diferente hasta que encontró una cámara de ventilación y la repentina reducción de presión sobre la misma provocó que la onda liberara el exceso de energía y así volviera a la entropía.

Al salir hacia fuera con más fuerza de la habitual, los líquidos expulsados y sobrecalentados se elevaron más, más cálidos y rápidos a causa de la columna de agua. Y al hacerlo, cuando se abría paso hacia la distante superficie, su contenido era, en gran parte dispersado, su furia prácticamente mitigada, reteniendo apenas una fracción del calor de su nacimiento.

Aun así, la temperatura era mayor que la del agua circundante.

Los antiguos vapores geotérmicos almacenaban suficiente calor como para ampliar la superficie de la onda que se rompió al liberarse, y para extender de forma mínima el errático golpe de la ola contra el viento. El aire, ligeramente más tibio, que se elevaba de la superficie chocó contra las partículas viajeras que descansaban sobre la lánguida brisa que atravesaba suavemente el medio del océano.

Animadas por el golpe de calor húmedo que se elevaba de las aguas, los itinerantes remolinos lo abrazaron. A medida que los remolinos se elevaban en un círculo cada vez más intenso, su velocidad, calor y humedad resultaron una atracción irresistible para otros bancos de aire tórrido. Los vientos en espirales se dirigieron hacia los pintorescos cirroestratos en lo alto, como un derviche novicio practicando su arte.

Veinte minutos más tarde, una flecha de calor intenso, resultado de la mano del hombre, cayó desde lo alto, sellando el horno de los vientos circulares. Los fotones se esparcieron, evaporando moléculas de vapor de agua y transformando la energía latente en la célula de una tormenta embrionaria. Recuperándose apenas de la instantánea agitación y furia, el aire, sobrecalentado, se dirigió a lo alto, trepando cientos de metros a la vez que su apetito por el aire denso y tibio por debajo se volvía voraz, absorbiéndolo y devorándolo.

Ahora, como parte del emergente vórtice, las partículas volverían a reunirse en un distante aterrizaje.

Capítulo 11

Jueves 12 de julio 12:00 h McLean Virginia.

Jake estaba a punto de apagar su ordenador cuando escuchó el tenue tintineo que le anunciaba la llegada de nuevos correos electrónicos. Sabía que podía ignorarlos con tranquilidad. No estaba esperando nada urgente, y además, ya estaba de pie, preparado para dirigirse hacia la gran cafetería a comer y darse un respiro del brillo electrónico de las pantallas de los ordenadores. Pero, como todos en ese lugar, era un adicto, así que pinchó en el icono de su barra de control. Su programa de correo electrónico apareció en pantalla desplegando once mensajes nuevos, clasificados por color, según el remitente. Sólo uno le llamó la atención.

Se volvió a sentar y pinchó para abrir el mensaje del informe del Servicio Nacional de Meteorología de los Estados Unidos. Hacía casi una hora, un rápido e imprevisto aumento de intensidad había convertido una depresión tropical sin nombre en la tormenta tropical *Simone* del Atlántico Central.

Se olvidó de la comida.

Jueves, 12 de julio, 12:10 h, Distrito Financiero, Nueva York.

—¿No recibiste mi correo electrónico o estás intentando decirme algo?

Kate giró en su silla y vio a Lisa Baynes, la adquisición más reciente del personal meteorológico, de pie junto a la puerta, con las manos en las caderas. Dos años antes de obtener su licenciatura, Lisa ya había sido tentada por la mayoría de las sociedades de Wall Street. Kate le había hecho una oferta que ella no pudo rechazar —más dinero, una oficina con puerta, más un generoso plus para el taxi— y ella dejó, feliz, una de las grandes compañías financieras en la calle próxima, para trabajar para Coriolis.

Kate enarcó una ceja, mirándola con fingido enfado.

—¿Qué te parece un «estás despedida» porque te negaste a ayudarme cuando me viste en la carpa conversando con Ted Burse?

Lisa levantó las manos en señal de rendición.

—Eh, no me digas nada. No me quedó más remedio que sentarme a su lado durante el vuelo de vuelta y estaba dispuesta a suicidarme antes de que subieran el tren de aterrizaje. Además, en ese tipo de fiestas, cada mujer tiene que arreglárselas por sí misma.

—Ése es el espíritu de equipo.

—El martirio no estaba incluido en mis competencias cuando me contrataste.

Kate se rió.

—¿Cuándo enviaste el correo electrónico?

—Hace diez minutos.

—Entonces aún no lo he recibido. Lo tengo regulado para actualizar mis correos cada veinte minutos.

La joven abrió los ojos con asombro.

—¿Lo dices en serio? ¿Y si sucede algo? Algo que sea importante.

—Sí, lo digo en serio. En caso contrario, nunca podría terminar nada. De los aproximadamente trescientos correos que recibo a diario, la mayoría son innecesarios o meros ejercicios para cubrirse las espaldas. Si algo importante sucede, aquel que necesite que yo me entere de inmediato me puede llamar —respondió Kate, encogiéndose de hombros—. ¿Qué querías que supiera?

—Me preguntaba si tenías algo previsto para el almuerzo.

—No tengo planes. ¿Adónde vas?

—Vamos a ir al puesto del vendedor de perritos en Pine y luego nos sentaremos en las escaleras del Chase Plaza para que nos dé un poco el sol.

—Me parece bien. Cualquier cosa con tal de escaparme de los blogs. Se están volviendo locos con las audiencias en el Senado. Los mercados también se están preocupando —dijo, mientras tecleaba la contraseña para bloquear su ordenador.

—Kate, hablando de forma oficial, no tengo ni idea de qué audiencias me estás hablando —respondió Lisa—. Pero creo que quiero cambiar de trabajo. He pasado la mañana haciendo dos cosas: mirando esos dos frentes de baja presión que se agitan sobre la llanura, intentando adivinar qué van a destruir, y colgando el teléfono cuando los agentes bursátiles quieren saber exactamente eso. Prefiero leer blogs.

Kate se puso de pie y agarró sus gafas de sol. Cerró la puerta de su oficina al salir, sonriendo.

—Tienes que esforzarte para llegar a ello. Además, no he dicho que sea lo único que he estado haciendo. También me he dedicado a despachar a los agentes de bolsa. Estoy tratando de averiguar si alguna de esas depresiones tropicales va a hacer algo.

—Sí, ¿qué sucede con eso? Están alineadas a lo largo del Pacífico como las Rockettes esperando salir al escenario.

Kate se encogió de hombros y se rió mientras atravesaban el salón de compraventa de acciones, que estaba funcionando con su habitual y constante barullo.

—No tengo ni idea. Las dos que hay sobre el Atlántico no me preocupan, pero deseo que los sistemas del Pacífico se despejen. Aunque sólo uno de ellos alcance el rango de tormenta tropical, nos veríamos con malas noticias. Todavía es la estación de los monzones al otro lado del charco. Dijiste que «nosotras» íbamos a almorzar. ¿Quiénes somos «nosotras»?

—Elle Baker. Está trabajando para Davis Lee en un proyecto especial y todavía no conoce a mucha gente. ¿Sabías que antes trabajaba para la Casa Blanca?

—Algo he oído. La he visto por ahí, pero no nos han presentado.

—Me senté a su lado en el vuelo de vuelta. Es agradable. Un poco callada pero lo suficientemente interesante como para conversar con ella, si consigues hacerla hablar. Es del interior. —Lisa se encogió de hombros—. Minnesota, Montana. No sé; creo que empieza con M. Buena chica, me ha dado la impresión.

—Si tú lo dices... Tienes veinticuatro años.

Lisa se encogió expresivamente de hombros.

—Eh, te recuerdo que soy de Trenton. Allí dejas de ser niño cuando cumples los diez.

Reprimiendo una sonrisa mientras daban vuelta a la esquina, Kate se detuvo frente al ascensor del banco en donde Elle estaba esperándolas. Había visto a Elle de pasada unas cuantas veces y todas había pensado lo mismo: aquella joven existía en la encrucijada en donde la elegancia se cruza con la falta de estilo. Elle era delgada y alta pero solía vestir ropa que parecía diseñada para una adolescente en una escuela privada; hoy llevaba unos pantalones caqui de pierna estrecha, zapatos negros de tacón bajo y una amplia camisa de botones. Su melena rubia, de corte sencillo, estaba atada en una cola de caballo demasiado apretada, y unos pequeños pendientes hacían que sus orejas parecieran más grandes y prominentes de lo que eran. Tenía dientes muy blancos y una sonrisa agradable y perfecta, lo que, de algún modo, le daba a su apariencia un tono todavía más extraño.

Lisa hizo las presentaciones mientras el ascensor comenzaba a bajar.

—¿Así que Davis Lee te tiene ocupada? —le preguntó Kate a falta de algo más brillante que decir.

Elle asintió con una sonrisa.

—Todo el tiempo.

—Eso suena a Davis Lee, es verdad. ¿En qué cuestiones estás trabajando?

—Están relacionadas con el aniversario.

Kate parpadeó al escuchar la evasiva respuesta. «No vas a morder el anzuelo tan fácilmente, señorita pantalones ajustados».

—¿Como qué?

Elle la miró, como si estuviera sopesando el cargo y la posición de Kate en relación con la suya, y un segundo después se encogió levemente de hombros, lo que daba a entender su estatus protegido con la sutil precisión de un corte con papel.

—Cosas de Recursos Humanos, en su mayor parte. Estoy trabajando en una historia de las compañías y recopilando información sobre el señor Thompson para una breve biografía. Trabajo con Marketing en las listas de invitados para algunos de los eventos que se están preparando para más adelante este verano. —Hizo una pausa y sonrió—. Ese tipo de cosas.

—¿Una biografía del viejo? ¿Hizo algo interesante además de muchísimo dinero?

Kate se sintió incomoda ante la brusca pregunta de Lisa, pero tenía curiosidad por la respuesta.

—Bueno, comenzó como meteorólogo —respondió Elle—. Sabíais eso, ¿verdad? Y trabajó un tiempo para el gobierno antes de comenzar con su empresa. Creo que cambiar la pura investigación para montar una sociedad constructora es poco habitual. Casi extremos opuestos, si se piensa bien. De puro cerebro a pura fuerza, al menos en los comienzos.

—Sí, claro, eso es lo que quise decir. ¿Qué fue lo que lo hizo cambiar? ¿Lo elevó un tornado y vio a Dios antes de aterrizar en un campo de maíz o algo así?

—Probablemente fue cuestión de dinero, Lisa. Nadie se hace rico trabajando para el gobierno —respondió Kate.

—Ves, ésa es la cuestión —arguyó Lisa—. Él se hizo rico trabajando para el gobierno. ¿Quién crees que le paga por reconstruir todas esas carreteras y puentes? Nuestro rico Tío Sam. Pero a pesar del dinero, pienso que el paso de la investigación a la reconstrucción es extraño. —Miró a Elle—. Entonces, bueno, esto es lo que se me ocurre. ¿Cuántas fiestas más de la compañía habremos de tener este verano para celebrar la extrañeza de su decisión? En la ciudad. No estoy interesada en volver a ver ninguna granja en un futuro cercano, a menos que el presidente vuelva a aparecer.

Elle se rió brevemente ante la pregunta de Lisa.

—¿El presidente o ese George Clooney del servicio secreto de quien no podías dejar de hablar en el viaje de vuelta de Iowa?

—Es curioso que lo preguntes —respondió Lisa algo tímidamente, y miró a Kate—. Hasta que vi a uno de cerca, nunca pensé que yo enloquecería tanto por los hombres que les hablan a sus gemelos.

—¿En vez de hablar sobre ellos? —replicó Elle por lo bajo, provocando una inesperada carcajada en Kate.

«Bueno, la muchacha merece una segunda oportunidad. Tiene sentido del humor, aunque carezca de estilo para vestir».

—¿Has oído las historias de los gemelos confederados, entonces? —le preguntó.

Lisa miró a Kate y a Elle.

—¿De qué estás hablando?

—Davis Lee tiene un par de gemelos hechos con los botones del uniforme de la Confederación de algún pariente suyo. Supuestamente, uno de ellos tiene una marca en donde rebotó una bala salvando así la vida del hombre —explicó Kate, moviendo los ojos—. Habla de ello a todas horas.

—Seguro que no más de una vez por semana —murmuró Elle.

—Son esas cosas que hacen que me jure que nunca saldré con alguien de Wall Street. Su nivel de narcisismo interferiría demasiado con el mío —dijo Kate con una sonrisa irónica—. Tiene que haber muchos tíos parecidos en Washington.

Especialmente en los círculos políticos.

—Muchos —asintió Elle—. Aunque conocer a otros hombres en el trabajo es un desafío si uno no cuenta con una red de conocidos.

—O aunque la tengas —apostilló Kate.

—¿Y qué? ¿No has dejado ningún novio allá en el pueblo? —dijo Lisa, con obvio sarcasmo.

—Rompimos antes de trasladarme aquí —contestó Elle tensa.

Kate se sintió incómoda y cambió de tema.

—Y además de las conversaciones permanentes e inmortales, ¿cómo va todo? Quiero decir, la transición de la Casa Blanca a Wall Street?

Elle se acomodó un mechón de su cabello que se había soltado detrás de su oreja con un delicado gesto e inclinó la cabeza, pensando en la respuesta. Aquel movimiento reavivó la sutil incomodidad que había en el fondo de la mente de Kate. Había algo en Elle que parecía fuera de lugar. No parecía segura ni se vestía lo suficientemente bien para encajar con el estereotipo de la Ivy League/Wall Street, pero tampoco era una muchacha pueblerina de ojos asombrados. Tal vez se tratara de la reina de belleza del pueblecito, teniendo en cuenta su actitud. Y esa leve tendencia al sarcasmo. Sin embargo, la muchacha no era estúpida, y tenía que darse cuenta de que si se maquillaba y se vestía mejor, atraería mucha más atención. Eso hizo que Kate descartara la idea de que Elle estaba simplemente en busca de un marido, algo que había oído decir a uno de los administrativos, chismorreando unas semanas antes. Pero había algo en ella, sarcasmos aparte... No parecía lo suficientemente resistente para Wall Street. Tal vez fuera eso.

Cuando cruzaron las puertas giratorias y salieron a la calle, Elle comenzó a hablar y Kate volvió a prestar atención a la conversación.

—Creo que me he adaptado sin problemas. En cierto sentido, supongo, una oficina es una oficina, y un trabajo es un trabajo. Cambian los detalles, como los compañeros y el tipo de actividad, pero, aun así, tienes que llegar a las siete de la mañana, hacer tus cosas, y después ir a casa y prepararte para volver a hacerlo de nuevo al día siguiente. —Volvió a sonreír—. Creo que el cambio más grande es la diferencia entre vivir en Washington y vivir aquí. Viví allí durante dos años y, aunque llevo aquí poco más de un mes, puedo asegurar que las ciudades son muy diferentes.

—Creía que Washington era bastante cosmopolita —dijo Lisa, mientras esperaban que parara el tráfico en la esquina—. Al menos eso parece por televisión.

—Ah, sí, lo es. Es una ciudad muy sofisticada, pero de una manera diferente a Nueva York. Washington es más pequeña, para empezar. Y yo creo que allí el desafío parece ser del tipo de acumular poder y encajar con el resto, mientras que aquí se trata de acumular dinero y distinguirse de los demás. Incluso la ropa que la gente usa es muy distinta. Allá, reina Brooks Brothers. Aquí, Donna Karan.

—Depende del barrio —señaló Lisa—. En el mío se lleva la lycra brillante de un par de tallas menos y zapatos de tacón de aguja. Por supuesto, sobre todo en las mujeres.

Elle la miró espantada.

—¿En dónde vives?

—En los límites de la ciudad. Bastante en los límites. Digamos que si consigo aguantar sin que me maten hasta la época en que mi barrio se ponga de moda, venderé mi piso y me haré inmensamente rica. —Se encogió de hombros—. Entretanto, es una estupenda forma de acabar con alguna cita indeseada. Invito al tío a mi piso, y tan pronto como le digo la dirección al taxista, mi acompañante decide que está más interesado en conservar su vida que en mí.

Elle guardó silencio unos instantes, y Kate las miró a ambas.

—¿Lo dices en serio? —dijo por fin Elle—. ¿No tienes miedo?

Lisa le lanzó una mirada muy elocuente que reflejaba la diferencia entre las muchachas del interior y las del sur de Jersey.

—¿De qué? ¿De las prostitutas? Me presenté a ellas el día que compré el piso, sólo para que no pensaran que estaba interesada en competir con ellas. Y debo decir que son interesantes una vez que uno las conoce.

—¿Tú las conoces?

Lisa frunció el ceño.

—Bueno... sí. Son mis vecinas. Algunas de ellas. Saben todo lo que sucede en el vecindario. Por otro lado, también pude conocer a unos cuantos policías. Algunos muy guapos.

—¿Agentes del servicio secreto y policías? Creo que tienes un fetiche con la autoridad. Pero si no dejas de hablar de tu vecindario, a Elle le van a dar calambres en las cejas —intervino Kate con una sonrisa—. Entonces, ¿tuviste algún problema para encontrar apartamento, Elle? La ciudad puede ser abrumadora si no sabes desenvolverte en ella. Y el buscar piso requiere que decidas si quieres lidiar con cucarachas o con extorsionistas.

—No. Encontré un sitio de inmediato.

Kate la miró sorprendida.

—Fantástico. ¿Dónde? —le preguntó.

En el mismo momento, Lisa dijo:

—Nadie encuentra un sitio inmediatamente.

—Oh, hummm. —Elle se detuvo y miró a su alrededor, intentando ubicarse, dejando que Kate se preguntara qué es lo que tenía en mente—. Siempre me confundo un poco. Creo que vivo por allí. —E indicó vagamente con la mano hacia las afueras de la ciudad.

—Bueno, espero que sea esa dirección, querida; en caso contrario estarás

viviendo en un barco —dijo Lisa cuando se detuvieron frente al puesto de perritos calientes—. Hola, Yuri, ¿qué tal? Un perrito polaco con todos sus condimentos, amigo, con mostaza y *kraut* extra. Dos pepinillos. Ah, y un zumo *light* de naranja y zanahoria.

Kate hizo un gesto de rechazo.

—Por Dios, Lisa. Eso suena asqueroso.

—Lo que significa que nunca has probado el paraíso —respondió Lisa, inmutable—. Bueno, lo es si uno acaba con un helado de *root beer*.

Elle cruzó una mirada con Kate y se estremeció, y luego pidió un perrito y una botella de agua.

Cuando Kate regresó con ella a la oficina, se sentó, se quitó los zapatos, pinchó para mirar su correo electrónico y examinó los mensajes que había llegado. Treinta y cinco. Los ordenó según su prioridad, respondiendo primero a los más urgentes, y tras veinte minutos abrió el correo general distribuido por el Servicio Nacional de Meteorología.

Inmediatamente abrió el programa que le permitía ver los datos y bajar las imágenes de satélite, y se quedó estupefacta, mirando la pantalla.

«Había vuelto a suceder».

Volvió a mirar los breves vídeos, y luego se concentró en los datos que reflejaban los cambios atmosféricos a medida que habían ocurrido. A primera vista, no había nada que hubiera provocado el aumento de intensidad, y aunque los números parecían excesivos, sabía que los satélites recopiladores de datos eran actualmente demasiado buenos como para dudar de los números.

Haciendo girar la silla para cerrar la puerta, marcó el número del móvil de Richard Carlisle con la otra mano.

—*Simone* —fue todo lo que dijo cuando él respondió.

El silencio duró unos segundos más de lo que había esperado, y eso la puso nerviosa. Se puso de pie y caminó en un estrecho círculo, deteniéndose frente a la ventana. Mirando hacia fuera, sintió, como siempre, que su mirada era atraída hacia el inmenso agujero, ahora un edificio en construcción, en donde un día habían estado ubicadas un par de torres majestuosas. Y, también como siempre, tuvo que apartar la vista antes de que la emoción la embargara.

—Un avión de investigación detectó algunos cambios sísmicos menores cerca de las chimeneas submarinas —respondió Richard con calma—. Las temperaturas del agua lo ratifican. Causas naturales.

—Eso podría explicar el primer aumento, pero no la intensificación que sucedió dieciocho minutos después.

—¿Qué quieres que te diga, Kate?

«Que tengo razón».

—Que no me lo estoy inventando.

—No estás alterando los datos. Eso te lo concedo.

Se pasó la mano por los cabellos, tirando de ellos, con frustración.

—Richard, tienes que admitir que esto es... La velocidad con la que se intensificó hasta ahora y la velocidad del viento están en los límites inferiores de un huracán de categoría 1. Esto no es normal —siseó en el teléfono—. Está sucediendo demasiado rápido.

Él volvió a hacer una pausa.

—¿Vas a venir a cenar?

—Sí.

—Bien. Me dirijo a casa ahora mismo, y parece que ha habido un accidente, así que tengo que prestar atención. ¿Vienes en coche o en tren?

—En tren. El de las seis y veinticuatro. Llega un poco después de las siete.

—Fantástico. Pasaré a recogerte a la estación. Hablaremos entonces.

«Por supuesto que hablaremos».

—Nos vemos luego. —Cortó la comunicación y maldijo por lo bajo mientras aparecía una nueva ventana en la pantalla de su ordenador para recordarle que tenía que coordinar una teleconferencia en cinco minutos.

Jueves, 12 de julio, 18:30 h, Washington, D.C.

Tom levantó el auricular del teléfono de seguridad antes de que terminara de sonar por primera vez. Sólo el equipo de trabajo tenía el número y no era normal que alguien lo usara.

—Taylor.

—Teniente comandante Smithwick, señor.

No se molestó en intentar recordar el rostro que correspondía a ese nombre.

—¿Sí?

—Hace alrededor de dos horas, uno de nuestros navíos rescató a la tripulación de un yate de placer que había zozobrado cuando comenzó a formarse la tormenta tropical *Simone*. Informaron que habían visto a un avión en el área inmediatamente antes de que la tormenta se intensificara.

Se incorporó en la silla.

—¿Qué tipo de avión, comandante? —exigió.

—Estaba demasiado lejos para que ellos pudieran verlo en detalle. No pudieron apreciar marca alguna.

—¿Quién tiene aviones en la zona?

—No había aviones estadounidenses en el área en ese momento, señor. Y un estudio preliminar del radar no corrobora la historia.

—Gracias, comandante. Envíeme lo que tenga y manténgame al tanto.

—Sí, señor.

Colgó el auricular y miró la pared desnuda frente a él. Sólo había un tipo de avión capaz de eludir los radares. Y no volaba hacia los huracanes.

Sin detenerse a analizar o reprimir el impulso, tomó un pesado pisapapeles de cristal —un premio que le habían dado por completar con éxito una misión particularmente odiosa— y lo lanzó contra la pared con toda la fuerza de su furia. Se enterró en la mampostería y quedó colgado, inmóvil durante unos segundos, antes de caer con gran estruendo al suelo. La fuerza del impacto rompió el cristal en grandes trozos que brillaron mientras rodaban hasta detenerse. Los restos dispersos yacían bajo el sol de la tarde. Uno de ellos lanzó un amplio arco de colores brillantes contra los insípidos muros.

Lo miró durante unos momentos, y luego se reclinó en la silla y cerró los ojos.

«Mierda, hemos vuelto a perder. Otra vez».

Capítulo 12

Jueves, 12 de julio, 19:00 h, Greenwich, Connecticut.

Mientras Kate bajaba del tren al andén de la estación de Greenwich, Connecticut, ya pudo ver el viejo Land Rover de Richard Carlisle, cubierto de barro, esperando en el aparcamiento. Tenía el mismo vehículo desde que lo conoció, cuando era alumna de Cornell, y ya entonces no era nuevo.

Colocó su mochila al hombro, bajó las escaleras y cruzó hasta el aparcamiento.

—Alguna vez podrías venir a buscarme con el coche de los domingos en lugar de esta chatarra con la que sacas a pasear al perro —le dijo mientras se subía al asiento delantero, apartando con suavidad la enorme cabeza de un mastín irlandés, para poder besar a Richard en la mejilla.

—A Finn McCool le gusta salir a dar una vuelta cada segundo jueves del mes, a las siete.

—No te ofendas, Finn —dijo Kate, acariciando la aristocrática nariz del pacífico gigante—, pero no me convence. —Se volvió hacia Richard—. Uno de estos días voy a comprobar el kilometraje de tu Jaguar. Estoy empezando a pensar que la única vez que lo condujiste fue cuando lo sacaste del garaje para lavarlo a fondo.

—Uno de estos días te sorprenderé —replicó Richard, arrastrando las palabras y encendiendo el coche.

—¿Cuándo?

—Cuando dejes de quejarte. Puede que pasen años. —Le regaló una sonrisa—. ¿Qué tal en Iowa? Estuviste allí la semana pasada, ¿verdad?

Ella asintió.

—Es calurosa, llana y aburrida como una mierda. No sé cómo la gente puede vivir allí. Apenas si hay edificios y el aire no parece oler a aire; huele a estiércol de vaca y a tierra. —Miró por la ventanilla y observó cómo el paisaje suburbano cambiaba de edificios de oficinas a viviendas, antes de continuar—. Me metí en un montón de líos cuando estuve allí.

—¿A quién insultaste?

—Gracias por el apoyo. —Dejó escapar un suspiro frustrado—. Y no insulté a nadie. Decepcioné a todos desde los contadores de habas hasta Davis Lee. Mis famosas tormentas. Están tratando de causarme problemas cada vez que me distraigo.

Richard se rió en silencio.

—Vamos, Kate. ¿Se te escaparon dos tormentas en cuántos años?

—¿Ves? Ése es el asunto. No son años. Eso sería aceptable. Se me escaparon tres tormentas grandes en un lapso de tres meses, Richard. Todavía no sé cómo ha podido sucederme. —Sacudiendo la cabeza, se volvió hacia él—. Estaba rastreando los

sistemas, tomando todas las decisiones correctas y de repente, ¡zas!, la credibilidad de Kate Sherman se estrella a cincuenta kilómetros por hora. Y ahora *Simone* está alzando su desagradable cabeza.

—Ni tan desagradable ni tan grande —señaló.

—Todavía.

—Y no tan inesperada —continuó Richard—. Con todos los fenómenos climáticos extraños que han sucedido en el interior del país durante las últimas semanas, algo grande iba a suceder, pronto. De todos modos, no pienses en ello, Kate. Tengo una gran bandeja con ostras para asar en la parrilla...

—Dios. —Se recostó sobre el asiento—. ¿Me vas a envenenar otra vez con tu cocina casera? Te repito, una vez más, que la comida china a domicilio es lo mejor, Richard. Incluso *pizza*. La de verdad, quiero decir, no la de queso de cabra de Greenwich con algas ralladas.

Richard se rió mientras entraba en el camino de playa privado en dirección a su casa, uno de los pocos bungalós de 1920 que quedaban del viejo Greenwich y que no había sido despojado hasta sus cimientos y reconstruido como una versión *light* de Versalles.

De una sola planta y con tres pequeñas habitaciones y un baño en medio de un barrio con palacetes de tres pisos y más superficie que la escuela primaria, la acogedora y destartalada casa siempre le había parecido a Kate una evidencia tangible de la forma de ver la vida de Richard.

Richard Carlisle era una figura de alcance nacional por las mañanas. En todo el país, la gente sintonizaba para verlo, saber qué ponerse o si una tormenta se dirigía hacia sus ciudades. Semejante popularidad lo podía haber convertido en un cretino insoportable en lugar de hacerlo simplemente rico. Pero seguía siendo el mismo tipo con el que Kate había ido a clases hacía quince años: sencillo, sin pretensiones y preocupado por poco más que las necesidades básicas para él y para el mundo en general. Ocultaba su sensibilidad hippie con una apariencia correcta, presentando cuestiones científicas de modo claro y accesible, y no le prestaba atención a los signos exteriores de riqueza. Excepto por el Jaguar E-1961 para el que había remodelado su garaje.

Detuvo el Rover cerca de la puerta trasera y Kate se bajó del coche, con la ayuda del gran hocico húmedo del perro apoyado contra su nuca. Caminando ligeramente delante de Finn, Kate abrió la puerta trasera que Richard nunca cerraba y dejó caer su mochila en el suelo de la cocina, para después dirigirse a la nevera a coger una Red Stripe. El cómodo desorden de la habitación era testigo de los diez años que había compartido en la casa con su mujer. Y de los dos últimos años que había vivido sin ella.

—Necesitas una criada —murmuró.

—Tú necesitas modales.

Ella le sonrió mientras abría la botella.

—¿Qué hay en la agenda, además de la cena?

—Sólo otra colección de vídeos de meteduras de pata de Joe Toliver, si estás interesada —le respondió. Joe había sido compañero de clase de Kate en Cornell y se había convertido en miembro de esa nueva especie de meteorólogos que iban a la playa cuando había un gran oleaje, micrófono en mano y cámara al hombro. También recopilaba tomas falsas y vídeos de pruebas que sacaba de Dios sabía dónde, y los coleccionaba para divertirse en privado.

—Uno de estos días te van a denunciar —dijo Kate con una media sonrisa—. Todavía no me he recuperado de la última tanda. La imagen de esa joven cayendo de culo cuando el rayo impactó sobre la furgoneta del telediario ha quedado grabada en mi memoria. —Fue una suerte que ella no estuviera más cerca de la antena o habría terminado con algo más que un brazo roto y el ego por los suelos. —Richard sacó una cerveza de la nevera y se reclinó contra la encimera mientras la abría—. Hoy ha llegado una nueva serie y Joe me ha asegurado que son los mejores hasta ahora. Creo que está preparándose para sacarlos al mercado, porque está comenzando a organizarlos según los fenómenos meteorológicos. Tormentas de nieve, relámpagos y rayos, y todos los acontecimientos fallidos de importancia cuando hace buen tiempo.

—Hablando de meteduras de pata, ¿cuándo van a incluir en la colección tu aventura en Barbados? No se ve todos los días al abuelito de la meteorología televisiva patinando para dar con la cabeza contra un muro de piedra bajo vientos de ciento veinte kilómetros por hora.

Él enarcó una ceja.

—No va a ser incluido por acuerdo privado entre las partes. Además, ya lo ha visto todo el mundo en YouTube. Vamos, salgamos. Podemos al menos disfrutar del atardecer mientras preparo la parrilla. Ese sistema de baja presión va a comenzar a moverse alrededor de las diez.

Kate sacudió la cabeza mientras sonreía.

—No me importa lo que te digan los huesos, Richard. No llegará aquí hasta medianoche.

Eran cerca de las diez, y Kate estaba sentada en el pequeño patio con suelo empedrado que daba al estrecho de Long Island, observando el apagado brillo de Queens, más allá del pequeño y ruinoso embarcadero de Richard. Dejó su vaso sobre la desvencijada mesa de teca, a un lado, y se reclinó contra el almohadón de la tumbona. El cielo todavía estaba claro, pero la humedad se estaba volviendo opresiva. Las estrellas habían pasado de reflejarse sobre el agua a verse ligeramente borrosas, y el desfile de luces parpadeantes de los aviones que pasaban sobre Long Island había

sido constante mientras el aire de la noche se hacía más denso ante la inminente tormenta. Las flores nocturnas crecían en macetas cerca de la casa, dándole una embriagadora dulzura a la oscuridad, pero no alcanzaban a ocultar el persistente olor de las algas resecas por el sol y la hierba recién cortada. Hacía mucho que Kate había cambiado aquel penetrante aroma a tierra por el ácido olor de la ciudad, causado por el hombre, pero, para ella, al crecer a dos manzanas de la playa, en Brooklyn, aquél siempre sería el perfume del verano y de la infancia.

Se volvió al oír a Richard que se cruzaba descalzo el jardín para ir a su encuentro.

—¿Todo bien?

—¿El hecho de que me haya convertido en una cerda, comiendo varias docenas de ostras no es suficiente para ti? —Kate se rió—. Bueno, dejo constancia para la posteridad de que las ostras asadas con... ¿qué clase de leña dijiste que era?

—De manzano.

—Bueno, son exquisitas. Y tu ensalada de patatas tampoco ha estado nada mal.

—Eso ha sido gracias a Whole Foods —admitió Richard, rascando distraído la cabeza de Finn.

—Bien hecho por haberlo elegido, entonces. —Ella le vio depositar un estuche largo y cilíndrico sobre las piedras, gastadas y lisas—. Se está levantando demasiada neblina y no se podrá ver nada. ¿Para qué molestarte en montarlo?

—Todavía hay algo de visibilidad. Y si no puedo ver nada natural, me dedico a observar los aviones —le respondió sonriendo, mientras extendía las patas del trípode y colocaba delicadamente el telescopio en su soporte—. ¿Cómo está tu padre?

«Sigue muñéndose». Kate se llevó su Coca-Cola Light a los labios y respondió por encima del borde.

—Reduciendo la velocidad.

—Lo siento, Kate. —Su voz mostraba sinceridad pero sin llegar a la simpatía. Sabía que era algo que no debía ni siquiera intentar.

Ella alzó un hombro con una despreocupación que su corazón no compartía.

—Era algo inevitable, ¿no? Uno va voluntario a trabajar en los hornos del infierno porque es un patriota y termina destrozado, y luego ya no puede hacer otra cosa. Y mientras anda por allí, respira miles de millones de partículas tóxicas diariamente, durante meses, y después los pulmones comienzan a colapsarse. Es lo que pasa.

—¿Cómo lo está llevando tu madre?

—Cuando está con él, es una santa, y no sé cómo hace para no derrumbarse. Pero cuando estoy con ella, puedo detectar, sin duda, el olor a martirio.

—Cuidar a alguien no es fácil. —Lo dijo en un tono neutro, pero Kate se estremeció ante su propia falta de delicadeza. No tenía mucho que ocultarle a Richard, pero éste era un asunto que normalmente evitaba mencionar. Había pasado

cinco meses cuidando de su esposa cuando un repentino y devastador cáncer se apoderó de ella. Habían transcurrido dos años desde su muerte y todavía no se había acostumbrado a su ausencia. El estado de su propia casa así lo dejaba traslucir.

Desde que Jill había muerto, a la casa le faltaba algo de vida. Y también a Richard.

—Lo siento, Richard. Eso ha sido una auténtica grosería.

—Sí, lo ha sido, pero es comprensible.

—Tal vez. —Ella tomó otro trago y dejó caer su cabeza contra las tablas de la tumbona. Se concentró en las luces que se reflejaban en el agua casi inmóvil al fondo del muelle. Dejando aparte el burocrático y ambiguo nombre —Síndrome Pulmonar de la Zona Cero— nadie había identificado qué era lo que afectaba a su padre ni a otros cientos de personas que llegaron de inmediato a la zona, y que habían enfermado de lo mismo. La ausencia de datos sobre lo que aquejaba a su padre y cómo habría de evolucionar daba a la familia cierto tiempo para hacerse a la idea. Tal vez demasiado. Sin embargo, era un débil consuelo. Sea como fuere, ella estaba viendo la muerte de su padre al mismo tiempo como una liberación.

—Papá no se queja de nada. Nunca. Por ejemplo, está completando la bibliografía para un curso de los clásicos en Columbia que encontró en Internet. Me dijo que nunca había tenido el valor para enfrentarse a esos libros. Pensaba que no era lo suficientemente listo, pero ahora le parece que sería una vergüenza si... —Tomó aliento, mientras contenía la emoción, que se agolpaba en su garganta en un tenso nudo—. Hago lo que puedo, pero la ayuda que mamá quiere no es la que yo puedo dar. Le ofrecí contratar a alguien para que fuera varias veces por semana y así poder descansar, pero se negó. Ella pretende, en cambio, que me vaya a vivir con ellos. —Dejó escapar el aliento lentamente, de forma controlada—. Vivo a veinte minutos en metro, pero no le parece suficiente. Mientras tanto, cualquier discusión con respecto a que mi hermana vuelva de Los Ángeles de visita es terreno vedado.

—Ella tiene sus propios problemas.

«Igual que yo».

—Si no te importa, creo que voy a cambiar de tema antes de que me ponga demasiado sentimental o me enfurezca. No ha sido una buena semana por casa.

—Está bien. ¿Y qué tal los Yankees?

—Como si me importara... Sabes que soy chica de los Mets —le respondió, tratando de imprimir a su voz una nota alegre, a pesar de que no se sentía así—. Tengo un tema mejor que ése.

—Lo dudo, pero veamos.

—He añadido dos tormentas más a mi repertorio.

—¿Por qué no eras así de obsesiva cuando estabas en mis clases? —respondió Richard sin alzar la cabeza del ojo de su telescopio.

Ella sonrió.

—Porque tenía dieciocho años.

—¿Y ahora?

—Me he vuelto codiciosa. ¿No quieres saber cuáles son?

—¿Tengo alguna opción?

—Claro que no. Tu tormenta...

—¿Yo tengo una tormenta?

—Sí, en Barbados.

Alzó la cabeza.

—Por el amor de Dios, Kate, no me metas en eso.

«Ya lo estás». Ella se acomodó en la silla.

—No te estoy metiendo en nada. E incluyo la tormenta en el Valle de la Muerte en mi discusión. Tienes que admitir que las dos son muy extrañas. Demasiado extrañas para suponer que se trata de una coincidencia.

—Estamos hablando del tiempo, ¿no es cierto? ¿El sistema caótico por antonomasia? —murmuró mientras se ajustaba las gafas.

—Sí, y el área de tu especialidad. —Hizo una pausa—. Me estoy conteniendo de incluir a *Simone* hasta ver cómo evoluciona.

—Está cómoda con una categoría 1 por ahora. ¿No lo sabías?

Ella frunció el ceño.

—No. ¿Cuándo ha sucedido eso?

—No hace mucho. He comprobado su situación antes de ir a buscarte en caso de que lo primero que hicieras fuera tirármela a la cabeza.

Ella entornó los ojos y tomó otro sorbo de su refresco.

—Bueno, entonces tenemos otra para agregar a la mezcla. Y vamos, Richard, tú sabes que estas tormentas eran algo más que extrañas. Eran siniestras. Siniestras más allá de todo lo que se podía esperar.

—Ya hemos analizado esto, Kate... —empezó, tras una pausa casi imperceptible.

—Hemos hablado sobre el asunto, pero no recuerdo haber llegado a ninguna conclusión. Mira, sé que crees que estoy loca, pero eso está bien, porque yo también lo creo —le interrumpió.

—Sin comentarios.

—Todavía me sigue pareciendo que la intensificación de todas las tormentas sucedió demasiado rápido. No puedes obligarme a cambiar de idea. Las cinco tormentas se estaban desarrollando dentro de los parámetros normales, y de repente, sin previo aviso ni motivos que pueda detectar, aumentaron su intensidad, sobrepasando los límites de cualquier predicción para el peor de los casos. Es como si hubieran explotado sin que nadie las hubiera detonado. No sé... Espontáneamente.

—Kate, las tormentas no se intensifican sin razón. Tú lo sabes. Existió un

mecanismo detonador. En el caso de *Simone*, fue un movimiento sísmico suboceánico. Ha sido documentado. Y multiplicándolo todo, está la turbulencia en las altas capas de la atmósfera causada por las tormentas del Golfo y los vientos que soplan sobre la llanura desde el Atlántico. La mitad del país está patas arriba por las anomalías en la corriente en chorro. En cuanto a las otras, todavía no has encontrado los detonantes. Pero si sigues buscando, seguramente los encontrarás y te darás cuenta de que nos suministran explicaciones perfectamente naturales.

Ella negó con la cabeza.

—El jurado todavía no se ha definido en relación al asuntillo sísmico, pero no hay nada que explique el resto de las tormentas, Richard. Comprobé todas las mediciones, todos los parámetros. Todo lo evidente e incluso un montón de cosas que, hasta donde sabemos, nunca jugaron un papel...

—¿Como el precio del cerdo? Tal vez una mariposa en Tokio batió las alas un poco más fuerte un día en esa semana... —Alzó la cabeza y la miró a los ojos—. ¿De qué va esto, verdaderamente? ¿Sucede alguna cosa con tu familia?

La pregunta le tocó de lleno, profunda, afilada e inesperada.

—No te hagas el psicólogo pop conmigo —le dijo, casi sin poder contener su irritación—. Es sólo curiosidad científica. Algo que tú siempre reivindicaste. Hubo una época en la que me hubieras animado a continuar con esta investigación en vez de insistir tanto para que me olvide de ella. ¿Qué ha cambiado?

—No te enfades tanto. No ha cambiado nada. Y no estoy insistiendo para que la abandones. Ya has hecho una investigación a fondo, así que ahora te sugiero que aprendas algo de la experiencia, sigas adelante y la apliques —le respondió con tranquilidad, inclinando la cabeza para volver a mirar otra vez por el telescopio—. Y tal vez absorber un poquito de humildad mientras lo haces. Estamos hablando de la naturaleza, Kate. No puede ser compartimentada de forma tan ordenada. Por definición es caótica, y actúa, por lo menos, en cuatro dimensiones con un infinito número de variables que cambian constantemente.

—Ésa es la cuestión, Richard —soltó—. No he aprendido nada. Quiero aprender algo. Quiero aprender por qué cinco tormentas de lo más comunes crecen de forma extraordinaria cuando no hay un sistema climático para sostener ese nivel de crecimiento o intensidad, y cómo una tormenta adicional —la del Valle de la Muerte — ha aparecido, *literalmente*, de la nada.

Él sacudió la cabeza.

—¿Por qué no tecleas «anomalía climática» en Google y miras a ver qué aparece? Tal vez encuentres algo interesante.

—No hay motivo para que te pongas irónico. Además, ya lo he hecho, y, definitivamente, no quiero meterme en eso. Me quedo con la ciencia de verdad, muchas gracias.

—Kate, eres una excelente meteoróloga, pero todos cometemos errores. No te quedes en ellos. —Un trueno retumbó en la lejanía, haciendo que ambos alzaran la cabeza—. ¿Qué dijiste de la medianoche?

—Todavía no ha caído una gota.

Él se rió, pero al no obtener la misma respuesta por parte de Kate, la miró a los ojos, lanzando un suspiro resignado.

—¿Qué crees que vas a encontrar, Kate?

—No me importa lo que encuentre, Richard. Lo que sea, desde un microclima a una anomalía de los vientos, o una teoría conspirativa si resiste al análisis. Simplemente quiero una respuesta.

Él se ocupó de ajustar minuciosamente el telescopio durante varios minutos, haciendo comentarios sobre el cielo nocturno, que se estaba comenzando a nublar con el vapor de agua.

Kate miró su reloj sólo para cruzarse con la mirada de Richard cuando levantó la vista. Él tenía la misma sonrisa que le había visto en clase, tantos años atrás.

—¿Qué hora es?

Ella frunció el ceño, notando cómo la leve brisa aumentaba.

—Diez y veinte. ¿Qué hueso ha sido esta vez?

—Me dolía la espalda. La lluvia comenzará en cualquier momento.

—No lo creo.

—Vamos, ayúdame a meter los cojines, después te llevo al tren antes de que la lluvia se haga más intensa. —La ayudó a ponerse de pie con una sonrisa—. Si te mantiene despierta por las noches, Kate, entonces espero que encuentres una respuesta, o por lo menos te cruces con alguien que esté interesado en tus preguntas. Podrías sacarle algo de provecho a todo el tiempo que has invertido en tu ponencia.

Reticente a abandonar la comodidad de la tumbona prematuramente, se puso de pie lentamente.

—Entonces, pregunto por curiosidad, ¿ya lo has leído?

—Es el primero del montón —le aseguró.

Ella le echó una mirada.

—¿Cuánto hace que está ahí?

—Esta noche empiezo. Mira. Justo a tiempo. —Sonrió y mientras agarraba el cojín en el que ella había estado sentada, Kate notó una gota gorda y tibia que caía en su brazo. No consiguió devolverle la confianza.

Capítulo 13

Los elevados túneles de aire salado y húmedo se alzaron sin pausa atravesando el cielo nocturno, trazando hélices de agua, calor y viento en un gran remolino de ruido, velocidad y furia. Alimentado por el calor atrapado en el océano, semejante mecanismo giraba incesante, con sus torres de convección contrayéndose al pasar por zonas más frías, expandiéndose mientras absorbían de las profundidades, aguas que debían haber estado más frías. Las delgadas paredes exteriores de color blanco en el perímetro distante de la tormenta daban lugar a las paredes grises cada vez más densas que giraban rápidas y compactas en torno a la creación más espectacular de la naturaleza, el ojo del huracán, del que se podía decir que era el ojo de los dioses.

La luz de la luna cubría de calma su interior. Las aves marinas planeaban por las corrientes del ligero aire, atrapadas dentro, hasta que eran lanzadas fuera por una corriente ascendente errática, o demasiado cansadas para seguir volando en círculos, descendían a las tranquilas y oscuras aguas a probar su suerte. Debajo de la tormenta, el mar se elevaba, empujando hacia arriba y hacia fuera mientras buscaba compensar la caída en la presión de aire, para alejarse de la enorme energía que la tormenta impulsaba con las revueltas olas. Esas pequeñas cortinas de agua se abrían paso por delante de la tormenta, anunciando a cualquier criatura capaz de reconocer el peligro que la fuerza sin la cual la vida era imposible, era también la fuerza de la muerte.

Cientos de kilómetros hacia el oeste de la tormenta, a lo largo de la exuberante costa del sureste americano, el cielo nocturno estaba claro y brillante de estrellas. Los paseantes, en la playa, bajo la luz de la luna, en las verdes islas coralinas disfrutaban de la fresca brisa, un bienvenido respiro del opresivo calor del día. Por la mañana, esos paseantes sabían que las mismas arenas dejarían al descubierto las pequeñas maravillas del mar, empujadas hacia la costa por las plateadas olas que golpeaban contra la orilla, con un poco más de fuerza, quizás, de lo que lo habían hecho durante el día.

Cualquier consideración de peligro por la creciente tormenta lejana en el océano era pasajera; en ese momento, la tormenta no representaba nada en sus vidas, y por lo tanto, generaba poca curiosidad más allá de las especulaciones de los veraneantes que disfrutaban del tedio subtropical que habían planificado y pagado.

Capítulo 14

Viernes, 13 de julio, 2:00 h, Greenwich, Connecticut.

Richard apartó la cabeza de los números brillantes del reloj que había sobre su mesilla y continuó mirando al techo.

«Las dos de la mañana».

La lluvia había comenzado con suavidad pero se había vuelto más intensa mientras llevaba a Kate a la estación. El silencio entre ambos había sido casi tan denso como el aire. La camaradería y buen humor que siempre caracterizaba sus cenas mensuales habían sido oscurecidos por el tema de conversación. Incluso ahora, varias horas después, no podía sacudirse la sombra que la determinación de ella había echado sobre él.

La tenacidad nunca había sido una característica que pudiera asociar al carácter de Kate, lo cual convertía su obstinado rechazo a abandonar esa línea de investigación en algo mucho más curioso. Tenía la sensación de que se había aferrado a esas tormentas para evitar otras de tipo humano en el barrio de Gerritsen Beach en Brooklyn. Y eso quería decir que ella no iba a abandonar su investigación ni tan rápido ni tan fácilmente. Cuando uno se enfrenta con una realidad desagradable, la especulación es siempre un refugio confortable.

Dejó escapar un pesado suspiro. Kate era inteligente. No le había costado mucho alcanzar algunas conclusiones interesantes, pero no podía ver cómo esas mismas conclusiones podían convertirse en un fogonazo, porque a pesar de su inteligencia y su audacia de Brooklyn, Kate era una ingenua. Kate no descansaría hasta encontrar una teoría que pudiera verificar y con la que se sintiera cómoda. Desgraciadamente, había mucha gente allí fuera a quienes no les importaba mucho nada de eso. Los chiflados conspirativos de los bares de ciberlandia se apoderarían de esas preguntas, quizás válidas y las convertirían en armas que podían hacer mucho daño a la carrera y credibilidad de Kate. Si había un atisbo de escándalo que pudiera señalar de alguna forma a la persona que le pagaba el sueldo, Carter Thompson, Kate perdería su trabajo. Carter Thompson no era un hombre que tolerara a tontos o que soportara que lo tomaran por idiota.

Apartando la colcha, Richard se levantó de su cama y caminó descalzo por la casa oscura hacia el porche cerrado, cruzando el comedor. O lo que alguna vez fue el comedor. Ahora la mesa servía como almacén temporal para cosas que acabarían luego en otra parte de la casa.

No se molestó en cerrar la puerta a su paso. El aire fresco refrescaría la casa.

Después de dejar a Kate en la estación, entró en Internet y buscó las tormentas que la obsesionaban para verificar lo que ella le había dicho con respecto a la

normalidad de los parámetros. Tenía que admitir que, basándose en lo que él había descubierto, ella estaba en lo cierto. Las tormentas eran de lo más normal, y eso lo dejaba aún más intranquilo. No lo admitiría ante Kate, pero desde la debacle en Barbados, se había estado preguntando lo mismo.

«Eso».

Respiró hondo, sin querer pensar en ello.

A escala global, la violencia de las tormentas, en general, había aumentado en los últimos años, sembrando el suelo ya fértil de la mente de los observadores de fenómenos climáticos con teorías viejas y nuevas. Esa noche, en poco más de una hora en Internet, había leído trabajos que directamente vinculaban el incremento en intensidad con el calentamiento global, otros insistían en que se debía a la actividad solar inusualmente fuerte, e incluso había otros que lo asociaban a las variaciones geomagnéticas que resultaban de las minúsculas variaciones gravitacionales en el espacio exterior. Y éstas eran sólo algunas de las hipótesis que pululaban por los alrededores de las instituciones científicas.

Si tenía en cuenta las teorías presentadas por los chiflados del mundo científico, la lista se volvía exponencialmente más larga y delirante. Había advertencias sobre el bombardeo con descargas electromagnéticas desde satélites soviéticos ultra secretos aún en órbita y sobre las fuerzas armadas de los Estados Unidos lanzando ondas de alta frecuencia hacia la ionosfera en un esfuerzo por controlar, a escala global, la mente de las personas. Y después estaban las fuentes dudosas que insistían en que organismos de siglas extrañas, militares, de inteligencia e industriales estaban involucrados. Las teorías más aceptadas describían frecuencias radiales especiales utilizadas para crear focos de presión estacionarios artificiales en las corrientes en chorro, para provocar inundaciones, sequías y una devastación económica general o, por el contrario, un clima excelente para maximizar el placer y los beneficios. El clima sereno durante la primera parte del verano y su repentino cambio hacía una semana había proporcionado leña a esa discusión, más allá de toda razón.

Se frotó los ojos. Muchas —la mayoría— de las teorías eran tomadas muy en serio y defendidas con pasión, y no sólo por los chiflados del mundo. No hacía mucho, dos famosos científicos de la comunidad meteorológica habían sido invitados a una importante conferencia industrial para debatir las causas del incremento en la intensidad de los huracanes en el Atlántico en los últimos años. Lo que se suponía iba a ser un sincero y cándido debate sobre los efectos de la influencia humana en el calentamiento global contra una tendencia cíclica en la climatología terrestre había sido cancelado en una inesperada y acalorada subida de tono de las discusiones. Y eso teniendo en cuenta que había involucrado a científicos serios y serenos.

Richard miró hacia el pequeño jardín bañado por la luz de la luna en medio de los frondosos árboles en los límites de su propiedad mientras dos palabras que lo

perturbaban continuaban reverberando en su mente como el ritmo incesante de una canción machacona y pegadiza. «Carter Thompson».

Cuando se conocieron, hacía cuarenta años, como reclutas elegidos para un programa de investigación climática de la CIA, Richard supo de inmediato que Carter tenía la capacidad y la ambición necesarias para conseguir lo que se propusiera. Tenía una tenacidad que Richard jamás había visto, y había sido un infatigable director de equipo, tomando a título personal cada triunfo o fracaso. Con un profundo, y casi místico, respeto por la naturaleza, Carter había abrazado los objetivos del programa con tanta intensidad que el resto del equipo lo había observado asombrado.

Once de los mejores investigadores meteorológicos con los que el gobierno podía contratar habían trabajado en aquel agobiante, reducido y oscuro laboratorio informático en Langley para crear el arma más poderosa, una que no pudiera rastrearse, que no pudiera detenerse y potencialmente menos letal, pero increíblemente más efectiva que las armas convencionales e incluso que las nuevas armas «no convencionales» que se estaban desarrollando en esos años. Habían estado trabajando en el control de la fuerza y la violencia del clima.

Su misión era hacer uso de la relativamente escasa investigación sobre el clima y retorcerla, extenderla y reformularla para crear la mejor «fuerza multiplicadora» de la Guerra Fría. Otros investigadores que trabajaban en el mismo programa se ocupaban del sembrado de nubes y otros experimentos para provocar lluvia que estaban siendo desarrollados desde hacía más de una década, pero al equipo de Carter le habían encargado *crear* clima. Construir tormentas e incrementarlas. Aprender no sólo a rastrearlas, sino a dirigir las. Y a detenerlas.

Con el espectro del éxito ruso pisándoles los talones, contaban con la libertad de seguir cualquier teoría descabellada, cualquier locura, y lo habían hecho a un ritmo enloquecedor, a veces olvidándose de dormir, comer o volver a casa mientras trabajaban para convertir hipótesis en refinados modelos de ordenador y para llevar esos modelos teóricos a la práctica.

Habían estado muy cerca de tener éxito.

La operación Popeye había conseguido hacer llover sobre la ruta de Ho Chi Minh durante buena parte de los últimos años, cuando el público, ya harto de la guerra, había descubierto su existencia gracias a una filtración de la información. La presión en el Pentágono para responder a las preguntas sobre la investigación climatológica se había intensificado, así como la presión sobre el equipo de Carter para obtener resultados positivos. Habían estado realizando cálculos con todos los datos a su alcance para perfeccionar el mecanismo para crear un tifón, y Carter había convencido a los militares que dirigiendo hacia un blanco una secuencia de disparos con láser de alta intensidad a la célula embrionaria de una tormenta y a la superficie del océano que la rodeaba, producirían el calor necesario para acelerar el ciclo de

convección y desarrollar una tormenta. Con pasión casi evangélica, Carter había asegurado a los oficiales de alta graduación de la Agencia que su equipo podría crear una tormenta ciclónica de un tamaño e intensidad que podrían manipular a voluntad. Finalmente, a fines del verano de 1971, habían recibido órdenes de llevar sus ideas de laboratorio al océano Pacífico.

No hizo falta que se lo repitieran dos veces. Para llevar a cabo lo que aún no sabían sería su única prueba de campo, junto a Carter se subieron a un transporte militar en Maryland. Setenta y dos horas más tarde, tras recorrer el país de un extremo a otro, llegaron a una base aérea de los Estados Unidos, cuyo nombre nunca supieron. Después de uno o dos días agotadores en los que pusieron a punto los detalles y prepararon a las tripulaciones, Richard y el equipamiento monitorizado de superficie había sido transportado en un helicóptero Huey de cabina abierta hasta un barco que los esperaba para llevarlos a la zona de pruebas en el mar del sur de China. La zona de impacto no era nada más que una coordenada específica elegida por la buena disponibilidad de predicción atmosférica y por la posibilidad de que pudiera suministrar las condiciones necesarias. Además, estaba lo suficiente alejada en mitad del océano como para que nadie pudiera ver nada, y si, por casualidad, alguien veía algo, no lo entenderían.

Él era un joven y escuálido científico de la CIA sin experiencia en combate ni en el mar. No contaba con mucho más que sus costumbres sureñas para mantenerse a bordo de aquel barco, rodeado de una mezcla de silenciosos observadores de la Agencia y un grupo inquieto e irritado de condecorados oficiales expertos en el campo de batalla, representando a todos los sectores de las fuerzas armadas. Todos esperaban en cubierta, impacientes, la aparición de Carter en el horizonte, en un avión de carga Hércules C-130 especialmente modificado que llevaba la enorme maquinaria que generaría el láser, el cual, en aquellos años, era una tecnología con la que muy poca gente había trabajado o comprendía, dentro o fuera de las fuerzas armadas.

Había sido un día casi tan perfecto como deseaban para hacer la prueba. Las nubes eran escasas y de gran altura, unos cirros que no interferirían con nada y unos cúmulos de media altura, las nubes en forma de bola de algodón que todos los niños en edad escolar aprenden a dibujar. Eran las típicas y ordinarias nubes que se forman todos los días sobre el océano como resultado del sol tropical brillando sobre las cálidas aguas. Se deslizaban por el aire relativamente estable a lo largo del día y se desvanecían por la noche, para volver a reaparecer al día siguiente.

Hasta que él y Carter se habían apoderado de ellas.

Cuando el Hércules que transportaba a Carter y al láser apareció por fin en el horizonte, Richard invitó a los observadores a dirigirse al puente. Su sugerencia fue recibida con miradas pétreas, pero pronto se desentendió de los militares para

preparar su equipo. Tras una breve y clara conversación por radio, identificaron el grupo de nubes que haría de blanco, mientras él miraba al avión elevarse lentamente sobre el cielo dolorosamente azul, dirigiéndose hacia la zona de impacto.

Una única y abrasadora descarga del láser, de sólo unos segundos de duración, partió del equipamiento que colgaba bajo el vientre del avión, recalentando el aire y transformándolo junto a las pintorescas nubes en una creciente y explosiva deflagración que dejó asombrados a los hombres que se encontraban de pie detrás de él. Relámpagos y tormentas sacudieron el aire mientras arremolinados y caóticos vientos los sacudían con gruesas y cálidas gotas de lluvia que dolían como aguijonazos de furiosas abejas, diluyendo los almidonados pliegues de una docena de uniformes.

Veinte minutos más tarde, la tormenta había concluido, el cielo estaba despejado, y el avión que transportaba a Carter era un punto en el horizonte, y la mayoría de los oficiales que rodeaban a Richard habían recuperado la voz.

Permanecieron con Carter en la zona durante un mes, jugando enloquecidos con la naturaleza como si fueran un par de dioses, ocupados en crear la temporada de tifones más activa de la que se habían tenido datos en el Pacífico —un récord que nunca fue superado—. Cuando regresaron al país un mes más tarde, el sureste asiático había sido asolado por siete tifones en un lapso de cinco semanas, incluyendo dos que habían alcanzado vientos constantes de doscientos kilómetros por hora.

De acuerdo con todos los registros, su trabajo había sido más que un éxito. Había sido una obra maestra, y los comentarios estuvieron a punto de embriagarlos como cánticos de victoria.

Pero luego, en lo que había sido uno de los giros más crueles del destino, el día en el que la última tormenta se disipó sobre China después de haber asolado Taiwán con fuerza mortífera, el senador Clairborne Pell, director del subcomité senatorial sobre océanos y medio ambiente internacional, a causa de la incesante presión de la opinión pública, comenzó a exigir al Pentágono que presentara toda la información existente sobre los programas de manipulación climática.

Cuando él y Carter volvieron a sus despachos, ya no eran héroes, excepto para sus compañeros de equipo. Todo el programa había sido desmantelado.

Enfurecido más allá de lo prudente o aconsejable, Carter protestó primero en Langley y luego, durante las audiencias secretas en Capitol Hill. Explicó con convicción que los soviéticos eran maestros en copiar lo que los Estados Unidos habían conseguido y que el éxito obtenido por su equipo sería finalmente reproducido tras el telón de acero. Si Estados Unidos no controlaba el clima, los soviéticos lo harían, argumentó, y quien controlara el clima, controlaría el mundo.

Cuanto más apasionados eran los argumentos de Carter, más desapasionado fue el rechazo, encontrándose con una férrea oposición entre los miembros de la jerarquía

de la Agencia y las frías y despreciativas sonrisas de los congresistas, incluyendo el hombre que ahora ocupaba el Despacho Oval, Winslow Benson.

Richard y el resto del equipo dejaron a Carter a solas con su ira, aceptando, finalmente que hubiera sido imposible, por no mencionar peligroso, para el Congreso, ignorar las protestas públicas. La indignación suscitada cuando el temerario periodista del *Washington Post*, Jack Anderson, había dado la primicia sobre la operación Popeye en marzo de ese año todavía no se había acallado, de modo que los operadores políticos estaban esperando a que se tranquilizaran las cosas; aunque fuera a regañadientes, el Congreso había tenido que prestar atención.

El control del clima, le había dicho al equipo de Carter, era un tema demasiado candente y hacía pensar en escenarios de ciencia ficción. Las partidas presupuestarias secretas destinadas a la investigación climática fueron recortadas en favor del avance de la investigación sobre tecnología nuclear, cosa que pocos votantes entendían, pero que la mayoría aceptaba porque eran capaces de establecer la relación entre el poder nuclear y el triunfal horror del bombardeo a Japón.

El equipo había sido disuelto sin ceremonias, y a la mayoría se les pidió que pasaran seis meses en sus puestos «ocultos» en la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica (NOAA), antes de volver a la vida civil. Casi todos regresaron discretamente a su vida anterior, tan pronto como les fue posible. Al igual que Richard, muchos se reincorporaron a la universidad. Ninguno de ellos se dedicó a la investigación, puesto que tenían prohibido trabajar en cualquier cosa vinculada con el trabajo llevado a cabo en la Agencia.

Sólo Carter había permanecido con la NOAA durante más de un año, buscando, y cuando era necesario, enfrentándose a los subcomités financieros. Richard sabía que lo que le animaba a continuar luchando no era ni la política ni siquiera los principios, sino la vanidad. El arrogante senador por Nueva York, Winslow Benson, que había sido uno de los miembros del equipo que había eliminado el programa, era también un miembro del comité que financiaba al NOAA. A nadie de nuestro grupo le había caído bien el senador Benson, con su actitud altiva y su acento tipo William F. Buckley; sin embargo, la mayoría de ellos había intentado ignorar su condescendencia.

Pero no fue el caso de Carter.

Carter se había tomado el rechazo de sus argumentos por parte del senador como una afrenta personal. Años más tarde, cuando la silenciosa alianza del senador con la emergente industria nuclear se hizo pública tras el desastre nuclear de Three Mile Island, Carter llegó a lo que Richard consideraba que había sido su punto de inflexión.

Enfurecido, Carter había comentado el accidente de un modo semejante a cómo hablaría un hombre de haber sido testigo de la violación de su esposa. Las coléricas

diatribas de Carter habían sido tan perturbadoras que Richard había evitado cualquier contacto con él, pero sabía que, a partir de ese momento, Winslow Benson sería para Carter la personificación de la traición del gobierno y la perfidia medioambiental. Que aquel hombre ocupara ahora la Casa Blanca tenía que estar martirizando el ya sangrante sentido de la justicia de Carter.

Richard notó un morro frío contra su nuca, distrayéndole de sus reflexiones. Mientras abría la puerta mosquitera para dejar salir a Finn al jardín, una amarga certeza se introdujo en su cabeza.

Carter siempre había tenido la imaginación, la capacidad y el empuje para ayudar al equipo a alcanzar sus objetivos. Tras el colapso de su carrera científica, Carter había utilizado esa misma imaginación y energía para crear no una sino dos compañías altamente rentables, y su patrimonio alcanzaba ahora una cifra que se medía en miles de millones de dólares.

Lo que significaba que durante la última década o algo más había contado con los medios y la oportunidad para continuar sus investigaciones.

«¿Pero había algún motivo importante para animar a Carter a retomar la investigación en donde la habían abandonado?».

Esa pregunta sin respuesta le produjo un helado escalofrío por la espalda. Sería tan sencillo —o, en realidad, tan consolador— decir que la mera ambición habría motivado a Carter a dedicarse a algo tan espeluznante, pero él nunca se había sentido atraído por el dinero. Incluso ahora, los medios seguían maravillados por su sencilla forma de vivir, teniendo en cuenta su inmensa fortuna. Pero la nauseabunda realidad era que la personalidad de Carter lo hubiera impulsado sólo por dos motivos: poder o venganza. Con Winslow Benson calibrando la posibilidad de presentarse a la reelección y Carter sentado sobre miles de millones de dólares disponibles en sus campos de maíz en Iowa, cualquiera de los dos motivos —o ambos— podían aplicarse.

Mientras abría la puerta para dejar entrar a Finn de su paseo antes de amanecer, Richard alzó la vista hacia el cielo oscuro y sin nubes. Otro hermoso día estaba a punto de nacer.

Y eso hizo que otro escalofrío le recorriera la espalda.

Capítulo 15

Viernes, 13 de julio, 8:00 h, Distrito Financiero, Nueva York.

Elle,

Sé que estás ocupada con toneladas de trabajo para Davis Lee, pero me preguntaba si tendrías tiempo para echarle un vistazo a una cosa. Te envió una ponencia que ha sido aceptada para ser presentada en un congreso de meteorología, y antes de mandarla en su formato final para que la incluyan en el CD-ROM que le entregan a los participantes, me gustaría que alguien más la revisara. No es demasiado larga, y dada tu formación, me ha parecido que podrías detectar errores gramaticales o en las notas al pie, etc. Cuando se trata de esas cosas, soy de esa gente que «aunque el año pasado no podía deletrear meteorólogo, hoy soy uno de ellos».

Cualquier sugerencia será bien recibida. Te debo un favor.

Gracias,

Kate.

Kate estaba sentada frente a su ordenador, dudando si enviar el correo electrónico que acababa de teclear. Iba en contra de sus principios dudar de sí misma, pero desde su conversación con Richard la noche anterior, eso era lo único que había estado haciendo. Necesitaba otra opinión, y Elle parecía la persona perfecta a quien pedírsela. Tenía experiencia en investigación, así que probablemente sería capaz de decirle a Kate si se había desviado del tema y de la lógica, como había sugerido Richard. Y Elle no era meteoróloga, lo que significaba que su perspectiva como observadora objetiva podía darle cierta claridad.

«Por otro lado, ella podría terminar creyendo que estoy tan loca como los de las teorías conspirativas que circulan por Internet».

Exasperada por sus propias dudas, picó en «enviar» y después abrió la planilla de datos que tenía que enviarle a Davis Lee a mediodía.

Viernes, 13 de julio, 9:00 h, Campbelltown, Iowa

El sonido de un móvil atrajo la mirada de Carter al pequeño grupo de aparatos alineados en el borde izquierdo de su escritorio. Estaban reservados para miembros de su familia, es decir, para Iris y las chicas. Ni siquiera sus yernos tenían el número

del que ahora estaba sonando por segunda vez.

La pequeña pantalla mostró Washington, D.C., intercambio, lo cual significaba que tenía que ser Meggy. Frunció el ceño. Al ser su asistente y consejera en cuestiones legales, lo llamaba habitualmente a su número de la oficina. Algo tenía que estar sucediendo para que ella utilizara la línea privada.

Abrió el móvil.

—Dime, Meg.

—Papá, enciende la CNN. —Su voz sonaba entrecortada.

Sin decir una palabra, lanzó un vistazo a la pared de los monitores de televisión en el despacho y agarró el mando a distancia para subir el volumen del tercero a la izquierda. El secretario de prensa de la Casa Blanca estaba de pie en el Jardín de las Rosas, con su cabello delicadamente despeinado por el viento, mientras los fotógrafos se colocaban para buscar el ángulo que evitara que el sol los cegara.

—... el presidente de los Estados Unidos —dijo, terminando la introducción.

Las cámaras se alejaron y Carter apretó la mandíbula al ver a quién seguía al presidente hasta el podio. Miembros de todos los comités de energía y otros vinculados con el medio ambiente, tanto del Congreso como del Senado, además de la mitad de su gabinete, estaban de pie con expresiones sombrías mientras el presidente mostraba su sonrisa perfecta. Carter buscó en los otros cuatro televisores de la pared y miró hacia el de la izquierda. Las cámaras de la Fox News estaban haciendo un barrido de los presentes, y la imagen de aquellos rostros le provocó a Carter un nudo en el estómago. Su furia estaba teñida de temor. La audiencia, sentada, estaba compuesta de una mezcla equilibrada de activistas e intrigantes, entremezclados con sicofantes e iconos de las minorías sin poder para asegurar que fuera lo que fuera a suceder recibiera abundante atención en los medios.

La multitud aplaudió, aunque con escaso entusiasmo pero, al menos, con educación, y el presidente esperó a que terminaran de darle la bienvenida.

«Esto no puede ser bueno».

—¿Qué es esto? —exigió saber Carter.

—Papá, te juro que no lo sé. Nadie lo sabe. —Sonaba casi frenética.

Dejó escapar un sonoro suspiro.

—Por todos los santos, Meggy. Alguien tiene que saber algo. En esa ciudad nadie es capaz de guardar un secreto.

—Papá, te juro que no lo sé. He llamado a todas partes. Si alguien sabe algo, no nos dijo nada. Yo...

—Espera.

Los aplausos se habían detenido y el presidente echó un vistazo a sus notas, y luego a las cámaras.

Carter observó los otros monitores. Todos los canales habían pasado a la misma

imagen, con el logo de «últimas noticias» en la pantalla.

—Mis queridos compatriotas, hace poco más de doscientos años, un pequeño grupo de patriotas valientes y con visión de futuro —granjeros, abogados, comerciantes— declararon su independencia de un régimen extranjero. Ese régimen, que nos había servido bien, inicialmente, había comenzado, poco a poco, a limitar nuestras libertades, socavar nuestra autodeterminación y estrangular nuestra fuerza económica emergente. La situación a la que los patriotas se enfrentaban había nacido a miles de kilómetros de nuestras costas y era el resultado de la codicia y el miedo. — El presidente hizo una pausa y miró a la audiencia que tenía ante él y a las cámaras —. Pero los patriotas no carecían de culpa. Hasta cierto punto, esos primeros ciudadanos permitieron, e incluso alentaron el desarrollo de la situación. Es decir, hasta que los padres de la patria se dieron cuenta de que los viejos métodos ya no eran los mejores, y decidieron que era hora de cambiar.

Carter se reclinó en su asiento, con todos sus sentidos en alerta máxima, olvidando el teléfono que sostenía en su mano.

—Hace una semana —continuó el presidente, alzando la voz, con su bien cultivado acento de Nueva Inglaterra ahora resonando con justa indignación—, esta gran nación celebró el aniversario de la valiente e histórica decisión de rechazar la tiranía de un poder ajeno a su tierra y opuesto a los ideales de la nueva nación. Esos fuertes y valientes hombres de altos principios morales y capacidad intelectual redactaron una declaración de intenciones para enfrentarse a su opresor, para luchar contra aquel poder extranjero por un nuevo modo de vida, nacido de lo divino dentro de cada uno y de la naturaleza que los rodeaba. Con palabras que aún hoy continúan agitando los corazones y las almas y avivando la imaginación de hombres y mujeres de todo el mundo, su declaración de independencia de un poder extranjero en aquel histórico día a principios de julio de 1776 cambió el mundo. Sus palabras, sus acciones, nos introdujeron en una nueva realidad, una nueva filosofía, un nuevo método de búsqueda para lograr una calidad de vida y de libertad que nunca había sido ejercida por ninguna civilización en la historia de la humanidad.

El presidente echó una ojeada a sus notas, con la justa cuota de humildad, y el correcto tono de enfado patriótico. Carter fue consciente de que entrecerraba los ojos.

—Sus palabras fueron apoyadas por los nobles sacrificios de los ciudadanos de nuestra joven nación. Nuestros antepasados se enfrentaron a un futuro que habría sido incierto si no hubiera sido por su inquebrantable fe, sus corazones firmes y su resolución indomable. Y prevalecieron. A pesar de los innumerables inconvenientes y privaciones, a pesar del alto costo en familias y propiedades destruidas, triunfaron. Y nosotros, los ciudadanos congregados hoy aquí en el Jardín de las Rosas y los millones de estadounidenses dispersos en ciudades y pueblos de todo el país y alrededor del mundo, somos los beneficiarios de su presciencia, su conciencia, su fe y

su llamada a la acción.

El presidente esperó un segundo que Carter sintió como un eco en su mente, y luego, miró otra vez fijamente a las cámaras, a los ojos de Carter.

—Me encuentro hoy, aquí, de pie frente a vosotros, rodeado de patriotas invadido por el mismo espíritu, conducidos por el mismo deseo de autodeterminación, inspirados por la misma llamada a la libertad y la liberación. Con ese gran placer y orgullo, anuncio la creación de la Coalición para una América Energéticamente Independiente, que será dirigida por Frances Morton, cuyos antepasados provienen, por un lado, del *Mayflower* y por otro, mucho más atrás, de la gran nación india Quinault, y que ha sido subsecretaría del Interior desde los primeros días de mi gobierno. Bajo el firme y entregado liderazgo de la señora Morton, la coalición trabajará para alcanzar este objetivo de una total independencia americana de las fuentes de energía extranjeras antes del 2030.

Carter no se movió. Apenas si respiraba mientras observaba al presidente arropado por el más entusiasta aplauso que había recibido en muchos meses.

«Yo tendría que estar ahí. Él lo sabe. Yo lo sé. El país lo sabe. Yo debería estar estrechando su mano, sonriendo a las cámaras, respondiendo preguntas.

»Pero no lo estoy».

Carter relajó su mandíbula y se puso de pie, orgulloso de su autocontrol, aun cuando la furia amenazaba con consumirlo.

—¿Cómo es que no nos hemos enterado de esto, Meg?

Ella lloraba en el teléfono.

—No lo sé, papá. Te juro que no lo sé. Esto es...

Él dejó de escucharla cuando el presidente tomó de nuevo la palabra.

—Ésta es la segunda declaración de independencia de los Estados Unidos, y ésta, también, requerirá la fuerza y la fortaleza de todos los estadounidenses, mientras trabajamos mancomunadamente para pasar de la dependencia de los proveedores extranjeros de combustibles fósiles a nuevos y domésticos métodos de calentar nuestros hogares, alimentar nuestros automóviles e iluminar nuestras ciudades. No siempre ha de ser sencillo o confortable. Al igual que sucedió con los patriotas de antaño, el cambio de un modo de vida a otro nuevo comportará sacrificios. Debemos tener en mente, sin embargo, que lo mismo que el sacrificio de nuestros antecesores ayudó a dar forma no sólo a nuestra nación, sino también al mundo, así también, nuestros sacrificios cambiarán el mundo que conocemos por otro mejor.

Se detuvo para permitir que volvieran a aplaudirlo, para continuar después.

—La creación de esta coalición amplia, bipartidista, con representantes de las industrias y de diversas agencias es un punto de inflexión en la historia de nuestra nación. Mi administración ha estado trabajando durante meses entre bastidores para reunir a representantes de todos los sectores de las industrias de suministro de

energía: reguladores, miembros de lobbys, directores de empresa e investigadores. Los hemos sentado juntos a la mesa, les dimos de comer y los animamos a conversar. —Sonrió a la multitud—. No les sugerimos qué habían de decirse, del mismo modo que no les sugerimos qué comer. Simplemente pusimos jamón, pollo, tofu y verduras, y dejamos que ellos se prepararan sus emparedados. Después de todo, debemos elegir con cuidado nuestras batallas.

Habiendo confirmado su papel como hombre del pueblo, su expresión y su voz retomaron la seriedad anterior, mientras se apagaban las risas.

—Fue un acontecimiento inspirador. Fue una pequeña acción democrática con D minúscula. Todos estaban al mismo nivel. Los dueños de molinos generadores de electricidad tuvieron oportunidad de hablar, hablar seriamente, con los representantes de grandes industrias energéticas. Los productores de etanol discutieron sus ideas con los ejecutivos de las compañías petroleras. Los fabricantes de equipos de energía geotérmica y solar compartieron sus opiniones con los fabricantes de automóviles y la gente que construye gasoductos. Fue un libre fluir de información entre gente que, hasta ese momento, se habían visto como competidores, o peor aún, como enemigos. Ahora, se han dado cuenta de que estábamos todos del mismo lado, que estábamos alineados para presentar batalla y que era una lucha que queríamos ganar.

Hizo una pausa, brindando una mirada profundamente humana a las cámaras, mirada que le provocó una náusea a Carter en el estómago tanto como las palabras de Benson.

—Repito. Hoy es un gran día para la nación y para el mundo. Conducidos por esta coalición, América tomará la delantera en la investigación, desarrollo, producción y uso de energía limpia, y lo haremos dentro de nuestras fronteras y con nuestros propios medios. Por eso le pido al Congreso que apruebe rápidamente los fondos por tres billones de dólares para la investigación y desarrollo de las actividades que la coalición debe llevar a cabo. Para endulzar el asunto, he pedido a todos los participantes, del más grande al más pequeño, que contribuyan con dinero, talento y otros recursos para que la coalición funcione del mejor modo posible. Trabajando mancomunadamente, los miembros de esta amplia coalición estudiarán todos los métodos posibles dentro de los límites de la seguridad para nuestro pueblo, nuestro medio ambiente y nuestra economía. Y como los fundadores de nuestra nación, nuestra determinación y sacrificio asegurará que nuestros nietos y sus nietos vivan en una nación más segura, limpia y próspera. Gracias a todos por venir aquí hoy, y que Dios bendiga a América.

Winslow Benson se negó a responder preguntas, y cruzó el escenario con paso firme y sonrisa confiada para desaparecer bajo el pórtico, seguido por un enjambre de trajes oscuros.

Cada emisora pasó de inmediato a un comentarista, que intentaron rellenar el

espacio repitiendo lo que el presidente acababa de decir hasta que pudieran dar con un «experto» para discutir lo que acababa de suceder.

—Meg, ¿cuánta gente tienes...?

—Todos. Están todos en camino a la Colina y a la calle K para averiguar qué está sucediendo. Todos los teléfonos de la oficina están ocupados, papá. Lamento muchísimo no haberlo visto venir. Es que... No hubo siquiera una pista. Ni una. —Su voz volvía a quebrarse por la desesperación.

—Es suficiente con eso. Mantenme al tanto de lo que averigües.

Terminó su conversación con Meg y miró a su asistente, que había permanecido de pie junto a la puerta, mirándolo nerviosamente, durante los últimos minutos.

—Busca a Davis Lee y que me llame por teléfono. Y dile a Pam que necesito verla de inmediato —ordenó con calma, refiriéndose a otra de sus hijas, su vicepresidenta de relaciones públicas.

—Sí, señor. Ya está de camino.

Notando el errático latido de su corazón, Carter asintió y observó cómo cerraba la puerta. El mareo comenzó a apropiarse de su conciencia, e ignorando la constelación de luces titilantes en su teléfono, se reclinó en su silla, descansando la cabeza contra el almohadón descolorido que una de sus hijas había hecho a ganchillo para él, hacía muchos años. Intentando concentrarse en mantener el ritmo de su respiración lento y reposado, no pudo bloquear los pensamientos que inundaban su mente.

«Así que ésta es la respuesta de Winslow. Los Verdes reciben una palmadita en la espalda y otra promesa vacía de que se los escuchará, mientras que los nucleares, los industriales y los petroleros reciben nuevos contratos y más dinero con menos supervisión».

El marco no se disipaba tan rápidamente como de costumbre, por lo que redujo aún más su ritmo respiratorio, intentando dividir la información en porciones manejables.

Todos iban a «contribuir». Los grandes muchachos enviarían a sus matones, que eran excelentes para desperdiciar el tiempo y el dinero, y los pequeños entregarían a sus científicos y su credibilidad por la causa. Y todo sería para el bien común. Todos tendrían una oportunidad de opinar, y saldrían beneficiados.

Como estrategia, era brillante. Y aunque fuera una idea insostenible a largo plazo, sería posible que funcionara a corto plazo, de la misma forma que había sido efectiva, el siglo anterior, cuando el persuasivo político Karl Marx había utilizado la misma filosofía, con el mismo efecto. A pesar de que Winslow Benson había aludido a la antigua gloria y a los padres de la patria, echando mano a la retórica para presentarlo, el paquete no aminoraba su efecto ni ocultaba su origen.

«A todos según su capacidad, a cada uno según su necesidad».

La diferencia estribaba en que, en esta situación, las organizaciones menos

poderosas contribuirían con todo lo que tenían y las grandes corporaciones acapararían todo lo que pudieran.

La ira de Carter volvió a surgir, más difícil de controlar, brotando de las imperceptibles grietas de su compostura. El medio ambiente era *su* tema, no el de Winslow Benson. Él era el que tenía la orden de protegerlo. Él era quien había desarrollado los medios para controlar el poder, para devolver la vida. El presidente podía destruirlo —al medio ambiente, al planeta, a la vida—. Estaba tan seguro de ello como de que el sol saldría a la mañana siguiente. Él lo destruiría todo con su causa favorita, la energía nuclear. Ellos habían llenado sus bolsillos y lo habían enviado a la Casa Blanca. Eran sus dueños, dueños de su duro corazón y su alma negra. Lo poseían.

Y terminarían matándolo. Carter se aseguraría de ello.

El rugido en sus oídos que lo desorientaba se detuvo, y sorprendido, Carter fue capaz de controlar su furia.

Seguramente no había pensado en serio en matar al presidente. Eso no sería correcto. Como hombre de honor, no lo haría. No podía.

De pronto, abrió los ojos. Dio con el puño cerrado un fuerte golpe sobre el escritorio de cedro americano.

Que se vaya al infierno el alma maldita de Winslow Benson por lo que está a punto de hacerle a este país y al mundo.

¿Y qué hay con lo que ya ha hecho?

La vocecita resonó como un eco en su interior y la respiración de Carter se detuvo.

Por supuesto. La corriente en chorro.

Había estado detenida en medio del país durante semanas, a principios del verano, constriñendo el aire más estable, cálido y húmedo del Golfo en su marcha hacia el Norte, inhibiendo a los frentes fríos del Pacífico que habitualmente cruzaban las laderas este de las Rocosas. El tiempo había sido maravilloso en gran parte del país, no insoportable, sin sequía. No habían sucedido tormentas catastróficas en el Medio Oeste, ni tornados en el Sur, ni siquiera actividad digna de mención en el Caribe o en el Golfo. Una serie de tormentas se había alzado en el Atlántico y desaparecido sin mayores consecuencias. Y entonces, de repente, la corriente en chorro había vuelto a su posición normal, desatando tormentas focalizadas de sorprendente violencia a lo largo del Sur y por el Medio Oeste.

Supo, en el fondo de su mente, que semejante periodo de buen tiempo ininterrumpido seguido de un mal tiempo inexplicable no podía ser natural, pero ahora, reconociendo que la alternativa era probablemente una realidad, un escalofrío le recorrió el espinazo.

Si las anomalías en la corriente en chorro no eran naturales, eso significaba que él

no era el único en controlarlas.

Eso quería decir que alguien más podía manipular el clima.

Y ese alguien sólo podía ser el gobierno de los Estados Unidos.

Y el único medio posible era el HAARP.

La furia lo invadió. Tenía que ser una prueba —una maldita prueba de largo alcance— o tal vez una muestra de fuerza. Dios sabía que había motivos suficientes para que la Casa Blanca quisiera mostrar sus músculos. La administración de Benson había sido un blanco ideal durante mucho tiempo, e incluso sus aliados habituales la habían estado atacando por todos los flancos, criticando sus acuerdos comerciales, de medio ambiente, y su política internacional. Hoy por hoy, nadie estaba satisfecho. Ni siquiera el electorado.

«El electorado».

El tiempo casi perfecto en el verano antes de la elección le daría al presidente algo por lo que cacarear durante todo el invierno mientras reunía fondos para su campaña. Durante el extenso periodo de temperaturas agradables, el uso de la electricidad había aumentado y permanecido constante, haciendo del presidente el niño mimado de la industria mientras que desviaba la atención hacia el papel de la denominada industria nuclear «limpia» entre las fuentes de energía nacionales. Los reducidos porcentajes de lluvia caída habían forzado a los diques y reservas de agua por debajo de los niveles normales, aunque sin llegar a los de sequía, poniendo a los ecologistas en el punto de mira pero sin presentar a las industrias agropecuarias como a los malos de la película. Y la ausencia de mal tiempo no sólo había ayudado al olvido colectivo de las recientes y fracasadas respuestas de la administración en situaciones críticas, sino que había desprovisto a los críticos de las operaciones de emergencia del gobierno de los argumentos previstos. Por no mencionar lo que la falta de desastres naturales había perjudicado a las ganancias de su propia empresa, que no habían sido tan altas como era habitual en esta época del año.

Ahora el péndulo se movía en dirección contraria, pero, esta vez, el presidente estaba preparado.

«Ese hijo de puta».

La subida de adrenalina hizo que Carter se pusiera de pie, mientras miraba la bandera estadounidense que pendía orgullosa en un rincón de su despacho, balanceándose con la brisa que entraba por las ventanas abiertas. Había ondeado sobre las tumbas del cementerio nacional de Arlington y se la había entregado el gobernador de Iowa.

«Con libertad y justicia para todos.

»Para todos».

Carter sintió que se le aclaraba la mente mientras miraba fijamente a la bandera roja, blanca y azul. Su visión interna se intensificó y concentró.

«El presidente está equivocado. Terriblemente equivocado, y la historia será testigo de ello».

Sacudiendo la cabeza para salir del trance, Carter volvió a concentrarse en la bandera. Como patriota y creyente en la democracia así como en su destino, había una única manera de interpretar las palabras del presidente.

Como una declaración de guerra.

Había que detenerlo. La gente tenía que ver qué era, en realidad, lo que estaba defendiendo, qué sostenía su carrera.

Carter estaba a punto de agarrar el auricular cuando un movimiento en la pantalla de su monitor llamó su atención. La pequeña y apretada espiral de nubes y lluvia que había entrado por el extremo este del mar Caribe, había continuado ganando intensidad sin ninguna ayuda adicional por su parte y estaba aumentando con vistas a convertirse en un huracán de categoría 2. Lo habían bautizado *Simone*, y era una tormenta perfecta: compacta, lenta, digna de atención. Casi en un extremo de su espiral, un rastro de nubes, que semejaba una punta de lanza, apuntaba en dirección nornoroeste. Carter dejó que su mirada trazara una invisible trayectoria desde la punta de la lanza hasta una pronunciada entrada en el «ángulo» de la Costa Este, en donde Nueva Inglaterra se separaba de los estados del Atlántico.

Los ojos de Carter se detuvieron apenas al norte de la entrada. Su rabia se disolvió y se sintió invadido por una determinación tranquila y lúcida.

Igualaría el campo de juego.

Había convertido a *Simone* de una depresión tropical insignificante en un huracán de categoría 1. Ahora la alimentaría para llamar la atención del mundo sobre el tremendo peligro que representaba Winslow Benson y su apoyo a la energía nuclear. Bajo su dirección, *Simone* se transformaría en una tormenta tan grande, tan poderosa que haría palidecer a cualquier otra de la que el hombre tuviera memoria. Y la conduciría hacia el lugar que haría que el mundo prestara atención.

Nueva York.

Y a la vieja central nuclear Indian Point que yacía a cincuenta y cinco kilómetros al norte.

Capítulo 16

Viernes, 13 de julio, 8:00 h, Distrito Financiero, Nueva York.

Desde el extremo de Florida hasta el sur de Virginia, las enormes olas espumosas brillaban con la piel bronceada de los surfistas aficionados y los cuerpos cubiertos de brillante neopreno de los más serios, que pateaban furiosamente mar afuera para tomar la ola siguiente, la mejor ola, la que daría que hablar por el resto del verano. En la bahía de Chesapeake, los ejecutivos y los políticos se divertían en el agua, con sus egos hinchados en consonancia con las velas de sus yates y catamaranes. Junto a los muelles y espigones que salpicaban el Atlántico desde la península de Delaware hasta las costas de Jersey, los niños chillaban con fingido terror y auténtico placer mientras esquivaban las salpicaduras de las olas al romper. Los pescadores de la costa de Nueva Inglaterra atrapaban peces de mayor tamaño que lo habitual y variedades típicas de aguas más profundas, que habían seguido a las especies de las que se alimentaban hacia aguas de la plataforma continental.

Simone, la causa de todos estos placeres costeros, seguía girando incansable en el Atlántico, al haber hecho una pausa en su recorrido como si contemplara un cambio de dirección o de planes. Sin molestarse por el avión que atravesaba sus paredes o la multitud de ojos que la observaban, continuaba su inexorable desplazamiento.

Capítulo 17

Viernes, 13 de julio, 13:00 h, en las afueras de Puerto Príncipe, Haití.

Raoul Patterson se adentró en la pequeña y sucia barraca, con su habitual paso militar, confiado, aún más afectado por la furia que ardía bajo su calma aparente. Había despertado con una llamada no planificada a Jimmy «Tiger» Strathan, un ex piloto militar de los Estados Unidos, que, cuando se encontraba de camino hacia su segunda estancia en Irak, decidió que no le agradaba que lo utilizaran de blanco o que no le pagaran adecuadamente para que lo hicieran. Tiger se había desentendido por sí solo de sus obligaciones, se había marchado de su país y convertido en mercenario, recorriendo América Central y el Caribe hasta terminar en Puerto Príncipe, Haití, en donde Raoul se lo había encontrado hacía cuatro días.

Aunque el mayor Patterson, retirado de la RAF, no toleraba a los desertores, sentía un gran respeto por la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y por el entrenamiento que daba a sus pilotos. Y los mercenarios no siempre podían permitirse el lujo de elegir. Había contratado a Tiger de inmediato, sabiendo que había grandes probabilidades de estar cometiendo un error.

Por eso, haber comprobado, de hecho, como Tiger agotaba su escasa inteligencia no le había causado ninguna sorpresa. Que hubiera necesitado únicamente unos cuantos días en aquel agujero de mierda del Caribe para completar la transformación, sí lo había sido.

La causa no era ni la humedad ni el calor, aunque ambos eran infernales. Y dadas las no demasiado latentes tendencias sociópatas de Tiger, tampoco se trataba del trabajo. Realizar vuelos de prueba para la fundación, algo que no era más que una fachada para un proyecto de investigación y desarrollo completamente ilegal, inmoral y carente de ética, era como volar en alguna misión militar. Uno se concentraba en los resultados e ignoraba todo lo demás. Dejar caer las bombas y ganar la guerra o, en este caso, bombardear una nube con un láser, cambiar el clima y enriquecerse.

Así que, decididamente, no era el trabajo.

Lo que había cambiado a Tiger era la aparente ausencia de estructura civil. En medio de la pobreza y la falta de leyes que definían gran parte de aquella pequeña y desesperada nación-estado, Tiger había pensado en convertirse en dueño de su propio destino. Y así había sucedido, reconoció Raoul con una amarga sonrisa, al olvidar las reglas de Raoul relativas a su tripulación.

Deteniéndose, Raoul permaneció de pie frente a la abertura sin puerta del dormitorio, recorriendo, con disgusto, la escena que tenía ante él. No estaba seguro de qué era peor, si el olor o la imagen.

Un hedor a sudor, alcohol, pedos y sexo flotaba en la habitación como una niebla

impenetrable. Seis piernas desnudas —dos de hombre, cuatro de mujer— colgaban en extraños ángulos por debajo de un revoltijo de sábanas mugrientas y rasgados mosquiteros de tela. Dos botellas vacías de Jeam Beam yacían en el suelo. Una parecía haber sido derribada por descuido con una pierna o un brazo. A juzgar por la casi bestial cacofonía que provenía de la cama, la otra había sido consumida.

La rubia teñida que se encontraba sobre el pecho de Tiger era Annike, una europea de incierta procedencia e invisibles medios de supervivencia que aparecía en dondequiera que hubiera pilotos. Tenía mal gusto para vestirse y peor gusto para elegir a los hombres, pero estaba dotada con unas grandes tetas y era algo perversa sexualmente, lo que la hacía algo más tolerable en esa parte del mundo. Raoul no conocía a la otra mujer, pero dada la postura en la cual se había quedado dormida o borracha, se veía que conocía íntimamente tanto a Tiger como a Annike. Su piel era negra como el carbón y surcada de cicatrices. No podía tener más de veinte años, y seguramente era mucho más joven.

«Cada loco con su tema».

Raoul atravesó la habitación y empujó con sus nudillos la planta del pie más limpio de Tiger, haciendo que aquel hombre joven y estúpido sacudiera sus piernas, desenredándose de ambas mujeres. Éstas cayeron al suelo en un obscuro ángulo, una a cada lado de la cama, pero no se despertaron. Los golpes y gruñidos en estéreo, y tal vez el dolor, hicieron que Tiger se incorporara sobre un codo.

—¿Qué mierda...?! —carraspeó, para luego mirar por sus ojos apenas entreabiertos—. Ah. Hola, jefe.

—Ve inmediatamente al hangar. Salimos de vuelo —ordenó Raoul. Sus cortantes palabras traicionaron la tranquilidad de su voz. No podía evitar el ocasional rastro de su acento de Yorkshire filtrándose en el dificultosamente adquirido tono de clase alta, cuando estaba enfurecido, pero trataba de obligarse a no alzar la voz jamás. Había descubierto muy pronto en su carrera que, la inmensa mayoría de las veces, no gritar asustaba más a la gente. A Clint Eastwood le funcionaba y a Raoul Patterson también.

—Eh, no creo que pueda...

—No estoy interesado en lo que creas. Te he dicho que salimos de vuelo. Ahora saca tu mugriento y borracho trasero de ese caldo de bacterias y vístete. Te doy cinco minutos y después me marchó. Definitivamente.

Los jóvenes ojos de Tiger se abrieron dolorosamente.

Sin duda, Tiger no se había tomado muy en serio las reglas de Raoul y, a pesar de las advertencias, la noche anterior había decidido comportarse como un arrogante y torpe borracho, y a juzgar por el amuleto yuyu que adornaba el cuello de la mujer más joven, un violador de los tabúes religiosos locales. Cualquiera de esos motivos podía hacer que lo mataran en esa zona de la ciudad, en donde la ignorancia instigaba la irracionalidad y las pandillas locales tenían debilidad por la sangre y la violencia.

Requería una lección de disciplina de grupo.

—Necesito...

—Si estás pensando en ducharte, olvídalo. No hay agua. Tienes cuatro minutos y treinta segundos. Estaré en la habitación contigua. —Raoul le dio la espalda y salió.

Un minuto después o poco más, Tiger apareció tambaleante en la habitación principal de la casa, con la camisa abierta, los vaqueros abrochados pero con la cremallera bajada, y sin calzoncillos que, seguramente, había perdido u olvidado. Se reclinó contra la pared y parpadeó, con movimientos descoordinados y letárgicos, mientras sus reflejos se esforzaban por entrar en funcionamiento.

Raoul lo examinó sin interés.

—¿Dónde está tu documentación?

Mantener sus papeles protegidos, aunque no estuvieran disponibles inmediatamente, era otra cuestión crítica.

—¿Eh? —Tiger lo miró con ojos desconcertados.

—Tu pasaporte.

—Ah, en algún sitio. —Se palpó el pecho desnudo distraído, en busca de un bolsillo.

Raoul dejó que la búsqueda continuara durante quince segundos antes de lanzarle la pequeña carpeta, haciendo que una punta de la misma le golpeará, a gran velocidad en el plexo solar. Tiger gruñó y se inclinó hacia delante pero recuperó el equilibrio antes de caer, para luego enderezarse, apoyando el fino misil contra su estómago. Raoul comenzó una cuenta atrás silenciosa desde cinco. Cuando llegó al número tres, Tiger se dobló y comenzó a vomitar.

Diez minutos más tarde, Raoul agarró por el brazo a su copiloto, exhausto y sin aliento, y lo empujó hacia la salida.

—Mejor aquí que en la cabina de mi avión —murmuró—. Y por el amor de Dios, Strathan, enderézate.

Tras una marcha agotadora de veinte minutos por una ruta paralela a la costa, por caminos mal pavimentados o de tierra, en un jeep descubierto, llegaron a lo que hacía las veces de hangar. Tiger se encontraba en mejor estado, relativamente hablando. Tenía un aspecto horroroso y hedía como una cloaca, pero había recuperado la consciencia al respirar de un tubo de oxígeno durante todo el trayecto. Ahora se encontraba bebiendo a pequeños sorbos un café caliente y amargo que uno de los mecánicos le había ofrecido.

Raoul sabía que Tiger no estaba en condiciones de pilotar nada. Sin embargo, dado el plan de vuelo predeterminado y la misión, aquél era un detalle insignificante.

Raoul se dirigió hacia lo que alguien había denominado generosamente «la oficina» y entregó a Tiger una ajada bolsa de cuero negro.

—De pie. Vamos.

—Mira, ¿podrías terminar con toda esa estupidez de oficial en jefe? Esta excursión tuya no estaba planeada, ¿vale? Pensé que tenía el día libre —se quejó Tiger.

—Cambio de planes.

—Tus planes han cambiado. Eso no significa que los míos tengan que hacerlo. — Se puso de pie con cuidado, como si el repentino cambio de altitud lo pudiera destruir —. De todas formas, ¿adónde vamos?

—Tierra adentro.

Raoul se permitió una sonrisa cuando las pocas personas que lo habían oído se giraron para mirarlo únicamente para comprobar si habían entendido bien. Por la ubicación en la costa, «tierra adentro» significaba sólo una cosa: transporte de drogas.

De la media docena de hombres que había en aquel lugar, sólo Tiger se había quedado estupefacto. El resto había visto y oído demasiadas cosas en su vida para que nada los sorprendiera, y transcurridos unos instantes apartaron la mirada sin mostrar la menor curiosidad. El suyo era un mundo en el que no se hacían preguntas y no se contaban historias. Lo contrario podía causar la muerte.

—Me estás jodiendo —dijo Tiger.

—Claro que lo estoy haciendo. Vamos a ver el paisaje. —Raoul se volvió y salió de la pequeña habitación en el extremo del edificio. Aunque llamar a aquella construcción edificio era un enorme cumplido. En realidad, no era más que una casucha de tamaño gigantesco.

Cuando llegaron al viejo helicóptero, Raoul subió al asiento del piloto y comenzó las comprobaciones pertinentes. Tiger se subió a su lado, un poco más sumiso que antes.

—Este trasto tiene más años que yo —dijo con desprecio, mirando al desvencijado cuadro de mandos que tenía contadores conectados a equipos mecánicos y fluidos reales en lugar de circuitos electrónicos y sensores.

Raoul le echó una mirada.

—Puede que sea más viejo que tu madre.

«Y que se mantenga en pie atado con bandas elásticas y escupitajos».

—¿Sabes cómo ponerlo en funcionamiento?

—Sabía hace treinta años. Estoy seguro de que me acordaré —replicó Raoul mientras los rotores crujían, girando lentamente, levantando una enorme nube de polvo. Tenían que despegar lo antes posible—. ¿Estás listo?

—Sí. ¿Sin auriculares?

—No es necesario. Le robaron la radio hace unos años.

Tiger parecía francamente incómodo.

—¿Qué ha pasado con las puertas?

—Se las sacaron —respondió distraído Raoul mientras accionaba las válvulas—.

El viento que entraba por los agujeros de bala hacía un ruido infernal.

Diez minutos más tarde estaban atravesando la línea costera en dirección noreste, hacia mar abierto.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer en realidad? —gritó Tiger, tratando de hacerse oír por encima del ensordecedor y poco saludable quejido del antiguo motor.

—Un pequeño reconocimiento por nuestra cuenta —respondió Raoul, señalando hacia una bolsa depositada a los pies de Tiger.

Tiger la abrió con cuidado y examinó la cámara de vídeo, luego miró a Raoul, confundido.

—Eh, ¿cuánto nos pagan por esto?

—Un precio que sólo se paga una vez en la vida —respondió Raoul tras considerarlo un momento. No era mentira—. Te lo diré cuando comencemos a filmar.

Tiger asintió y miró hacia delante. El incómodo silencio duró más de lo que el británico había esperado.

—He oído por ahí que habías tenido una noche agitada —dijo, finalmente.

Una lenta y lasciva sonrisa se asomó al rostro de Tiger.

—Has visto los resultados —dijo—. Esas putas hicieron cosas que nunca imaginé que fueran posibles.

«Imbécil».

—Quiero decir antes de eso. En el bar.

Dar a aquel lugar la categoría de bar representaba el mismo error de nomenclatura que llamar hangar a la choza donde guardaban los aviones, pero era la mejor descripción que podía darle. En aquella parte de la ciudad, cualquier lugar en el que un no lugareño pudiera beber sin que lo acuchillaran merecía ser llamado bar.

—¿Qué pasa con eso?

—Hiciste muchos amigos anoche.

Tiger estaba claramente incómodo con las indirectas.

—¿De qué coño hablas?

«Pronto lo sabrás, amigo».

—Bueno, estamos en posición.

Tigre, disgustado, sacudió la cabeza y sacó la cámara de la bolsa.

Raoul señaló una zona de aguas poco profundas del lado del copiloto.

—Empieza a filmar cuando pasemos sobre el arrecife.

—¿Qué estamos buscando?

—Tiburones.

—Bromeas.

—Enciende de una vez la condenada cámara.

Tiger alzó la cámara hacia su rostro y enfocó hacia abajo. Raoul vio que la lente del zoom estaba estirada.

—Eh, hay tiburones allí abajo.

—Imagínate —respondió secamente Raoul—. ¿Cuántos?

—Tres. No, espera. Cuatro.

—¿Qué están haciendo?

Tiger alzó la cabeza y echó a Raoul una mirada sin sutileza alguna.

—Están nadando, Raoul.

«Gilipollas».

—Voy a tratar de pasar un poco más bajo esta vez. ¿Puedes ponerte en el suelo? Quiero hacer las tomas más claras posibles para que podamos terminar con esto y volver antes que nadie se dé cuenta.

Tiger lo miró con ojos desconfiados.

—¿Se dé cuenta de qué?

—Échate al suelo y sigue filmando.

Raoul observó como el estúpido joven se desabrochaba el arnés y se acomodaba en el suelo, frente a su asiento, con las piernas colgando a un lado, sin apoyar los pies en la barra de aterrizaje. Se sostenía despreocupadamente en el marco de la puerta con una mano, mientras giraba para lanzarle a Raoul una sonrisa de placer, por encima de su hombro.

—Me siento como esos tíos en Vietnam. Ya sabes, los de las películas que siempre iban colgados de los helicópteros. —Se volvió hacia la peligrosa abertura y alzó nuevamente la cámara hasta su rostro.

«Estúpido y jodido ignorante». Raoul voló más allá del arrecife de coral y comenzó un lento descenso mientras bajaba a cincuenta pies. No quería asustar demasiado a los peces. Eso arruinaría el efecto.

—Estuviste muy parlanchín en el bar la otra noche —dijo con tono despreocupado.

Tiger se quedó inmóvil, bajando lentamente hasta su regazo la mano que aferraba la cámara de vídeo.

—¿Que has dicho?

—Estabas pasado, perdón, borracho, como decís vosotros los yanquis, y comenzaste a hablar sobre lo que hemos estado haciendo a principios de la semana. —La voz de Raoul era casi alegre sobre el rugido de los rotores—. La tormenta, el avión, el equipamiento... Te estabas divirtiendo mucho, ¿no es verdad? Brindándole a los otros idiotas el relato de tu gloria. —Hizo una pausa—. Desgraciadamente, el asunto es que no sólo no estuvo bien, sino que, en verdad, no tenías ni la más remota idea de qué estabas hablando.

La mirada en los ojos de Tiger había pasado de la cautela al miedo, lo que le dejaba sólo a dos pasos de la realidad que empezaba a hacerse evidente. Raoul sabía que no iba a esperar demasiado.

—No estuve hablando de...

—Estaba allí para protegerte. Te oí, Jimmy.

—Eh, no me llames...

—Creo que fui claro cuando dije que no toleraría ese tipo de comportamiento en mi equipo, Jimmy, ni siquiera en grandes pilotos yanquis como tú. ¿Recuerdas la parte cuando te dije que no me importaba qué bebieras, cuándo o cuánto, siempre que pudieras volar cuando te necesitara? ¿Y que no me importaba a quién o a qué te follaras pero que si hablabas de la misión con cualquiera te sacaría del equipo? ¿Recuerdas esa pequeña charla?

—Vale. Es verdad. Entiendo. Yo... mantendré la boca cerrada.

—No, Jimmy. Esto no es una advertencia. Te estoy diciendo adiós.

La nuez del joven se movía a toda velocidad y parecía estar a punto de orinarse encima. Había pasado sin interrupción del pánico al terror. Nivel cuatro.

—Bueno. Vale. Tan pronto como volvamos...

—Demasiado tarde para eso, Jimmy. Salud. —Raoul inclinó el helicóptero bruscamente y el azorado Jimmy «Tiger» Strathan cayó, demasiado aterrado para gritar.

Enderezando el viejo aparato, Raoul tomó un poco de altura y puso nuevo rumbo, sin molestarse en ver en dónde había caído Tiger o si había sobrevivido al chapuzón. No tenía por qué hacerlo. En el mejor de los casos, semejante resultado sería momentáneo, y en treinta kilómetros a la redonda, la única señal de vida pertenecía a cuatro tiburones.

Además, tenía otras cosas en que pensar ahora que se había ocupado de Tiger, como sacar a su tripulación del país antes de que lo que aquel maldito yanqui había estado largando la noche anterior llegara a oídos de alguien que pudiera estar interesado. Por supuesto, en una vuelta de tuerca convenientemente perversa, porque la mayoría de las personas a quienes podría interesarle estaban ocupadas preparándose para el huracán *Simone*, del que se preveía causaría fuertes lluvias y vientos mientras pasaba por el norte de la isla en algún momento de las próximas cuarenta y ocho horas. Si la tormenta cambiaba de rumbo y la isla recibía un impacto directo, decenas de miles de personas se verían en serios problemas.

Pero nada comparable a los problemas con los que se encontrarían Raoul y su tripulación si no se marchaban del país. Aquel mismo día.

Capítulo 18

Viernes, 13 de julio, 14:30 h, Distrito Financiero, Nueva York.

—¿Tienes un minuto?

Kate alzó la vista y vio a Elle en la puerta de su oficina, un poco más consternada que de costumbre.

—Claro. Entra. —Agarró un montón de carpetas de una de las sillas y las puso en el suelo.

Elle entró y cerró la puerta, luego se sentó.

—He acabado de leer tu ponencia hace un rato.

—Gracias por tomarte el tiempo de leerla. No quería que pensaras que tenía prisa —dijo Kate, y luego frunciendo el ceño preguntó—: ¿Y qué te parece?

—Es buena. Interesante. —Elle sonrió, reclinándose en la silla.

Incluso recostada, su vientre era plano. Era motivo suficiente para que no cayera bien.

—¿Es eso el equivalente de los investigadores a decir que tiene una personalidad encantadora? —preguntó Kate secamente. Elle se rió.

—No. Eso quiere decir que pensé que era interesante, Kate. Ha resultado muy agradable leer sobre algo actual. La mayor parte del material con el que trabajo pertenece a varias décadas atrás.

—Entonces, ¿te parece que estoy loca?

—Define «loca».

Kate hizo un gesto con los ojos.

—Fantástico.

Elle renunció a la respuesta con un gesto lánguido de su mano.

—Estoy bromeando. No parece que estés loca. Pero puesto que tú lo preguntas, supongo que no te sorprendería si algunos lo creyeran después de leer tu ponencia.

—Un amigo mío ha sugerido eso —admitió Kate—. Aunque más que sugerir, creo que dijo que me convertiría en la modelo de la Sociedad de los Meteorólogos Locos cuando los trabajos fueran colgados en Internet. —Suspiró—. Así que, dejando el factor locura a un lado, ¿te parece que el trabajo tiene sentido?

—Por supuesto que tiene sentido —confirmó Elle—. No soy meteoróloga, así que no pude seguir del todo las ecuaciones. No sé qué son o significan algunas de esas variables, pero tus argumentos parecen ser sólidos. —Hizo una pausa—. ¿Tu exposición va a concentrarse en la ciencia o en lo especulativo?

«Buena pregunta».

—No estoy segura de poder separar la una de lo otro —respondió Kate, encogiéndose de hombros.

—Pero tú crees que las tormentas fueron, ¿cómo le dices tú?: ¿enriquecidas por la tecnología?

Kate se revolvió en su silla, incómoda ante aquella pregunta tan directa.

—Eso es lo que me ha parecido, pero creo que es una idea demasiado descabellada para presentarla ante un auditorio de científicos serios. Aunque si estuviéramos presentándola en una convención de *Star Trek*... —dejó que la idea flotara en el aire, con una sonrisa.

A pesar de parecer cansada, Elle dirigió a Kate una mirada clara, concentrada y atenta.

—Pero eso es lo que realmente analiza tu trabajo, ¿no es cierto? ¿De verdad piensas que los especialistas lo rechazarían si lo presentas con claridad?

—No lo rechazarán, pero puedo casi asegurar que su respuesta no estará acompañada de sonrisas. Se trata de gente obsesionada con el clima, Elle. Y sé que puede sonarte extraño, pero el clima es como nuestro bebé. Da igual que seamos académicos, gente de negocios, que trabajemos para el gobierno o estemos en la televisión, todos tenemos una sensibilidad bastante obsesiva con respecto al clima. Meterse con él no es una acusación que muchos de ellos vayan a tomar con ligereza.

—Entonces, eso significa que vas a presentar más superficialmente tu...

«Por Dios. Parece como si estuviera en un programa de entrevistas del domingo por la mañana». Kate negó con la cabeza.

—Claro que no. Quiero una discusión abierta, pero también necesito mantener mi credibilidad.

«Y mi trabajo».

Elle pensó por un momento.

—No eres la primera persona en sugerir algo así. Hay una historia razonable de intentos de manipular y controlar el clima que podrías utilizar para sustentar tus suposiciones. No hablas de ello en tu trabajo, pero podría ayudarte en tu exposición.

—¿Como el sembrado de nubes por cuestiones agrícolas y lo que los chinos están intentando hacer para mantener la lluvia alejada de las sedes de los Juegos Olímpicos en Pekín? —preguntó Kate con una sonrisa—. Ésas no sólo son noticias antiguas, sino que son minucias comparadas con lo que yo estoy diciendo. Mis tormentas muestran un aumento importante que desafía toda explicación. Si hay algún tipo de manipulación climática en estos momentos, sería al estilo del «científico loco». —Su sonrisa se apagó—. El sembrado de nubes se ha realizado durante décadas. Es muy sencillo, muy controlado y produce lluvia. No hace que las nubes exploten en nubes de tormentas que se elevan unos cuantos miles de metros en dos o tres minutos y, por cierto, no causa inesperadas inundaciones en el desierto en medio de la noche.

—¿Vas a dejar que el señor Thompson vea tu trabajo?

El impulso de retorcerse en su silla era fuerte, pero Kate permaneció inmóvil,

mirando a Elle a los ojos.

—No lo había planeado. Davis Lee ya lo ha aprobado.

—¿Sabes si lo ha leído?

—Me imagino que sí. A estas alturas ya debe de haberlo hecho, aunque no sea realmente su especialidad. Él cree que mi interés en estas tormentas es algo estúpido. Como lo es presentar un trabajo que no ofrece conclusiones. —Kate se encogió de hombros con una despreocupación que en realidad no sentía y agarró una botella de agua que descansaba en la desordenada repisa de la ventana—. El interés de Davis Lee por el clima está casi completamente limitado a los efectos en las acciones de su compañía. Y en su vida social.

—Que seguramente será complicada, estoy segura.

—No tengo ni la más remota idea —respondió Kate sobre el borde de la botella de agua, enarcando una ceja.

Elle enrojeció.

—Eso no ha sonado muy correcto. Quiero decir, no es que me importe...

Kate se encogió de hombros.

—Eh, relájate. No ha pasado nada. Aunque te importara, no serías la primera mujer que trabaja aquí a quien le interesa. Es rico, soltero, atractivo y, a su manera, seductor.

—Sí, supongo que lo es, pero no me importa —repitió con énfasis Elle.

—Entiendo. ¿Entonces por qué me has preguntado si iba a enviárselo a Carter Thompson? ¿Por qué tendría que hacerlo? Y, a propósito, ¿cómo sabes tanto sobre la manipulación climática?

Elle se mantuvo inmóvil un instante antes de mirar a Kate a los ojos.

—He estado investigando un poquito. El señor Thompson solía estar interesado en esos temas cuando estaba en la universidad.

—¿Tiene algo publicado?

—En cierto sentido. Aparece citado en varios libros.

Kate absorbió la información durante un minuto, sintiendo un irritante escozor en el fondo de la mente.

—Llevo investigando este asunto varios meses y no me he tropezado con su nombre. ¿En qué tipo de libros aparece citado? ¿Y sobre qué temas ha escrito?

—Yo no los llamaría libros científicos —respondió Elle con franqueza—. Ciencia residual, tal vez. Fueron publicados a mediados o fines de los cincuenta y eran poco fiables, incluso en aquella época. Para que te hagas una idea, uno de los autores también escribió un libro sobre cómo construir su propio refugio nuclear.

—¿Pero qué decían sobre la manipulación climática?

—En general, cosas bastante absurdas. Que remolcar iceberg hacia el Ecuador detendría la formación de huracanes o lanzar bombas en medio de los huracanes los

detendría de inmediato. Que el clima invernal que ayudó a detener el avance de Hitler en Rusia fue causado por la mano del hombre. Que la gran sequía durante la Depresión había sido un experimento comunista. —Puso los ojos en blanco—. Eso roza los límites de lo creíble.

—¿Pero citaban a Carter Thompson? ¿Él estaba escribiendo sobre esos temas?

—Sí, lo citaban, pero no, él no apoyaba esas ideas. Sus trabajos parecían centrarse más en la idea de manipulación que con salir a la palestra y declararlo abiertamente. Estaba más o menos apuntando la teoría de que no era algo que estuviera fuera del ámbito de lo posible, y que un día sería realidad. Pero nunca llegó a decir cómo sucedería. —Elle cruzó sus largas piernas y descansó su hombro en el brazo de su silla y su barbilla en la palma de la mano—. A lo mejor no deberíamos sorprendernos, creo. Supongo que tenía que ver con la época. Ya me entiendes, parece que entonces uno tenía mentalidad de Guerra Fría —Cuba, Rusia, los rojos escondidos detrás de cada bandera estadounidense— o de los *beatniks* —paz, amor y el *flower power*—. Y además todo ese asunto con Buck Rogers.

Kate absorbió la información un instante, y luego sacudió la cabeza.

—Sigue siendo extraño. Era un científico del gobierno.

—No cuando escribió esos trabajos —le recordó Elle—. Ya he devuelto los libros, pero podría darte la lista de citas, si te interesa verlos.

Kate alzó una mano con un gesto de rechazo.

—No, gracias. Mi cupo de investigación anual ya está cubierto. ¿En qué estás trabajando para haber tenido que buscar toda esa información?

—Una biografía —respondió Elle—. Es para una publicación privada con motivo de su sesenta y cinco cumpleaños, dentro de un mes, o poco más.

—¿Uno de los hombres más ricos del mundo cumple sesenta y cinco años y lo único que recibe es un libro sobre sí mismo? —Con una sonrisa, Kate se llevó la botella de agua a los labios—. Supongo que es mejor que un *streptase*. A la querida reina Iris no le gustaría. ¿De quién fue la idea?

—De Davis Lee, supongo.

—¿Te está dando mucho trabajo?

Reprimiendo un bostezo, Elle le sonrió tristemente.

—Creo que es lo que tenía en mente cuando me traje. No conozco a mucha gente, así que estoy disponible a todas horas. —Se levantó con lentitud—. Hablando de eso, tendría que volver ya a la mina.

Kate dejó la botella de agua sobre el alféizar de la ventana y dejó que la silla recuperara su posición vertical.

—No dejes que te explote todo el tiempo. Nueva York es una gran ciudad. Asegúrate de disfrutarla.

—Me gusta —admitió Elle, con su mano sobre el picaporte—. Pero es tan grande.

Es difícil saber adónde ir y qué hacer. A veces hay demasiadas opciones, y otras veces no tengo muchas ganas de ir sola. Y eso se está convirtiendo en algo habitual —continuó, apartando la mirada mientras su voz se reducía a un murmullo. Era un gesto efectivo, que hizo que Kate se preguntara si sería auténtico o si ella estaría buscando una invitación.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—Alrededor de un mes.

—¿Has ido a alguno de los conciertos al aire libre? Prácticamente todos los parques de la ciudad tienen alguna actividad durante los fines de semana.

Elle la miró a los ojos y negó con la cabeza.

—Aún no.

—Bueno, si te apetece, voy a ir con algunos amigos a ir a tomar algo y después al Battery Park hoy por la noche. Hay un festival local de fusión jazz-reggae. —Levantó los hombros y se rió—. No es lo mío, pero les sigo la corriente. ¿Por qué no vienes con nosotros? Será una cosa informal, y aunque la música sea horrible, ver a la gente será interesante. Tengo esa imagen mental de metrosexuales con camisas de seda teñidas, y bebés rubios con rastas, fumando marihuana civilizadamente con pantalones de marca, en pipas de plata repujada.

Elle se rió pero además pareció sorprendida realmente.

—Kate, no pretendía...

—Lo sé.

Elle hizo una pausa un segundo, para luego ofrecer la primera sonrisa auténtica que Kate había visto en su rostro.

—¿En serio? Es muy generoso por tu parte. ¿Estás segura de que no habrá problemas con tus amigos?

—Por supuesto. Te mandaré un correo electrónico sobre dónde y cuándo nos encontraremos. Seguramente será alrededor de las ocho y media. Nos vemos luego.

Viernes, 13 de julio, 15:45 h, Pentágono, Washington, D.C.

Lo primero que Jake observó cuando se dirigía a la sala de conferencias fue que de la docena de personas que había en la habitación, él era uno de los tres que no iba de uniforme. Tom Taylor y Candy eran los otros dos. Ya antes de comenzar la reunión, Jake venía ligeramente mareado a causa de la información que a toda velocidad le había presentado Candy en el viaje desde Langley. Aviones espía y equipamiento de manipulación climática. Terroristas y terminología de guerra.

No era exactamente a lo que había esperado enfrentarse cuando se había decidido estudiar para el doctorado en climatología.

Tom giró, concentrando su mirada casi muerta en Jake.

—¿Qué pasa con esta tormenta?

—Hasta el momento, está detenida al este-noreste de Puerto Rico tras desplazarse con lentitud pero sin descanso durante las últimas cuarenta y ocho horas.

—Después de ese incremento, ¿por qué se ha detenido?

Jake se encogió de hombros.

—Sucede en ocasiones. Nadie sabe realmente por qué. En 1998, el *Mitch* se detuvo treinta y nueve horas frente a las costas de Honduras.

—Y luego se extinguió.

—Después de caer con toda la furia sobre Honduras, el este de México y un puñado de islas del Caribe, murió de forma muy lenta y destructiva —lo corrigió Jake.

—Entonces, ¿esta tormenta se desvanecerá pronto?

—No hay modo de asegurarlo. Su presión barométrica sigue cayendo, y la velocidad de sus vientos es constante. Sigue siendo de categoría 2, así que, por ahora, no representa una gran amenaza, especialmente si permanece en el océano. —Se encogió de hombros—. Podría comenzar a moverse en cualquier momento, o podría disiparse.

Tom parecía aburrido.

—Jake, ¿esas posibilidades son del cincuenta por ciento?

—Lo dudo. Mi intuición me dice que no va a desaparecer pronto. La temperatura del mar allí abajo es demasiado agradable.

—¿Hay algo que podamos hacer para cambiar eso? —preguntó Tom.

En torno a la mesa, todos asintieron en silencio.

Frunció el ceño.

—Bueno, empecemos a pensar en ello. Tengo el mal presentimiento de que esta tormenta no desaparecerá. No hasta que encontremos a quién está detrás de ella. —Dejó de hablar bruscamente y tomó su Blackberry de la funda que colgaba de su cinturón, miró la pantalla y se puso de pie—. Tengo que interrumpir esta conversación. Mil disculpas.

Y se marchó.

Viernes, 13 de julio, 16:30 h, la Casa Blanca, Washington, D.C.

Tom Taylor avanzó hacia el interior por los concurridos pasillos, a través de un laberinto de oficinas hasta una de las escasas puertas cerradas. Golpeó con delicadeza, sonriendo al hombre que le abrió.

—El señor Taylor está aquí, señor Benson.

—Gracias. —Win Benson, el hijo del presidente y uno de sus consejeros extraoficiales, abrió aún más la puerta e hizo un gesto, sin sonreír, para que Tom

entrara en el despacho.

Se trataba de un despacho grande y cómodo, decorado con el sencillo estilo ejecutivo. Buenos muebles, gruesas alfombras y obras de arte originales. Y dos rostros serios cuyas caras eran familiares de los programas matinales del domingo: la secretaria de prensa de la Casa Blanca y un asesor de seguridad nacional.

Se presentaron con apretadas y ligeras sonrisas, estrechando la mano de Tom. La secretaria de prensa fue directa al grano.

—Señor Taylor, los dueños y la tripulación de un pequeño yate que naufragó al este de Caribe, estuvieron en la televisión hace poco e informaron de que tras ser rescatados por un buque de la Marina, fueron interrogados por los oficiales sobre la repentina intensificación del huracán *Simone*. Su historia es, evidentemente, increíble, y por tanto, los medios no dan abasto para conseguir más datos. Están a la espera de salir al aire con Matthews, Hannity y Larry King, y eso es sólo esta noche. Lo están presentando como si hubiera un científico loco suelto, e insinuando que se están llevando a cabo experimentos con respaldo gubernamental. Los periodistas se están arremolinando como buitres sobre este tema. ¿Puedo preguntarle qué es lo que está sucediendo?

Justo lo que le hacía falta. Publicidad.

—Señora, creemos que el huracán puede haber sido aumentado artificialmente mediante alguna tecnología.

—¿Cree que alguien está manipulando el clima? —preguntó, con algo más que un poco de incredulidad en la voz.

—Sí, señora.

—¿Quién? ¿Y cómo? ¿Sabe esto el presidente? —Se volvió hacia el consejero de seguridad nacional—. ¿Estaban al tanto en el PDB?

—Discúlpeme, señora —interrumpió Tom—. Éste es un asunto que acaba de surgir y creo que no ha llegado todavía al extremo de ser incluido en los informes diarios del presidente. Nosotros tenemos todavía demasiadas preguntas que intentamos responder, incluyendo las que usted acaba de plantear.

—¿Tiene alguna información más acerca de quién puede estar detrás de esto?

Miró a los ojos del consejero de seguridad.

—No, señor.

—¿A quién se refiere cuando dice «nosotros», señor Taylor? —El hijo del presidente se movió hacia el centro del despacho al tiempo que hacía la pregunta.

Tom giró para mirarle de frente.

—Estoy a cargo de un equipo de trabajo a solicitud del director Nacional de Inteligencia. Es interdepartamental, y son varios los involucrados. La CIA, el FBI, Seguridad Nacional y todos los cuerpos de las fuerzas armadas. Y algunos otros. Algunos civiles.

—¿Y todavía no saben nada?

Se giró hacia la secretaria de prensa y sostuvo su mirada sin mostrar irritación.

—Sabemos mucho, señora, pero no todo. Todavía. Estamos aclarando el panorama general.

—Bueno, es hora de compartir, señor Taylor. Díganos lo que sabe —dijo en un tono de voz bajo y sarcástico completamente distinto del cultivado estilo diplomático por el que era famosa—. Con pequeños paisajes será suficiente.

Su agradable y fotogénico rostro se mostraba firme. Había visto más calidez en los rostros de los interrogadores de Guantánamo.

—Sabemos que una persona o personas tienen capacidad para manipular con éxito los sistemas climáticos. Sabemos que han comenzado a trabajar, recientemente, dentro de las fronteras de los Estados Unidos y que están bien organizados, cuentan con fondos y son extremadamente esquivos. Sabemos que no hay investigadores de renombre trabajando en dichas actividades. Lo estamos considerando como una amenaza terrorista y tenemos personal trabajando las veinticuatro horas los siete días de la semana para encontrarlos y averiguar cuál será su próximo paso. Y estamos prácticamente seguros de que han transformado a *Simone* en la tormenta que ahora es mediante el uso de la tecnología.

—¿Algo más?

«¿Eso no le resulta suficiente?».

—No, por el momento.

—Quiero que me mantenga informada, señor Taylor.

Al darse cuenta de que daban por terminada la reunión, hizo una inclinación de cabeza a la Barbie de pelotas de acero y a sus amigos y se giró hacia la puerta.

—¿Considera usted que los Estados Unidos están bajo la amenaza de *Simone*? Me refiero a la situación climatológica.

Se volvió para mirar al hijo del presidente.

—Creo que existe una alta posibilidad, señor Benson, pero, por el momento, sólo podemos estar seguros del mismo nivel de riesgo que tenemos cuando hay un huracán en el Caribe. Si usted tiene que viajar a Florida la semana que viene, yo cancelaría la habitación con vistas al mar.

—Gracias.

Hizo un gesto con la cabeza al grupo y abandonó el despacho.

Capítulo 19

Viernes, 13 de julio, 18:57 h, Upper East Side, Nueva York.

Elle salió del vagón de la línea 4-5-6 y dejó escapar un suspiro que estaba a medias entre la exasperación y el alivio.

El viaje hacia las afueras siempre era irritante, e incluso la perspectiva de una noche relajada no cambiaba eso. La línea de la avenida Lexington era la más transitada de la ciudad y la de peor funcionamiento, algo que cientos de personas apiñadas en los vagones durante las horas punta sabían perfectamente. Pero esperando hasta las seis y media, conseguía normalmente evitar lo peor. Si dejaba la oficina a las cinco, tenía que lidiar con las masas del personal administrativo de Wall Street que volvían a sus hogares, y, si salía a las seis, serían los directores quienes regresaban a Connecticut y Nueva Jersey a tiempo para besar a sus hijos antes de acostarlos. Así que se iba a las seis y media, una vez que la mayor parte del Distrito Financiero había cerrado y sólo tenía que enfrentarse a la riada humana durante un breve intervalo mientras cruzaba el centro de la ciudad.

Bajó del vagón en la 68 y Lexington. Después de subir los treinta y tres escalones mugrientos, el húmedo, maloliente y subtropical microclima de los túneles del metro dejó paso al calor de horno de las calles; comenzó a contar los pasos hasta poder doblar hacia Park. Desde ese lugar eran sólo tres manzanas y media —alrededor de cuatrocientos veinticinco pasos, aproximadamente— hasta su edificio, situado en la 73 Este entre Park y Lex, en donde podía, finalmente, escapar al ruido y a los olores de la calle. Al principio, había sido un juego para distraerse de aquello que ella había aceptado al establecerse en la ciudad, pero se había vuelto un ritual neurótico. La mantenía en movimiento hacia su momento favorito, cuando cerraba la puerta del piso a su espalda y la parte pública de su trabajo concluía por fin.

Si hubiera tenido que vivir en cualquier otra parte de la ciudad, nunca habría aceptado el trabajo. No es que a ella le hubiera entusiasmado aceptarlo, pero había resultado ser una oferta providencial que no podía rechazar. Por un lado, le habían dicho que era una oportunidad estupenda y ella no había podido encontrar ningún argumento convincente en contra. Y antes que alejarse del futuro que estaba labrando para sí misma como estratega política, había decidido ensuciarse las manos. Así pues, allí estaba, trabajando para un bruto, vistiéndose como una bruja y obteniendo una experiencia valiosa que podía volverse en su contra en cualquier momento.

La simple visión de la elaborada y grisácea fachada de piedra caliza de su casa la ayudaba a disipar algo de su irritación, y, como siempre, miró hacia lo más alto del edificio en donde la sombra del jardín terraza del ático alentaba su imaginación. Había oído decir que era espectacular. Rodeaba todo el edificio, por lo que el piso

parecía estar construido en torno a un jardín. Ella sabía que no había modo de que pudiera verlo, así que se conformaba con su ojeada diaria. Las únicas señales visibles desde la calle eran los árboles que se elevaban en enormes macetas de terracota y las plantas ornamentales que crecían sobre el muro y se balanceaban bajo la brisa de la decimoquinta planta. Era lo más cerca de la naturaleza que podía estar la mayoría de los días.

—Buenas noches, señorita Baker. —El portero no era curioso, ni charlatán, simplemente cortés—. Va a ser una noche encantadora.

—Hola, Shel. Creo que tienes razón —le respondió con una cansada sonrisa. Su distribución del tiempo era tan impecable que ella ni siquiera tuvo que disminuir el paso, sino que pasó por la puerta abierta hacia el fresco y reconfortante paraíso de pilares corintios y molduras de una Nueva York de preguerra. Sus mocasines de delgadas suelas golpeaban suavemente contra el mármol color bronce, mientras se dirigía hacia el ascensor.

—Buenas noches, señorita Baker.

—Buenas noches, John —respondió distraída, sin molestarse en mirarlo. El conserje tenía ojos de víbora, o tal vez de pornógrafo. Ella estaba convencida de que su segundo trabajo era de proxeneta.

Subió por el ascensor hasta el octavo piso en paz, pero sin sacudirse del todo el cansancio del día hasta que la puerta del apartamento se cerró detrás de ella y dejó caer la bolsa con libros al suelo, en donde permanecería, una mancha intocada en medio de la prístina y antigua elegancia del piso lujosamente amueblado, hasta las siete y media de la mañana del lunes.

Era el final de otra semana infernal. Todas eran infernales, tanto si Davis Lee estaba en la oficina como si no. Tener que tolerar su estilo pseudoeducado y condescendiente era un gran esfuerzo para cualquier muchacha. Al menos le pagaban lo suficiente para que sus sonrisas y quejas valieran la pena. Afortunadamente, pronto le sería posible ejecutar su estrategia de salida.

Cruzó la entrada y la sala en dirección a su dormitorio en busca de una ducha revitalizante, para después seguir con un martini helado y un poco de cultura. Mientras caminaba, comenzó a quitarse aquella ropa sin encanto, que despreciaba, su «uniforme» —pantalones de lino de Gap y una blusa sencilla— con tan poco cuidado como requerían las prendas.

El entrar en su habitación, se detuvo en la puerta, con el corazón latiéndole a toda velocidad por el pánico de ver a una figura levantarse de la silla de mimbre del rincón. Cuando reconoció su rostro, su pulso no consiguió tranquilizarse.

«Él quiere que vuelva».

Era una idea ridícula y la parte racional de su mente lo sabía. También su corazón. Tragó saliva y tomó aliento.

—Win. Yo... no sabía que estuvieras... ¿Teníamos que vernos? Nadie... — tartamudeó, para luego detenerse. Él no era un hombre ante el cual uno debía mostrar debilidades a menos que quisiera que las usaran en su propia contra. Ella lo había aprendido de un modo cruel, hacía poco tiempo, y el recuerdo todavía le quemaba.

—Hola, Elle. No, no había cita. Ha sido una decisión repentina. Encontrarte en Iowa la semana pasada hizo que me diera cuenta de que no había venido a verte desde que te trasladaste aquí. —Sonrió.

Era una sonrisa hermosa, lenta y ensayada, más adecuada para una playa o, a decir verdad, un dormitorio. Pero ella no la quería en el suyo. No en ese momento. Y quizás nunca más. Tal vez. Pero lo que ella quería, a él nunca le había importado mucho.

Él siempre la había intimidado, desde que lo había conocido en casa de sus padres durante la primera campaña presidencial de su padre. Al volver a casa al finalizar el semestre, Elle no se había sentido impresionada ante la arrogancia de Win y no lo había ocultado precisamente. Pero, más que disuadirlo, su actitud lo había intrigado. Entonces, se convirtió en un auténtico encanto, manteniéndose en contacto con ella y ayudándola a hacer las prácticas que deseaba. Un año más tarde le había conseguido otras aún mejores, y en aquella época sus defensas habían caído. Ella era ingenua, leal, y estaba demasiado enamorada para quejarse de nada.

Como hijo del presidente, Win tenía un alto perfil público y estaba en la lista VIP de todas las figuras de la alta sociedad y celebridades. Cuando pudiera, le dijo, pasaría todos los momentos disponibles a su lado, pero siempre fuera del alcance de la prensa y otros grupos interesados. Su relación había sido discreta y privada, y ella se percató más tarde, completamente unilateral. Ella vivía para él, permaneciendo deliberadamente tan fuera del alcance de los focos como pudiera estarlo cualquier persona; a cambio, él se acostaba con ella cuando le resultaba conveniente o cuando no había nadie más excitante a tiro. Todavía le sorprendía que le hubiera llevado tanto tiempo darse cuenta de que era un cretino y que ella —la muchacha inteligente, sensata y razonable— había sido tan tonta. Y que sus estúpidas declaraciones de amor habían conseguido que a él le resultara más sencillo, no más difícil, utilizarla.

Y a pesar de la lección, allí estaba ella, dejándose utilizar, sin saber muy bien cómo detenerlo.

Sintiendo que se tensaban los músculos de sus mejillas, miró su hermoso rostro bronceado y se recordó para sus adentros la verdad sobre Win: que sólo se preocupaba de sí mismo y de su futuro político. Incluso su padre ocupaba un segundo lugar ante aquellas dos prioridades.

Win se puso despreocupadamente las manos en los bolsillos de su pantalón, sin apartar su mirada de la de ella.

—Nadie sabe que estoy aquí. Oficialmente, todavía estoy en Washington. Se me

ocurrió venir a verte, para ver cómo estabas. —El tono de preocupación era falso y la familiaridad en su voz no la tranquilizó. No tenía intención alguna de tranquilizarla —. ¿Te gusta el apartamento?

Ella asintió, todavía demasiado agitada como para intentar hablar.

—Me alegro de saberlo. Creo que dejaré que te vistas para que podamos charlar.

La recorrió de arriba abajo con su mirada y, entonces, ella recordó que tenía la blusa rosa y el cinturón de los pantalones en la mano. Sintió que enrojecía.

—Por supuesto. Vengo enseguida.

—Tómate tu tiempo, Elle. Estoy encantado de volver a verte.

Ella se apartó para dejarlo pasar a su lado, supo que el roce de sus nudillos contra el lino de sus pantalones muy poco tenía que ver con la estrechez del marco de la puerta.

—Gracias, Win. Es agradable volver a verte —murmuró con automática cortesía mientras cerraba lentamente la puerta a sus espaldas.

Apretando los dientes a causa de la intromisión o del intruso, o tal vez por ambas cosas, se quitó el resto de la ropa y se dirigió hacia la ducha. Cinco minutos más tarde, fresca y completamente vestida con una brillante túnica de algodón de Ann Taylor y sandalias de tacón bajo de Prada, adoptando ya su propia identidad en lugar de la tonta de la oficina a la que encarnaba unas cincuenta horas a la semana, Elle entró en la sala con su espalda recta y la barbilla en alto. Saludó con una distante inclinación de cabeza al pasar delante del par de agentes del servicio secreto situados en el otro extremo de la habitación. No quiso pensar en dónde se encontraban cuando ella había realizado su estriptis accidental.

Deteniéndose a unos pocos metros de Win, se aclaró la garganta, haciendo que el hijo del presidente se diera la vuelta alejándose de la ventana y sonriéndole nuevamente. Los agentes desaparecieron de la vista.

Mientras agarraba un cigarrillo de la caja de plata bruñida que había sobre la mesa de café, deslizó por su antebrazo el brazalete de diamantes que se había comprado cuando él la dejó hasta que descansó, flojo, sobre su muñeca. Era auténtico, y el sol poniente hacía brillar las piedras como los fuegos artificiales del Día de la Independencia. Patético, lo sabía, pero ésa era la razón por la que casi había agotado su cuenta de ahorros para comprarlo, y también la razón por la que acababa de ponérselo.

Encendiendo su cigarrillo con un mechero a juego, dio una profunda calada, y luego dirigió la delgada corriente de humo hacia el techo mientras decidía qué iba a decirle.

—Pensé que habías dejado eso.

—Lo hice —respondió fríamente, sentándose en una de las sillas tapizadas en seda. Lo vio mirándole las piernas, largas, desnudas y bronceadas, por lo que las

cruzó, haciendo deslizar el corto dobladillo de su túnica hacia arriba, sobre sus muslos. Dejó que la sandalia se balanceara en los dedos del pie, cuyas uñas llevaba pintadas de rojo.

Mientras veía cómo apartaba la mirada de sus pies, ella dejó que la sombra de una sonrisa apareciera en sus labios.

—¿Qué tienes para mí?

«Una estaca de plata para hundirla en el lugar donde debería estar tu corazón». Aspiró el cigarrillo lentamente, y luego se inclinó hacia delante para dejar caer la ceniza en un pesado cenicero de cristal en el que aparecía una especie de emblema.

—Todavía estoy recopilando información. Te he enviado un informe...

Retiró una mano del bolsillo del pantalón, interrumpiéndola con un gesto brusco.

—Viejas noticias. Quiero tus impresiones, Elle. Por eso estás aquí. Quiero conocer sus puntos débiles. Dónde están, cuáles son, quiénes son. —Expresó su irritación con un refinado gruñido—. No esperaba tener que volver sobre esto una vez más.

Sus palabras, o mejor el tono que dejó traslucir tras ellas, la atravesó. Elle mantuvo sus ojos fijos en los de él. De color azul pálido y helados, tan poco acogedores como un glaciar.

«Si supiera cuánto ganaría si fuera sólo un poco más amable».

Tal y como estaban las cosas, su mirada hizo que ella decidiera no pasarle la información potencialmente interesante que había recibido sobre Carter Thompson esa semana.

Dio una nueva calada a su cigarrillo, con lentitud y elegancia, y después expulsó el humo.

—Sé lo que quieres, Win, y tú sabes que lo averiguaré. Pero no he encontrado todavía nada de importancia. —Alzó un hombro y lo dejó caer, despreocupada.

—¿De importancia? —repitió él con lentitud—. ¿Tenemos acaso la misma definición para esa palabra?

Ella contó un latido.

—Quiero decir que no he hallado nada que podamos utilizar.

Él bajó la mirada, mordiéndose el labio como si estuviera reprimiendo una sonrisa. Conociéndolo, pensó, tal vez sencillamente disfrutara del dolor.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí, Elle?

—Cuatro semanas.

—Si en ese tiempo no has encontrado nada políticamente significativo, eso quiere decir que Carter conduce un negocio limpio o que tú no estás trabajando con la dedicación suficiente. Sabiendo lo que ya sé sobre Carter, creo que se trata de lo segundo. —Hizo una pausa, y cuando continuó, su voz se había convertido en un susurro que le provocó escalofríos en la espalda—. No tenemos tiempo para poner a

otro en tu lugar, Elle. Le gustas a Davis Lee. Aparentemente, tiene confianza en ti. Eso quiere decir que has conseguido algo. Lo has convertido de una fortaleza en un obstáculo. Él es la parte vulnerable que estás buscando, Elle. Necesitas explotar eso al máximo de tus capacidades.

Volvió a hacer una pausa, más larga esta vez. Elle no dijo una palabra, ni apartó su mirada de la suya. Sabía que él no había terminado de hablar, y ella no estaba interesada en ofrecerle ninguna sugerencia no solicitada. Inclinandose levemente hacia delante, volvió a dejar caer la ceniza de su cigarrillo.

—Te pedí que hicieras esto porque tienes la habilidad necesaria para este tipo de operación. Creo en ti, Elle. No hagas que comience a dudar de ti —dijo lentamente, y luego se encogió de hombros—. Eso significaría que debo dudar de mí mismo. Es algo que nunca me ha gustado hacer.

Dejando de lado los comentarios que hubiera podido hacer como respuesta a esa afirmación, ella apagó el cigarrillo y se levantó en un solo movimiento, imprimiendo con su furia una cierta gracia al gesto.

—Por tu insistencia, me incorporé a esta organización, Win. Jugué el papel de la inocente ratoncita; llamé la atención de Davis Lee y me gané su confianza, como has dicho. Estoy haciendo el trabajo que me pediste, que es francamente miserable, y muy por debajo de mi capacidad. Pero aquí estoy, buscando algún trapo sucio de un hombre honesto para que tú y tu padre podáis mantenerlo fuera de la carrera electoral el año que viene. A título oficial, me resulta ofensivo, Win. Todo lo relacionado con este trabajo me resulta ofensivo, pero, a pesar de todo, lo estoy haciendo, para ayudar a tu padre y para avanzar en mi carrera. Para demostrar mi compromiso con la causa. Y, hasta donde yo puedo ver, hasta ahora he tenido éxito. Estoy encontrando cosas. Sólo que no son todavía suficientes como para tener una «perspectiva de conjunto» significativa. Pero lo haré. Y lo haré a mi manera. —Dio un paso hacia él, sin apartar la vista de la suya—. Fui tu novia, Win. Pero eso no me convierte en tu puta.

Su risa, esta vez, fue sincera, y la carga de burla en ella le reabrió la herida que no había curado a pesar de seis meses transcurridos. Ella estaba enferma de estar bajo su influencia.

—Un discurso brillante, Elle. Y presentado con toda la profundidad que una veinteañera puede tener. Pero estás equivocada. Todos somos putas. Sólo cambia lo que estamos vendiendo, a quién y por cuánto. Tú quieres dedicarte a la estrategia política, ¿verdad? Bueno, no puedes hacerlo sin que esas manos color de lirio —que, si mal no recuerdo, son muy hábiles— se ensucien un poquito.

Ambos sabían que los agentes del servicio secreto podían oírlos y que la poco sutil referencia a su relación había sido para humillarla, pero ella se negó a dejarlo entrever.

—Me estás pidiendo que me acueste con él.

Sus ojos reflejaron un auténtico regocijo.

—No te estoy pidiendo que hagas nada. Te estoy diciendo que hagas lo que te pago para que hagas, que es recabar información. No me interesa conocer tus métodos, tengan que ver con entrar en su sistema electrónico, revolver en su basura o follártelo en el suelo de la Bolsa de Valores cuando suena la campana de cierre. —Hizo una pausa—. Estoy esperando resultados, Elle. Espero recuperar razonablemente algo de mi considerable inversión. —Miró a su alrededor por la espaciosa sala—. El alquiler de este sitio no es precisamente barato. —Elle no dijo nada y él sonrió—. Reemplazarte nos retrasaría mucho, cierto, pero no sería irrecuperable. La experiencia que has obtenido, sin embargo, se perdería, ¿no es verdad? Para ti, quiero decir. Podría serte útil cuando regresaras a tu casa e intentaras que tu vecino fuera elegido para el consejo escolar de la ciudad, pero en lo que se refiere a trabajar en Washington a corto plazo... Bueno, Washington es un pequeño mundo con alcance muy largo. Los rumores se extienden, desgraciadamente. —Su voz se había vuelto a suavizar, pero la intención de sus palabras nada tenía que ver con su tono.

Y allí estaba todo en su desnuda simplicidad. Aquél era un proyecto unidireccional sin margen de error. Si ella no actuaba satisfactoriamente para Win, sería expulsada. Se convertiría en otra mujer de Washington, descartada por obedecer ciegamente órdenes y, por lo tanto, sometida al ridículo y al escarnio en la arena pública, siguiendo los turbios pasos de Fawn Hall y Linda Tripp.

Excepto que Elle sabía, en primer lugar, que lo que estaba haciendo carecía por completo de ética. Él la había dejado sin ningún anclaje moral en el que sustentar una potencial defensa.

«Qué idiota he sido».

Se obligó a asentir en respuesta a sus palabras y resistió la tentación de argumentar o de defenderse. Ambas cosas serían inútiles. Puesto que provenía de Win, no se hacía ilusiones de que la amenaza fuera fingida.

Él respondió asintiendo a su vez, sonriendo satisfecho.

—Me alegra que nos entendamos. Sabes a quién llamar si necesitas algo.

—Sí, lo sé. Gracias —respondió secamente. «Maureen Dowd, la fan más grande de tu padre».

Su sonrisa se amplió y ella sintió el familiar e inútil cambio de humor mientras él parecía deshacerse de la conversación. Sólo hicieron falta unos pocos pasos para acortar la distancia que los separaba. Ella se opuso con un temblor y retrocedió un paso.

—Ahora que hemos terminado con los negocios, me encanta volver a verte, Ellie May —dijo, usando el sobrenombre que le había puesto cuando eran novios. Ella lo detestaba.

Él la atrajo hacia su pecho, ignorando su resistencia.

—Win, no.

—Oh, vamos. Elle. No seas chiquilla. Los negocios son negocios, pero esto... —
Inclinó su rostro hacia el suyo con un frío dedo bajo su barbilla, y luego pasó el nudillo por el borde de su mandíbula—. Esto no son negocios, ¿verdad?

Deslizó su otra mano por sus cabellos y soltó el prendedor que los sostenía en un recatado moño. Sus ojos habían adquirido una calidez familiar que era imposible de malinterpretar.

El antiguo deseo y un más reciente desprecio combatieron en su interior, pero sabía que ninguno saldría victorioso. El hombre que ponía las manos sobre ella tenía una expresión que le gustaba repetir, y ésta era: «Win gana». Elle sabía por experiencia que esa afirmación era algo más que un juego de palabras. Era una profecía que se alimentaba a sí misma. Win rara vez perdía y, con frecuencia, la pérdida era sólo temporal.

—Tengo casi una hora libre antes de marcharme —murmuró, su boca rozándole el oído mientras una mano se deslizaba por detrás de ella y la agarraba por la cintura—. Tiempo suficiente para una copa. U otra cosa.

Capítulo 20

Viernes, 13 de julio, 19:20 h, Distrito Financiero, Nueva York.

Como muchos de los días de ese verano, aquél había estado deliciosamente despejado. El cielo de Nueva York había desplegado su mejor azul para mantener contentos a los turistas, y las únicas nubes que se vislumbraban habían comenzado como estelas de vapor. Vientos lentos en las altas capas de la atmósfera las habían desplumado lentamente a lo largo del día, transformando los cielos en un lienzo de elevadas nubes *cirrus castellanas*, que algún antiguo, con espíritu poético, había bautizado como «cola de yegua». Se extendían frente al sol del ocaso, listas para ser pintadas con colores del extremo más cálido del espectro. Sería una noche fantástica. Se formarían largas colas para esperar los carruajes de Central Park, y de Harlem a TriBeCa las calles rebosarían de vida mientras la ciudad se recuperaba del calor diurno y dejaba que la noche la refrescara.

Kate se apartó de la ventana, treinta pisos sobre Wall Street y del enorme agujero cerca de ella, y volvió a mirar los documentos en la pantalla de su ordenador. Le quedaban por lo menos unas horas de lectura delante de ella y cálculos que realizar, pero todo eso podría esperar hasta el día siguiente. Tenía que reunirse con unos amigos y escuchar algo de música.

Al estar tan cerca del agua, haría calor en Battery Park pero soplaría una agradable brisa, y ella iba a disfrutar de la noche.

Si la música no resultaba ser buena, al menos la conversación sí lo sería. E incluso iba a realizar una buena acción al presentarle a Elle a alguna gente nueva. Sintiendo satisfecha de sí misma, Kate comenzó a cerrar los archivos y a apagar su ordenador.

Desde la breve conversación con Davis Lee en la fiesta de Iowa, en la que él le había dado permiso para presentar su ponencia, ella había estado tomando notas y haciendo cálculos para su exposición en todos los momentos que le quedaban libres. Las tres tormentas que habían dado origen a su artículo parecerían vulgares al común de la gente, y tal vez, a primera vista, a la mayoría de los meteorólogos. Después de todo, una granizada en Montana, una inundación en Minnesota y una tormenta de viento en Oklahoma no eran nada fuera de lo común dada la época del año y la ubicación geográfica. Por ello, probablemente nadie se había ocupado de ellas, pensó con irritación. Pero le habían costado a sus analistas financieros varias llamadas, y eso nunca era un asunto trivial. Coriolis no había alcanzado su buena reputación por hacer malos cálculos, sino por sus actuaciones. De calidad, fiables y consistentes, dependía de la habilidad de su grupo para dar a los operadores de bolsa el consejo adecuado dentro del lapso de tiempo adecuado.

Los primeros ensayos para su exposición habían resultado cinco minutos más breves del tiempo estipulado. Ella siempre hablaba demasiado rápido cuando estaba nerviosa, y tener que hablar delante de un numeroso grupo de gente siempre la ponía nerviosa. Y si se había quedado cinco minutos escasa mientras hablaba frente al espejo del lavabo, eso podía traducirse en unos quince minutos delante de una multitud. Por eso, había decidido incluir los datos sobre la tormenta del Caribe que casi había derribado a Richard del tejado y, debido a las coincidencias, aunque fueran trágicas, también mencionaba la extraña tormenta que había tenido lugar en el Valle de la Muerte. Y ahora podía añadir la intensificación de *Simone*. Confiaba en que lo que dijera sirviera para dejar intrigada a alguna otra mente. Alguien con alguna respuesta.

—Querida, necesitas un hombre.

Kate sonrió al oír la voz de profundo acento sureño de Davis Lee y se dio la vuelta para quedar frente a él. Por lo que se refería a jefes, ella no podía pedir uno mejor. Era de trato sencillo, pagaba mucho dinero por lo que a ella le encantaba hacer y se mantenía apartado de su camino.

—No necesito un hombre; necesito una esposa. Los hombres sólo traen problemas. Necesito a June Cleaver.

Él se rió, entró en el despacho y se acomodó en la misma silla en la que Elle se había sentado horas antes. Era la única que no estaba cubierta con un montón de carpetas manila, informes y copias de mapas.

—¿Qué es lo que la está entreteniéndote hasta tan tarde, señorita Kate?

—Notas sobre las tormentas misteriosas.

Él sacudió lentamente la cabeza.

—Espero que presentar este trabajo signifique que te resignas, Kate. Casi puedo garantizarte que habrá otras más adelante que te resultarán igual de extrañas —dijo, estirando sus largas piernas hacia delante.

El comentario hizo que ella frunciera el ceño por un instante, pero se contuvo y lo miró de arriba abajo.

—¿Dónde has estado? ¿Reuniones con clientes?

Él asintió, con expresión aburrida o cansada, dejando escapar un suspiro. Todo lo que tenía, desde su traje a sus zapatos era conservador y posiblemente hecho a medida. Rezumaba confianza y buen gusto y era, centímetro a centímetro un hombre de Wall Street.

Ella señaló hacia la bolsa de deporte de cuero que bloqueaba la entrada de su oficina.

—¿Has llegado directamente desde el Kennedy una noche de viernes y tú crees que no necesito vida social?

—Acabo de llegar de Westchester. Un aeropuerto más pequeño, para vuelos más

cortos. Y sí, yo creo que necesitas un poco de vida social. Voy a salir más tarde. Apuesto a que tú no.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Kate se reclinó en su silla.

—Pues resulta que sí voy a salir.

—Me alegra saberlo, porque mucho trabajo y nada de diversión hacen de Kate...

—No soy aburrida, estoy decidida, Davis Lee. Hay algo muy extraño en esas tres tormentas, *más allá del hecho de que no supe predecirlas* —dijo, alzando una mano para silenciar su argumento antes de que pudiera formularlo—. Pero ese hecho, ya de por sí, es un tema serio, porque, ante todo, no me gusta cometer errores. Segundo, si puedo averiguar por qué no conseguí detectarlas, seré capaz de atinar mejor la próxima vez que se repitan esas condiciones. Tercero, me gusta mantener mi credibilidad en este barrio. Y cuarto, la compañía perdió dinero por mi incapacidad para predecirlas.

—¿La compañía ocupa el cuarto lugar en la lista? Pensé que eras mujer de la compañía.

—¿Davis Lee?

Suspiró, se restregó los ojos, y luego se rió en silencio.

—De pequeña debes haber sido un infierno sobre ruedas.

—Ni te lo imaginas. Por eso yo creo que esto de ahora es lo típico. —Buscó en el último cajón de su mesa y sacó una botella tres cuartos de Macallan y observó cómo Davis Lee enarcaba las cejas.

—Bueno, caray. Justo cuando creía que ya no podrías volver a sorprenderme.

—¿Te apetece?

—En general, soy hombre de bourbon, cariño, pero haré una excepción. No estoy seguro de cuál es la primera pregunta que debo hacer, ¿por qué la tienes aquí o qué pasa con lo que falta de la botella?

Ella se rió.

—¿Por qué no vas a la cocina y traes unas tazas de café y un poco de hielo y luego te contesto?

Él hizo lo que le habían pedido y volvió a sentarse.

—Fue un regalo de Navidad —admitió, sirviendo dos generosos chorros en las tazas—. Y el que me lo regaló se bebió lo que falta. Yo no soy muy bebedora.

—Eso es una vergüenza. —Aceptó la taza que le ofrecía con una inclinación de cabeza—. ¿Cómo podré entonces aprovecharme de ti?

—Como lo haría cualquier otro tío. Encandíame con regalos caros y emborráchame de lujos —replicó secamente—. Ahora, ¿quieres escuchar algo más sobre las misteriosas tormentas? ¿O hay alguna otra cosa de la que querrías hablar?

—Un poco de ambas.

—No seas críptico.

Tomó un trago de su taza, luego la dejó sobre un montón de papeles junto a su silla.

—Desde que te empeñaste en esa especie de camino confesional, no he de mentirte, Kate. No a todos se les escaparon esas tormentas.

El hombre cuyos ojos la miraban era el verdadero Davis Lee, el genio de las finanzas y el avezado político con el pedigrí de un aristócrata de Georgia y los instintos de supervivencia de una rata de alcantarilla. Ése era el Davis Lee en quien ella confiaba.

Habitualmente.

En ese momento, algo en su tono la puso en alerta, y como una brisa fresca en un día caluroso, fue inesperado y desagradable.

—¿Qué quieres decir con no todos? —preguntó.

—Hubo uno o dos negocios hechos en contra de tus consejos. Negocios exitosos. Ese escalofrío, esa brisa desconcertante volvió a rozarla. Esta vez tiritó.

—¿Negocios de quién?

Dejó caer una mirada sobre ella.

—Míos.

Esa palabra bien podía haber sido una bofetada en plena cara. Ella se enderezó de golpe en la silla.

—¿Tú realizaste operaciones en contra de mis consejos? ¿Tú?

—No te sorprendas tanto. Me crié en una granja. Sé algunas cosas sobre el clima.

—Disculpa mi franqueza, Davis Lee, pero no sabes una mierda sobre clima —protestó, sin importarle que su expresión pasara de cansada a irritada ante su brusca declaración—. ¿Qué fue lo que te hizo desoír mis consejos?

—Kate...

—No seas condescendiente, Davis Lee. Éstas no son buenas noticias. Quiero respuestas.

—Las únicas respuestas que importan son los resultados.

Se miraron durante un largo instante. Su advertencia poco sutil en nada cambió sus ideas. Ella sabía —sabía— que había algo muy extraño en esas tormentas, pero buscar ese algo no era razón suficiente para amenazarla. O no debería serlo.

Pensó en la advertencia de Richard, y resistiendo un escalofrío, apartó la mirada y observó el cielo que se oscurecía a través de la ventana.

Kate parecía como si hubiera acabado una carrera, como si hubiera demasiada adrenalina y no suficiente oxígeno en su sangre. Eso estaba bien. Él la dejaría cocerse en su propio jugo durante tanto tiempo como fuera necesario.

Davis Lee se reclinó en su silla en el despacho de Kate y tomó otro trago de whisky. Le resultaba incomprensible que alguien pudiera beber aquel brebaje. Olía

peor que un establo y sabía a queroseno. Un bourbon bueno y suave, con el Elijah Craig de dieciocho años, que lo esperaba en su propia oficina, era lo que hubiera preferido, pero iba en contra de la naturaleza de un sureño rechazar una invitación hospitalaria. Además, tenía asuntos que discutir, y este tipo de asuntos se resolvían mejor con un vaso en la mano y sin testigos.

—¿Cuáles fueron los resultados? —preguntó ella finalmente, volviéndose hacia él.

—No conseguimos mucho en los avisos. Del otro lado hicieron algo de dinero.

El «otro lado» era Ingeniería Coriolis S.A., la empresa principal de la firma de inversiones para la que Kate trabajaba, Administraciones Coriolis. Ingeniería Coriolis se especializaba en limpiar y reconstruir áreas afectadas por desastres, por lo que sus informes llegaban a las mesas de sus planificadores.

Su sorpresa se fue evaporando. Se dejó caer en su silla y tomó un lápiz para jugar con él.

—¿Les dijiste qué estabas haciendo?

—No, pero se revolviéron cuando se enteraron.

Ella permaneció inmóvil durante casi un minuto.

—Entonces todos los meteorólogos del personal no vieron venir estas tormentas y tú...

Había una delgada línea entre la tozudez y la estupidez, y Kate estaba más cerca de cruzarla de lo que nunca había imaginado. Él negó con la cabeza y se llevó la taza de whisky a sus labios.

—Kate, no le busques tres pies al gato. No te ayudará en nada, tampoco en tu carrera —respondió antes de beber, y observó cómo ella volvía a sentarse erguida.

«Bueno, eso le había dado de lleno».

—¿Mi *carrera*? Davis Lee...

—Fue Carter el que observó tus errores, Kate —mintió sin preámbulo alguno y la observó retroceder como si la hubiera azuzado con un látigo. Abrió sorprendida sus ojos castaños y comenzó a prepararse de inmediato para otra pelea.

—¿Qué quieres decir con que él los «observó»? —exigió.

«Esa personalidad explosiva le sentaría mejor a una pelirroja que a una rubia», pensó con pereza. Dejó la taza sobre el desordenado escritorio, cruzó las manos detrás de su cabeza como si se estuviera acomodando para una charla y sostuvo su mirada, con los párpados entrecerrados, en la de ella.

—Él revisa todas las cosas. Investiga algunas. Siempre lo ha hecho. —Se encogió de hombros—. Hizo un seguimiento de esas tormentas y no estuvo de acuerdo con tu opinión.

Como había anticipado, ella permaneció inmóvil. Sin duda estaba calculando las posibilidades de conservar su trabajo.

—Es muy conveniente que la parte de construcción de la empresa compense a veces la parte de inversiones —continuó—. Pero cuando ese tipo de cosas suceden, especialmente en un grupo, como fue el caso, brilla como una gran señal roja anunciando «dame una patada» frente a sus ojos. —Dejó escapar un pesado suspiro—. Ya sabes que no me gusta tener que «controlarte», Kate, y por ello te dejo sola. Pero tengo que advertirte, cariño. Estás en su punto de mira, y ése no es un buen sitio.

—¿Pero tú no quieres que yo intente resolver el problema?

Ella no acababa de creérselo, y él hubiera preferido que no fuera así. Que fuera tan condenadamente obstinada era sólo una parte de su problema. No saber mantener la boca cerrada era la otra.

—Así es. No quiero —dijo.

—¿Por qué no?

«Por el amor de Dios, mujer, basta ya».

—Es una cuestión de perspectiva, Kate. Una perspectiva es que existió una variable ambiental en cada una de esas tormentas que no fue detectada. —Hizo una pausa—. Otra es que la única constante en esas tres tormentas fue la meteoróloga. —Tomó otro trago de aquel endemoniado licor e intentó parecer comprensivo.

Ella agitó su larga cabellera por encima de sus hombros y mantuvo la vista firme, pero la mano que aferraba el lápiz tenía los nudillos blancos.

Era un buen comienzo.

—Termina con los preámbulos, Davis Lee. ¿Estoy ya en la lista de salida? —exigió saber tras un instante.

—Todavía no. No ha sucedido con la suficiente frecuencia. Pero la próxima vez podría ser suficiente.

—¿Qué debo hacer?

—Presta atención a lo importante, Kate, y eso es el futuro. Sigue adelante. La palabra es «concentración».

Ella dejó escapar un sonoro suspiro, tomó la taza y se la llevó a los labios.

—Si me concentro más, mis ojos se fusionarán en uno solo —murmuró.

«Misión cumplida».

Davis Lee se puso de pie, luego se agachó a recoger su bolsa con una mano y el whisky con la otra.

—Agáchate y ocúltate, Kate. No tengo ni idea de qué mierda es lo que haces, así que no puedo decirte cómo hacerlo mejor. Compra algún software nuevo. O algún hardware. Contrata a otro licenciado universitario. Pero permanece oculta entre la maleza e intenta asegurarte de que no vuelva a suceder. Sería una lástima perderte.

Salió de la oficina, cruzó la silenciosa y en su mayor parte vacía sala de operaciones que la flanqueaba y se dirigió a la cocina, en donde vació el resto del whisky en el fregadero y lavó la taza. Cuando volvió a su despacho, en el otro

extremo de la planta, cerró la puerta y se sirvió un trago de verdad en los vasos de Baccarat, bajos, pesados, que él prefería. Acomodándose en su silla, dejó que aquel regalo de Dios a los sureños se deslizara por su garganta y se giró para ver cómo la ciudad oscura despertaba a la vida.

«¿Por qué demonios Kate estaba haciendo nudos en sus medias?». Toda aquella conversación había sido una mierda, diseñada para sacudirla un poco. A Carter le importaba un rábano que se le hubieran pasado esas tormentas, pero ella se había metido en aquella situación al dedicarse a investigarlo. No podía saber si funcionaría. Aquella mujer era una luchadora callejera. Un perro de presa que no abandonaría el campo, aunque no hubiera qué cazar.

Ella detestaba perder, detestaba fracasar. Podía ser impredecible, pero sus resultados eran muy consistentes, lo que hacía que los márgenes de beneficio de la firma fueran también consistentemente altos. Por eso, ella debería concentrarse en su trabajo y no en agitar con los dedos agua que tendría que dejar correr. No podía permitirse el lujo de perderla, pero no estaba dispuesto a dejárselo saber. No había razones para permitir que se volviera engreída.

Davis Lee agitó su vaso, casi sin prestar atención a los dos cubitos de hielo artificiales que chocaban sordamente contra el cristal. El hielo de verdad sonaría mejor, pero él prefería el sabor del oro líquido sin contaminar.

Más tarde o más temprano, Kate se daría cuenta de que a Carter Thompson no le importaba el fracaso ocasional en tanto que se beneficiara a lo largo del camino. Y resultaba extraño que no sucediera así.

La historia de Carter era la de un pobre muchacho granjero de Iowa que se costó sus estudios trabajando en la construcción hasta que comenzó a recibir suficientes becas y subvenciones para mantenerse. Pero tras diez años en un trabajo sin perspectivas de futuro, de nivel intermedio, como burócrata de la NO A A, dejó el mal pagado trabajo gubernamental para dirigir sus expectativas a actividades más lucrativas, con una pequeña compañía constructora. Una elección extraña para un meteorólogo que había estudiado en la Universidad de Chicago, pero tenía que haber sido la única opción que encontró. ¿Qué persona razonable lo hubiera contratado? Detrás de la fachada del campesino inocente, era un bastardo arrogante. Sin embargo, el duro trabajo lo había convertido en el humilde multimillonario que hoy era.

Carter Thomson era el «hombre normal» que había alcanzado el sueño americano.

Ésa era la historia que el Departamento de Relaciones Públicas escupía a intervalos regulares. Tenía que ser una mentira, aunque, hasta ese momento, Davis Lee no había encontrado agujero alguno en semejante discurso.

Cierta o no, no podía negarse que la historia poseía un cierto elemento de genialidad. Los conocimientos sobre el clima que Carter había adquirido le habían

permitido transformar su pequeña empresa constructora en una importante compañía en la escena internacional, en apenas diez años, especializándose en movilizaciones de emergencia para zonas de desastre.

«Halliburton con un buen corazón». Así lo llamaba la prensa liberal, cosa que no molestaba a Carter. Lo cierto es que Carter Thompson se había vuelto asquerosamente rico gracias a las dificultades de mucha gente y, sin embargo, no había una sola queja entre la opinión pública. Nadie protestaba delante de sus oficinas; no había organizaciones de víctimas quejándose cuando el gobierno le concedía a su compañía contratos sin competencia por cientos de millones de dólares. No, el país lo reverenciaba porque él no se escondía entre bambalinas, afectado, un ejecutivo con trajes de Armani que nadie veía nunca. Al igual que Bill Gates, Carter le había dado al país un rostro para representar a la compañía, un rostro que se asemejaba a aquel viejo bonachón de la calle que te ayudaba a cambiar una rueda, que iba a misa los domingos, tomaba Budweiser de lata y hacía de Santa Claus todos los años para los niños del hospital local.

América había aceptado a Carter como una especie de héroe popular porque él prefería las camisas de franela por encima de los puños franceses y daba la impresión de ser humilde y estar todavía algo sorprendido por su éxito. Y, como bien sabía Davis Lee, el que contara con la aprobación del pueblo americano podía conducir a las masas, neutralizarlas y transformarlas en un ilógico pero adorable festival de amor, y poseía el tipo de instinto para los negocios que él no podía sino respetar.

Además, aquel hombre también se había convertido en una poderosa fuerza del sector privado en el horizonte de la política: había irritado a los republicanos dándoles mucho dinero y luego quejándose de sus decisiones políticas, y había enojado a los demócratas poniéndose de su lado sin proporcionarles fondos por el privilegio de hacerlo. Sin embargo, los políticos se lo disputaban puesto que el electorado lo quería. En Washington, ésa era la única moneda que tenía valor.

Habiendo contactado con Carter bajo los auspicios de un proyecto de investigación de una universidad, Davis Lee había ascendido paulatinamente en la apreciación de su jefe. Cuando concluyó el proyecto, le habían ofrecido el puesto de jefe de estrategias de Carter, y siguiendo sus emprendedoras ideas, Carter había lanzado su compañía de inversiones.

La impresión generalizada desde fuera era que Davis Lee era un adorno, tal vez el hijo que el empresario nunca había tenido, una joven promesa que podía darle a Carter, hombre de pueblo, las conexiones políticas y sociales y una imagen lustrosa que el propio Carter nunca podría alcanzar. No era particularmente halagador, pero pocos, fuera de Carter y Davis Lee comprendía la realidad: Carter era un hombre con secretos. Y Davis Lee conocía la mayoría de esos secretos y cómo protegerlos.

Estaban los obvios, como la voz tranquila y reposada que ocultaba un odio por el

presidente tan profundo y duradero como el barro de Iowa por el que habían tenido que caminar la semana anterior, y el cuidado y aparentemente sencillo vocabulario que Carter usaba para ocultar una vanidad intelectual que se había hinchado más allá de toda proporción. Pero también existían otros secretos, más profundos, más oscuros, y el único modo de descubrirlos era examinar al hombre.

Davis Lee había descubierto que Carter Thompson era tremendamente ambicioso. Altamente disciplinado y con la paciencia mecánica de un científico capacitado, había mantenido esas ambiciones bajo un férreo control hasta que sus empresas alcanzaron una elevada rentabilidad, hasta que entró en el Fortune 500, y después en el 400. Pero no era dinero lo que Carter ambicionaba. Casi no sabía qué hacer con él. Buena parte de su dinero lo repartía.

No. El dinero no motivaba a Carter. Carter quería poder.

Y para ser más exactos, quería la presidencia.

Esto último le había resultado evidente a Davis Lee, sobre todo, después de que Winslon Benson fuera elegido hacía casi tres años. En aquel momento, la vida cambió. Carter se transformó en un hombre con un propósito. Su filantropía se había vuelto ridícula cuando aumentaron las ganancias de sus empresas. Ambas cosas elevaron también su perfil público y ahora quería tomar más decisiones. Todas las decisiones.

Davis Lee tenía intención de hacer todo lo que estuviera en su mano para llevar a Carter a la Casa Blanca y a sí mismo al Ala Oeste. Jefe de gabinete, tal vez. No sonaba mal.

Puso los pies sobre el marco de la ventana y alzó su vaso hacia la estatua de la Libertad. «Sonaba muy bien».

Capítulo 21

Viernes, 13 de julio, 19:45 h, Upper East Side, Nueva York.

Win miró la hora mientras se colocaba el pesado Rolex en la muñeca y lo ajustaba. Dentro de tres horas necesitaba volver a Washington y dentro de treinta minutos debía atravesar la ciudad para aparecer en la fiesta de cumpleaños de una supermodelo. Miró a Elle, que todavía estaba en la cama, cubriéndose recatadamente con las sábanas, que, sin embargo, marcaban cada centímetro de su cuerpo.

—Lamento no poder llevarte a cenar. Ya llego tarde —murmuró mientras se colocaba un gemelo.

—¿Cuándo vuelves?

Su voz no reflejaba emoción alguna. Ella era una experta en hacer que todo pareciera tranquilo. Aunque no hubiera sido tranquilo en absoluto diez minutos antes. Había mordido y arañado, actuado con un punto de locura, como si fuera la última vez, y ella lo sabía. No tenía por qué serlo necesariamente. Win trataba de no alejarse nunca de algo bueno, especialmente si era gratis.

El se tragó una sonrisa de satisfacción. No hacía falta mucho para meterse bajo la piel de esa apariencia de princesa de hielo y convertirla en algo ardiente y sucio. Al menos, a él no le costaba mucho, y no le importaba lo más mínimo cuánto le costara a otros tíos. Si es que había otros. Elle era estúpidamente leal, y probablemente nunca se le había ocurrido que la lealtad era una opción, como todo lo demás en la vida.

—No podría decirte. Este viaje ha sido totalmente espontáneo. —Ni siquiera se molestó en mirarla mientras se alisaba los faldones de su camisa y se abrochaba el pantalón—. Me voy a París a finales de la semana que viene para esas conferencias sobre comercio exterior. Estaré fuera unos diez días. Es una pena que no puedas ir, aunque sólo fuese un fin de semana. Estoy seguro que me gustaría un poco de rock and roll cuando todo termine.

—No he dicho que no pudiera.

Él se volvió a mirarla y le sonrió.

—Tienes mucho trabajo que hacer aquí, Elle, y no puedo permitirme el lujo de que faltes cuatro días.

Ella se acomodó y se puso de espaldas, recostándose sobre las almohadas, apartando su sedoso cabello de su rostro.

—Puede que para entonces haya terminado.

—¿Para cuándo?

—Dentro de pocas semanas.

—No lo creo.

Su rostro se endureció, pero su voz permaneció tranquila.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque terminarás cuando yo diga que has terminado, por eso —dijo sin titubear.

—¿Cuál es el verdadero motivo de lo que estoy haciendo, Win?

Otras mujeres, en esta situación, se habrían irritado, pero no Elle. Ella sería realmente una gran ayuda una vez que se sobrepusiera a su confianza y credulidad. Era lo único poco sofisticado de su persona. Y era muy poco profesional.

—¿No lo sabes?

Ella dejó escapar un suspiro que reveló algo de su exasperación.

—Mira, sé que tiene que haber algo más que tratar de encontrar, simplemente, algún trapo sucio de Carter Thompson. Es un hombre de negocios del interior del país y un amante de la naturaleza en sus ratos libres, y la gente lo adora. Comprendo que quieras neutralizar una posible amenaza, pero ¿qué esperas que encuentre? No hay amantes que descubrir, ni malos acuerdos comerciales, ni acciones deshonestas, ni actividades criminales. Ese tipo jamás ha fumado un cigarrillo, ni ha visto pornografía o bebido algo más fuerte que café. —Se encogió de hombros, mostrando su irritación, que probablemente era mucho mayor que lo que el gesto sugería—. Si supiera exactamente lo que quieres podría ayudarme a sintetizar las cosas y poder hacerme una idea del panorama general. Por ahora, me limito a recopilar datos e impresiones, Win. Dame información suficiente para que pueda dar a lo que tengo una apariencia de, no sé, coherencia. —Ella apartó la sábana y deslizó las piernas hacia su lado de la cama en un solo movimiento que a él le pareció elegante y erótico, y supo que no le costaría mucho que le convenciera para que se olvidará de la fiesta de cumpleaños.

Aún sentada en el lecho, Elle se inclinó para recoger su vestido del suelo, y ponérselo, alisar sus cabellos, hacer una especie de moño con ellos y sujetarlo con un prendedor.

Se dirigió hacia él, sin la más mínima señal de juego o de deseo en su rostro, sólo irritación. Fuera de su alcance, se detuvo y reclinó uno de sus delgados hombros contra la puerta cerrada de la habitación.

—¿Y? ¿Vas a decirme cuál es realmente la fascinación que sientes por Carter Thompson? Es un gran contribuyente aunque sea crítico con tu padre. ¿Por qué le dedicas tanto tiempo y dinero?

Ignorando sus preguntas, Win se limitó a decir:

—Quiero volver a follarte. Ahora mismo.

Ella enarcó una ceja y apretó los labios.

—Qué sentimiento tan encantador... Gracias, Win. Desgraciadamente, tengo planes para esta noche y tengo que estar en otra parte dentro de media hora. ¿Vas a responder a mi pregunta?

Él dio un paso en su dirección, luego se acercó y deslizó un dedo por su brazo desnudo.

—No, no lo haré. Averígualo tú misma. Eres una chica lista. Vamos, Elle. Una vez más.

—No.

—¿Adónde vas?

Ella apartó la vista y esperó un momento antes de contestar.

—Al Club Union League.

Su mano se detuvo.

—Para llevar aquí sólo un mes, te mueves en los círculos adecuados.

Ella no dijo nada y una sensación de incomodidad flotó en su mente.

—¿Con quién vas a encontrarte?

Ella guardó silencio otro instante, y le devolvió una mirada tan fría como el aire que soplaba por los conductos del aire acondicionado.

—Con Davis Lee —contestó—. Vamos a tomar algo. Tal vez tengas razón, Win. Tal vez pueda averiguar por mí misma qué es lo que te fascina.

Tras un segundo en el que contuvo la respiración, sorprendido, Win reaccionó riendo. «Me está amenazando».

Alejándose de ella, terminó de ajustarse el cinturón, se puso sus zapatos Ferragamo y agarró su chaqueta.

—No me cabe la menor duda de que serás capaz de hacer exactamente eso, Elle, con tu estilo concienzudamente placentero. —Tomó uno de sus pechos con la mano y acercó su rostro al de ella—. Sólo recuerda una cosa, querida. Recuerda quién paga tu salario.

—Siempre lo recuerdo, Win. Vosotros dos.

«Maldita perra». Estaba muy excitado. Acercó su boca a la de ella, apretándola contra la puerta, empujando con sus caderas contra las suyas y pasando su mano libre bajo el vestido para aferrar su trasero desnudo.

Ella no respondió ni lo apartó, pero sus ojos azules lanzaban un fuego helado cuando éste alzó la cabeza. A él no le importaba.

—Me gustan tus juegos, Elle —le dijo, tomando aire—. Son muy sexis, al igual que tú. Y todavía quiero follarte.

Él dio un breve paso atrás y agarró el picaporte de la puerta junto a las caderas de Elle. Ella se apartó.

—El deseo es completamente mutuo, Win —dijo suavemente, sonriéndole con frialdad.

Capítulo 22

La tormenta había permanecido inmóvil casi treinta horas, girando a una velocidad constante y aumentando su circunferencia. Toda vida marina que pudo escapar a la turbulencia bajo la tormenta así lo hizo, dejando a los corales y a las criaturas con menos movilidad para ser golpeadas por la incansable acción de las olas y los detritus que quedaron atrapados dentro del vórtice y que después eran lanzados hacia lo alto o hundidos en las profundidades.

El mar situado en torno a la tormenta se alzó como respuesta y creció desde el centro en círculos concéntricos. Aceleradas por los fuertes vientos, algunas de las olas alcanzarían grandes distancias para disminuir su intensidad en alguna o ninguna parte. Otras mantendrían su energía y llegarían a alguna isla cercana para golpear contra las costas y los arrecifes, que recibían el embate sin resistencia y permitirían ser modificados o sencillamente destruidos. Las palmeras se agitaban y doblaban, algunas cediendo con un crujido tan fuerte como un trueno, otras manteniéndose firmes y soltando sus hojas y frutos como misiles. Los isleños se acurrucaban en estructuras que ahora parecían insignificantes, esperando un respiro mientras escuchaban los violentos cambios que tenían lugar a su alrededor y rezando para que el viento y el agua les perdonara la vida y no destrozara sus pertenencias. Otros, corriendo riesgos o fingiendo coraje, se enfrentaban a la tormenta desarmados, desafiando su superioridad, cuestionando su fuerza, mientras vadeaban las calles inundadas tentando a la suerte. Todos aprenderían una lección para toda la vida.

Un cable de alta tensión, liberado por el viento y animado por el agua, se arqueaba y retorció en el aire, chasqueando contra el suelo una y otra vez, con las erráticas y violentas sacudidas de una serpiente recién decapitada. Hipnotizado por lo que veía y por las chispas, uno de los hombres empapados por la lluvia observó la agitada danza del cable mientras se aferraba al poste de metal de un sacudido cartel en la vía pública. Por intentar mantenerse inmóvil enfrentándose al aterrador viento, reaccionó demasiado lentamente cuando la siseante serpiente escupiendo fuego se le acercó.

El dolor cegador y la parálisis se apoderaron de él mientras la fuerza desatada de Vulcano lo lanzaba por los aires y luego lo aplastaba contra el suelo. Gimiendo, retorciéndose, gritando como si sus tejidos fueran cocidos a fuego lento, finalmente se desembarazó de su furioso y convulsivo abrazo y se quedó tirado, estremeciéndose, en medio de la calle, casi exánime. El cable, un delgado látigo contra el furioso cielo, volvió a chasquear, lanzando su cuerpo exangüe como juguete infantil hacia los ansiosos dedos del mar que lo rodeaba.

Cerca, mudos de incredulidad y terror, los amigos del hombre observaban las crecientes olas que empujaban el cuerpo por la carretera hasta que fue a estrellarse

una y otra vez, con creciente ímpetu, contra los afilados restos de un árbol caído. Alentados por un coraje tardío y mera imprudencia, un hombre se apartó del grupo atónito y corrió hacia su amigo, intentando salvar, si no su vida, por lo menos su cuerpo, del anonimato de una tumba líquida.

El viento aullando en sus oídos y las gotas de lluvia que lo golpeaban como pedruscos por una rueda que girara velozmente hicieron que concentrara su atención como nunca lo había hecho hasta entonces, hasta que llegó al humeante cuerpo sin vida. Agarrándolo del cuello de la camisa favorita de su amigo, ahora chamuscada y empapada, intentó arrastrar el cadáver hasta un lugar seguro. Pero al darse la vuelta se detuvo bruscamente para ver, con fascinante horror, las cabezas de sus otros dos amigos, que rebotaban por la calle, como si formaran parte de un macabro juego de bolos. Los cuerpos decapitados permanecían de pie, apoyados contra el derruido edificio por el ensangrentado y retorcido pedazo de tejado de metal que los había protegido a todos unos segundos antes.

Sin poder comprender el infierno que lo rodeaba, el hombre cayó de rodillas y lloró por él mismo, por sus amigos, por el mundo que se llegaba a su fin delante de sus ojos. No se le ocurrió hacer otra cosa.

Lejos de la costa, el agua bajo la tormenta se había agotado al agitarse y había entregado todo su calor. Mientras el agua más fría, se elevaba desde las profundidades, el vórtice, hambriento de más calor, al no encontrarlo, comenzó a desplazarse lentamente, tambaleando la estabilidad de su centro como si estuviera en los estertores de la muerte. Esta leve acción la desplazó significativamente hacia aguas más cálidas y menos profundas, y alentada de tal modo, *Simone comenzó a crecer nuevamente.*

Capítulo 23

Domingo, 15 de julio, 9:00 h, Campbelltown, Iowa.

Como siempre, Carter se sentó al final de la primera fila de bancos de la pequeña iglesia, sosteniendo la mano de su esposa, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, mientras el pastor dirigía las oraciones de sus feligreses. Era una antigua costumbre suya establecida para alejar las palabras y dejar que la reverente y familiar cadencia de la voz del pastor sirviera como telón de fondo a sus pensamientos más íntimos.

El hecho de que *Simone* se hubiera detenido no lo complacía. Había estado observando la tormenta detenidamente, manteniendo su impaciencia bajo control. Sabía que realizar acciones adicionales demasiado pronto sería muy arriesgado. Había sido contraproducente nueve años antes con el *Mitch*, y los resultados no habían sido precisamente óptimos. De hecho, esta vez su paciencia había dado su fruto, y *Simone* había comenzado a desplazarse por sí misma la tarde anterior. Y de todas las direcciones que podía haber tomado, había comenzado a moverse en la correcta. No hacía falta corrección alguna. No pudo sino considerarlo como una reivindicación de sus planes.

Como si estuviera flexionando los músculos mientras decidía hacia dónde dirigirse, *Simone* había crecido. El ojo permanecía estrecho y compacto, pero los vientos exteriores se extendían por casi ciento cincuenta kilómetros, y el frente de tormenta ya era descrito como imponente. Había habido informes de daños menores por el viento y el agua y algunas muertes en varias de las islas menores esparcidas por la zona oriental del Caribe.

Ahora que se había decidido por un rumbo —el rumbo correcto— la República Dominicana y Cuba no recibirían un impacto directo, pero las Bahamas seguramente sufrirían mientras la tormenta se trasladaba hacia aguas continentales más cálidas. Una vez que cruzara las Bahamas, Carter sabía que tendría que tomar el mando para asegurarse que la tormenta siguiera su curso. El éxito de una operación tan peligrosa y delicada era una gran preocupación, más que nada porque Raoul se estaba volviendo descuidado.

Las bajas eran una desafortunada consecuencia de muchas de las operaciones, pero la muerte de los excursionistas en el cañón del desierto había resultado ser más que desafortunada. Ese hecho había resultado ser crucial, al estar seguido por la gente del yate que había visto a Raoul pasar sobre la tormenta.

Por si eso fuera poco, los bloggers habían comenzado a hablar sobre un piloto borracho en Puerto Príncipe que había estado contando historias sobre láseres aéreos para crear tormentas. Nadie lo había visto en las últimas cuarenta y ocho horas, y aunque nadie sabía su nombre, suponía demasiadas coincidencias para la presencia de

su equipo en la zona. Raoul sabía que no debía dejar rastros que pudieran conducir a la fundación, pero si el piloto había sido un miembro insatisfecho del grupo, pasado o presente, las cosas podrían complicarse. Una prostituta europea ya había intentado monopolizar la historia, diciendo que el piloto era estadounidense y que habían estado comprometidos.

La decisión de mantener un solo grupo de trabajo había sido estratégica, pero ahora empezaba a preguntarse si había sido prudente. Menos gente que supiera lo que estaba sucediendo significaba menos vulnerabilidad potencial. Pero también que no había apoyos si algo salía mal, como había pasado últimamente. Eso quería decir que no había alternativa para Raoul, y su capacidad de alterar el resultado de las operaciones. Ya fuera en las condiciones de vuelo o en los cambios de personal, Carter nunca había tenido motivos para cuestionar las decisiones del lacónico británico. Hasta ahora.

Carter oyó el movimiento de la congregación al ponerse de pie para el himno final y los imitó. El sentimiento comunitario que se producía después del servicio siempre había constituido un momento especial para Iris, y después de eso, se irían a casa a pasar una tarde tranquila. Sólo Iris y él.

Y Simone.

Domingo, 15 de julio, 15:15 h, Santa Rita, Península de Yucatán, México.

Raoul miró hacia la sombra que se interponía entre él y el sol. Pasó la botella sudorosa de cerveza a su mano izquierda y con la derecha hizo visera para protegerse del reflejo. Recorrió con su mirada el cuerpo esbelto de su copiloto, Carrie —sin apellido—, que se encontraba de pie a su lado con una expresión sombría en el rostro.

—Ya era hora de que llegaras a la playa. Toma una cerveza —murmuró, y luego bajó la mano y miró hacia el mar agitado.

—No es una visita social —respondió ella, dejándose caer en la hamaca junto a la suya.

Volvió a mirarla, esta vez a los ojos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que quiero saber qué está sucediendo. —Le entregó un delgado periódico y señaló con un dedo un titular en el ángulo inferior izquierdo.

Agarró el periódico y entrecerró los ojos mientras las oscuras letras danzaban en la página bajo la luz brillante.

«Placas de identificación de un piloto estadounidense encontradas en el vientre de un tiburón».

«Mierda». Dejó el papel sobre un muslo y tomó otro trago de cerveza, mirando hacia el océano.

—Pobre hijo de puta.

—¿No estás interesado en leer el resto del artículo? —le preguntó, con voz neutra.

—¿Qué más quieres que lea? ¿Una excursión de buceo nocturno que salió mal? ¿Ignorar los carteles de «por favor, no alimente a los animales salvajes»? —Se encogió de hombros.

—El Pentágono ha enviado a un equipo a investigar algunos rumores que corren por Haití con respecto al motivo por qué fue asesinado.

—¿Por un tiburón? —Miró la botella vacía que tenía en la mano e hizo señas a un jovencito medio desnudo que arrastraba una maltrecha nevera portátil por la arena.

—Por un inglés.

Raoul completó la transacción, esperó a que el muchacho se alejara y tomó un primer trago helado que fluyó por su garganta antes de responder.

—Era un idiota y un borracho. Sólo Dios sabe en lo que andaba metido. No se presentó cuando tuvimos que marcharnos, así que lo dejamos atrás. No soy una jodida niñera.

—Nadie anda buscando a una niñera. Buscan a un británico bajito con un helicóptero destartado y mucho dinero.

Se volvió a mirarla.

—¿Quieres que te lleve a tu casa o prefieres que te deje aquí?

Carrie le lanzó una pétrea mirada cuando se puso de pie.

—Mi próximo vuelo es el último. Quiero que me pagues por adelantado.

Con una casi imperceptible inclinación de cabeza, se giró hacia la playa y al cielo.

Capítulo 24

Lunes, 16 de julio, 7:00 h, McLean, Virginia.

—Dime otra vez por qué esto es interesante.

Sin reprimir del todo su exasperación, Jake Baxter miró a Paul Turk, su compañero de jogging. Habían entrado en la CIA al mismo tiempo, y habían coincidido en parte del adiestramiento, y todavía se reunían tres veces a la semana para correr juntos, antes del trabajo. Paul no era meteorólogo, ni siquiera un científico, pero era un hombre listo. Como analista en el Departamento del Crimen Organizado y Narcóticos, conocía cualquier cosa sobre el desarrollo de tendencias, así que, en opinión de Jake, el motivo por el que esta conversación le estaba causando semejantes problemas sólo podía atribuirse a dos cosas: o Paul se hacía el estúpido sólo para fastidiarlo o, más probablemente, su mente estaba concentrada en la rubia con la que había salido la noche anterior.

Jake siguió sonriendo y aumentó mínimamente la marcha por si acaso la razón de la locura de su amigo no fuera la rubia.

—Es interesante porque los patrones climáticos son como piezas de relojería. Son casi como las mareas o las corrientes marinas o —se encogió de hombros—... son constantes. Durante décadas han sido previsibles, y ahora, sin razón aparente, existen anomalías.

—Sí, pero estamos hablando del tiempo —respondió Paul, respirando más agitadamente mientras intentaba seguirle el paso a Jake—. Podrías estar hablando del mercado bursátil. Es, de principio, un sistema caótico. «Predicciones» es sólo una palabra agradable para definir lo que adivinamos, ¿no?

Era el argumento habitual de Paul, diseñado para fastidiar.

«Como si analizar los movimientos de los traficantes de drogas sudamericanos fuera una ciencia exacta».

—Es caótico pero no completamente arbitrario, lo que lo convierte en predecible. Ciertas condiciones que incluyen algunas variables específicas producirán resultados específicos. —Jake lo miró de reojo—. Llevamos poco de la temporada de huracanes en el Atlántico Norte, ¿no? Sabemos que va a ser una temporada activa, pero aún no se ha puesto en marcha y probablemente tarde todavía un mes más. *El Niño* ha sido sólo moderadamente fuerte y, hasta hace poco, teníamos un frente de altas presiones estacionario...

—Eh, no soy estúpido, ¿vale? Sé que *El Niño* sucede en el Pacífico —replicó Paul.

Jake volvió a aumentar el paso.

—Sí, es un fenómeno del Pacífico —respondió con paternalista paciencia—. Pero

El Niño fuerte crea vientos en la alta atmósfera, lo cual afecta al clima del Atlántico. Y si no hay mucho viento sobre el Atlántico, las tormentas que surgen de la costa occidental africana cada pocos días durante el Serano no tienen nada que les impida transformarse en algo grande. También ha habido varios fenómenos meteorológicos extraños en África occidental últimamente, lo cual, por razones que no voy a molestarme en explicar, no nos va a ayudar en nada.

—¿Podrías bajar un poco el ritmo? —jadeó Paul.

Sonriendo como respuesta a la mirada de su amigo, Jake se secó el sudor de su frente con su camiseta favorita de los marines, sin aminorar el paso.

—Aguanta, amigo. Estás empezando a parecer un tipo maduro.

—Eso es porque soy un tipo maduro. Tengo treinta y nueve años y no espero sobrepasar la esperanza de vida, que es de setenta y ocho. Pero, Dios mío, si no reduces un poco la marcha, puede que no viva más allá de la próxima taza de café.

Con una carcajada, Jake aminoró el paso.

—¿Mejor así?

—Bastardo. Todavía no sé qué piensas que estás haciendo con esa investigación tuya —dijo Paul, exhalando—. Después del *Katrina*, todos los gurús dijeron que estábamos entrando en un nuevo ciclo de fuertes tormentas durante los próximos veinte años o algo semejante. Pero el año pasado no sucedió nada y en lo que llevamos de éste, tampoco.

—Todo es relativo. Comparado con la historia reciente, esta temporada de huracanes resultará estar dentro de la media, lo que significa agitada si la incluimos en el estándar de los últimos cincuenta años. No olvides que no estamos ni siquiera a medio camino de la estación y en los límites de la parte más activa de la misma, y que ya hemos tenido diecinueve tormentas con nombre. Aunque hay que decir que sólo seis han alcanzado velocidad de huracán y la mayoría se ha desintegrado antes de llegar a tierra en alguna parte. *Simone* podría ser el punto de inflexión.

—Si es que se mueve. Parece estar estacionaria y tal vez muera allí.

«Todos son expertos». Jake se tragó su exasperación.

—Ya se está moviendo. Pero todavía quedan cuatro meses y medio de la temporada de huracanes y puesto que ya ha sido tan activa, aunque no haya sido destructiva, creo que tendremos por lo menos nueve o diez tormentas más, con nombre, y que cinco o seis de ellas alcanzarán velocidades de huracán. Dos de ellas caerán sobre Estados Unidos como tormentas de categoría 1 o 2. Tres de ellas irán más lejos. Tal vez una alcance la categoría 4.

—Estás diciendo estupideces —dijo agitadamente Paul—. No puedes predecir eso.

—Acabo de hacerlo.

—¿Qué es *Simone*, de momento?

—Una categoría 2.

—¿Y qué va a pasar con ella?

«Depende de quien la maneje».

Se encogió de hombros.

—Depende de lo que haga. Si decide dar un paseo por la Corriente del Golfo, podríamos tener problemas.

—¿Nosotros? ¿Te refieres a esos pobres infelices de la costa del Golfo o a nosotros? ¿No es hora de que la Costa Este reciba la suya? —Paul preguntó con tanto sarcasmo como pudo entre jadeos—. Eso ha estado en todas las noticias desde el *Katrina*.

—La Costa Este tendrá que recibir una gran tormenta. Hace ya tiempo, de hecho. Pero estoy pensando en probabilidades, no en posibilidades. —Jake dejó de correr mientras llegaban al área de ejercicios del circuito y comenzaban las flexiones de brazo sin hacer más comentarios. Observó con satisfacción que Paul, unos años mayor, unos centímetros más bajo y unos cuantos kilos más grueso, se detenía con las manos sobre los muslos, a recuperar el aliento. Cuando terminó, Jake se apartó para dejar que Paul se ejercitara, pero tal como esperaba, Paul hizo un gesto de rechazo y emprendieron el regreso por la pista que atravesaba los terrenos boscosos del cuartel general de la CIA en McLean, Virginia.

Volviendo a tomar nuevamente el ritmo y la discusión, Jake miró a su amigo.

—Apuesto cincuenta dólares a que no estoy diciendo estupideces. Volveremos a hablar el treinta de noviembre cuando termine la temporada. Pero los patrones de los que estaba hablando, los que indican ruptura, no son tan grandes como lo que suele suceder en la temporada de huracanes. Son patrones regionales menores. Como los vientos de Santa Ana, o los monzones del sureste asiático que no se comportan adecuadamente por ninguna razón estadísticamente válida.

—No son máquinas.

—Aunque bien podrían serlo; así de previsibles y constantes son algunos de ellos. Pero, bueno, ¿qué ocurre con uno totalmente extraño? —arguyó Jake mientras salían del bosque y enfilaban el último tramo de pista que conducía hasta los edificios—. Hace unos meses, en una primavera tranquila, hubo una fuerte tormenta en una zona bastante desértica de Minnesota. Allí no hay casi nada, salvo tierras de cultivo. Fue una tormenta pequeña, localizada que se desplazaba despacio. Las corrientes de aire más altas estaban tranquilas. No había nada que indicara que podía ser algo diferente a una típica tormenta de primavera. Y entonces, sin ninguna razón que ningún equipo pudiera predecir a tiempo o explicar después, el centro de la tormenta se recalentó y se disparó a doce mil metros. Cientos de cosechas fueron destruidas por el granizo y las inundaciones. Tres tornados nacieron de esa tormenta, y destruyeron edificios. Seis personas que trabajaban en los campos fueron heridas. Y después chocó contra

una masa de aire estable y se disipó. Duró menos de veinte minutos. Fue increíble.

—No fue increíble. Es la naturaleza, Jake. Mira, incluso la gente puede incendiarse espontáneamente, ¿verdad? No pasa muy a menudo, pero ha sucedido. Obviamente, tiene que existir alguna condición que pasó inadvertida y desencadenó la tormenta.

Jake lo miró de reojo.

—No seas idiota. La gente no se incendia espontáneamente. Ésa es una leyenda urbana. Y yo revisé cientos de veces todas las condiciones terrestres y atmosféricas recopiladas antes, durante y después de la tormenta. No hay explicación lógica para lo sucedido. —Sacudió la cabeza y siguió con la vista fija hacia delante—. Hubo también una tormenta catastrófica en el Valle de la Muerte hace unos días. Supongo que has oído hablar de ella. Causó una inundación relámpago. El suelo estaba tan duro en la región que fue como si la lluvia cayera sobre hormigón. Un grupo de estudiantes universitarios que habían acampado allí cerca murió. —Volvió a sacudir la cabeza, con la rabia agitándose en su interior mientras pensaba en ello—. Todavía estoy recogiendo información sobre esa tormenta. Al final, me parece que nos hemos encontrado con suficientes acontecimientos como éste que creo que el asunto merece que le echemos un vistazo.

—Espera un minuto. ¿No hay explicación lógica? ¿Qué mierda significa eso? ¿Estás intentando vincularlo con el calentamiento global o con la migración de las mariposas? ¿Con fanáticos de Nikola Tesla? ¿La ira de Dios? Mira lo que les pasó a esos tipos del yate que dijeron que habían visto a un avión dirigirse hacia *Simone* antes de que se intensificara. Los están bombardeando en los periódicos. Parecen locos. Tal vez tú quieras reflexionar sobre cuál quieres que sea tu respuesta antes de empezar a recorrer ese camino, amigo —dijo Paul con entrecortado aliento mientras disminuían la marcha hasta llegar a las puertas de entrada al gimnasio y el vestuario.

Jake le echó una mirada irritada pero no respondió. No podía. Paul tenía razón. Jake no sabía qué respuesta quería. Pero sabía cuál estaba esperando evitar.

Capítulo 25

Lunes, 16 de julio, 11:40 h, Midtown, Nueva York.

Por fin Richard había comenzado a leer el trabajo de Kate, pero no había avanzado demasiado cuando se dio cuenta que no había necesidad de leerlo todo. Lo que ella deseaba que fuera tomado como apenas una sugerencia era algo mucho más que eso. Se parecía más a una afirmación. O una acusación.

Apartó a un lado el pequeño montón de papeles y miró sin ver el revoltijo de mapas meteorológicos que brillaban en la pantalla del ordenador delante de él, con el peso del conocimiento oprimiéndole el pecho y un horrible rugido en su cabeza.

Las repentinas e inexplicables intensificaciones, las agitadas turbulencias del aire, las tormentas... eran golpes planeados, exactamente de la misma forma que él y Carter habían hablado muchas veces durante las largas horas de espera por computadoras que generaran los modelos que ellos creaban en teoría.

Carter le había dicho más de una vez que si le daban la oportunidad de dejarle un legado al mundo, eso es lo que quería: un clima programable, pero no para ser usado como un arma. Él convertiría la espada en un arado; eso había dicho. Él ayudaría a salvar al mundo y transformar la brutalidad que los humanos habían impuesto sobre la tierra.

Richard apoyó la cabeza entre sus temblorosas manos y deseó que el ardor en su vientre cesara.

Si la Agencia no estaba detrás de esas tormentas, entonces sólo podía tratarse de Carter. Y la Agencia no usaría el territorio estadounidense como campo de pruebas. No sacrificaría a ciudadanos confiados para sus objetivos, sobre todo cuando había tantos otros lugares en la tierra, sobre los océanos, que podía usar libremente o con relativa impunidad.

Oyó un rápido golpe en la puerta de su oficina, seguido de la voz de su asistente de producción.

—Tienes que ir a maquillaje, Richard.

Se levantó de la silla y respiró profundamente varias veces mientras intentaba concentrarse en lo que debía hacer.

Su última emisión del día comenzaría en veinte minutos. Después, tendría tiempo suficiente para pensar qué hacer. Y sabía que lo necesitaría.

Lunes, 16 de julio, 13:30 h, McLean, Virginia.

Jake Baxter miró fijamente a la lejanía, sin ver los paneles divisores azules de los cubículos y sin escuchar el murmullo de voces, dedos tecleando y teléfonos que

sonaban. Los cinco monitores planos que había sobre su mesa formaban una parábola de colores brillantes y cambiantes a su alrededor.

Treinta y seis y nueve.

Contaba con treinta y seis sucesos climáticos en nueve años que cumplían con los criterios del grupo de investigación de ser anómalos para la ubicación geográfica, pero no estaban cerca de ver un patrón crítico que pudiera deducirse de los datos. Eso no quería decir que no creyera que existiera uno. Sabía que lo había. Sólo que no conocía su aspecto.

Los episodios habían sucedido en diferentes partes del globo, y tres de ellos ni siquiera venían reflejados en la lista que le habían entregado. Los encontró por sí mismo, los investigó y decidió que eran dignos de consideraciones adicionales. Ocho habían sido pluviales, dos de los cuales fueron tormentas que generaron varios tornados cada una. Después, trece tormentas ciclónicas de variada intensidad y nueve oleadas de calor. Entre ellos no existía ningún denominador común. Las temperaturas de superficie al comienzo de las tormentas habían variado casi 15°, y otras condiciones habían sufrido variaciones semejantes. Tampoco había características topográficas o paisajísticas, naturales o no, comunes entre ellos. Ni similitudes en duración, ni correlaciones en los ciclos lunares o solares.

Si había que inclinarse hacia la perspectiva de la intervención humana en su creación o intensificación, tampoco había encontrado todavía una especie de patrón entre las tormentas excepto que la frecuencia con la que habían ocurrido se había incrementado en los últimos tres años. Si un gobierno estuviera cerca de lograr su objetivo, habría que esperar un incremento en las pruebas, por lo que eso no importaba tanto como podría hacerlo algún otro factor, —como la ubicación o la época. Pero ninguna de las intensificaciones había ocurrido cerca de alguna ciudad importante, centros de suministros críticos o rutas de transporte comercial, y ninguna había sucedido durante o cerca de las fechas de algún acontecimiento internacional o aniversario.

Jake se reclinó con las manos entrelazadas en la nuca y miró los mapas y los gráficos que había trazado. Las tormentas habían tenido lugar en doce países, en cuatro continentes y tres océanos. Cuando eliminaba los escasos hechos que surgían claramente de lo evidente —los huracanes *Mitch*, *Iván* y *Wilma*—, sólo quedaban unas pocas similitudes que sobresalían del resto. Todas eran relativamente localizadas, de breve duración y habían causado escaso o moderado daño en las zonas afectadas, que oscilaban entre lugares virtualmente deshabitados en el Tercer Mundo a pequeñas ciudades estadounidenses. Las tormentas habían aparecido en todos los meses del año, durante el transcurso de nueve años, y habían tenido lugar en diferentes horas del día.

Cerró los ojos e intentó ver lo que no podía percibir con los ojos abiertos.

«Mira en los espacios en blanco. La respuesta se encuentra con frecuencia en donde no hay datos».

Era una afirmación que nunca pensó volver a oír, ni siquiera en su cabeza, pero sin embargo la voz fue tan clara, tan seca, británica e irritante hasta la médula que Jake abrió los ojos y contuvo la respiración durante un instante, hasta que su conciencia convenció a su imaginación de que el profesor Rutherford Blake no se encontraba de verdad allí, mirándolo fijamente.

No, el cubículo, los monitores, el rumor de fondo del servicio de inteligencia más brillante... Todo era como debía ser.

«No perdía nada por mirar en los espacios en blanco».

Dispuso todas las hojas de datos en sus monitores de modo que pudiera verlas simultáneamente y luego dejó escapar un suspiro irritado.

—¿Cómo se supone que encuentre los condenados agujeros? —murmuró.

Todos los parámetros habían sido contrastados con los demás. No había agujeros. Había controlado todo varias veces. Había algunos gráficos cuyas líneas se asemejaban a los de otros, pero los datos que señalaban no estaban relacionados, haciendo que las similitudes visuales fueran únicamente casuales.

«El clima es un sistema caótico, azaroso por naturaleza». Ésa era la frase favorita del profesor Blake. La repetía constantemente, como un sacerdote impartiendo la bendición.

Jake se puso de pie y se dirigió a la pequeña cocina en un extremo de la oficina. Necesitaba una Coca-Cola y la necesitaba ya. El descenso de azúcar en la sangre era el único motivo por el que podía estar reviviendo las clases con el profesor Blake. Eso o aceptar que, a pesar de poseer la mejor tecnología al alcance de la mano y acceso a todos los archivos existentes sobre clima, no tenía ni idea de nada, como si estuviera en primer curso de la universidad. Su sangre necesitaba azúcar del mismo modo que su cerebro necesitaba respuestas.

«El cerebro absorbe el caos y lo organiza. Por eso la gente siempre te dice "lo dejes descansar un poco"».

Jake se detuvo de repente. «¿Qué profesor le había dicho eso?».

Blake desde luego que no. Él nunca usaría un cliché para explicar algo. Había sido uno de los buenos profesores. Al menos uno de los pocos que no había montado un escándalo a causa de sus trabajos finales. Y le había escrito una carta de recomendación. Jake podía verlo. Con el cabello atado en una larga coleta, su barba descuidada, como viejo hippie, su pipa, un Saab y una esposa a quien no le importaba que un corrillo de alumnos estuviese siempre dando vueltas por su casa, intentando sonar como intelectuales. Ella incluso los había alimentado, y como perros vagabundos, ellos siempre regresaban.

Jake se detuvo frente a la máquina, puso las monedas en la ranura e irritado

consigo mismo por distraerse, apretó los botones para que cayera una Coca-Cola normal, un poco más fuerte de lo necesario. Los recuerdos podían esperar para otro día. En este momento, necesitaba una dosis de realidad tanto como necesitaba una dosis del producto verdadero: verdadera cafeína, verdadero azúcar, pistas verdaderas. Era una pena que las respuestas no vinieran en una lata.

Capítulo 26

31 de mayo, 16:57 h, costa este de Barbados.

Las aguas que rodeaban las costas de las pequeñas islas eran más cálidas que las que la tormenta había usado para alimentarse, y la seducción resultó ser irresistible. *Simone* se había desplazado en un largo y elegante arco hacia la isla más septentrional de la cadena de las Bahamas; sus habitantes comenzaron a notar los efectos mucho antes de su llegada.

La caída en la presión de aire proporcionó una curiosa euforia a los preparativos, mientras las ventanas eran selladas y los objetos al aire libre asegurados. Los animales se refugiaron en sus madrigueras y nidos y los pájaros volaron, bordeando los vientos que aumentaban su fuerza. Los animales domésticos se acobardaban y aterrorizaban, con sus instintos embotados mientras dueños se ocupaban en cosas más importantes.

Las lluvias habían comenzado casi al amanecer, y las playas y dunas ya estaban siendo barridas en varios lugares desde el interior de la isla, y aplastadas en otros por el intenso oleaje marino. La hierba se ondulaba al paso del ululante viento y las palmeras se sacudían como mareadas, hasta que alguna perdía por completo el equilibrio y caía con estrépito. Libres para arrastrarse o para volar, los árboles se movían sin rumbo por el suelo y sin respetar objetos más grandes, más pesados o más seguros. Las puertas de cristal y los perros vagabundos no eran obstáculo para la fuerza de arrastre que llevaban consigo.

El caos se intensificó cuando empezó a extenderse la prematura y aterradora oscuridad, y la tormenta, con toda su furia, trajo consigo la oscuridad de la medianoche cuando la caída del sol debería haber tenido lugar, e introdujo los aullantes vientos del infierno en aquel delicado paraíso. Sopló desde el mar con toda la fuerza de su vórtice curvado a sus espaldas, arrancando, desgarrando, desenterrándolo todo, imparable. La arena de la playa se convirtió en minúsculos misiles que atravesaban las prístinas superficies, dañando la piel, arrancando el color y la vida de todo lo que encontraba a su paso.

Como una máquina gigantesca, los oscuros vientos rugían sobre el terreno llano, adueñándose de los tejados, en donde tejas, pizarras o revestimientos de alquitrán, con sus secretos bordes aerodinámicos capturados por el impulso de la tormenta, eran catapultados hacia el aire; a veces, cayendo para estrellarse sobre los caminos u otros tejados; otras, dando saltos en la oscuridad, deteniéndose tan sólo cuando chocaban con cualquier objeto que bloqueara su camino.

En sus casas recién descabezadas, la gente se ocultaba bajo los muebles, en los marcos de las puertas y en los armarios, temerosos de la lluvia que los golpeaba

desde lo alto y de las corrosivas aguas que brotaban por debajo de las puertas y a través de grietas en las paredes que ya no eran estables. Llorando y pidiendo piedad y una ayuda que nunca llegaría, observaron cómo sus pertenencias se desintegraban y su existencia se derrumbaba ante la furia de la tormenta que les arrebató el futuro, reemplazando la ansiada tranquilidad con vacío y violencia, barro y lágrimas.

Como si estuvieran alimentados por gigantescos fuelles, los vientos crecieron, elevando los mares. En el aire, el agua se estrelló contra cualquier obstáculo, animado e inanimado. Cayendo sobre la tierra, se deslizó con furia sobre ella. Los más afortunados fueron arrastrados entre las aberturas y quedaron magullados pero vivos y a flote. Otros murieron atrapados en donde habían creído estar seguros.

Sin haber abatido su furia, *Simone* continuó avanzando y buscando nuevas aguas para satisfacer su insaciable apetito.

Capítulo 27

Miércoles, 18 de julio, 7:30 h, McLean, Virginia.

Jake alzó la vista al oír los pasos que se detenían cerca de su cubículo. La curiosidad se superpuso a la sorpresa al ver que su visitante era Tom Taylor.

—¿Tienes un minuto? —Tom tenía un aspecto pésimo.

—Claro —respondió Jake, titubeando, y se puso de pie para seguirlo por la «autopista de los cubículos» hacia la sala de conferencias.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó Tom sin perder tiempo, apenas Jake cerró la puerta.

—¿Sobre *Simone*?

—Sobre cualquier cosa.

—No, todavía estoy buscando un común denominador para el orden de las tormentas, pero el Servicio Nacional de Meteorología acaba de clasificar a *Simone* como categoría 4.

—¿Qué han hecho qué? —Tom lo miró fijamente—. ¿Cuándo? La noche pasada la consideraron de categoría 3.

—Hace unos cuatro minutos. Zigzagueó a través de las Bahamas en veinticuatro horas, tocando tierra en cinco ocasiones y después se dirigió hacia el oeste. No ha cambiado de posición de modo apreciable en las últimas tres horas.

—¿Eso es normal?

—En realidad no hay nada normal cuando uno habla sobre el clima. Los huracanes no suelen detenerse habitualmente, pero a veces sucede.

Tom dejó escapar un suspiro irritado que tenía algo de indecente.

—Esa puta está creciendo mucho. Necesito saber si nuestros amigos tiene algo que ver con esta última intensificación —le dijo, y salió de la sala.

Jueves, 19 de julio, 17:15 h, Distrito Financiero, Nueva York.

Davis Lee miró a través de la ventana de su oficina al agua y al cielo en la lejanía. Brooklyn brillaba bajo el calor. Había un centelleo sobre el agua y una especie de brillo apagado en la niebla rojiza que se extendía sobre ella. La ciudad necesitaba una buena ducha para limpiar el aire, y Davis Lee necesitaba algunas respuestas firmes para ajustar su mente, que había estado dando vueltas al correo electrónico que había recibido de Elle hacía apenas una hora.

Elle había demostrado ser una excelente investigadora, lo cual era bueno y malo a partes iguales. Malo porque si ella podía encontrar algo, también lo podían hacer otros. Descubrir los secretos más profundos de una persona no era muy distinto a

encontrar una civilización perdida, o al menos eso le parecía a él. Uno se podía pasar años especulando hasta que un día alguien, encontraba un sendero en medio de una selva hasta entonces impenetrable. Podía haber un tesoro de información desconocida esperando ser utilizada, pero lo primero siempre dejaba un rastro evidente. Y en el caso de la información perturbadora que Elle había hallado sobre Carter, el rastro tenía que ser tapado de modo que Davis Lee pudiera sintetizar las revelaciones a su antojo y decidir qué hacer al respecto. Todo en estos días tenía un lado oscuro, incluso la filantropía, y Davis Lee tenía que asegurarse de dirigir la discusión para así poder controlar las conclusiones. No iba a dejar que nadie hundiera el barco de Carter. Ni siquiera Carter.

Era bien sabido que Carter no era hombre que guardara sus opiniones para sí, y una de las cosas sobre la que había opinado ad náuseam era el medio ambiente. También era cierto que estaba en los consejos de la mayoría de las organizaciones sobre medio ambiente, pero, esa mañana, Elle había descubierto que Carter era un hombre que no sólo hablaba sobre el tema y actuaba en público en consecuencia, sino que también hablaba y actuaba en privado.

En voz baja, en África central.

Hacia unos quince años, Carter, había creado una fundación cuyo objetivo, aparentemente, era convertir partes del Sáhara y el Sahel en tierras cultivables, o quizás en una selva. Era un objetivo loable; Davis Lee no podía criticar las intenciones de su jefe, pero parecía ser una elección extraña. El medio ambiente estaba destruido en muchos lugares y podía haber elegido una zona más cercana a su hogar.

Dada la cantidad de dinero que Carter había estado enviando a la fundación desde sus comienzos, podía haber sido capaz de invertir en muchos asuntos locales, y, de paso, habría podido utilizar semejante material para una campaña presidencial. Eso sería fácilmente comprensible, así que el motivo por el que había decidido ignorarlo, favoreciendo una causa tan lejana, literal y figuradamente, que no le proporcionaría publicidad era algo que no terminaba de encajarle a Davis Lee.

Si las noticias sobre la existencia de la fundación salían a luz, y eso sucedería, sería difícil convencer a los votantes de que era bueno que un hombre que vivía en los campos de Iowa, y que tenía más dinero que el que podía gastar en varias vidas, se preocupaba tan profundamente por recuperar un desierto a medio mundo de distancia. Los matones del personal de campaña de Benson se frotarían las manos y utilizarían semejante información para situar a Carter en el lado equivocado de los asuntos importantes, desde el destino de la ONU hasta la ética en los avances científicos.

Sin embargo, la imagen no lo era todo, y las dos preguntas que inevitablemente Davis Lee no quería que nadie hiciera eran las que flotaban amenazadoramente en su

mente: ¿Por qué demonios Carter quería hacer algo tan ambicioso —incluso demente — y por qué mantenerlo tan oculto?

La pregunta que Davis Lee no estaba ni siquiera seguro de querer conocer la respuesta era si en ello no tendría algo que ver la antigua obsesión de Carter: la manipulación climática.

Se giró al oír un suave golpe a la puerta.

—¿Tienes un minuto?

Kate estaba de pie en la puerta, con un aspecto tan agotado como el suyo, lo que le hizo sentir mucho mejor. Ella tenía que estar cansada. Le había dado una montaña de nuevas responsabilidades durante los últimos días para ver cómo se las arreglaba. Hasta el momento, todo iba bien, y los datos que estaba suministrando mantenían su nivel habitual. También estaba obteniendo resultados.

Durante meses había estado intentando convencer, sin éxito, a Carter de ampliar el área de inversiones para incluir los mercados energéticos. Hasta la semana pasada. En el momento en que el presidente había anunciado la formación de la coalición energética, Carter había cambiado de opinión, y Davis Lee había tenido que modificar el rumbo aceleradamente. El trabajo extra que le ocasionaría a él y a sus subalternos no era asunto a discutir. Cualquier cosa que les permitiera colocar a la compañía en mejor posición a largo plazo y a ocupar un lugar más prominente en la mesa de discusiones era lo que deseaban.

Se pasó una mano por el rostro.

—Puede que tenga un minuto. ¿Vas a decirme que este maldito sol va a desaparecer?

—No soy tan buena mentirosa. Pero puede que tengamos algo de mal tiempo pronto.

—¿Cuándo?

Kate se encogió de hombros.

—Tal vez mañana. *Simone* está causando varias tormentas en la costa y la depresión atmosférica del Golfo parece estar a punto de tomar un tren expreso en dirección norte.

Él sacudió la cabeza.

—Demonios. Lo puedes palpar en el aire ahí afuera.

—Esto es Nueva York. La gente ha probado el aire de afuera durante doscientos años. Acostúmbrate.

Con una risa, se reclinó en su silla y le hizo señas para que entrara.

—¿Cómo te va?

—Aceptando el desafío. —Ella se sentó en una silla delante de la mesa.

—Bien. Eso es lo que imaginé que harías. ¿Cuándo vas a tener esos informes que te pedí?

—La semana que viene.

—¿Puedes darte un poco más de prisa?

—Ya me la estoy dando «Chica dura». Sonrió mientras buscaba el vaso con San Pellegrino helada que se había servido unos minutos antes.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Me voy a Washington dentro de una hora para el congreso.

Él enarcó una ceja, animándola a explicarse un poco más. Ella se rió y miró por la ventana durante un momento, haciendo que él se preguntara qué demonios estaba sucediendo.

—¿Acaso has leído mi trabajo? Ése sobre las tormentas.

«No, otra vez con esa mierda».

—Le eché una ojeada al resumen. No me vas a hacer un examen, ¿verdad? —dijo por encima del borde de su vaso.

—No. Sólo quería hacerte saber que, en la versión definitiva, he introducido algunos cambios de última hora. —Ella dudó durante un segundo y luego lo miró a los ojos con algo parecido al desafío—. Le envié un correo electrónico a Carter con una copia para él y otra para ti.

Las noticias cayeron en su estómago con un golpe que no se molestó en analizar. Dejó el pesado vaso sobre el posavasos sin tomar un trago y la miró fijamente.

—¿Qué has hecho qué? ¿Por qué demonios has hecho eso?

Ella se encogió de hombros.

—Dijiste que me estaba observando. Por eso yo...

—¿Querías recordarle tus meteduras de pata? —la interrumpió Davis Lee. «Que nuestra meteoróloga jefe presente teorías conspirativas sobre el clima al jefe de la compañía es la última jodida cosa que necesito».

Ella se estremeció al oír su tono y un destello de rabia apareció en sus ojos.

—El tiene un doctorado en meteorología, Davis Lee. Entenderá perfectamente el significado del trabajo. Creo que es importante para mi carrera que comprenda que no estoy dejando caer la pelota, que sé lo que estoy haciendo y que tomo mi trabajo en serio y...

Él golpeó con el puño el brazo forrado en cuero de su silla y la hizo callar con una mirada.

—Por el amor de Dios, Kate, él no necesita que lo molestes con esa mierda. Te he dicho que sólo se preocupa por los resultados. No te pagamos para que seas una académica testaruda. Eres una analista. ¿Acaso crees que él espera que hagas una demostración de tu diligencia? Pues lamento contradecirte. Va a pensar que estás cometiendo errores porque te distraes durante el horario de trabajo. Afortunadamente, eso sólo sucederá si lee el maldito correo, lo que por tu bien, espero que no haga.

—Puede que le interese más de lo que tú piensas —replicó ella—. Ha escrito

trabajos sobre asuntos similares, y puede que, no sólo esté interesado sino que es posible que tenga algunas respuestas.

Él se quedó helado.

—¿Qué dices?

—Ha escrito trabajos sobre manipulación climática. —Sus ojos reflejaron una chispa de rebeldía y su cuerpo se puso tenso.

«Maldita sea. O esos trabajos no son muy difíciles de encontrar o Elle necesita un curso intensivo sobre cómo mantener la boca cerrada».

Se obligó a tragarse la ira y desechó su comentario con una mirada exasperada.

—¿De dónde has sacado ese material, Kate?

—Fue citado en libros, Davis Lee, hace años.

«Mierda». Respiró profundamente.

—¿Me estás diciendo que citas a Carter en tu trabajo?

—No, no lo he hecho.

Se puso de pie y se frotó la nuca, frustrado. Carter leería, con seguridad, esa maldita ponencia y entonces habría una investigación. Eso significaba que *él* iba a tener que leerlo primero.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana por la tarde.

—Bien. Hablaremos el lunes y podrás contarme qué comentarios han hecho los cerebros ilustrados sobre tu «intelectualización». —Dejó escapar un pesado suspiro mientras los altavoces de su monitor dejaban escapar un suave campanilleo anunciando la llegada de otro correo electrónico. Al ver el título del mismo, murmuró —: Tengo que ocuparme de esto.

Kate no esperó a que se lo dijeran dos veces. Le dijo adiós y huyó del despacho.

Jueves, 19 de julio, 17:10 h, Campbellton, Iowa.

«Esto es intolerable».

La furia invadió a Carter mientras éste se apartaba del monitor del ordenador que tenía sobre su mesa, se ponía de pie y se dirigía hacia la ventana que daba a los campos. Éstos se veían exuberantes bajo el sol de la tarde, evidencia de un verano perfecto.

Pero, en ese momento, eso poco importaba. Lo que le preocupaba es que alguien había empezado a establecer conexiones. Alguien de su empresa. Alguien que tenía relación con su pasado.

«El autor quiere agradecer al doctor Richard Carlisle su ayuda en la preparación de este trabajo».

Respiró profundamente y cerró los ojos en un esfuerzo por controlar su ira.

«Cómo se atreve Richard a romper el solemne juramento que hizo de proteger los secretos de su país».

Hacerlo era traición. Richard había traicionado su confianza también a título personal, al hablar con Kate Sherman, entre todas las personas posibles. Y ella había comenzado a revolver el avispero.

Eso era imperdonable.

Volviendo a respirar profundamente, Carter se obligó a reconocer que la balanza estaba empezando a inclinarse hacia el otro lado. Ya no contaba con todo el tiempo del mundo a su disposición o con la privacidad. Había llegado el momento de tomar el guante que el presidente le había lanzado y dejar bien clara su postura.

Agarró uno de los móviles del borde de su escritorio y marcó un número. Raoul respondió al segundo tintineo.

—Cambio de planes —ordenó Carter y anunció una serie de coordenadas—. Quiero que se lleve a cabo dentro de las próximas veinticuatro horas.

No tuvo que esperar una respuesta antes de cortar. *Simone* iba a ocupar un lugar en la historia de los Estados Unidos, y Richard Carlisle, Kate Sherman y Winslow Benson estaban a punto de recibir su merecido.

Carter apretó el botón del interfono del teléfono.

—Betty, llama a todas las chicas y diles que quiero que vengan a casa este fin de semana. Sin excusas. Envía el avión a buscarlas. Y tendré que estar en Nueva York el sábado por la tarde. Házselo saber a Jack, ¿vale? —dijo con sencillez y calma, refiriéndose al piloto de la empresa.

—De inmediato, señor Thompson. ¿Algún problema?

—No por mucho tiempo —respondió. Y no tuvo que fingir una sonrisa.

Capítulo 28

Arrasar lentamente las pequeñas islas de las Bahamas no provocó una disminución en la intensidad de *Simone*, y tan pronto como su ojo regresó a aguas cálidas y más profundas, la tormenta volvió a detenerse, haciéndose más voraz cuanto más tiempo pasaba detenida. El calor tropical alimentaba la insaciable maquinaria de *Simone*, tensando su vórtice y aumentando la rotación, lo que a su vez incrementaba la velocidad del viento y disminuía la presión barométrica.

Montañas de agua se abrieron paso por entre el oleaje, que brillaba en la oscuridad previa al amanecer como obsidiana veteada de plata. Al sumarse a la marea alta de la mañana y a la atracción de una luna menguante, el mar embravecido cayó sobre las playas de Florida y sus edificios, hiriendo a unos cuantos estúpidos en busca de emociones fuertes que se encontraban en las costas iluminadas por las estrellas. Las embarcaciones de mercancías y de placer se alejaron sin perder de vista la costa hacia el Norte, recalando en embarcaderos inusuales de los cuales nunca saldrían intactas. Los tejados se abrieron hospitalarios ante el viento, y las ventanas, sin apuntalar, temblaron. Toda superficie que trataba de frenar los movimientos del aire cargado de arena y agua pronto mostró las profundas y oscuras marcas de su inútil resistencia.

Los caminos en dirección al norte a lo largo de los cayos y de tierra firme rebosaron de nuevos escépticos, cuyo fanfarrón coraje pronto sufrió el embate del tiempo. Intentaron encontrar refugio demasiado tarde y, sin embargo, fueron testigos de la total e indiscriminada brutalidad de la naturaleza. Cientos de manos de nudillos apretados se aferraron a los volantes de sus coches, mientras que sus conductores, antes confiados, avanzaban entre la cegadora lluvia y los vientos laterales, luchando por mantener la estabilidad. A pesar de sus esfuerzos y oraciones, sus vehículos resbalaron y giraron por las carreteras inundadas por las lluvias y el agua del mar. Cientos de ojos se desorbitaron horrorizados cuando los vehículos que iban delante, detrás y a sus laterales fueron alzados y girados, algunos sobre otros coches, otros sobre los petriles, y otros sobre ellos, estrellándolos en enormes montañas como de cemento, endurecidas por la tormenta, en su descenso hacia la fracturada e hirviente superficie del estrecho de Florida.

Las poblaciones más alejadas de la línea costera miraban la creciente espiral en sus aparatos de televisión y en las pantallas de sus ordenadores, observando cómo el filo de guadaña rojo giraba enloquecido, sabiendo que lo peor aún no había tenido lugar, rezando para que no tuvieran la oportunidad de experimentarlo, pero cargando, sin embargo, sus coches con sus pertenencias.

A medida que los vientos y el mar se embravecían y fortalecían, la caprichosa *Simone* giró ligeramente, alejándose de la costa que disminuiría su fuerza.

Habiéndose asegurado ahora de cuidados y alimentos constantes, continuó su destructiva y cansina marcha, paralela a la costa, en las aguas costeras profundas, flirteando con la humanidad como tan sólo un desastre inminente puede hacerlo, y destruyendo todo lo que se atreviera a cruzarse en su camino.

Capítulo 29

Viernes, 20 de julio, 8:26 h, Washington, D.C.

Kate examinó su reloj. Sólo había transcurrido un minuto desde la última vez que lo hiciera.

«Maldición».

Ella no había calculado que tendría que esperar diez minutos por un ascensor. Era uno de los motivos por los que siempre se alojaba en un piso inferior al décimo en los hoteles. Sabía que podía lidiar con diez pisos de escaleras. Pero ¿con traje y tacones altos? Ya se iba a poner suficientemente nerviosa de pie delante de los conferenciantes cuando expusiera su trabajo. No quería llegar sin aliento y sudorosa antes de empezar.

Volvió a mirar su reloj. Había transcurrido otro minuto, lo que significaba que ahora sólo faltaban cinco minutos para que empezara su ponencia. Ella quería estar ya en la sala, sonriendo serena a las pobres almas que no tenían nada mejor que hacer que prestarle atención a las ocho y media de la mañana. Con algo de suerte, estarían medio dormidos y se concentrarían más en el café que en ella, y no se percatarían del temblor de su voz.

«Bueno. Mejor llegar sudorosa y sin aliento que demasiado tarde».

Aferrando el maletín con su ordenador portátil en la otra mano, Kate se dirigió hacia las escaleras. No había dado tres pasos cuando oyó una campanilla y se abrieron las puertas del ascensor. Sin perder tiempo, se lanzó al ascensor vacío y apretó el botón del vestíbulo y el de cerrar la puerta simultáneamente.

Kate entró en la pequeña sala de conferencias e intentó mantener un paso digno mientras avanzaba por el pasillo central. La moderadora la observó desde detrás del estrado, frunciendo el entrecejo por detrás de sus gafas de color rojo. Por supuesto, todos los ocupantes de la sala habían girado sus cabezas al oír el ruido de la puerta y ahora la estaban observando.

«¿Por qué hago esto?».

Se obligó a sonreír mientras se dirigía hacia el frente de la sala. La mujer detrás del micrófono no le devolvió la sonrisa. De hecho, parecía estar aún más irritada.

—Perdón por llegar tarde. El ascensor ha tardado una eternidad —susurró Kate, depositando el maletín con su ordenador en una pequeña mesa junto al estrado.

—¿Está lista? —respondió la mujer con una voz que no se parecía en nada a un susurro. Pareció resonar en el empapelado con dibujos de pájaros, y Kate tuvo que resistir la tentación de mirar hacia arriba para ver si los cristales falsos de los candelabros estaban tintineando.

A punto de disculparse de nuevo con la Gorgona de vestido de lino verde limón,

Kate recordó que ella no sólo era la conferenciante, sino que era oriunda de Brooklyn. Dejó de hacer lo que estaba haciendo durante un minuto, y luego lanzó una mirada intencionada a la mujer.

—No del todo —le respondió casi al mismo volumen.

La mirada que le devolvió la mujer congeló al instante el sudor que había comenzado a humedecerle el cabello. Kate se enderezó y volvió a ocuparse de preparar su ordenador. Un momento después se volvió hacia la mujer y enarcó una ceja mientras esbozaba una sonrisa dolorosamente artificial.

—Entonces, ¿va usted a presentarme o tendré que hacerlo yo misma?

Viernes, 20 de julio, 8:36 h, Washington, D.C.

Las tormentas que *Simone* había dejado caer a su paso habían comenzado, finalmente, a afectar a toda la zona y el tráfico se había convertido en un completo infierno mientras Jake regresaba de Reston por las mismas carreteras con el resto de la población de Virginia del Norte. Unos cuantos árboles habían caído en cruces estratégicos del lado de Maryland en Beltway, la autopista de circunvalación, y eso había causado una cadena de atascos inmediata. Después de diez años en la zona de Washington, ya estaba familiarizado con la situación. Incluso uno o dos problemas menores en alguna de las carreteras de acceso y las entradas o salidas de Beltway causó más de un atasco. Los conductores irritados se veían obligados a interrumpir sus costumbres habituales y concentrarse en la conducción, tomando decisiones, en vez de afeitarse, maquillarse o hacer llamadas telefónicas mientras conducían entre el denso tráfico por seis carriles a cien kilómetros por hora...

Tomó otro trago del amargo café del hotel y frunció los labios. Después de todo, el viaje no lo había dejado de muy buen humor. Sin mencionar el hecho de que el conferenciante, que seguramente sólo había tenido que lidiar con algunos pasillos y un ascensor, aún no había aparecido.

«Menos mal que he llegado temprano».

Estaba a punto de asomar a su rostro una expresión de profunda insatisfacción cuando vio a una mujer deslizarse a toda velocidad por el pasillo central de la sala, con los cabellos flotando a su paso, como si se tratara de sus corrientes de aire personales. Su ceño fruncido fue reemplazado por una risa sofocada cuando escuchó el breve intercambio con la moderadora.

Con una expresión bastante irritada, la moderadora se acercó al micrófono.

—Buenos días, señoras y señores. Bienvenidos a la ponencia titulada *Anomalías extremas en fenómenos climáticos locales*. La ponente es la señorita Katharine Sherman, meteoróloga jefe de Administraciones Coriolis. Cuando ustedes han tomado asiento, se han encontrado con un pequeño cuestionario en sus sillas. Si

fueran tan amables de emplear unos instantes después de la exposición para...

Jake dejó de prestar atención a la mujer que se comportaba como una bruja malvada blandiendo un hacha de guerra con tono académico y examinó a la conferenciante. Tenía el cabello rubio y los ojos oscuros, una buena figura y un tic nervioso que consistía en jugar con su reloj. No estaba mal para ser una meteoróloga, especialmente una que no aparecía en televisión. Echó un vistazo al programa. Administraciones Coriolis, la compañía del campechano millonario. Volvió a mirar a Katharine Sherman, que sonreía nerviosa ante el educado aplauso que siguió a su presentación al acercarse al estrado. Apartando un mechón de cabellos rubios de su rostro, se lanzó de lleno a su exposición. Sus palabras, en un tono algo tembloroso y a una velocidad un tanto excesiva, alejaron de inmediato todas las ideas de Jake sobre el horrible tráfico y el pésimo café.

Ella estaba haciendo referencia a sus tormentas.

Viernes, 20 de julio, 9:23 h, Washington, D.C.

«Gracias a Dios que había terminado».

Kate pasó una mano temblorosa por sus cabellos, un gesto que era consciente de haber realizado innumerables veces durante el transcurso de su ponencia y el periodo de preguntas y respuestas que siguió. El leve aplauso se extinguió rápidamente y un murmullo se extendió por la sala mientras la gente se ponía de pie, tomando sus pertenencias y conversaban entre ellos.

Ella mantuvo la cabeza baja, adrede, mientras guardaba su ordenador, porque tenía la extraña sensación de que el tipo del fondo de la sala iba a acercarse para hablar con ella, y no quería parecer demasiado ansiosa. Él parecía haber prestado atención. Mucha atención. Kate evitó establecer contacto visual directo, e intentó, casi con el mismo empeño, no mirarlo en absoluto. No había sido, sin embargo, sencillo. Era verdaderamente guapo, aunque parecía algo nervioso y tenía una expresión irritada. A decir verdad, ella no sabía quién conformaba la audiencia, y dado el tema, podía tratarse de un loco conspirador. Por supuesto, las probabilidades indicaban que simplemente sería otro meteorólogo, pero, aun así...

—¿Señorita Sherman?

Tenía una voz agradable. Alzó la mirada, lo miró a los ojos —eran de un verde oscuro con destellos castaños que siempre le había resultado atractivo— y esperó un momento antes de responder.

—¿Sí?

Él le sonrió. Tenía una bonita sonrisa. Era más agradable que su ceño fruncido.

Kate le devolvió la sonrisa y continuó mirándolo. Aquél era un congreso de especialistas y no había motivos para que ella juzgara lo bien que le sentaban sus

gastados vaqueros y su polo.

—La exposición ha sido excelente.

—Gracias. Me alegro de que haya disfrutado. —Bajó la mirada tras un momento y continuó organizando sus notas en la carpeta manila. Enseguida volvió a alzar la vista y volvió a mirarlo con un atisbo de sonrisa y esperó a que él le dijera por qué estaba allí.

Se aclaró la garganta.

—Mi nombre es Jake Baxter y he estado investigando algunas de las mismas cuestiones sobre otras tormentas. Me preguntaba si tendría tiempo para hablar de ellas. Quiero decir, sobre las que usted ha mencionado. Ya sabe, darme un poco más de información sobre ellas. Quizás podamos ayudarnos mutuamente a encontrar algunas respuestas.

Ella deslizó su ordenador en el maletín.

—Me encantaría. ¿Quiere charlar ahora?

Él volvió a sonreír.

—Si tiene tiempo ahora, sería fantástico. ¿Se queda todo el fin de semana?

«Anda que no somos listos». Sintió una pequeña oleada de placer ante la posibilidad de que él quisiera que la respuesta fuera afirmativa, luego se enderezó y pasó la correa del maletín sobre su hombro. El público que había asistido a su charla había desaparecido. La gente se estaba dirigiendo hacia la próxima sesión y la moderadora la estaba mirando fijamente una vez más. Kate sonrió y la saludó con un gesto de su mano antes de volver a prestarle atención a Jake.

—La verdad es que sólo he venido para presentar mi ponencia. Regreso a la ciudad esta tarde.

—¿La ciudad?

—Nueva York.

—Entonces ahora será perfecto.

El tono de su voz era más decidido que una simple sugerencia, y para dejar las cosas claras, Kate volvió a mirar su reloj.

—Tendría que reunirme con alguien para tomar un café a las diez —mintió. Podía estar una media hora con él. Luego ya se las arreglaría.

—No hay problema.

Dejó que ella saliera primero de la sala y conversaron de banalidades mientras trataban de abrirse paso entre los grupos de gente reunidos en el exterior de la sala a la espera de la nueva conferencia.

—¿La cafetería está bien? —preguntó ella.

—¿Qué tal en el vestíbulo? Justo allí. Hay dos sillas y una mesa al otro lado de aquella columna. Yo le llevaré el café. ¿Cómo lo quiere?

«Humm. Un rincón. Alejado de ojos y oídos indiscretos».

—Solo, gracias.

—¿Quiere decir negro?

—Exactamente.

—Vuelvo ahora mismo. Nos vemos allí.

Kate se encaminó hacia el pequeño espacio frente al vestíbulo. Lejos de toda la gente que deambulaba por el hotel, aquella zona estaba tres escalones por encima del resto del vestíbulo, como si fuera un trono, y contaba con una amplia perspectiva de toda la entrada. Al sentarse se preguntó cuántos acuerdos políticos se habrían concretado en esa misma silla.

Jake volvió minutos después con dos cafés.

—Aquí estoy. Bueno, ¿qué tal el viaje hasta aquí?

Kate tomó el vaso que le ofrecía y lo dejó sobre la mesa.

—Gracias. No ha estado mal. He venido en tren, así que no tuve que pelearme ni con la lluvia ni con el tráfico. Entonces, ¿en qué está trabajando usted que involucra a pequeñas y extrañas tormentas?

Hizo una pausa, medio sentado en la silla, y se rió.

—Va directa al grano.

Ella le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros.

—Siempre ando mal de tiempo. Típico de un neoyorquino.

El se acomodó y le dio un sorbo a su café.

—¿Le importaría que la llame Katharine?

—La verdad que sí —respondió y observó como enarcaba las cejas—. Preferiría que me llames Kate.

Él rió educadamente.

—Hecho. Me gustaría que me concedieras algo de tu tiempo, Kate. En lo que estoy trabajando es... estoy analizando algunos sistemas a pequeña escala para ver por qué y cómo suceden las anomalías.

«Así que verdaderamente sólo quieres hablar del tiempo». Sin estar segura de sentirse aliviada o decepcionada, Kate intentó tomar un sorbo y de algún modo consiguió evitar lanzar una maldición cuando el dolor mordió su labio superior. Dejó el vaso sobre la mesa y le quitó la tapa para que se enfriara.

—Me has dicho que habías examinado otras tormentas, aparte de las que yo he mencionado. ¿Hay muchas más? Es decir, ¿tormentas que se inician de modo extraño o con parámetros de intensificación fuera de lo normal? Eso fue lo que me llamó la atención en estos casos.

Él asintió, ingeniándose las para tomar su café. Kate estaba impresionada, hasta que vio dos cubos de hielo flotando en el vaso. *Cobarde*.

—Encontré treinta y seis.

Ella lo miró fijamente.

—¿Treinta y seis? ¿En qué lapso de tiempo?

—Nueve años, pero busqué en todo el planeta.

—¿Saliste en su busca? —le preguntó, con aire de incredulidad—. ¿Cómo? ¿Qué empezaste a buscar? Es decir, no hay ninguna cosa en común excepto el hecho de que todas se encuentran fuera de las desviaciones estándar.

Él volvió a sonreírle y ella se dio cuenta de que su reacción había sido, tal vez, un tanto entusiasta. Pero, después de todo, para él era una simple pregunta sobre su investigación, mientras que para ella esas tormentas representaban contar con un puesto de trabajo seguro.

—Bueno, ¿cómo encontraste las tuyas? —preguntó él.

—Las tres primeras casi me aterrizaron en el regazo. Las estaba siguiendo por... bueno, es con lo que me gano la vida. —Restó importancia a su propia interrupción con un gesto de su mano—. Estaba examinando las tres primeras a medida que evolucionaban, y cuando se escaparon de los gráficos, arruinaron mis predicciones, causándome problemas. Las otras tres, *Barbados*, la del Valle de la Muerte y *Simone*, eran obvias. Las incluí en el último momento en caso de que no tuviera material suficiente para hablar durante una hora. —Hizo una pausa, sin querer sonar demasiado atrevida—. Entonces, ¿para quién trabajas que te permiten investigar estos oscuros fenómenos atmosféricos? Parece un trabajo fascinante, si no te molesta que te lo diga.

—En absoluto. Trabajo para el gobierno —dijo, tomando otro trago de café. Ya había bebido casi un tercio, lo que quería decir que o bien ella estaba hablando demasiado o él necesitaba mucha cafeína.

«La ambigüedad no está permitida. Ya sabes para quién trabajo, así que probaremos una vez más, Jakester».

—¿Para qué agencia? ¿Qué es lo que haces?

Él hizo una pausa breve y significativa, que ella decidió ignorar.

—En su mayoría, análisis forenses. Algunos análisis de predicciones.

Ella se reclinó en la silla y se cruzó de piernas con más gracia de lo que lo haría normalmente, y observó que su movimiento no le había pasado inadvertido a Jake. Después se preguntó qué demonios estaba haciendo al flirtear con él.

—Entonces, ¿cuál de las tormentas que yo he mencionado has estado observando?

—Las de Minnesota, Barbados, el Valle de la Muerte y *Simone*.

Ella asintió.

—La tormenta del *Valle de la Muerte* me ha impresionado. Apareció literalmente de la nada. Cuando la vi por primera vez en el radar, hubiera apostado que era una falsa alarma. —Dudó, queriendo continuar pero sin pretender que él imaginara que ella se inclinaba hacia el extremo más delirante de la investigación. La discusión con

Richard la habían vuelto una poco paranoica al respecto.

«Pero, maldita sea, los hechos son lo que son y no pueden ser ignorados».

Kate se inclinó ligeramente hacia delante y bajando la voz, lo miró directamente a los ojos.

—Jake, no saques conclusiones erróneas de esto, pero aunque no hubiera estado examinando con tanta atención las otras tormentas, ésta hubieran puesto mis detectores al rojo vivo.

Él permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Por qué?

—Porque *sucedió*. Sin motivo alguno. Desafía la mayor parte de lo que sé sobre climas regionales, sobre la atmósfera, sobre el tiempo. —Hizo una pausa—. Me concentré en ella, sacando las más minuciosas lecturas que pude conseguir. Una pequeña nube surge sin motivo aparente y, poco después, se convierte en una tormenta. No existen datos de ningún avión en la zona; no hay datos de ninguna compañía realizando sembrado de nubes. Quiero decir, me convertí en Nancy Drew, la mujer detective. Examiné todo lo que me pareció que podía estar relacionado.

Él le devolvió la mirada, sin señal de ironía en ella. Si algo había cambiado, es que su expresión podía haberse vuelto algo más cauta.

—¿Qué te hizo pensar en el sembrado de nubes?

Un escalofrío recorrió su espalda, haciéndole soltar una breve risa que no sentía, y luego tomó su café.

—Bueno, sucedió en California. Siempre hacen cosas así en el Oeste. Quiero decir, la gente cultiva verduras en Arizona, en invernaderos en el desierto. ¿Por qué no habría algún loco decidido a intentar hacer llover por encargo en el desierto? No puede ser más caro que cubrir con cristal cientos de hectáreas.

—Es el Valle de la Muerte, Kate. Es un parque nacional, no un campo sin explotar.

—Sí, lo sé, pero no todo el desierto es un parque. Alguien es dueño del resto. Y está ahí, yermo, sin nada. ¿Por qué no darle una utilidad?

Ahora sí había aparecido un brillo irónico en su mirada.

—Eso es un tanto exagerado, ¿no te parece?

Ella se reclinó en la silla, volvió a cruzar las piernas, esta vez sin flirtear, y enarcó ambas cejas.

—No, no lo creo —dijo simplemente—. Trabajo en Wall Street, Jake. Las apuestas que allí corren las llamamos especulación o inversiones, pero entre nosotros, son palabras grandilocuentes para denominar lo que es una gran apuesta. Lo que allí tiene lugar te haría dudar de tu propia cordura. Jugadores adictos, todos ellos, pero tienen dinero, y por eso nadie habla del asunto.

—¿Eso te capacita para todo?

Ella sonrió y desabrochó su chaqueta. El sol entraba por las ventanas a su espalda, haciéndole sentir calor. Al menos esperaba que fuese eso lo que la acaloraba.

—Claro que lo estoy, por eso me pagan, así que no voy a detenerme en un futuro inmediato. Pero hay algunas empresas que comercian con derivados meteorológicos. —Como si fuera su turno, enarcó las cejas—. Sí. Me has oído correctamente. Derivados meteorológicos. Como si el mercado de valores no fuera lo suficientemente impredecible. Apostar por el clima debe de ser lo más excitante. El no va más del mundo de las finanzas.

Él dejó su vaso sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Espera un minuto. Tienes que explicarme eso. ¿Qué demonios es un derivado meteorológico y qué es lo que puedes hacer con él?

Ella dudó, sonriendo.

—La explicación es un poco rara, como si uno describiera la sensación de nadar. No tiene demasiado sentido. Pero, para exponerlo de modo sencillo, un operador bursátil apuesta por el clima, como si fuera una opción. ¿Sabes lo que es una opción de compra? ¿Una opción de compra de acciones?

—¿Como las que todos compraron a principios de los noventa cuando empezó Internet? Yo tuve alguna de éstas.

—¿Acaso no las tuvimos todos? Excepto que éstas tú no las usarías para empapelar el baño. Tienen algo de valor. Las compañías que pueden ganar o perder dinero dependiendo del clima apuestan por lo que sucederá durante el transcurso de una temporada u otro periodo de tiempo en un lugar concreto, y eso puede ser cualquier sitio, una ciudad o una región del país. Las compañías energéticas comenzaron a hacerlo hace unos diez años. Creo que Enron fue la primera, aunque eso no signifique nada. —Se encogió de hombros—. Pensadores creativos, supongo. Tengo que concederles eso.

—Estoy seguro de que te lo agradecerán desde la cárcel.

—Lo que quieras. Es una industria de unos diez mil millones de dólares y sigue creciendo. Las compañías energéticas básicamente comenzaron a apostar acerca del número de días de calor o frío que tendrían lugar en alguna ciudad en la que operaban. Entonces lanzaron opciones de compra sobre los resultados y ganaron o perdieron dinero dependiendo de lo que sucediera. Las compañías de seguros se subieron al carro, intentando anticipar huracanes e inundaciones, y ahora incluso los parques temáticos, las estaciones de esquí y las cerveceras están involucradas, y también los complejos agroindustriales... Todos aquellos cuyos negocios puedan verse afectados por el clima local o regional. Entonces...

—¿Eso es a lo que te dedicas? Es decir, tu compañía. ¿Apuestan cuándo habrá tormentas?

Ella se detuvo, lo miró, y una pequeña señal de alarma sonó en su cabeza.

—No. Trabajamos con materias primas. Las más excepcionales.

—¿Quieres decir que hay cosas más excepcionales que negociar que el clima?

Ella tragó un sorbo de café, que ya se había enfriado, y dejó nuevamente el vaso sobre la mesa.

—Comprendo lo que quieres decir. Pero no, no negociamos derivados meteorológicos. —Hizo una pausa enarcando una ceja—. ¿Para quién dijiste que trabajas? ¿La Comisión para la Seguridad y el Intercambio (SEC)?

Se rió.

—Dije que trabajaba para el gobierno, pero no para la SEC. Si lo hiciera, no necesitaría la explicación.

—Tal vez —respondió ella secamente.

Él volvió a reír.

—Bueno. Tal vez no necesitara la explicación. Pero, aun así, no es allí donde trabajo.

Ella dejó que la pausa se extendiera, se cruzó de brazos y lo miró fijamente.

—Bueno, la hora de ser esquivo ha terminado, Jake. Hasta ahora has hecho la mayoría de las preguntas y yo la mayor parte de las respuestas. ¿Estás tratando de pescar algo?

Él se relajó en su silla y se enfrentó a su mirada.

—No. Y no estoy siendo esquivo. Soy curioso. Soy meteorólogo. Y después de quince años en la industria, acabo de enterarme de que el clima es una mercancía.

—Una materia prima.

—Vos, ni siquiera conozco la terminología. Pero sigo siendo curioso. ¿Acaso una de tus compañías no se dedica a la reconstrucción? ¿Aparecen después de las tormentas y se dedican a las reparaciones?

Mientras pensaba en la pregunta, le dio la sensación de que una araña se deslizaba por su columna y se sentó de golpe, deshaciéndose de la repentina conmoción en su mente. Ella no lo estaba imaginando. Él estaba tratando de pescar y estaba siendo esquivo.

Carraspeó para tapar el silencio.

—Bueno, es verdad, Ingeniería Coriolis tiene prestigio gracias a la reconstrucción de zonas afectadas por desastres, pero en mi especialidad, el área de inversiones, actúa Administraciones Coriolis. Nosotros somos una compañía independiente y no trabajamos con derivados meteorológicos —respondió con firmeza.

—¿Por qué no? Si la parte inversora de la compañía está lo suficientemente interesado para contar con una meteoróloga en su plantilla...

—Cuatro.

Jake abrió los ojos.

—¿Has dicho cuatro? ¿Eso es normal?

—Normal para nosotros.

—Entonces, ¿por qué el sector de ventas del área de ingeniería de la compañía no estaría interesado en lo que ha de suceder con el clima?

Ella frunció el ceño.

—Bueno, claro que están interesados. Ellos también reciben mis informes, pero... lo que estás sugiriendo es macabro, Jake.

—¿Qué estoy sugiriendo?

—¿Eres policía o algo por el estilo? —exigió—. Sólo los policías responden a una pregunta con otra pregunta.

—También los abogados. No soy ninguna de las dos cosas. Ya te he dicho que soy meteorólogo.

—Del gobierno —señaló ella.

Él comenzó a reír.

—Entonces, volvamos al tema que nos ocupa. No estoy sugiriendo nada macabro. Estoy intentando pensar como un hombre de negocios. Predecir el ciclo económico de una empresa es una práctica común, y si tu empresa se ocupa de limpiar los destrozos después de una tormenta... No puedes ser tan ingenua, Kate. Quiero decir, los ejecutivos de Home Depot seguramente se reúnen en alguna sala de conferencias para felicitarse mutuamente después del primero de junio —dijo, encogiéndose de hombros—. «Hurra, hurra, es otra vez la temporada de los huracanes». Es como si llegara Navidad en julio. Y no los culpo. Su negocio es vender madera, telas alquitranadas y martillos neumáticos, y los huracanes y las inundaciones hacen que aumenten las ventas de esos productos. ¿No estarían acaso interesados en derivados meteorológicos? También lo estaría tu compañía.

—Nuestra compañía hermana. Y bueno, está bien, entiendo lo que dices, pero no somos un negocio de materiales de construcción. —Dejó escapar un suspiro exasperado—. Mira, no trabajo mucho con esa área de la empresa. Ya te he dicho que sólo les envío mis informes. Y no genero nada específico para ellos, ni tampoco lo hace nadie bajo mis órdenes. Además, hasta donde yo sé, lo normal es que nuestros contratos se acuerden por adelantado. Más aún, si algo sucede, estaremos allí para arreglarlo, y en algunos lugares, siempre pasan cosas. Como en la costa del Golfo y en la costa sureste. Eso es un buen negocio.

—Cierto, pero imagina si una compañía como la tuya tuviera contratos para arreglar los daños en las ciudades costeras tras una tormenta y entonces, para maximizar sus ganancias, pusieran opciones de venta de acciones sobre las tormentas que podrían afectarlas. Eso generaría más beneficios, ¿no?

Ella dejó el café sobre la mesa. El amargo líquido no le estaba sentando tan bien a su estómago como solía suceder, y ella ya tenía suficiente con esa conversación.

—Mira, las compañías Coriolis son consideradas habitualmente como las dos

mejores empresas para las que trabajar, y Carter Thompson es una buena persona. Él administra un negocio próspero y no se dedica a arrancar ojos como sucede en otras compañías, ¿entiendes? Ahora, o dejas de criticar a mi empresa y volvemos a comentar esas tormentas o me largo de aquí.

Él alzó sus manos en gesto de rendición.

—Lo siento. No estaba intentando desprestigiar tu compañía. Olvida lo que he dicho. Además, creo recordar que habías dicho que tenías que reunirte con alguien para tomar un café en unos minutos.

«Maldición». Parpadeó.

—Te he mentado —reconoció—. Era una salida en caso de que fueras un poco raro o un incordio intolerable.

Jake esbozó una sonrisa que fue, poco a poco, haciéndose más amplia.

—¿Entonces no soy ni una cosa ni la otra?

Ella apartó despreocupadamente el cabello de la frente.

—El jurado todavía no se ha pronunciado sobre lo segundo.

—Es justo. Háblame sobre esas tormentas y por qué comenzaste a estudiarlas.

—Porque, como te he dicho, me causaron problemas. Yo las anuncié. Los operadores realizaron sus negocios. Los negocios salieron mal. Bueno, algunos de los negocios fueron ventajosos, pero no precisamente los que confiaron en mis predicciones. Sea como sea, no se me paga por cometer errores, sino por hacer predicciones correctas, y la gente se dio cuenta de que no había alcanzado ese objetivo —explicó, terminando con algo más que un poco de sarcasmo en la voz.

—¿La gente? —repitió él.

Ella frunció el ceño.

—Carter Thompson, el dueño de la compañía, aparentemente me tiene entre ceja y ceja. Este trabajo es el resultado de mi necesidad de comprender qué sucedió para que no vuelva a pasar otra vez.

—¿Y?

Ella se encogió de hombros.

—Todavía no lo he averiguado. Ahora tú debes responder a algunas preguntas. ¿Sabes qué sucedió?

El rostro de Jake volvió a convertirse en impenetrable, y luego le preguntó:

—¿Qué planes tienes para el almuerzo?

Capítulo 30

Viernes, 20 de julio, 10:40 h, Santa Rita, Península de Yucatán, México.

Raoul mantuvo su mano en torno a una botella de Coca-Cola y sus ojos sobre la televisión del bar.

«Carter se ha vuelto completamente loco». Llevó la pesada botella de cristal a sus labios, sin fiarse del vaso supuestamente limpio que tenía ante él sobre la inestable superficie de madera ni del hielo que había en su interior. El hombre esperaba que volara dentro del espacio aéreo de Estados Unidos dentro de las próximas seis horas y media y que enviara un láser a la tormenta poco después.

«Intensificar la tormenta, y una mierda. Como si fuera capaz de acercarme a ella».

Sería un suicidio.

Además, operar dentro de las fronteras del país entrañaba siempre un gran riesgo. El y su tripulación trabajaban, con frecuencia, en lugares en donde no se les prestaba mucha atención. Pero actuar en la misma zona en donde un huracán de categoría 4 se paseaba por las costas de Florida era una locura. Por definición, era el lugar en el que todos tenían puestos los ojos. Media docena de agencias climatológicas de Estados Unidos tenían sus satélites concentrados en esa área, y también, sin duda, el ejército estadounidense y los servicios de inteligencia. Además de eso, y mucho más pertinente, la Fuerza Aérea y la Armada tenían sus observadores de tormentas y cazadores de huracanes patrullando la zona constantemente. Habría, por lo menos, media docena de aviones de reconocimiento volando dentro, sobre, a través y alrededor de *Simone*. Si alguno de esos pilotos miraba por la ventanilla y veía a un avión invisible en las pantallas de radar, la vida que Raoul había conocido hasta ahora cambiaría de forma rápida y dramática.

«La vamos a dejar condenadamente sola hasta que esté de vuelta en aguas internacionales».

Hizo a un lado la Coca-Cola y pidió una cerveza. No importaba, porque hoy no tenía pensado volar.

Viernes, 20 de julio, 18:45 h, DUMBO (Debajo de los Puentes de Manhattan), Brooklyn.

Kate miró el reloj del microondas. Faltaba un cuarto de hora para las siete.

«Maldita sea».

Ella no había estado en su apartamento más de veinte minutos, sin apenas tiempo para respirar, y mucho menos para cambiarse de ropa y de actitud, y ya se le había

hecho tarde. La cena en casa de sus padres no empezaba a una hora exacta e inamovible, pero aquellos días cualquier excusa parecía un buen motivo para que su madre se pusiera insoportable.

«Paciencia».

Después de pasar seis horas en un tren en los últimos dos días, ser criticada por Davis Lee y atemorizada por la gran sonrisa y las extrañas preguntas de Jake Baxter, Kate no podía privarse de unos minutos de tranquilidad a solas. Se recostó, cómodamente desnuda y recién duchada, sobre el fresco suelo de madera, frente a la corriente de aire acondicionado y dejó escapar un suspiro.

«Vale, he dejado caer la pelota».

Como no le había gustado la seria expresión de los ojos de Jake y sin querer asegurarse de que era un lunático conspirador o que estaba trabajando para algún grupo de dementes con aspecto oficial, había rechazado su invitación a almorzar, poniendo como excusa el horario del tren. Después había tomado un taxi a Georgetown y se había dedicado a hacer unas compras para distraerse de las extrañas vibraciones que él emanaba hasta que llegó la hora de volver a la Union Station para emprender el viaje de vuelta. Pero la incomodidad que la conversación había generado todavía permanecía, y ella sabía que no sería capaz de olvidarla.

Había algo en Jake que le decía que él no era el tipo de persona que jugaba con teorías descabelladas. Al final de la conversación, cuando ella finalmente consiguió que él hablara, reveló un acercamiento riguroso a los hechos y un lado creativo respecto a la investigación. Había sido miembro del Cuerpo de Adiestramiento para Oficiales de la Reserva (ROTC) durante sus años en la universidad, se había enrolado en los marines después de licenciarse y había pedido la baja ya como oficial. Y tenía un doctorado en climatología.

«Piensa otra vez, las fuerzas armadas y la academia no suelen ser bastiones de pensamiento racional. Podría ser un loco.

Excepto que hizo preguntas inteligentes en vez de pronunciamientos políticos o posturas insensatas...».

Se sentó y agarró el teléfono que sonaba sobre la mesita de centro, esperando que fuera su madre para comprobar si ya había salido. Si lo era, no contestaría. Pero el número que apareció comenzaba con el característico 703.

«Desahogarse con un vendedor telefónico que intentara molestarme sería una salida razonable».

—Hola.

—¿Kate?

Ella permaneció inmóvil, tras reconocer la voz.

—Sí.

—Soy Jake.

«¿Por qué no le habré dado un número de teléfono falso?».

—Hola —saludó, con poco entusiasmo.

—Lamento molestarte. Probablemente acabas de llegar.

—Más o menos.

—Estaba pensando en nuestra conversación, y algo que dijiste me ha resultado curioso.

«Otra vez no».

—Ajá —dijo ella con cautela.

—Cuando estábamos hablando de la tormenta en el Valle de la Muerte, dijiste que habías comprobado si se habían avistado aviones en la zona.

—No los hubo.

—Eso fue lo que dijiste. ¿Pero qué te llevó a comprobarlo?

La pregunta hizo que todo se detuviera durante un segundo: su corazón, los ruidos del tráfico, la actividad molecular...

—No lo sé. Pero lo hice.

—¿Estabas buscando informes adicionales sobre la tormenta?

«¿Era eso?».

—De verdad que no lo sé, Jake. Probablemente —respondió, escuchando el cansancio en su propia voz—. Simplemente, lo hice.

Él hizo una pausa que no resultó tranquilizadora.

—¿Estás ocupada mañana? Me gustaría hablar contigo un poco más sobre esto. En serio. Podría acercarme hasta ahí.

«¿Venir aquí a conversar?».

—Mañana voy a bucear. Y son cinco horas de coche desde Washington a Nueva York. ¿Qué es tan importante?

—¿Qué tal el domingo?

Ella frunció el ceño.

—Bueno, sí, estoy libre el domingo, pero podemos hablar por teléfono, Jake. Son cinco horas de viaje —repitió, insatisfecha por el nudo en su estómago—. Quiero decir, ¿no tienes nada mejor que hacer?

—No. Probablemente estaremos con una evacuación voluntaria, por lo que tendré que ir a alguna parte. Dame tu dirección. Estaré allí al mediodía.

Viernes, 20 de julio, 19:30 h, Distrito Financiero, Nueva York.

Davis Lee giró para dirigirse al ascensor del banco, sin esperar ver a nadie a las siete y media, un viernes por la noche. La mayor parte del personal se había retirado a las seis. Los ejecutivos partieron para Hampton al mediodía y los operadores de bolsa se habían marchado cuando sonó la campana, en dirección a la costa de Jersey. El resto del personal se había escabullido tan pronto como

sus jefes inmediatos se habían ido.

—¿Qué haces todavía aquí?

Elle lo miró, sorprendida y con sentimiento de culpa.

—Se me pasó el tiempo.

—Es un mal hábito.

Ella le devolvió la sonrisa, pero no respondió. Él consideró brevemente comprobar su Blackberry en caso de que hubiera mensajes para evitar una conversación dolorosa, pero se decidió por lo contrario.

—¿Tienes planes para el fin de semana?

—La verdad es que no —respondió, lanzando una ojeada a las puertas de metal pulido del ascensor—. Lo cierto es que todavía no conozco a mucha gente aquí. Salí con Kate y algunos de sus amigos el fin de semana pasado, pero excepto eso, los fines de semana han resultado un tanto aburridos. —Ella le dedicó una tímida sonrisa y siguió mirando expectante las puertas del ascensor—. Los de aquí estarían desconcertados, pero lo cierto es que hay un limitado número de veces que uno puede salir a patinar por el Reservoir o ir al MoMA o al Frick solo.

Él le sonrió con simpatía por un momento, sin decir nada, preguntándose si su radar estaba recibiendo las señales correctas. O ella era increíblemente ingenua o le estaba lanzando un anzuelo, y había una única manera de saber la respuesta.

—Bueno, deberías, por lo menos, comenzar el fin de semana con algo agradable. ¿Quieres ir a tomar algo? Voy a Echo —ofreció, nombrando al ruidoso, brillante y concurrido bar del edificio de al lado.

Ella lo miró, insegura y agradecida a la vez.

—¿Estás seguro? Quiero decir, ¿sería correcto?

«Dios mío, muchacha, que lo estás untando con demasiada pasta».

—Si tienes más de veintiuno y estás sedienta.

—Pero trabajo para ti.

—Elle, no imagines nada raro. Soy del Sur, pero he evolucionado. Y no estoy buscando problemas; simplemente me apetece tomar un buen bourbon —dijo entre risas—. Puedes venir conmigo, o no.

Ella se sonrojó y apartó la vista mientras se abrían las puertas del ascensor.

—No he querido decir... gracias, me encantaría tomar una copa.

—Ya somos dos —dijo él, haciéndole un gesto para que entrara en el ascensor delante de él.

Ella esperó a que las puertas se cerraran antes de mirarlo.

—La verdad es que quería hablar contigo de un asunto.

Él quiso hacer un gesto con los ojos. «Pues claro que sí, cariño».

—Dispara a discreción.

—Puede esperar a que pidamos la copa —respondió ella suavemente.

Le sonrió, y Davis Lee se encontró mirando a un par de ojos azules que no reconocía; tenían una expresión distinta a todas las que había visto hasta entonces, y se preguntó si no acababa de entrar en una trampa bien urdida. Dejando escapar un suspiro que no se percató de haber retenido, se dio cuenta de que la noche se había vuelto infinitamente más interesante y peligrosa. La muchacha no era una chiquilla.

Viernes, 20 de julio, 19:30 h, Playa Gerritsen, Brooklyn.

—Hola. Siento llegar tarde —dijo Kate mientras abría la puerta del apartamento de planta baja de sus padres.

La madre de Kate alzó la vista del crucigrama, miró fugazmente a su hija a los ojos y luego al reloj digital del vídeo en una esquina.

—¿Tráfico?

—No. Trabajo. El tráfico era fluido. Ya han salido todos rumbo a la playa —respondió Kate con un tono desenfadado—. Va a ser un fin de semana espectacular. Puede que refresque un poco mañana, pero las lluvias no comenzarán hasta mañana por la noche.

—Eso dicen. Te vas a bucear mañana por la mañana, ¿verdad? —Teresa Sherman se levantó de la mecedora y comenzó a dirigirse hacia el otro extremo del apartamento.

«Bueno, el de esta noche es el Plan C, lo cual significa que el sermón no comenzará de inmediato». Después de dos años, Kate sabía que no era un pequeño gesto piadoso, sino una táctica.

«Después de todo, retrasar la satisfacción es de lo que se trata el martirio». Hizo un gesto frente a la culpa que la invadió de inmediato y se sintió como una completa cretina. Tomando aliento y decidiendo —una vez más— ser más paciente, Kate dejó su bolso en el suelo cerca de la biblioteca repleta de ediciones baratas, en la sala, y siguió a su madre hacia la cocina.

—Salimos a las cinco —se quejó—. De Montauk Point. Voy a tener que levantarme a las tres para llegar a tiempo.

—Deberías pasar la noche aquí.

«¿En esta casa de placer? No, gracias».

Kate se mordisqueó el interior de la mejilla como penitencia por su incapacidad de ser razonable por más de un segundo a la vez. «Probemos de nuevo».

Mantuvo el tono de voz alegre.

—Gracias, pero no me gustaría molestaros tan temprano.

Desde donde estaba frente al fregadero de la cocina, dando la espalda a su hija, Teresa hizo una breve pausa para cambiar al segundo tema menos favorito de Kate.

—Miriam se traslada a finales de agosto. Estaba en el apartamento de enfrente, el

que volvimos a pintar en el verano. No voy a empezar a poner anuncios hasta la semana que viene. Si lo quieres, es tuyo.

Sus padres eran dueños de tres pequeños edificios de apartamentos en el barrio y le habían estado ofreciendo todos los que quedaban libres desde que ella había vuelto a la ciudad tras finalizar la universidad. Ellos no esperaban que la respuesta fuera negativa, y nunca dejaban de intentar hacerle cambiar de opinión. Kate se obligó a sonreír aunque Teresa no pudiera verla, y luego apoyó sus manos en los delgados hombros de su madre y la abrazó afectuosamente.

—Gracias, mamá, pero no, gracias. Me sigue gustando DUMBO. Hay un Starbucks al lado y puedo ir en bicicleta a trabajar cuando hace buen tiempo.

Su madre sacudió la cabeza y le echó una mirada por encima del hombro.

—Entonces te trasladarás aquí y comprarás una cafetera para capuchino con lo que ahorres en gastos mensuales. La caminata hasta el metro es agradable. Podrás hacer ejercicio y el alquiler sería la mitad de tu hipoteca.

—Ya lo sé.

—Entonces no te cambies a este edificio. Pero ven a vivir más cerca. Podrías comprar un loft de dos dormitorios por lo que pagas allí por esa caja de zapatos.

«¿Puedes dejar ya el asunto?».

—¿Qué quieres que te diga? Me gustan los zapatos. —Kate besó los cabellos peinados de su madre y se acercó a la nevera. Tomar un vaso de vino se estaba volviendo una necesidad imperiosa.

—No te pases de lista.

—Eh, aprendí con los mejores —respondió Kate, volviéndose hacia el pasillo al escuchar el lento arrastrar de los pasos de su padre, procedente del dormitorio. Momentos después, apareció por la esquina, tirando de su botella de oxígeno detrás de él, como un bebé con un juguete.

—Hola, papá.

—¿Cómo está mi niña?

—Pasándome de lista, aparentemente. —Se acercó y lo besó en la mejilla, evitando los tubos—. ¿Cómo estás?

—Causando problemas.

—Me alegra saberlo. ¿Cómo te fue con la doctora?

—Me desea, puedo verlo —respondió, guiñándole un ojo, y con una sonrisa maléfica a su mujer, que le dedicó una mirada y luego apartó la vista.

Kate sonrió.

—Me alegro de que nada haya cambiado.

—Bueno, me ha cambiado los medicamentos. Voy a empezar con algo experimental la semana que viene.

Kate notó cómo se enarcaban sus cejas.

—Estás bromeando. —Miró a su padre y a su madre, que volvía a mirarla otra vez por encima hombro, con una expresión que anunciaba una tormenta en ciernes de una gran intensidad y duración infinita.

«Fantástico».

—No me mires a mí en busca de información. No pretendo entender nada de lo que está pensando —se quejó su madre—. Lo que estaba tomando funcionaba bien.

—Maldita sea, Terri, estas nuevas medicinas podrían mantenerme alejado de una silla de ruedas por unos meses —replicó el padre de Kate, terminando sus palabras con un ahogo involuntario.

Su madre se volvió rápidamente, echando llamaradas detrás de sus ojos llorosos.

—Hablemos de esto un poco más tarde, ¿vale? —dijo Kate apresurada, antes de que su madre pudiera lanzar un contraataque—. Papi, vamos un minuto a la sala. Mamá, ¿necesitas ayuda con algo? —Condujo lentamente a su padre fuera de la cocina y lo acomodó en la única silla de la que todavía se podía levantar sin ayuda—. ¿Qué está pasando?

—Tu madre quiere tomar todas las decisiones aunque estamos hablando de mis pulmones —replicó.

—¿Has hablado con ella de todo esto?

—¿Hablar con ella? ¿Quién te crees que soy, alguien que hace milagros? Ella no quiere hablar, ella quiere dar órdenes.

—Papá, ella está preocupada...

—Ya se que lo está, pero no es ella la que lleva estos tubos y arrastra este tanque, ni la que tiene las pesadillas. Hace casi seis malditos años y ¿qué me queda? Se llevaron a mi nieta y mi yerno, enloquecieron a una de mis hijas y me robaron la salud. Y ahora tu madre quiere que deje de luchar por lo que sea que me queda. —Frank Sherman miró por la ventana, su mandíbula apretada y obstinada, y una furiosa inclinación de su cabeza, haciéndole saber a Kate todo lo que necesitaba saber para entender quién prevalecería.

Kate tragó saliva y dejó escapar un suspiro, manteniendo su irritación bajo control.

—Ella no quiere que te detengas, papá. Ella quiere que luches. Y que triunfes.

—Ella quiere marcharse.

—No la culpo. El doctor dice que el aire más seco podría ser beneficioso...

—¿Qué demonios van a saber sobre esta mierda en Arizona que no sepan aquí? Sabrán menos, eso es lo que sucederá. —Golpeó el brazo acolchado de la silla con una mano aún grande, pero blanda y blanca, tras varios años sin realizar trabajos físicos—. Aquí es donde sucedió. Y aquí es donde saben lo que hay que saber. Llevo veinticinco años en la ciudad, trabajando honestamente todos los días, y ahora tu madre quiere mudarse a la maldita Arizona. No en mi puta vida. —Sus palabras,

aunque no su rabia, se redujeron a un gruñido, y con una palmada en su hombro, Kate salió de la sala.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó a su madre en voz baja después de cerrar las puertas batientes que separaban la cocina del pequeño comedor.

—Sólo llevabas aquí dos minutos. Además, ¿qué tenía que decir? Se va a convertir en un conejillo de Indias la semana que viene. —Se encogió de hombros y se secó una lágrima con la punta de un trapo que tenía en sus manos.

—¿Por eso no quiere trasladarse?

—No sé, encima de toda la porquería que le metieron en los pulmones esos... esos animales. Como si no hubiera hecho suficiente por este país. ¿Cuánto más se supone que tiene que pagar mi familia?

Kate respiró profundamente, conteniendo sus propias emociones.

—Mamá, sucedió. Papá ayudó...

—No tenía por qué hacerlo —replicó—. Estaba retirado. Podía haberse quedado en casa. Podía haber donado sangre. O dinero. Él...

—Mamá —dijo Kate con firmeza, tanto para detener el discurso como para eliminar algo de su furia.

El fuego se había extinguido hacía casi seis años, pero la rabia continuaba ardiendo. Después de veinticinco años recogiendo la basura de los neoyorquinos de las esquinas y de llevarla a los basureros, Frank Sherman no había sido capaz de permanecer a un lado del camino viendo cómo gente de fuera venía y se llevaba el Distrito Financiero en las cajas de camiones de basura. Primero, se ofreció como voluntario, y luego aceptó un trabajo en la Zona Cero. Dieciocho meses más tarde, sus pulmones comenzaron a fallar.

Kate volvió a respirar con calma.

—Mamá, tuvo que hacerlo, lo mismo que otros tuvieron que hacerlo. Tenía que hacer algo. Él es como es. No se iba a quedar sentado sin hacer nada entonces, de la misma forma que ahora no se va a trasladar a Arizona. Ésta es su ciudad. No tenía alternativa.

—No me lo preguntó, Kate. Estas pruebas médicas no las discutí conmigo. Simplemente decidió hacerlo. Puede que lo mantengan alejado de la silla de ruedas, pero a lo mejor no consigue nada excepto aumentar sus esperanzas.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó—. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Su madre asumió la postura de un mariscal de campo y sus ojos se entrecerraron.

—No te enfades conmigo, Kate. Y muestra algo de respeto. Estamos hablando de tu padre.

Kate dejó escapar el aliento.

—Ya lo sé. Lo siento. Pero ¿por qué no probar este nuevo medicamento? ¿Cuál es el problema?

—El problema es que no saben qué efecto tendrá esa droga, si es que tiene alguno. Y por ese privilegio tiene que ir a uno de las clínicas del Hospital de la Universidad de Nueva York para que le pongan inyecciones tres veces por semana, y después esperar unas dos horas.

Kate miró a su madre incrédula.

—¿Es por eso? ¿El viaje? ¿Eso es lo que te molesta?

Teresa la miró con dureza.

—Es suficiente.

—¿Qué? ¿No quieres tener que llevarlo y esperar?

Su madre dudó durante un instante demasiado largo; luego bajó la mirada y dejó caer el pepino que estaba cortando para la ensalada.

—Tendré que renunciar a mi trabajo.

Kate frunció el ceño. «Esto se está volviendo surrealista».

—¿Qué trabajo?

Su madre se encogió de hombros.

—Tengo un trabajo.

—¿En dónde? ¿Haciendo qué?

—Enseñando a leer en un centro para adultos.

—¿Desde cuándo? Dijiste que nunca volverías a dar clases.

—Desde que necesitamos dinero. Trabajar con adultos es distinto.

«Qué demonios». Kate se sentó en una de las sillas de roble frente a la pequeña mesa de la cocina.

—¿Necesitas dinero? —repitió—. ¿Y qué hay de...?

—El seguro de tu padre no va a cubrirlo todo, y tampoco nuestras pensiones o la Seguridad Social. Y él se niega a discutir la venta de cualquiera de los edificios hasta que estemos verdaderamente necesitados.

—Si tienes que volver a trabajar, entonces hay una verdadera necesidad, mamá.

—No es lo que opina tu padre —replicó.

—Entonces... —Kate se detuvo, sin saber cómo continuar.

—Él no venderá porque dice que yo necesito algo de lo que vivir. —La voz susurrante de su madre sonó áspera, como si le hubieran arañado en la garganta—. Los medicamentos son gratis para la prueba. Pero ¿y si termina en un grupo de control y no recibe nada? Entonces lo único que le quedará será morirse.

«Maldita sea». Kate apretó los dientes y trató de ignorar el dolor que le atenazaba la garganta.

—Mamá, ya está desafiando su suerte. No sólo sigue aquí, sino que sigue caminando y hablando mientras que otros más jóvenes murieron hace tiempo. Es un héroe en el grupo de apoyo local y está todo el tiempo buscando información en Internet. —Kate se puso de pie pasando los brazos en torno a los hombros inflexibles

de su madre—. Ya sabes que no haría nada que pusiera en peligro —tragó saliva—... las cosas.

Su madre no dijo nada, se limitó a mirar hacia delante, a través de la ventana, hacia el pequeño macizo de flores paralelo a la valla en el fondo del patio. Le entregó a Kate la ensaladera de cristal tallado.

—Lleva esto a la mesa, ¿vale? El aliño está en la nevera.

Capítulo 31

Viernes, 20 de julio, 21:00 h, Old Greenwich, Connecticut.

A través de la ventana abierta del fregadero de la cocina, Richard miró la luz del ocaso reflejarse en la oscura superficie del estrecho. Los sonidos de la noche flotaban a su alrededor con toda su intensidad. La lluvia del huracán *Simone*, que estaba ascendiendo por la costa de Florida, destruyendo las playas a su paso, llegaría mañana por la tarde, pero esa noche el tiempo era todavía perfecto.

Había sido un fanático del clima desde pequeño, leyendo todo lo que podía sobre el tema, trazando gráficos, tablas y predicciones desde el momento en que había sido capaz de sostener un lápiz y una regla. Convirtió su pasión en el trabajo de su vida al estudiar meteorología en la universidad. Sus intereses se volvieron, rápidamente, más académicos, concentrándose en la física y en las interacciones a pequeña escala que afectaban a sistemas climáticos mayores. Conocía el clima y su funcionamiento, y había pasado diez años intentando cambiar eso, con éxitos importantes.

No era algo de lo que estuviera orgulloso.

Dejó el último de los platos en el escurridor y se secó las manos, empujando a inn con el borde de sus chancletas, para obligarlo a ponerse de pie.

—¿Tienes ganas de nadar, amigo?

El perro pasó por delante de él y se dirigió hacia la puerta mosquitera, esperando impaciente que lo dejara salir al jardín. Moviéndose como un fantasma entre las sombras, se dirigió hacia el embarcadero a trote ligero. Richard lo siguió más lentamente.

El trabajo de Kate, sin duda, llamaría algo la atención entre los participantes en el congreso. Aunque el grupo estudiado era pequeño, las tres tormentas de su ponencia estaban agrupadas en un lapso de tres meses, lo que intrigaría a los meteorólogos que no las habían advertido. Por otro lado, había que tener en cuenta las otras tres que ella tenía intención de mencionar y que representarían otro foco de atención. Y aunque su exposición de la información era racional y académica en cuanto a su forma, ella no ofrecía explicaciones, lo cual deleitaría a los que se alimentaban de conspiraciones.

Sentándose en el banco de madera asegurado a un extremo del embarcadero, Richard lanzó una pelota de tenis al agua, sonriendo ante la elegancia del cuerpo blanco de Finn cuando el perro describió un largo y gracioso arco sobre las oscuras aguas. En el momento de caer al agua con un ruidoso y torpe chapuzón, comenzó a nadar hacia la flotante pelota fluorescente.

Las tormentas de Kate tenían una característica, o una ausencia de característica, que le recordaban mucho a las que él, junto a su equipo, habían diseñado para la CIA. Esa característica había sido casi de tanto interés para la Agencia como los mismos

resultados. Era, esencialmente, tecnología de ocultamiento, aunque el término no hubiera existido en aquel momento.

El equipo había funcionado desde el vientre de un Hércules C-130 adaptado, un transporte militar que no llamaría la atención desde tierra o en operaciones de altura de reconocimiento aéreo. Una, o una serie de descargas de láser de varios segundos de duración aparecerían simplemente como puntos de luz a los observadores desde tierra, quienes, como había señalado Carter entre risas, pronto tendrían otras cosas de qué preocuparse. Las observaciones desde el espacio tampoco tenían que inquietarles, porque en aquellos días los satélites espías era una tecnología emergente cuyo uso estaba básicamente limitado a las fuerzas militares soviéticas y estadounidenses. Todo eso quería decir que la habilidad para incrementar tormentas formaba parte del arsenal estadounidense de despliegue rápido, armas para el ataque capaces de ser usadas de forma encubierta y en operaciones de guerrilla.

Pero Carter había persuadido a la Agencia de que un simple incremento de intensidad no era suficiente; uno no podía aumentar lo inexistente, y ciertas partes del mundo no contaban con la constancia del clima estadounidense, en donde los altos vientos del Oeste chocaban de forma regular con los procedentes del Golfo. El vencedor, les dijo, sería aquel que pudiera desarrollar un método igualmente rápido e indetectable de *creación* de tormentas para ser manipuladas. Carter había dicho que era posible, y lo habían hecho.

—No puede haber continuado —dijo Richard, y el sonido de su voz contra la quietud de la noche lo sorprendió.

Era una idea ridícula. Completamente ridícula.

Tomó la pelota fría y chorreante que Finn había dejado caer en su regazo. Con los ojos fijos en la ella, el perro se movió hacia atrás, haciéndole ver que estaba listo. Richard levantó el brazo y lanzó la pelota de nuevo al estrecho. Finn la siguió segundos después, cayendo al agua antes que ella.

Mientras observaba cómo Finn nadaba cerca de la orilla rocosa y luego trepaba por ella, con la pelota en la boca, Richard decidió que había llegado la hora de obtener algunas respuestas. Se dirigió hacia la casa y se encontró con el perro empapado al borde del embarcadero.

—Vamos, muchacho. Se acabó la diversión. Es hora de secarte.

Una violenta sacudida que lanzó agua en todas direcciones fue la única respuesta del animal antes de salir a toda velocidad hacia la casa.

Dos horas después, Richard se apartó de su desordenado escritorio, dejando la pantalla de su ordenador encendida y una cantidad de recortes de artículos periodísticos amontonados cerca del monitor. Sacó una botella de whisky irlandés de un pequeño mueble sobre el fregadero de la cocina, se sirvió un buen trago y se dirigió con él al porche. El primer sorbo se deslizó como fuego por su garganta,

apagando los bordes de su furia.

Cada una de las tormentas sobre las que Kate había escrito había causado algún tipo de destrucción en las zonas limítrofes. Incluso un pueblo había quedado prácticamente arrasado. En todos los casos, las noticias locales habían anunciado que Ingeniería Coriolis había recibido contratos para reconstruir al menos buena parte del daño y para restablecer las infraestructuras.

«Ese hijo de puta estaba jugando a ser Dios».

El segundo trago fue más suave y aclaró algo de la niebla en su mente. La evidencia era circunstancial y débil. Pero conociendo a Carter como él lo conocía, Richard no podía quedarse sin hacer nada. Quizás había llegado la hora de organizar una reunión.

Viernes, 20 de julio, 23:30 h, Greenwich Village, Nueva York.

«Tal vez esto no sea tan malo después de todo. Joderle las cosas a Win será sencillo y me dejará mucho más satisfecha que las veces que me lo follé».

Elle observó la sonrisa de Davis Lee haciéndose más amplia mientras le contaba otra historia. Confiaba en sí misma y en su habilidad para hacer lo que estaba haciendo, e incluso sentía cierta simpatía hacia él. Estar en su compañía era más sencillo de lo que había esperado, y él era considerablemente más interesante de lo que había supuesto. Aunque el asunto del caballero sureño nunca la había atraído demasiado, aquello había desaparecido a lo largo de la noche junto a la mayor parte de su arrogancia, dejando a un Davis Lee mucho más auténtico y, por consiguiente, más interesante. Elle se había relajado un poco a medida que la noche había avanzado.

Habían pasado de la charla informal cuando terminaron el primer martini y más allá de conversaciones de negocios cuando terminaron el segundo. El viaje en taxi por la ciudad había estado marcado por la risa. Habían bajado en Washington Square para caminar unas manzanas antes de detenerse delante de un pequeño restaurante a cuyo dueño conocía Davis Lee. Durante la cena, había tenido lugar un leve flirteo, y luego se habían reído de los problemas en los que se meterían si llevaban más lejos el asunto. Y en ese punto la conversación había vuelto a temas más generales.

Entonces, con sorpresa, ante un postre que apenas había probado, Elle se dio cuenta de que la idea de acostarse con Davis Lee ya no le resultaba desagradable. En realidad, podía ser atractiva si no fuera por el hecho de que Win quería que sucediera. Y no tenía la más mínima intención de contentar a Win esa noche. Por el contrario, esa noche ella quería ser feliz haciendo que Win apareciera como un idiota.

Dejó la taza de café en el platillo, deslizó la punta de la lengua por el labio superior, y un instante después, miró a Davis Lee a los ojos. Estaba listo para ser

desplumado.

—¿Serías honesto conmigo, Davis Lee? —Su voz había adquirido un registro seductor, lo cual no pareció sorprenderlo.

Su mirada curiosa se deslizó por su rostro antes de detenerse en su boca.

—Tal vez.

«Buen chico». Una excesiva calidez le recorrió las entrañas como una ardiente ola oceánica y sonrió.

—¿Estoy realmente haciendo una investigación para una biografía?

—¿Para qué si no?

Ella alzó un hombro y lo dejó caer. El movimiento pareció más brusco de lo que ella hubiera querido. Perdió la concentración cuando vio al camarero alejarse con la botella de vino vacía.

«¿Cuánto vino habré bebido?».

—¿Elle?

Ella volvió su mirada al rostro de facciones marcadas de Davis Lee.

—Podría ser una expedición de pesca.

—¿Para qué?

—Para un pasado con bordes ásperos que necesitan borrarse.

Sacudió la cabeza y bebió el resto de su café.

—Eso sería una ridícula pérdida de tiempo, ¿no crees? Enviarte de pesca en un barril tan pequeño. Carter conoce su propio pasado tan bien como cualquiera que se haya preocupado de mirar. ¿Por qué habría yo de...?

«Davis Lee, no soy una idiota».

—Déjame reformular la idea. Tal vez es una comprobación —dijo con suavidad—. Un cepillado y limpieza profundos para antes de, hummm, por ejemplo, anunciar una candidatura.

Él le sonrió, un segundo demasiado tarde.

—Creo que has pasado demasiado tiempo en Washington.

—Dos años en Washington pueden proporcionarle a una chica una estupenda educación. —Hizo una pausa—. Me gustó vivir allí y me gustó el trabajo, especialmente en la Casa Blanca. Mantiene tu mente ágil. Siempre hay otra perspectiva diferente a la que uno cree desde la cual se pueden ver las cosas.

Él digirió el comentario en silencio por unos momentos y luego sonrió.

—¿Qué significa eso?

—Quiere decir que incluso una vez que has pensado que has captado por completo un asunto o a una persona, siempre va a haber facetas que no habrás considerado —respondió confiada, llevándose la taza de café a sus labios, pero volviendo a dejarla sobre el platillo al descubrir que estaba vacía.

Él no pareció notarlo.

—¿Y Nueva York no es así?

—Nueva York es distinta. —Apoyó los codos sobre la mesa y su barbilla en la palma de su mano—. Por ejemplo, en este proyecto, creo que estoy encontrando cosas que Carter Thomson nunca quiso que fueran descubiertas. ¿Estoy en lo cierto? —preguntó al ver que Davis Lee no decía nada.

—¿Sobre qué?

—Carter no quiere que algunas cuestiones salgan a luz, como esa fundación suya. O aquel hobby de juventud. O tal vez *tú* no quieres que salgan a luz.

Él se reclinó sobre su silla, haciendo girar distraídamente un móvil que había sobre la mesa. Elle no estaba segura si era el suyo o el de Davis Lee.

—Su fundación no tiene ánimo de lucro, lo cual significa que, entre toda la documentación estatal y federal que debe cubrir, hay un enorme rastro de papeles —dijo Davis Lee—. Si quisiera mantenerlo en secreto, no se habría tomado el trabajo de constituirla. Habría subvencionado otros grupos de forma anónima.

—Entonces no podría haber dirigido las investigaciones.

—Puede que no esté dirigiendo ninguna investigación en este momento. Además, si le entregas suficiente dinero a una organización, a cualquier organización, se portará bien —afirmó él—. ¿Acaso no crees que cualquier universidad no hubiera acogido estupendamente su dinero y cualquier asunto que presentara?

—¿Qué hay de los artículos? ¿Crees que quiere que salgan a la luz?

—Están citados en libros que se encuentran en las bibliotecas, Elle. A duras penas pueden considerarse privados. De hecho, creo que el término es «disponibles al público». —Su sonrisa parecía forzada y su voz no tan indulgente.

Ella se sentó con la espalda recta y volvió a agarrar la taza de café vacía.

—Sólo en nombre. Están descatalogados desde hace tanto tiempo...

—¿Hemos terminado? —Su voz denotaba un aburrimiento que casi resultaba creíble.

—No. —Bajó la voz hasta convertirla casi en un susurro y extendió su mano, apoyando sus dedos sobre el mantel a unos milímetros de los suyos.

—Mira, Davis Lee, cortemos por lo sano. Yo sé que estoy realizando esta investigación para *ti*. Y dado que Carter Thomson es quién es y cómo obtiene su dinero, ésta no es la clase de información que quieres que se distribuya públicamente. Pero quiero saber el motivo por el que estás interesado en ella.

—Elle, tienes una desbordante imaginación.

—Tengo mucho más que eso. Tengo cerebro, Davis Lee, y mi capacidad analítica es buena. Y creo que tú tienes ambiciones que van más allá de Wall Street y por eso me has contratado.

—Bueno, lo primero que has dicho es verdad, pero yo te contraté para ser una ayudante de investigación, cariño. Eso es todo.

«Seguro». Ella dejó que en su boca se formara una paciente sonrisa.

—¿Quieres saber cómo creo que las noticias sobre la fundación de investigación privada de Carter y su antigua fascinación por los aspectos más delirantes del campo científico sobre investigación climática jugarían durante una campaña? —preguntó, mirando fijamente a los ojos a Davis Lee. Él sostuvo su mirada, sin mostrarse impresionado.

—No tengo ni idea.

—Lo definirían, Davis Lee, y nunca sería elegido. Todo el bien que ha hecho en el mundo y en los negocios quedaría enterrado, y Benson ni siquiera tendría que involucrarse.

—¿Benson? —repitió Davis Lee con una carcajada—. Ya sé que hablas de una candidatura, pero ¿tú crees que Carter Thompson quiere ser presidente? Elle, estás...

—Cualquier otra cosa sería una minucia, Davis Lee, y tú lo sabes. Él es un empresario que se acerca a los sesenta y cinco años y el cuarto hombre más rico de los Estados Unidos. ¿Qué otro cargo lo satisfaría? —preguntó—. Pero todo el poder y la fama que ha acumulado no servirían de nada si aparece como partidario de cosas que suenan más a ciencia ficción que a ciencia. Sería como las lágrimas de Edwin Meese o el paseo en tanque de Michael Dukakis. Lo perseguiría a todas partes para siempre y nunca sería capaz de rechazarlo o minimizarlo.

Davis Lee dejó caer la máscara de afectación y aburrimiento y volvió a sentarse. Su mano permaneció inmóvil, al alcance de la de ella, sobre el teléfono móvil.

—¿Por qué dices eso? ¿Salvar el medio ambiente no es ya una causa noble o me he quedado dormido?

La sonrisa de Elle se hizo más amplia al notar que él concedía algo de crédito a su postura.

—Eso depende de los motivos. Su condición de ecologista no ayudó mucho a la reputación como político de Al Gore cuando fue candidato a la presidencia. Fue explotado con buenos resultados por la oposición y se convirtió en una carga, o al menos en un aspecto vulnerable. La causa de Carter son, aparentemente, los árboles, que uno puede ver, no el aire, que es invisible. En la mayoría de los lugares —añadió con un ligero mohín—. Es casi un fanático en lo que respecta al medio ambiente. Para él es casi una religión. Sí, se alimenta de su destrucción. Así es como hace su dinero, ¿verdad? Limpiando lo que queda después de los desastres de la madre naturaleza.

—Ése es un modo de ver las cosas —dijo Davis Lee con un ligero gesto de asentimiento.

—Y otro modo de verlo es que la sinergia de sus compañías refleja una aguda estrategia financiera.

—Sí. —Respiró lenta y pacientemente—. Eso no es nada nuevo.

—Hay otro modo de mirar esa sinergia, Davis Lee. Carter obtiene ganancias en ambos extremos del desastre adquiriendo opciones de compra sobre lo potencial y limpiando los destrozos.

—La prensa ha examinado y hablado sobre el asunto, Elle. De hecho, lo sacan a relucir después de cada tormenta.

—Ahora añádele a eso la fundación, los artículos y la antigua pasión de Carter. — Ella observó cómo fruncía el ceño y sintió en su interior el triunfo que surgía—. Le da un aspecto muy desagradable a todo el asunto, ¿no es cierto? O por lo menos así sería en manos de Benson. Tan pronto como esos datos se hagan públicos...

—¿Sucederá?

—Si yo lo he encontrado, ellos también pueden hacerlo. Y cuando lo hagan, habrá continuos debates y montones de preguntas —continuó.

—Todas esas preguntas pueden ser contestadas.

—No, no pueden serlo, Davis Lee —replicó ella tranquilamente, notando de nuevo que poseía el control—. No pueden ser contestadas de tal forma que te hagas dueño de la discusión. La oposición no te permitirá hacerlo. No hay modo de cambiar por completo esto y hacer que Carter no se parezca al doctor Strangelove. Piensa en ello. Conseguir la reforestación de zonas desérticas implica años de dirigir estudios y experimentos. Probablemente ya haya realizado todo eso. ¿Pero por qué esas investigaciones se realizan en secreto? Como tú dijiste, las universidades estarían encantadas de llevar a cabo sus deseos, pero nunca ha colaborado con ellas. ¿Por qué? Y esa pregunta lleva a otras preguntas que se dirigen especialmente al tipo de experimentos que se llevan a cabo.

—Eres un pequeño sabueso de las conspiraciones, ¿no crees?

Ella se inclinó hacia delante nuevamente, de modo que sus rostros quedaron a escasa distancia uno del otro.

—No, no lo soy, pero sé lo que pueden hacer los locos de las conspiraciones, y si se enteran de esto, comenzarán a sacar sus conclusiones, y ¿quién puede culparlos? Después de todo, ¿qué tipo de experimentos se realizan para la reforestación? ¿Plantar árboles? Muy bien. Pero los árboles necesitan agua y tierra fértil. Con suficiente trabajo y recursos uno puede crear tierra fértil en el desierto, pero nadie puede producir agua —a menos que uno esté realizando una serie de investigaciones y experimentos completamente diferentes. Lo que nos conduce a esos viejos artículos que escribió sobre el vudú climático. —Sonrió—. Y entonces, el electorado le colocará la etiqueta que al partido de la oposición le viene estupendamente: científico loco.

—Vamos, Elle. Carter no es...

—Tal vez no —lo interrumpió con una voz que fue casi un siseo—, pero Carter Thompson es conocido como un hombre que no se ocupa de asuntos sin importancia.

Perder tiempo y dinero no forma parte de su modelo empresarial. Por eso, si su modelo le permite obtener ganancias desde todos los puntos de un desastre y canalizar esas ganancias en investigaciones secretas, ¿es tan exagerado convencer a las masas inocentes de que él podría estar creando esos desastres?

Davis Lee dejó la servilleta sobre la mesa.

—Detesto decírtelo, muñeca, pero pienso que tal vez hayas tomado demasiado...

Ella le tomó la mano, haciéndolo callar.

—Davis Lee, no estoy borracha y no estoy loca. Fui entrenada para analizar los detalles, y a partir de ellos, trazar un panorama de conjunto.

—Bueno, yo creo que tú estás un poco borracha, querida, y que estás dando una serie de saltos lógicos para poder crear el panorama de conjunto que quieres. Saltos más grandes de los que estarías realizando en otras circunstancias. —Retiró su mano de la de ella e hizo una seña pidiendo la cuenta.

—¿Crees que lo estoy? Las noticias están repletas de escenarios catastróficos. Nos están asolando tormentas cada vez mayores y los científicos dicen que es una tendencia que continuará por los próximos veinte años. Todos lo han oído. La devastación se incrementa proporcionalmente, lo cual significa que Carter se está enriqueciendo aún más. Y ahora quiere presentar su candidatura a la presidencia. —Hizo una pausa—. Aunque Benson no llegara primero, creo que el verdadero salto lógico es pensar que la gente verá todo eso y no elaborará una teoría conspirativa.

Ella vio él que apretaba con fuerza los párpados y se pellizcaba el puente de la nariz mientras inspiraba profundamente.

—Es demasiado delirante, Elle. Nadie lo creería.

«¿Cuál es su problema?».

—Te puedo garantizar que mucha gente —llámalos votantes— lo creerán cuando el equipo del presidente termine de hacer un buen relato al respecto —replicó, volviendo a acomodarse en su asiento y apartando, irritada, la mirada.

—Creo que ya es hora de que cambiemos un poco el tema. Hablemos de ti. Dime, Elle, ¿en qué punto de tu corta carrera te convertiste en analista política? —le preguntó mientras escribía su nombre en la factura que el camarero había colocado ante él.

La pregunta murmurada, aunque medio en broma, era un límite, y aquella constatación tomó a Elle como una marea en primavera.

Su respuesta podía cambiarlo todo.

Lo miró a los ojos.

—Crecí junto a políticos, Davis Lee.

—Lo sé. —Se puso de pie y la ayudó a hacer lo propio—. Tu padre era una gran figura local.

—Sí, lo era y lo es, pero dudo que aprecie tu descripción. ¿Qué más quieres saber

sobre mí? —le preguntó mientras se adelantaba a su paso en la neblinosa semioscuridad de Greenwich Village.

—No todo.

—¿Qué quieres saber? —volvió a preguntar tras una breve pausa.

—No te importa caminar un poco, ¿verdad? Creo que te vendría bien tomar un poco de aire. —La cogió del brazo y la condujo sin esperar una respuesta. El tráfico era denso y ruidoso, convirtiendo toda conversación en un desafío hasta que doblaron por una calle más tranquila, residencial.

—No me molestaría saber cómo llegaste a la Casa Blanca —dijo, echándole una ojeada. La aburrida sonrisa había vuelto a su rostro.

—Como la mayoría de la gente, a través de una mezcla de mucho trabajo y relaciones familiares.

—¿La familia de quién?

Ella sonrió, sintiendo que la excitación se le subía a la cabeza. «Éste es el momento». Deteniéndose en medio de la acera, se dio la vuelta y lo miró de frente.

—La familia Benson, Davis Lee —contestó suavemente—. Los conozco de toda la vida. Mi madre fue al internado y a la universidad con Geneviève Benson y nuestras familias han ido de vacaciones juntas todos los años de mi infancia. —Hizo una pausa—. De hecho, Win y yo salimos juntos hasta hace unos seis meses.

Él se quedó inmóvil, tratando de digerir aquella desagradable sorpresa y poniéndose repentinamente tenso.

—Así fue como llegué hasta aquí, Davis Lee —continuó—. Win quería que averiguara en qué estabas trabajando. Él sabía que yo llamaría tu atención y jugó contigo, Davis Lee. Yo fui la carnada. Y mordiste el anzuelo.

Él se volvió sobre sus pasos, dejando que Elle se apresurara unos pasos detrás para alcanzarlo. Después de hacerlo, él permaneció en silencio durante media manzana.

—Davis Lee, yo ya no soy el enemigo.

—Es un placer enterarme, Elle.

—Davis Lee, detente —le dijo, tirando de su brazo—. No tenía que decirte nada de esto. Si todavía quisiera seguir trabajando para Win, no te habría dicho nada.

—¿Cuándo decidiste eso? ¿Cuál era el verdadero plan, Elle? ¿También te dijo él que te me insinuaras, Elle? ¿Que te acostaras conmigo?

Ella tropezó como si la hubieran abofeteado, y él finalmente se detuvo y se volvió para mirarla, con una furia y un desprecio evidentes.

—Bueno, ¿te lo pidió?

—Sí —susurró ella, mirándole a la cara—. Pero le dije que no lo haría.

—Imagínate, qué bien. Tienes escrúpulos.

—Basta. No tenía por qué decirte nada —repitió.

—¿Entonces por qué lo has hecho?

—Porque pensé que querrías saberlo.

—Pues ahora ya lo sé —replicó secamente—. ¿Qué es lo que quieres?

Ella sacudió la cabeza y oyó que se le escapaba una risa nerviosa.

—Nada. Quiero decir, no quiero dinero, si eso es lo que me estás preguntando. Quiero trabajar para ti. —«En contra de Win». Ella sonrió y tomó su mano en la suya —. Por el futuro presidente Carter Thompson.

Él le soltó la mano.

—¿Por qué habría de creerte? —le preguntó fríamente.

Ella se rió.

—¿Qué opciones tienes?

—Mandarte de vuelta.

Su sonrisa titubeó a medida que comprendía sus palabras, haciendo que su corazón se detuviera y comenzara luego a latir apresuradamente.

«Dios mío».

Apenas pudo respirar.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué crees que quiero decir, Elle? —le preguntó, con crudo desprecio.

—¿Se lo dirías a Win? —Su pregunta, con tono estridente y horrorizado le valió la recelosa mirada de varios transeúntes mientras él la sostenía, aferrándola por los brazos. Sus ojos eran de hielo.

—Eso mismo.

Ella supo que sus ojos estaban desorbitados por el miedo. Pudo notar como le comenzaban a temblar las rodillas.

—Hablas en serio. —La adrenalina le corrió por la sangre y apretó sus manos contra sus antebrazos—. Ésa no sería buena idea, Davis Lee. Él no tiene escrúpulos. No le gusta perder. Hace lo que haga falta para ganar. Yo he sido sólo...

—No me importa lo que has sido. No hay sitio para los traidores en mi personal.

—Yo no... Yo lo estoy traicionando a él, Davis Lee, no... —Las lágrimas le quemaban las mejillas.

—Me importa un bledo —replicó, remarcando las palabras—. Eres una mentirosa y una traidora. Lo primero es desafortunado, pero lo segundo intolerable. Vuelve con Win y dale mis saludos.

El pánico inundó su mente.

—No puedo —susurró, mirándolo a la vez que la realidad de lo que había hecho la invadía, ahogándola—. No puedo volver con él. Él... él, Davis Lee, es el hijo del presidente. No sé lo que me hará.

—Entonces, creo que va siendo hora de que lo averigües. —Manteniendo una mano sobre su codo, caminó con ella los pasos que faltaban hasta la esquina, en

donde llamó a un taxi. Volviéndose a ella mientras se detenía, le sonrió con frialdad y abrió el móvil que llevaba en su mano. Buscando en la agenda, apretó un botón y acercó el teléfono a su oído—. Eh, Win, soy Davis Lee... espero que no te importe que esté usando el teléfono de Elle para llamarte. Hemos ido a cenar y pensé que debería hacerte saber que puedes quedarte con tu puta. Ya he terminado con ella. — Cerró el teléfono y se lo devolvió.

Rígida de miedo e incredulidad, ella se apartó del teléfono como si fuera veneno.

—Estás bromeando —le dijo en un susurro estrangulado.

—No bromeo con estas cosas. Fíjate en el número al que acabo de llamar. —Le puso el teléfono en el bolso y luego la acomodó de malos modos en el maloliente asiento trasero del taxi—. Haré que alguien despeje tu mesa, Elle, y que un mensajero lleve tus cosas. Y espero que consideres mitigar el daño que has hecho a tu carrera manteniendo todas esas ideas tuyas en el más absoluto de los silencios. La política es un enorme y feo asunto con una larga memoria. Y se traga a los estúpidos como tú.

Cerró la puerta, se enderezó y comenzó a alejarse de ella. Ignorando la pregunta del taxista pidiendo la dirección, ella miró su espalda y comenzó a temblar.

«Más me valdría estar muerta».

Sábado, 21 de julio, 00:15 h, Georgetown, Washington, D.C.

Win dio una vuelta en la cama, todavía sin aliento, y tomó su móvil, apretando el botón para acallar su campanilla.

—Ésa es la diferencia entre los hombres europeos y los estadounidenses, ¿sabes?

—La sedosa voz de acento italiano susurraba junto a su oído—. Ningún hombre europeo interrumpiría hacer el amor para responder una llamada. Pero vosotros, los estadounidenses, siempre tenéis miedo a perder una llamada, o a perderos la acción.

—Ya habíamos terminado de hacer el amor, por si no te habías percatado. Y para que te quede claro, no estoy respondiendo al teléfono, estoy mirando mis llamadas, algo que no haría si no fuera el hijo del presidente —murmuró, parpadeando bajo la intensidad de la luz de la brillante pantalla azul—. Tenemos un huracán de categoría 4 causando serios daños a varios grupos de votantes leales, y si mi padre quiere hablar al respecto, yo tengo que escucharlo, *capisci*?

—Soy italiana, y tengo que responder «no» a eso. Hacer el amor tiene preeminencia.

Sintió la punta de una lengua húmeda jugar con el lóbulo de su oreja y apartó la cabeza. Si ella hubiera esperado unos minutos, su aliento cálido podría haber iniciado una reacción en cadena, pero, de momento, lo único que podía hacer era pasar un brazo en torno a ella y acercar su cuerpo desnudo al suyo mientras dirigía su mirada en la pantalla. Elle.

Dejó escapar un suspiro irritado y puso el teléfono boca abajo sobre la mesilla de noche. Volviéndose hacia su compañera, que lo recompensó con una sonrisa sensual, continuó su lección avanzada en relaciones internacionales, dejando de lado cualquier pensamiento en relación con Elle.

Capítulo 32

Sábado, 21 de julio, 6:00 h, Montauk Point, Long Island.

El sol apenas había asomado cuando Kate entró en el muelle. El fresco aire húmedo abrazaba sus piernas desnudas y despertaba sus sentidos. Las playas hacia el Oeste mostraban signos de vida. Unos cuantos paseantes matutinos habían salido ya, algunos caminaban a paso veloz por la playa, agitando los brazos, otros deambulaban cabizbajos, buscando conchas. En las líneas que trazaban los embarcaderos privados a lo largo de la costa transcurría la verdadera acción. Flotaban los saludos en el aire de la mañana mientras los equipos de pesca y de buceo eran subidos a las cubiertas de enormes cruceros, botes inflables y toda clase de barcos.

«Es un día demasiado perfecto para que importe el tamaño», pensó Kate con una sonrisa. «Todos quieren ir al agua».

El primer motor se puso en marcha con un rugido gutural cerca de donde Kate estaba, exhalando el dulce y familiar aroma del combustible que se mezclaba con el olor a agua salada y algas secas que lo dominaba todo. Gruesos cúmulos como bolas de algodón colgaban de un cielo azul pálido que parecía de papel, mientras las gaviotas como grisáceas rasgaduras giraban y se lanzaban en picado sobre las espumosas olas.

Sería un día perfecto para bucear. El grupo que ella coordinaba era una mezcla de amigos de la universidad y algunos allegados. Unas veces el grupo era más grande que otras, pero el núcleo se había mantenido unido durante casi diez años, reuniéndose para bucear dos veces al mes durante los veranos y con menos frecuencia fuera de la temporada, cuando sus reuniones se inclinaban más hacia las típicas conversaciones en donde se quejaban por no haberse ido a vivir a los trópicos.

Hoy, por acuerdo mutuo, se dirigían a su naufragio favorito, el *San Diego*, el único navío estadounidense perdido durante la Primera Guerra Mundial. Dependiendo de quién contara la historia, el *San Diego* había sido hundido por un torpedo alemán o una mina alemana frente a las costas de Long Island, y se había hundido en veintiocho minutos. Ahora yacía boca abajo a trescientos metros de profundidad frente a Fire Island.

En las últimas semanas había llovido poco, lo que quería decir que el agua estaría tan clara como era posible en el Atlántico, y explorar el barco hundido era tan sencillo como ir a Disneylandia, aunque teniendo en cuenta que el aniversario del hundimiento del *San Diego* había tenido lugar un par de días antes, era posible que hubiera también mucha gente.

Kate lanzó su bolsa con el equipo de buceo a la cubierta del *Loch Ness*, y luego subió ella, aterrizando con suavidad.

—¿Hay alguien en casa?

—Subo en un segundo. —La voz de Brad Scofield se oyó amortiguada procedente de la cubierta inferior.

Con su café con leche desnatada de Starbucks todavía caliente en su vaso térmico, Kate caminó hacia la proa y se inclinó sobre la barandilla. La brisa era suave, del Oeste, y en las próximas horas el aire se calentaría hasta llegar a unos 30°. Perfecto.

El golpe de otra bolsa sobre la cubierta atrajo su atención hacia la popa del barco.

—Hola, Katie.

—Hola, Doug. Hola, Ángela. ¿Vais a bucear los dos? —dijo Kate mientras observaba a Doug Hansen, amigo de la universidad y meteorólogo en la NOAA que ayudaba a su esposa, oficial de policía, embarazada, a subir a cubierta.

—No del todo —respondió Ángela entre risas—. Mis días de buceo han terminado por este año. Me toca quedar a vigilar el barco. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien. He estado ocupada.

Ángela se movió con cuidado por la cubierta hasta uno de los bancos en popa y se sentó.

—Detesto que me pongan en trabajos administrativos, pero ahora sé por qué es un requisito. Olvídate de toda esa cháchara sobre las hormonas. He perdido el sentido del equilibrio. Estos días tropiezo con cualquier cosa. Y todavía no he llegado a la etapa del paso de pato.

—Bueno, quédate ahí y no te muevas.

—Lo bueno es que si me caigo por la borda, creo que flotaré como una boya. No me hará falta chaleco salvavidas. Sólo dame una bengala.

—¿Para qué? ¿Para que acabes con la mitad de los peces? Mejor consigo un cinturón de seguridad —le dijo su marido. Sacó un gran sombrero femenino que tenía en su bolso y se lo puso a su mujer en la cabeza cuando pasó a su lado.

Ángela sonrió a Kate.

—¿Qué te ha mantenido tan ocupada? No ha habido ninguna tormenta.

—Bueno, eso es sólo verdad en parte. Estamos todos intentando averiguar qué sucede con la corriente en chorro, pero ahora tenemos a *Simone* para preocuparnos.

Brad, que acababa de salir de la cubierta inferior, los saludó, y luego echó una ojeada a Kate.

—¿Has visto lo que hizo en las Bahamas? Parece una imagen inundada de Bagdad. Y continúa avanzando, deteniéndose y volviendo a crecer. ¿Qué ocurre con ella? ¿Se trata de la gran tormenta de la que hemos oído hablar desde el *Katrina*? ¿La que se va a llevar la Costa Este?

—Brad, si tuviera la respuesta a preguntas como ésa, estaría buceando con un barco más grande.

—Vamos, yo creí que para eso te pagaban: predecir el clima. Tu jefe debe querer

saber qué va a hacer esta tormenta. Después de todo, si nos cae encima, tendremos que pedir sus *bulldozers* en la costa del Golfo y traerlos aquí a tiempo para limpiar los restos.

Kate puso los ojos en blanco y se volvió hacia Ángela.

—¿Qué me habías preguntado?

—Te pregunté qué te tenía tan ocupada. Te echamos de menos la última vez.

Ella tomó otro sorbo de su café, que se enfriaba rápidamente.

—El trabajo. Cambiaron la estructura corporativa y ahora no sólo estoy a cargo de otros tres meteorólogos sino que también tengo que realizar una serie de informes de predicciones que abarcan unos lapsos de tiempo ridículos. O Davis Lee cree que tengo una bola de cristal en mi oficina o quiere deshacerse de mí. —Esas palabras salieron de boca de Kate entre carcajadas, pero incluso se sorprendió a sí misma al escucharlas.

Doug y Angela se le quedaron mirando, con cierta sorpresa en sus rostros.

—¿Problemas en el paraíso?

Ella se obligó a reír.

—No, claro que no. Era una broma. Estoy tan segura y a salvo como cualquiera en Wall Street.

—Lo cual no quiere decir mucho —añadió Brad con ligereza, mirando su reloj—. Es típico de Tony que sea el último en aparecer. ¿Por qué demonios se preocupa tanto por sincronizar su reloj con el reloj atómico cuatro veces al día si no puede arreglárselas para llegar a tiempo a ningún lado?

—Es un físico teórico, por eso. Déjalo —respondió Doug—. Ha sido así desde que lo conocemos.

—Estoy cansado de dejarlo en paz. Vive en Stony Brook, por amor de Dios, y siempre llega tarde. Tú vives en Manhattan y sueles llegar la primera —replicó Brad.

—¿*Simone* te está teniendo tan ocupada como a Doug? —preguntó Ángela, cambiando con habilidad de tema mientras Kate se sentaba a su lado.

—Cuando me acosté anoche se había vuelto a detener, esta vez, frente a las costas de Florida. Cerca de Melbourne. No he sabido nada más desde entonces. Mientras venía hacia aquí sólo escuché música. —Miró a Doug—. ¿Qué hace ahora?

—Ha comenzado a moverse de nuevo.

—¿A qué velocidad?

—Sigue siendo de categoría 4, pero se está moviendo costa arriba a cinco kilómetros por hora. Es lo más extraño que he visto nunca. El eje conductor es como una perforadora, que lo destruye todo hasta ocho kilómetros tierra adentro. —Sacudí la cabeza—. Toda la zona costera de Georgia ha sido evacuada obligatoriamente. En Carolina la evacuación es todavía voluntaria, pero eso seguramente cambiará pronto. Si sigue aumentando su velocidad, esto se va a poner feo.

—Bueno, supongo que es normal. El año pasado tuvimos una buena tregua —dijo Kate con despreocupación, aunque el vuelco que le había dado el estómago al oír las palabras de Doug sugiriera un sentimiento contrario.

Brad sacudió la cabeza.

—Yo creo que deberíais coordinar vuestras historias. Éste ha sido el mejor verano que yo recuerde. Esa cosa no va a ir a ningún lado. Se va a desvanecer.

—Es enorme —señaló Kate—. Si se desvanece, aún tardará algunos días en hacerlo.

—La temporada de tormentas en el Atlántico suele ser lenta al principio y se acelera alrededor de julio. Es decir, ahora —añadió Doug—. Y estoy de acuerdo con Kate. Aunque comenzara a desestabilizarse pronto, notaríamos algo. Tal vez fuertes vientos y lluvias, pero serían contundentes.

—Hola, chicos, ¿llego tarde? —gritó Tony Figueroa desde la orilla mientras se dirigía hacia el embarcadero.

Levantando la mirada al cielo, Brad no dijo nada mientras se encaminaba hacia la cabina y ponía en marcha el primer motor. Los dos motores estuvieron ronroneando a punto cuando Tony finalmente terminó de acomodar su equipo y soltó las amarras.

El gran crucero con quilla en forma de V se alejó lentamente, siguiendo las marcas del canal y aumentando gradualmente la velocidad a medida que se alejaban del puerto.

Una hora y media más tarde el barco se balanceaba perezosamente, anclado, lejos de los dos botes de alquiler que se les habían adelantado en llegar al barco hundido, por escasos minutos.

—Es como una bañera. Me dais envidia —dijo Ángela, acariciando el agua con las manos.

—Resígnate. Creo que esa asistente para el parto medio loca, que tu hermana insistió en presentarnos cuando hablaba de los nacimientos bajo el agua, no creo que se refiriera al Atlántico Norte —dijo Doug mientras tomaba el termómetro que había echado por la borda cuando se detuvieron. Echó una ojeada a Kate—. 27°.

Ella lo miró un instante en sorprendido silencio.

—Imposible. No puede ser. Sólo estamos a mediados de julio.

—Relájate, Kate, son las ventajas del calentamiento global —bromeó Brad mientras sacaba las botellas de oxígeno de la cubierta inferior—. Casi me gusta la idea de las palmeras creciendo en Long Island. Tener un clima subtropical añadiría tres meses más al año a mi ciclo comercial, sin mencionar más cervezas y biquinis todo el tiempo.

—¿Qué te parece la idea de la hermosa casa que tienes frente al mar convertida en un arrecife artificial? —murmuró Kate mientras cogía la botella que le tendía Doug y la comprobaba por sí misma, para luego volver a mirar a su amigo.

—¿Un arrecife? Katie, Katie, Katie, nunca llegaremos a eso —respondió Brad con un tono que significaba que le resultaba divertido—. Tú mantente alerta. Vermont nunca tendrá costa. Los finlandeses no dejarán que la nieve desaparezca sin presentar batalla y los noruegos no van a cambiar sus esquís de nieve por otros de agua en un futuro próximo. Recuerda lo que te digo. O el gobierno se marcha al Polo Norte con equipos importantes para fabricar nieve, somete a la naturaleza y la coloca en su sitio en los próximos años o ese tío que envolvió una isla con Saran Wrap rosa hace unos años irá de voluntario y cubrirá las tierras de Papá Noel con papel blanco. Y todo resuelto. No hay más problema.

—Albedo instantáneo. —Kate se golpeó la frente con la palma de la mano—. Por Dios, Brad, es brillante. ¡Por supuesto! Reduciremos los polos. Después, todos los miles de científicos que han estado investigando el calentamiento global durante los últimos treinta años podrán dedicarse a algo verdaderamente importante. —Se volvió hacia Doug, que reía—. Imagínate eso, Doug. Un tío cuya profesión es plantar flores acaba de resolver la crisis del milenio. ¿Cómo es que a ti no se te ha ocurrido pensar en ello?

—Porque, obviamente, no estoy respirando suficiente nitrógeno. Deberías controlar esa mezcla, Brad.

—Sí, sí. Y gracias por convertirme de arquitecto paisajista en agricultor, Kate. —Brad se desentendió de las inocentes bromas con una risa—. Ya veréis. El hombre del Saran Wrap recibirá una beca de la Asociación Nacional de Educación (NEA) para llevar a cabo su proyecto. Después lo maldecirán por llevarnos a una nueva era glacial. Bueno, ¿hay alguien listo para bucear?

—Esta vez yo voy a ir, que quede claro, a las calderas —respondió Kate, abriendo su bolsa y tomando su equipo—. Necesito hacerme con algún *souvenir* de contrabando.

—No con el Capitán Coraje en las proximidades. —Brad sacudió la cabeza en dirección al más grande de los dos botes de alquiler anclados a una docena de metros—. Actúa como si fuera el dueño de todo.

A pesar de la insólita temperatura del agua, Kate no se arrepintió de haber elegido un traje térmico a los pocos minutos de haberse dejado caer del barco. El Atlántico Norte nunca sería verdaderamente *cálido*. *No demasiado frío* era lo mejor que un buceador podía esperar debajo de la superficie, y así estaba hoy. Ella flotó un rato antes de sumergirse para colocarse bien las gafas, ajustar el respirador y el regulador, y asegurarse de que su iPod sumergible estuviera programado para enviarle sin interrupción las melodías de Enya. Después se hundió bajo el agua, cambiando el duro brillo de la superficie por el hipnótico verde translúcido de las profundidades.

Se desplazó con lentitud y facilidad siguiendo la cadena del ancla. Habitualmente,

Kate ya estaría en su «zona», con la música de New Age ayudando a la tenue luz y a la sensación de ingravidez para limpiarle la mente de todo, excepto de aquel momento. Pero aquel día, ella no podía deshacerse de una lejana e incómoda sensación de un augurio funesto. Sabía que no tenía nada que ver con bucear y mucho con el clima y su investigación sobre las tormentas... Ni con Jake. Ella había intentado ignorarlo todo, pero cuanto más se empeñaba en ocuparse de otros asuntos, más espacio ocupaba todo esto en su mente. Algo extraño estaba sucediendo con el clima, y ella no era la única que tenía esa opinión. Los comentarios en los blogs, tanto los frecuentados por meteorólogos profesionales como por los más diversos locos, dejaban traslucir cada vez más frecuentemente esa preocupación.

Durante la mayor parte de la primavera, el tiempo en los Estados Unidos había sido demasiado bueno para parecer real, algo que había puesto nerviosos a los profesionales. El clima verdadero —aunque ella no acabara de comprender exactamente qué hacía que esas tormentas no parecieran reales— era un sistema basado en la agitación, y la destrucción era su conclusión natural y frecuente. Cuando el sol brillaba demasiado, las cosas se quemaban y morían. Cuando llovía demasiado, se ahogaban. Demasiado viento, demasiadas nubes, todo tenía un resultado natural, y desde una perspectiva humana, negativo. Pero últimamente, el clima no había causado problema alguno. Hasta que *Simone* había despertado de repente y había empezado a mandar al infierno todo lo que encontraba a su paso en la zona este del Caribe.

Durante dos meses, una sucesión de frentes de altas presiones se habían formado sobre las llanuras y desplazado por todo el oeste hacia la Costa Este, interrumpidos sólo durante breves periodos por frentes ocasionales de bajas presiones del Golfo, que habían traído consigo lluvias leves. No fueron muy intensas para causar daños pero sí suficientes para reponer las reservas de agua y regar las cosechas. Incluso los huracanes habían permanecido alejados de la costa estadounidense, girando de forma inexplicable hacia las aguas ecuatoriales y desvaneciéndose a medida que perdían velocidad, o estacionándose en el Caribe y causando pocos daños antes de disiparse.

Para Kate, todo empezaba a ser un tanto siniestro. Pero para la población en general, en los Estados Unidos, el verano había sido casi perfecto. Para los meteorólogos y expertos en medio ambiente del país, sin embargo, eso sólo significaba que las aguas de la costa continuarían calentándose, generando una intensa y mortífera segunda mitad de la temporada de huracanes, que era exactamente lo que estaba sucediendo en ese momento.

Sorprendida, Kate se dio cuenta de que estaba sobre los enormes cañones que sobresalían de la arena, y siguió al resto del grupo hacia el agujero negro que había terminado con la carrera del *San Diego*.

Capítulo 33

Desde su ubicación a veinticinco kilómetros de la próspera y poblada costa de Georgia, *Simone* estaba haciendo visible su presencia. Vientos huracanados barrían las islas más cercanas, cambiando su geografía, arrancando los cultivos plantados con esmero, achatando las dunas y demoliendo las enormes casas frente al mar. Los muros de hormigón eran pulverizados para volver a sus humildes orígenes, reducidos a montones de fragmentos de conchas y cemento. Automóviles sin conductor se deslizaban por las carreteras inundadas. Las furiosas aguas se metían por debajo de las puertas y por las terrazas, dejándolas cubiertas con los retorcidos despojos de los jardines destruidos y de la vanidad humana.

Los únicos objetos que se movían por propia voluntad eran las furgonetas de brillantes logotipos de las agencias de noticias. Recorrían las zonas devastadas, no en busca de supervivientes sino con el único objeto de alimentar el voraz apetito de los habitantes de otros lugares, más secos. Una de ellas se detuvo frente a una mansión antes hermosa y que ahora presentaba sus persianas desencajadas, colgando enfermizas de los pararrayos que sobresalían de los destrozados tejados.

Con cuidado, una mujer joven salió de una furgoneta, con su anorak amarillo brillante apretado contra el cuerpo, los hombros y la cabeza bajos para enfrentarse al viento. A pocos pasos de distancia del vehículo, se detuvo y se dio la vuelta, recostándose contra una columna de ladrillos de colores claros que alguna vez había sostenido el portal de acceso a la casa.

Cuando dio la señal, la puerta de la camioneta se abrió y una figura vestida de modo similar bajó de ella; la cámara sobre su hombro, pesada y protegida, disminuyendo su ya escasa estabilidad. La pequeña antena de satélite en el techo de la furgoneta comenzó a girar con lentitud, y a su indicación, la mujer acercó el micrófono a su rostro, se apartó la capucha y comenzó a hablar, intentando hacerse oír por encima del viento.

El viento le golpeó la cara, el agua le entró en los ojos y la arena y tierra en los oídos, en la nariz, en la boca, en la piel. Un rayo hizo estruendoso contacto con la antena, derribando hacia un lado la furgoneta sobre el cámara. La cámara se deslizó hasta los pies de la mujer, con el agua fluyendo enrojecida a su paso. Sus gritos no se oyeron en la oscura mañana, mientras ella corría hacia el vehículo que ahora comenzaba a desplazarse bajo la fuerza del viento, dejando pulposos restos humanos esparcidos en charcos sobre el asfalto. La antena del satélite se desprendió y voló hacia los árboles, descansando en precario equilibrio en medio de una maraña de ramas retorcidas.

La puerta del copiloto, ahora apuntando hacia el cielo, se abrió, y una mujer joven y aturdida, salió arrastrándose, mirando a su alrededor. Dio un torpe salto para

aterrizar en el duro asfalto de la calle. La primera chica la ayudó a ponerse de pie, y agarradas de la mano comenzaron a correr hacia el relativo refugio que ofrecía la casa destruida. A unos pocos pasos, la mujer de la camiseta y con la cabeza descubierta — seguramente la productora— se soltó y corrió hacia la columna. Se agachó a recoger la cámara, se aseguró de que la luz roja seguía encendida y volvió a toda velocidad hacia donde estaba su colega.

Al acercarse, un golpe de viento hizo que el borde del anorak de la reportera se inflara, llenándolo de aire e hinchándolo como una vela. Incapaz de oponer resistencia o de desinflarlo, la periodista tropezó mientras el viento la obligaba a ponerse en movimiento. Un momento después, la mujer volaba, mientras sus horrorizados gritos se perdían en el viento y su rostro aterrado era capturado por la cámara.

El mástil de la antena de la furgoneta, doblado en un inútil ángulo, la detuvo antes de que su cuerpo pudiera elevarse demasiado sobre el suelo. Empalada, se calló de inmediato. Sus brazos y piernas exánimes y sin vida ondeaban a merced del viento, retorciendo su cuerpo. Temblando y vomitando, la productora se alejó, apagó la cámara y cruzó el anegado jardín hasta la casa, abierta ante la tormenta. Encontró una escalera, buscó refugio debajo de ella y se sentó, tembló y rezó.

Capítulo 34

Sábado, 21 de julio, 14:00 h, McLean, Virginia.

Jake se puso de pie y se desperezó. Había pasado la mayor parte del día agachado sobre el lector de microfilms en un lugar aislado de la espaciosa biblioteca de la Agencia, y la experiencia no había ayudado en nada a su espalda o a sus ojos. El colirio Visine se había convertido en su mejor amigo. Pero estaba progresando. Alrededor del mediodía había salido de los años sesenta.

Por lo que pudo comprobar, esa década había sido la mejor para la investigación legal y encubierta sobre el clima. Por supuesto, los sesenta habían sido también los mejores años para la CIA. Todo era menos complicado entonces. Se tomaban decisiones y ejecutaban operaciones sin, en apariencia, muchas discusiones o comprobaciones, y ciertamente sin reflexionar demasiado. Cuba y el bloque del Este habían sido los enemigos de la Agencia, y América Central y del Sur sus campos de juego. La Casa Blanca había sido su defensora, y el Senado su complaciente benefactor. Los medios de comunicación habían sido aliados sin sospecharlo. En suma, la Agencia parecía la dueña del mundo.

Después llegaron los setenta. Recortes presupuestarios. Filtraciones internas y denuncias externas. Jack Anderson del *Washington Post* y el presidente Richard Nixon. Daniel Ellsberg y los Papeles del Pentágono. El senador Claiborne Pell y las audiencias del Senado que finalmente aplastaron la Operación Popeye. Jimmy Carter.

Esa década había resultado ser una auténtica decepción.

Después del desafortunado y público reconocimiento y desmantelamiento de Popeye, las subvenciones de muchas —demasiadas— otras operaciones de investigación climáticas secretas también habían sido eliminadas. La mayoría habían sido operaciones ordenadas, metódicas y científicas con objetivos claramente identificados, como la dirección de la corriente en chorro o el uso de una variedad de frecuencias electromagnéticas para llevar a cabo una multitud de extrañas actividades. Pero el trabajo de un grupo concreto de especialistas en clima había despertado la curiosidad de Jake.

A cargo de un proyecto altamente clasificado con un gran presupuesto y escasa o nula supervisión —al estilo del equipo de trabajo en el que él se encontraba en ese momento—, los experimentos e investigaciones de ese grupo eran significativamente más avanzados que cualquier otro con el que se hubiera topado. Su objetivo no había sido bienintencionado y su trabajo no había sido meramente teórico. Habían tenido éxito hasta que su presupuesto fue eliminado con un simple gesto del Senado.

Las notas y las descripciones sobre lo que habían estado haciendo podían extrapolarse a lo que estaba sucediendo en el presente. La creatividad y los detalles

eran perturbadores, y dada la velocidad y capacidad de las computadoras con las que habían tenido que trabajar, sus cálculos y predicciones, por no mencionar sus éxitos, no dejaban de ser asombrosos. Sólo había sentido una fascinación similar cuando había caído en la cuenta de que Einstein había desarrollado sus teorías utilizando una regla de cálculo y un lápiz. Era casi incomprensible.

La identidad de los miembros del equipo habían sido sacadas de la ficha de microfilm, pero existían grandes posibilidades de que algunos de esos tipos todavía estuvieran dando vueltas por ahí. De alguna manera iba a tener que seguirles la pista, aunque acceder a sus nombres e inventar una historia para no revelarles en qué se encontraba trabajando le llevaría más tiempo que diseñar la solución de un sistema.

Sábado, 21 de julio, 19:50 h, Old Greenwich, Connecticut.

El viaje en taxi desde el pequeño aeropuerto de White Plains hasta el apartamento que tenía en Nueva York fue tan incómodo como rutinario. Carter había hecho lo posible para conversar lo mínimo, pero había tenido la desgracia de encontrarse con uno de los taxistas más habladores, decentes y, desgraciadamente, mejor informados de la zona de los tres estados. El taxista lo había reconocido de inmediato, y en un esfuerzo aparente por caerle bien, o tal vez para conseguir una buena propina, sometió a Carter a un viaje por el carril más lento durante todo el trayecto hacia la ciudad, con una charla ininterrumpida que osciló desde los círculos misteriosos en los cultivos a la guerra de Irak. Cuando Carter llegó a su pequeño piso en Midtown, aquel espacio habitualmente claustrofóbico le pareció un refugio. No pasó mucho tiempo allí, ya que había hecho planes para encontrarse a las ocho con Richard Carlisle en su casa de Old Greenwich, lugar al que ahora se dirigía.

Carter tomó la autopista I-95 hasta la salida 5, atravesando barrios bastante sórdidos para dirigirse hacia la zona más elegante de la ciudad, hasta que por fin llegó al hermoso y antiguo barrio. Pudo admirar las elegantes mansiones de época victoriana que se alzaban junto a las modernas edificaciones y enormes propiedades, mientras serpenteaba por las estrechas calles con nombres de sabor antiguo hasta llegar a Ford Lane, la pequeña calle particular que conducía al apartado y discreto camino de grava de la casa de Richard.

Comparada con las casas que Carter había visto mientras conducía, la casa de Richard parecía la edificación más horrible del barrio. No se podía decir que estuviera descuidada del todo, pero necesitaba algo de atención. Sin duda, lo único que lo protegía de la ira de los vecinos era que no se podía ver ni desde la calle ni desde las casas vecinas. Estaba circundada por una espesa línea de altos árboles y arbustos sin podar que entorpecían la visión por todos lados y extendían su sombra por sobre la hierba.

Carter detuvo el coche y estaba a punto de abrir la portezuela cuando un enorme y flaco perro blanco salió a toda velocidad de la casa y recorrió la considerable distancia que los separaba en un abrir y cerrar de ojos. El perro no parecía amenazador, pero Carter no tenía pensado salir de su vehículo mientras estuviera allí de pie. Prácticamente tenía que agacharse para mirar por la ventanilla del sedán BMW de Carter.

Al instante, Richard, vestido informalmente, salió de la casa y llamó al perro, que volvió de inmediato a la casa. Ya solo, Richard se acercó al coche mientras Carter salía y se acercaba a él.

—Lo siento. Se pone como loco cuando tenemos compañía —se disculpó Richard con una sonrisa—. Es manso como un corderito, pero su tamaño asusta a la gente.

Richard había envejecido bien, no había echado panza y mantenía sus hombros erguidos al contrario que la mayoría de los hombres de su edad, incluyendo a Carter. Estaba bronceado y delgado, con la artificial sonrisa blanca y la voz profunda y sonora habitual en las personalidades televisivas.

—Yo sigo con las mismas costumbres —respondió Carter, devolviéndole la sonrisa mientras se estrechaban las manos en el límite del descuidado jardín—. Ha pasado mucho tiempo, Richard. Me alegro de verte. Tienes buen aspecto.

—Ha pasado mucho tiempo —repitió Richard—. Me mantengo ocupado. Ven, entremos.

El interior del bungalow ubicado frente a la costa —no era mucho más que eso— estaba tan descuidado como el exterior, con libros, papeles, vídeos y un desorden que cubría toda superficie disponible. A Carter no le sorprendió. Nadie en el equipo había sido más meticuloso que Richard a la hora de analizar datos y diseñar modelos, pero su mesa siempre había sido un caos de papeles, ceniceros desbordantes y tazas de café medio vacías.

—Podemos prepararnos unas copas y acercarnos a la orilla. Construí un pequeño patio a la sombra, hace unos años. ¿Qué quieres tomar?

—Cualquier refresco estará bien. Gracias.

Richard sacó dos latas de Coca-Cola de la nevera, llenó dos vasos con hielo y le entregó uno a Carter.

—Me ha sorprendido tener noticias tuyas. He estado pensando en ti últimamente.

«Apuesto a que sí».

—¿De verdad? Veo tus predicciones en televisión de vez en cuando —respondió Carter mientras se dirigía delante de Richard en dirección a la antigua puerta mosquitera.

Richard esbozó una sonrisa agradecida.

—Una de mis antiguas alumnas trabaja para ti en la ciudad. Kate Sherman. ¿La conoces? Ella es...

«Bien. Quiere sacarse esto de encima tanto como yo».

—Sí, conozco a Kate. No muy bien, pero estoy familiarizado con su trabajo. Es muy buena, una excelente meteoróloga.

—Sí, lo es —asintió Richard mientras atravesaban el jardín—. ¿Y qué te ha traído aquí después de todos estos años?

—Te vi mencionado hace poco y empecé a pensar que había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que hablamos.

Llegaron hasta el pequeño patio empedrado ubicado en una pequeña zona que se alzaba escasos metros sobre las aguas. La marea estaba bajando y se veía una estrecha playa rocosa, debajo de los pilotes de un estrecho embarcadero de madera. Un pequeño bote con motor fuera borda se balanceaba en el extremo del embarcadero. El sol todavía brillaba, pero se acercaba al horizonte cubierto de nubes que extendían sus sombras a lo largo del estrecho de Long Island.

Se sentaron en sendas sillas mirando al agua, separados por una desvencijada mesa de teca.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Richard con un tono despreocupado en la voz—. Tal vez diez años. ¿Quién has dicho que me había mencionado?

—No lo dijo —admitió Carter con una leve sonrisa—. Esa alumna tuya, Kate, escribió un trabajo que presentó ayer en un congreso, y me envió una copia. —Tomó un sorbo de su refresco—. Te daba las gracias en una nota al pie.

Richard volvió la cabeza para mirar a Carter, claramente sorprendido por la noticia.

—¿En serio?

—Sí, lo hizo. Dado el contenido del trabajo... —Hizo una pausa—. Tal vez me esté adelantando a los acontecimientos. ¿Lo has leído?

—Todavía no he acabado.

—Ah. Bueno, es interesante —afirmó Carter, encogiéndose de hombros—. Hace muchas conjeturas. No es el tipo de trabajo que hubiera soportado el examen científico cuando tú y yo publicábamos, pero comprendo que puede llamar la atención. —Volvió a hacer una pausa—. ¿Has leído lo suficiente como para llegar a donde ella empieza a sugerir causas no naturales para el incremento de las tormentas objeto de su estudio?

Richard asintió.

—Me sorprende que hayas dejado que tu nombre se relacionara con algo semejante —dijo Carter con calma—. Esa nota al pie me hizo pensar en cuál habría sido tu influencia.

—No he tenido ninguna «influencia» —respondió Richard, con un destello de frialdad en su voz mayor de lo que había sido momentos antes—. Discutimos sobre las tormentas unas cuantas veces. Cuando me dijo que estaba escribiendo un trabajo,

le aconsejé que lo dejara de lado, porque lo único que conseguiría con sus preguntas sería plantear otras preguntas, más desagradables, y que la colocarían a ella en los márgenes de la ciencia.

—Pero ella no te hizo caso.

—Es una mujer adulta y una profesional. No tenía por qué escucharme. No trabaja para mí.

—Es cierto. Trabaja para mí. —Carter apartó la mirada del canal de Long Island y miró a su colega a los ojos—. Y yo también pienso que sería mejor que sus preguntas quedaran sin respuesta. Así que me gustaría saber exactamente qué discutiste con ella.

Richard no dijo nada durante varios minutos, con los músculos de la mandíbula tensos, sin vestigios del comportamiento desenfadado anterior.

—Si me estás preguntando lo que creo, preferiría que te fueras de mi casa.

—¿Sin el beneficio de una respuesta?

—No mereces una respuesta —respondió Richard con frialdad, bajando el volumen de su voz de modo que Carter tuvo que esforzarse para oírlo—. Nunca he dicho una palabra sobre mi pasado a nadie, y desde luego no a Kate. Sus preguntas son válidas, a pesar de que me cueste admitirlo. —Hizo una pausa—. Voy a decirte lo que pienso de esas tormentas, Carter. Son demasiado parecidas a lo que vi mucho tiempo atrás. Y yo creo que tus huellas dactilares están sobre ellas.

Carter enarcó una ceja, y luego lanzó una breve carcajada, tratando de ocultar el placer que sentía por el reconocimiento.

—¿Mis huellas dactilares? Cuando leí el trabajo de Kate admito que vi muchas similitudes con parte de nuestros antiguos trabajos. Ella tiene muy buen ojo para todo lo que sea análisis pormenorizado. Pero ¿por qué pensaste en mí en lugar de alguno de nuestros viejos amigos? ¿O tal vez nuestros amigos extranjeros? Me siento algo halagado.

—Nadie más estaba investigando el tema —dijo Richard sin énfasis—. Si la compañía hubiera querido que continuara, nosotros habríamos sido los encargados de trabajar en el asunto. Y nuestros amigos extranjeros nunca tuvieron la tecnología y tampoco supieron jamás que nosotros contábamos con ella. Todas las evidencias te señalan, Carter. Dejaste la compañía con un amargo sabor de boca.

—Estás hablando de millones de dólares, Richard, por no decir miles de millones.

—Otro elemento que tú, y sólo tú, posees. Y los costes son mucho menores cuando uno trabaja fuera del sistema, ¿verdad?

No existen controles ni reglamentaciones por las que preocuparse.

—No sabría decirte.

—¿Qué es lo que en las novelas buscan siempre los detectives? ¿Medios, motivos y oportunidad? No estoy seguro de cuáles serían tus motivos, pero estoy seguro de

que los tendrás. Y los medios y la oportunidad están bien claros.

—¿Novelas de detectives? Me decepcionas. Siempre me diste la impresión de que te dedicabas a una literatura más seria.

Richard negó con la cabeza, sonriendo con amargura.

—Admítelo de una vez. Hubo tormentas a pequeña escala, que para mi inquietud fueron muy parecidas a nuestras pruebas iniciales. ¿Qué estás esperando? ¿O acaso ya has planeado algo más dramático?

—Lo que estás sugiriéndoos pura fantasía. De hecho, suena como si te hubieras pasado al otro lado. Dentro de poco asistirás a las convenciones de *Star Trek*.

Richard se puso de pie, perdiendo claramente la paciencia con aquella conversación, pero manteniéndose bajo control.

—Sé lo que hay que buscar, Carter —le dijo sin emoción—. Vi tu firma. Disminuí la velocidad de las imágenes y las analicé en detalle, casi a nivel de píxeles. Vi las descargas infrarrojas.

Carter se quedó inmóvil.

—Relámpagos.

—No. Distinta frecuencia de onda, menor duración y en línea recta. Eran descargas infrarrojas a baja altura, Carter. La única ocasión que tuve de ver algo similar fue hace unos treinta años, cuando surgieron de la punta de nuestro láser. Y los resultados acabaron con la vida de personas entonces, de la misma forma que mataron a personas la semana pasada, y el mes pasado, y el mes anterior. La única diferencia entre entonces y ahora es que en aquella época nos considerábamos científicos. Ahora, tú eres un psicópata y un asesino en serie. Por favor, lárgate.

Los latidos del corazón de Carter se aceleraron y perdieron el ritmo al escuchar las ofensivas palabras. Se puso de pie lentamente, luchando contra el mareo y controlando su respiración. Sabía que el sudor en el cuero cabelludo no tenía nada que ver con la calidez de la noche de verano.

—Estás equivocado, Richard. —Tenía que obligarse a pronunciar las palabras.

—No estoy equivocado. Estás enfermo. —Richard dio media vuelta y comenzó a alejarse, pero luego se detuvo y se volvió a mirar a Carter a los ojos—. Lo que no puedo entender es por qué demonios lo estás haciendo. ¿Juegas a ser Dios? ¿Qué es lo siguiente en tu agenda, Carter, ahora que puedes fabricar tormentas? ¿Vas a dedicarte a salvar al mundo, como dijiste que querías hacer? ¿O vas a intentar controlarlo, como intentas controlar todo lo que tocas? Eres un enfermo, retorcido y egocéntrico bastardo, Carter. No puedes hacer esto. Yo no sé cuáles son tus objetivos, pero no puedes hacer esto.

Su respiración y su equilibrio volvieron a la normalidad, y la ira de Carter se desató.

—Claro que puedo —dijo suavemente, y observó como la expresión de Carter

pasaba del desprecio a la incredulidad—. Y no soy un asesino, no más que tú. ¿O te has olvidado de lo que hicimos para la prueba final? El enorme tifón *Bess* fue la tormenta más destructiva ese año en el Pacífico, y la creamos nosotros. Vientos de doscientos cincuenta kilómetros por hora, de doscientos cuando tocó tierra en Taiwán, y todavía le quedaron fuerzas cuando cruzó el estrecho y llegó al continente. Treinta y dos muertos, miles de desplazados. Y ésa fue sólo una de nuestras creaciones. Hubo otras. Ese año se perdió mucho arroz, ¿no es cierto, Richard?

El sol había caído detrás del horizonte. La larga pausa entre ambos hombres fue ahogada por los sonidos de la noche en la orilla del agua: cigarras, ranas, el ocasional zumbido del motor de un bote lejano, las apagadas risas de una fiesta cercana.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Richard, mirando hacia el estrecho, más allá de Carter.

—Tal como lo describiste. Sin controles y con mi propio dinero. —Carter sonrió, fortalecido por la expresión en los ojos de Richard, una expresión cercana al miedo. El desprecio que la acompañaba no lo preocupaba—. Alejado de la costa. En países pobres que aceptaban los fondos que llegaran al igual que sus investigadores y burócratas.

Pudo ver cómo la garganta de su antiguo colega se movía al tragar saliva.

—¿Construiste el láser? —Su voz era baja y casi ronca.

Carter asintió una vez, con fuerza.

—No es como el otro. Es más poderoso y compacto. Te impresionaría.

—¿Qué planeas hacer con él?

—Cosas buenas, Richard. Cosas necesarias. Voy a deshacer algo del daño que le hemos hecho a la tierra y a liberar a los occidentales de la tecnología que los ha esclavizado. Voy a comenzar en el este de África central, en lo que alguna vez fue la cuna de la vida. —Se balanceó sobre sus talones, casi regodeándose—. Voy a restablecer el Edén. Pero primero tengo que incluir todo esto en su contexto para que la gente comprenda.

Richard frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—He descubierto que la gente aprende mejor y más rápidamente cuando le enseñas utilizando ejemplos. Seguramente has descubierto lo mismo durante tus años de profesor —ironizó Carter, dejando traslucir, por fin, por su tono, el desprecio por todo lo que Richard había simbolizado en el transcurso de la conversación.

—Carter, ¿qué es lo que vas a hacer? —exigió Richard, alzando levemente la voz.

—No, Richard. Lo que quieres saber es lo que estoy haciendo.

Permanecieron de pie en la creciente oscuridad, mirándose uno al otro. La sonrisa de Carter se ensanchó mientras observaba cómo Richard repasaba mentalmente la conversación hasta llegar a la conclusión correcta.

—*Simone* —exclamó por fin, con la voz algo ahogada.

—Sí, Richard. *Simone*. —Hizo una pausa y dejó escapar el aire en lo que casi fue un suspiro—. Era un pequeño grupo de sucias nubes cuando la vi por primera vez en las imágenes de satélite, y ella me habló, me ayudó a entender lo que necesitaba hacer. —Se encogió de hombros—. Ella no tenía destino hasta que yo la descubrí. Y ahora transformará la comprensión del mundo sobre cómo y por qué la humanidad y la naturaleza deben trabajar juntas. Ella nunca será olvidada. Y yo tampoco.

—Tienen que detenerte. —Richard se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la casa con un propósito demasiado firme como para complacer a Carter.

«Va a hacer una llamada de teléfono».

No importaba a quién. Sin detenerse a planear lo que haría después, Carter corrió hacia Richard y lanzó todo el peso de su cuerpo contra el hombre más alto y atlético, haciéndolo caer con un gruñido.

La caída lo dejó sin aire, Richard no pudo reaccionar de inmediato y Carter sacó ventaja de esos pocos segundos. Tomando a su antiguo amigo por la cabeza, tiró de ella hacia atrás y la estrelló contra el suelo, una y otra vez, sin que su cerebro fuera capaz de registrar el húmedo sonido de los golpes. Transcurridos unos momentos, la realidad despejó la nube de furia en la mente de Carter y se dio cuenta que el cuerpo del hombre que sujetaba no ofrecía resistencia. Estaba muerto.

Carter hizo girar el cuerpo de Richard y lo puso boca arriba, respirando agitadamente mientras observaba el cielo oscurecerse y las finas nubes que lo adornaban. El doloroso latir de su corazón le retumbaba en los oídos, bloqueando los ruidos de la noche. Cerró los ojos e intentó controlar su respiración.

No había habido opción a decidir. Había tenido que hacerlo.

Nadie sabía que estaba allí, a menos que Richard se lo hubiera mencionado a alguien. Carter no se lo había dicho a nadie. Ni su asistente, ni siquiera Iris sabía que había planeado reunirse con su antiguo colega. Lo único que los relacionaba era la llamada telefónica que había hecho la noche anterior.

Debido a la hora y al carácter del encuentro, no corría riesgo alguno de que el cuerpo se descubriera esa noche. Mañana sería domingo; Richard no tenía que volver a salir al aire hasta el lunes por la mañana. Aquel lugar no se podía ver desde la calle. Si nadie lo iba a visitar, Carter dispondría de treinta y seis horas hasta que descubrieran el cadáver. Había tiempo más que suficiente para salir de allí, de Nueva York, y regresar a Iowa. Tendría su reunión por la mañana con Davis Lee y volaría de regreso a su casa como había planeado. Para entonces, el mundo tendría asuntos más urgentes de que ocuparse. Raoul ya estaría en el aire y se aproximaría a la zona de ataque. *Simone* se convertiría en un huracán de categoría 5 en menos de una hora.

Satisfecho con su decisión, su respiración se fue normalizando. Abrió los ojos y se sentó con cuidado. Le dolía el cuerpo por la desacostumbrada actividad. Se sacó la

tierra y la sangre de las manos, cuidando de limpiarse en la hierba en vez de en su ropa, y miró al cadáver a su lado. Nunca había visto uno de cerca. Había una inmovilidad en él aterradora y que no podía confundirse con la simple pérdida de consciencia.

Se puso primero de rodillas y luego de pie, con esfuerzo, sacudiéndose la hierba y los pedacitos de hojas de su ropa y agarró su Coca-Cola y el vaso de la mesa del patio. Con un paso tan decidido como el de Richard, se dirigió a su coche, se subió a él y se marchó.

Sábado, 21 de julio, 20:00 h, McLean, Virginia.

No le había llevado mucho tiempo a Jake conseguir los nombres de los investigadores climáticos. Todo lo que había hecho para evitar el protocolo había sido telefonar a Tom Taylor. Todavía no estaba seguro de quién demonios era Taylor, pero la microficha original, con los nombres, le había sido entregada en una hora, junto con la noticia de que, varias horas antes, el alcalde había anunciado un plan de evacuación voluntario. Jake ignoró el dato y regresó a su investigación sin otro pensamiento.

Los integrantes del grupo de investigación lo habían sorprendido, pero dos de ellos destacaban sobre los demás, haciendo que su cerebro se acelerara. Richard Carlisle, el Meteorólogo del País, y Carter Thompson, el Señor Vaqueros Verdes con miles de millones de dólares.

Ambos eran figuras conocidas y respetadas a nivel nacional, pero ninguno había estado vinculado con investigaciones climatológicas, al menos públicamente. Sin embargo, ambos tenían relación con Kate Sherman, y ella estaba despertando un vivo interés entre los seguidores de teorías conspirativas mientras se acercaba demasiado a lo que se podía denominar seguridad nacional.

Podía ser una coincidencia.

Pero también podía no serlo.

Trató de sacarse de encima el frío que le había anudado la boca del estómago, y volvió a su cubículo, varios pisos más arriba, para empezar a revisar sus datos a la luz de la reciente información. Dos horas después, se encontró mirando fijamente uno de los monitores, preguntándose si su cerebro estaba exhausto y estaba viendo cosas que no existían o si se había topado con algo que antes había pasado por alto. A esas alturas, estaba dispuesto a considerar casi cualquier cosa.

Las tormentas que había estado analizando habían tenido lugar a lo largo de varios meses y en áreas dispersas limitadas por el Ecuador, el norte de Francia, la Costa Oeste de los Estados Unidos y el extremo oriental de África. Si eran tormentas fabricadas por el hombre, la variedad de las mismas podía haber sido un esfuerzo

deliberado por ocultarlas. Cuando ordenaba la lista por fechas, era un reflejo de clima azaroso pero normal. Pero cuando colocaba la lista según la ubicación de las tormentas, independientemente de las fechas en las que habían tenido lugar, notó que aparecía un patrón de conducta. La hora en que se habían originado. Y cuando era traducida a la hora universal, esa franja horaria era aún más evidente: independientemente del mes, año o ubicación geográfica, cada una de las tormentas había dado comienzo dentro del mismo lapso de dos horas.

Desde una perspectiva meteorológica, ésa era una correlación muy difícil. Las tormentas podían aparecer en cualquier momento según las condiciones locales, y aunque, en ocasiones, pudiesen dar la sensación de seguir un patrón, actuaban completamente al azar. Pero desde una perspectiva lógica, parecía evidente que se podía ayudar a triangular la ubicación de quien lo estaba llevando a cabo. El horario correspondía al comienzo de la noche en Oriente Próximo, al inicio de la tarde en África, a finales de la mañana en Inglaterra y a antes del amanecer en los Estados Unidos continentales.

Le habían dicho que asumiera que las operaciones tenían su base dentro de las fronteras de los Estados Unidos.

Tomó su taza de café, se dio cuenta que habían pasado horas desde la última vez que lo había llenado y la dejó.

«Podría ser que nuestros amigos se levantaran temprano.

»Podría ser que prefieren que haya poco tráfico en sus canales de comunicación.

»O quieren permanecer al abrigo de la naturaleza mientras actúan dentro de nuestras fronteras».

Si no hubiera sido por el genio de Wayne para detectar discrepancias apenas observables, la mayoría de estas tormentas habrían pasado desapercibidas por cualquiera que no fuera un experto en el clima local, y nadie sin una razón para hacerlo podría haberlas agrupado como él lo había hecho. Y, en grupo, sus similitudes impresionaban, lo cual, si se pensaba que podría tratarse de un esfuerzo coordinado, producía escalofríos.

Jake volvió a revisar la lista de lugares, aunque ya se la sabía de memoria. Ninguna de las localizaciones era urbana; se trataba, en su mayoría, de zonas rurales o deshabitadas, convirtiéndolas en perfectas áreas de experimentación. Las tormentas que habían tenido lugar dentro de Estados Unidos habían empezado antes del amanecer, por lo que su comienzo había resultado invisible para los habitantes locales. Los ciclos naturales de convección de la mañana habían ayudado a disimular aún más la brusca intensificación de las tormentas.

Excepto la reciente tormenta del Valle de la Muerte, las tormentas con base en Estados Unidos no habían causado víctimas y sólo moderados daños materiales. Eso las convertía en noticia de escasa relevancia para los medios. Y si los medios no les

prestaban atención, tampoco lo hacía el resto del mundo.

Maldita sea. Fuesen quienes fuesen estos terroristas, no eran académicos en una torre de marfil. Jugaban para ganar.

Volvió a examinar las imágenes de satélite de la más reciente tormenta en Estados Unidos, en el Valle de la Muerte. Pasando las imágenes de radar e infrarrojas de forma simultánea en dos monitores junto a las mediciones tomadas a nivel del suelo en un tercer monitor, las fue revisando lentamente, casi foto por foto. Observó la cubierta de nubes y la banda de lluvia desde las lecturas de radares, comparándolas con la velocidad y dirección del viento, la humedad relativa y luego con la temperatura central y los relámpagos. No sabía qué era lo que esperaba encontrar, pero, como había dicho el juez Potter Stewart sobre la pornografía, Jake tenía la impresión de que sabría lo que estaba buscando en cuanto lo viera.

Una hora después, con los ojos ardiéndole por el reflejo de las pantallas, lo vio al ampliar la imagen y revisarla cuatro veces hasta asegurarse de que no estaba alucinando.

No lo estaba. La adrenalina surcó sus venas y su cerebro entró en alerta roja. Allí, en los segundos previos a la intensificación, aparecía un punto de luz, diferente al resto de los relámpagos. Analizándolo con mayor resolución fotográfica, el fino rayo mostraba poseer más calor que cualquiera de los rayos observados durante la tormenta, duraba un segundo menos que un rayo normal y parecía dirigirse al centro de la célula de convección. Y el vector calórico era en línea recta.

Los rayos nunca viajaban en líneas perfectamente rectas.

Dejando la imagen congelada en el monitor, Jake pasó a otro monitor y tecleó una rápida orden para revisar los datos compilados sobre todos los relámpagos. Revisando cientos de líneas de datos, fue disminuyendo la velocidad hasta que llegó a la franja horaria significativa y escaneó los números con cuidado, aumentando su tamaño en pantalla, para asegurarse de verlos correctamente.

«Nada».

Se reclinó en la silla durante un instante, respirando como si acabara de subir corriendo unas escaleras.

«Sólo un tipo de maquinaria puede producir ese tipo de impulso calórico con ese tipo de trayectoria.

Los muy hijos de puta estaban usando una especie de láser».

Apoyó las manos otra vez sobre el teclado y comenzó a revisar los datos disponibles para cada una de las tormentas. Una hora y media más tarde, había corroborado su hallazgo en todas las tormentas locales y en todas las tormentas en el exterior que le fue posible. Los parámetros eran lo suficientemente similares a los experimentos de los años setenta como para pensar que fueran más tardíos.

«Señor Taylor, tenemos una respuesta».

Capítulo 35

Simone continuó su mortal y destructiva marcha hacia el norte, junto a la costa estadounidense, aplastando casas, negocios y vidas sin dar explicaciones o pedir disculpas. Sacudiéndose cualquier reticencia, cambió repentinamente de rumbo cuando llegó a la ciudad sureña de Charleston, en Carolina del Sur, y dejó que sus vientos se adentraran en ella. El ojo de la tormenta, ese centro tranquilo, no llegó a tocar tierra, prefiriendo enviar su tarjeta de presentación, un devastador frente de tormenta, como adelanto. La ciudad, habituada a enfrentarse a los imponentes efectos de la furia marina y fortificada contra ellos, se mantuvo firme. Sus habitantes, los pocos que todavía quedaban, trataron de guarecerse contra las fuerzas combinadas de viento y agua.

La pequeña constelación de islas costeras con lujosas mansiones recibió el peso de la fortalecida tormenta; las fachadas de las casas con balconadas y cristaleras sufrieron el impacto. Los costosos escombros fueron esparcidos con abandono a lo largo de las playas erosionadas y luego lanzados a tierra firme para bloquear caminos y jardines inundados bajo la ira de un mar sin luna y embravecido. Árboles que habían resistido más de un siglo de tormentas se partieron, y sus copas volaron por el aire como si fueran de paja, sus troncos se estrellaron contra el suelo, derrumbando casas, aplastando coches, cortando cables. El agua entró en hogares que durante décadas habían quedado intactos, atrapando a sus aterrados habitantes, que subieron corriendo por refinadas escaleras curvas, diseñadas para descensos elegantes. El hierro forjado perdió todo su encanto cuando barrotes y chimeneas fueron arrancados de sus anclajes de ladrillo y lanzados como misiles contra paredes y persianas, enterrándose en todo aquello que no se rompiera a causa del impacto.

Los vientos llegaron a los suburbios en tierra firme, atrapéndolos en un abrazo mortal. Fila tras fila de casas nuevas fueron arrancadas de sus cimientos, explotando y desmoronándose como casas de muñecas destruidas por niños indisciplinados, dispersando obscenamente su contenido a lo largo de varios kilómetros. Oleadas de fangosas aguas se elevaron más allá de las peores predicciones de los burócratas, imponiendo su hedor y su violencia en las escuelas donde miles de personas se apretujaban, aferrados a las falsas promesas de seguridad. Los tejados fueron arrancados como papel de aluminio, dejando libre la entrada de torrentes de agua y escombros. Los padres aterrados abrazaban a sus hijos aterrorizados, y los ancianos eran abandonados a su suerte cuando las aguas los ahogaban por debajo y los castigaban desde arriba. La sucia corriente bloqueó su huida, manteniendo cerradas puertas que debían abrirse, transformando anchos pasillos en riadas y convirtiendo las escaleras en furiosas y mortales cataratas.

Revolviéndose en las demasiado cálidas aguas continentales de escasa

profundidad, *Simone* aumentó su velocidad y se estrelló contra los bancos arenosos de Carolina del Norte con una furia más allá del alcance de las palabras antes de volver hacia el mar y reanudar su marcha paralela a la costa. Los habitantes de las costas más septentrionales, en Norfolk y Richmond, se desplazaban hacia tierras más altas, con la débil esperanza de librarse de la furia de la tormenta.

En la capital del país, la recomendación de evacuación había sido reemplazada por la obligatoriedad, y las rutas hacia el norte y hacia el oeste estaban inundadas y repletas de ansiosos habitantes y aterrados visitantes. La lluvia caía sobre la ciudad empapada, inundando incluso los tranquilos y exclusivos barrios altos, convirtiendo las calles de las colinas en torrentes y cascadas de agua sucia. Las olas se estrellaban contra los escalones más altos del Jefferson Memorial habiendo ya anegado la elegante Elipse. El monumento a Washington se erguía orgulloso, un pálido y estrecho obelisco a oscuras en la cima de una pequeña colina verde que continuaba reduciéndose a medida que crecía el diluvio sin precedentes.

Los yates flotaban sobre los puertos deportivos que salpicaban las orillas del Potomac. Inclutados en ángulos precarios cuando sus amarras los empujaban hacia abajo en un simulacro de seguridad, se balanceaban contra los pilares, golpeándolos varios metros por encima de sus protecciones metálicas. El aeropuerto nacional había cerrado, al quedar sus pistas principales sumergidas bajo agua semisalada y enormes cantidades de despojos escupidos por la agitación y la marea del Potomac.

La ciudad de Nueva York, que no era ajena ni a la devastación ni a las amenazas, ni miedosa a la hora de defenderse, recomendó a sus ciudadanos que consideraran la posibilidad de refugiarse en zonas apartadas de la costa, teniendo en cuenta el creciente alcance de *Simone*. Y los neoyorquinos, gente dura e incapaz de abandonar su ciudad, ignoraron la recomendación.

Y entonces *Simone*, furiosa, la cambiante *Simone*, se lanzó hacia el océano y hacia ese río nutricio y tibio que lo atravesaba, la Corriente del Golfo. Doce horas más tarde, robustecida y confiada, la tormenta que una vez había sido perezosa se había convertido en un monarca descontrolado y los meteorólogos reconocieron con reticencia que ahora había alcanzado la categoría 5.

Capítulo 36

Domingo, 22 de julio, 5:20 h, Midtown, Nueva York.

Carter estaba sentado en su apartamento de Midtown, mirando por el gran ventanal a la irregular hilera de rascacielos y carteles de neón que nunca dejaban de brillar. El cielo de la mañana estaba cubierto y de un color gris oscuro, con gruesas nubes. Las primeras lluvias auténticas desde que *Simone* emprendiera la marcha y la evacuación obligatoria de la ciudad fuera discutida con intensidad creciente en los medios, mientras los comentaristas hablaban sin descanso con una orgásmica necesidad de ser los primeros en anunciar la posible orden.

No había dormido mucho durante la noche. Había estado demasiado ocupado examinando las discusiones sobre la tormenta en los blogs sobre el clima y en los de conspiraciones, y si había algún indicio en el trabajo de Kate que pudiera apuntar en su dirección. Hasta el momento, nada. De hecho, todo parecía indicar hacia experimentos gubernamentales.

El irreal buen tiempo que el país había disfrutado a principios del verano no había pasado desapercibido para los teóricos de la conspiración, los grupos ecologistas y los meteorólogos renegados, y sólo habían fortalecido los argumentos y las acusaciones lanzadas contra el gobierno durante más de una década, que el HAARP, la serie de antenas del gobierno en la lejana Gakona, Alaska, estaba siendo utilizada para alterar el clima. La diferencia era que ahora, incluso la comunidad científica seria estaba preocupada por el prolongado y artificial flujo hacia el norte de la corriente en chorro. Su repentino y relativamente reciente retorno a la normalidad había sido seguido muy de cerca por un dramático aumento del mal tiempo. No debería haber sorprendido a nadie; las tormentas localizadas solían formarse en el Caribe y en el Golfo, naciendo de las aguas cálidas y sobre la tierra para después estrellarse contra los frentes fríos que descendían desde las Rocosas.

Pero eso no había sucedido ese verano. Las aguas del Golfo, que habían alcanzado temperaturas récord, deberían haber liberado ese calor gracias a las típicas tormentas de verano, pero lo habían hecho hacía poco. Y ahora estas tormentas tardías eran más grandes y aunaban fuerzas con el caos atmosférico creado por *Simone*. Y el hilo conductor que circulaba en todas las discusiones era la causa de todo eso. La única explicación que aparecía en forma recurrente era el HAARP.

Durante siglos, la corriente en chorro, un flujo constante de aire relativamente estable, se había dirigido hacia el Este desde Canadá y Estados Unidos, variando de forma estacional como la ropa mojada en un tendal, arqueándose y descendiendo de acuerdo a las múltiples combinaciones de millones de variables en constante transformación. Lo único que nunca había cambiado de forma significativa era el

movimiento general. Décadas de control lo mostraban, y lo demostraban. Nunca en la historia escrita había disminuido de forma tan dramática y permanecido virtualmente inmóvil durante tanto tiempo, manteniendo patrones climáticos benignos para todo un continente.

Como les gustaba señalar a los pensadores liberales y a los usuarios de los blogs, nunca había habido gobierno alguno que contase con los medios para hacer que esto fuera posible.

También había que decir que el ciudadano medio, tanto urbano como rural, no se había quejado antes de que *Simone* entrara en escena. ¿Por qué habría de hacerlo, cuando el país llevaba dos meses disfrutando de perfecto clima veraniego? Las cosechas habían crecido con rapidez y en abundancia. El sector turístico había florecido. Los trabajadores que habían encontrado empleo habían aumentado y la criminalidad se había reducido, y los políticos se habían acostumbrado a recibir alabanzas de los felices votantes.

Los críticos conservadores de la televisión dejaron de lado calentamiento global como si fuera una estrategia atemorizante, mientras que los tele evangelistas intentaban aumentar sus ganancias declarando que era la calma que precede a la apocalíptica tormenta. Mientras tanto, Europa temblaba a causa de uno de los veranos más fríos de la historia al tiempo que México se marchitaba bajo una sequía interminable.

A Carter no le importaba nada de eso. Él tenía asuntos más importantes en mente. Como la arrogancia del presidente, jugando con el clima del planeta para aumentar su popularidad. Como el modo en el que *Simone* iba a darle a aquel hombre una lección que nunca olvidaría. Si es que sobrevivía.

El presidente sobreviviría, sin duda. La capital de la nación ya empezaba a notar la lejana pero innegable presencia de la furia de *Simone*, y el presidente y su familia ya habían sido trasladados a un lugar seguro. También el vicepresidente, el gabinete y la mayor parte del Congreso. La población sería la más perjudicada.

Carter observó la oscura silueta de los edificios y trató de encauzar su furia. Él prevalecería. Los meteorólogos ya estaban fascinados con su criatura. Ella había crecido mucho más rápido de lo que Carter había previsto, considerando, sobre todo, que Raoul había fracasado al ejecutar la operación tal como se le había ordenado. Sin embargo, como si apoyara los planes de Carter, *Simone* había pasado a categoría 5 *motu proprio*. La añadida descarga del láser, cuando tuviese lugar —y lo tendría—, incrementaría más allá de cualquier expectativa lo que ya crecía de forma natural. Tal vez fuera preciso crear nuevas categorías. Quizás categoría 6 o incluso categoría 7.

La intensificación natural que había sufrido *Simone* sólo serviría para disimular sus actividades.

Se alejó de la ventana, dejando vagar su mente. Durante años le había dicho a

todo aquel que había querido escucharle que todo lo que el mundo necesitaba era un accidente nuclear para que la vida en la tierra, tal como se la conocía, fuera un recuerdo, reemplazado por un lento, horripilante y omnipresente escenario de muerte. Pocos le habían prestado atención. Winslow Benson lo había hecho, y había utilizado y modificado la información corrompiéndola hasta dejarla irreconocible, y la había echado a la arena pública arremetiendo contra la reputación de Carter de tal forma que lo había quemado con radiactivo fervor. Como el propio tema, el retorcido argumento de Winslow Benson, poseía una vida duradera y pernicioso, y había sido presentado como «contrapunto» en todas las discusiones desde entonces. Seguía siendo corrosivo hasta la fecha. Pero no por mucho tiempo.

Carter iba a triunfar muy pronto. En menos de una semana todos verían los resultados de lo que Winslow Benson apoyaba: la energía nuclear. La destrucción del medio ambiente sería tan terrible que no existirían palabras para describirla. La contaminación radiactiva mortal duraría más que lo que le quedara de vida a la humanidad sobre la tierra.

Tras mirar su reloj, Carter se dirigió a la ducha. Terminaría los asuntos pendientes con Davis Lee y Kate, y luego volvería a Iowa, en donde permanecería, rodeado de su familia, hasta que el holocausto se pusiera en marcha. Cuando el cuerpo de Richard Carlisle fuera descubierto, si es que sucedía, Carter ya se habría marchado.

Domingo, 22 de julio, 6:00 h, DUMBO, Brooklyn.

A Kate nunca le habían gustado las sorpresas, y oír la voz de Jake Baxter al otro lado de la línea de su móvil a las seis de la mañana de un domingo no auguraba nada bueno. El hecho de que la estuviera llamando desde su coche en la calle, delante de su piso, era todavía más sospechoso.

Ella lo hizo entrar. Había aprovechado los escasos minutos que Jake tardó en subir al cuarto piso para vestirse y cepillarse los dientes. Su cabello tendría que esperar.

Cuando abrió la puerta, allí estaba él. Tenía tan mal aspecto como ella, pero parecía aún más cansado.

—Hola.

La expresión de Kate no era precisamente de bienvenida, aunque la de él parecía de todo menos compungida.

—Supongo que no traerás flores en tu mochila.

Él frunció el ceño confundido.

—No. Mi ordenador, un cepillo de dientes y ropa interior limpia.

Ella se apartó y le hizo un gesto invitándolo a entrar en el apartamento.

—Voy a preparar un poco de café. ¿Quieres un poco o ya has tenido suficiente?

—Si tienes el mismo que...

—No es el café del supermercado. Se lo compro a un pequeño etíope en el Lower East Side, que tuesta su propio café.

—Entonces tomaré un poco —replicó, dejando su mochila en el suelo y mirando a su alrededor—. Bonito lugar.

—Gracias. —Kate cerró la puerta y recorrió la breve distancia hasta su minúscula cocina—. ¿Qué tal el viaje?

—Duró algo más de cinco horas. Washington y la costa este de Maryland están siendo evacuadas obligatoriamente. Malos conductores, lluvias intensas y una generalizada sensación de pánico han provocado que el viaje hacia el norte se haya hecho eterno. Creo que todos los hoteles desde el puente Delaware Memorial hasta el George Washington se han quedado sin habitaciones libres.

—Bueno, todos tendrán que salir de Dodge. ¿Has oído las últimas noticias?

—No. Necesitaba un descanso y he venido escuchando música estas últimas horas.

—No tocó tierra como todos predijeron. Dio media vuelta en las costas de Carolina del Norte y se dirigió directamente hacia la Corriente del Golfo. Ha alcanzado la categoría 5 y está aumentando la velocidad de su desplazamiento.

Jake miró a Kate con el ceño fruncido.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estabas despierta cuando te llamé?

Ella terminó de echar el café en la cafetera y lo miró.

—No. Me levanté hace unas horas un momento. Mi hermana vive en Los Ángeles y trabaja en el tercer turno. A veces se olvida de que la gente normal suele dormir en ese horario. Estuve mirando en Internet antes de volver a acostarme. ¿Qué es tan urgente para interrumpir mi sueño?

—Sí, ah, lo siento.

—Eso dices —replicó secamente—. ¿Entonces?

—Terminé de leer tu trabajo y me di cuenta de que al final había una nota de agradecimiento a Richard Carlisle.

Ella lo miró por encima de su hombro y observó cómo se reclinaba sobre la minúscula encimera.

—Fue uno de mis profesores en Cornell. Seguimos en contacto. El es el meteorólogo de AM/USA.

—Sé quién es. —Hizo una pausa—. Si no te molesta la pregunta, ¿hasta qué punto sois amigos?

«¿Qué les pasa a todos los hombres?». Ella guardó el pequeño paquete de café en la nevera y apoyó las manos en sus caderas.

—¿Disculpa? Por supuesto que me importa. ¿Qué clase de pregunta es ésa? Acabamos de conocernos. ¿Apenas te conozco y ya me preguntas por mi vida

privada?

Él tuvo la suficiente cortesía de parecer algo avergonzado.

—Lo siento. No te lo pregunto porque quiera meterme en tu vida, Kate. Él trabajaba para el gobierno, realizando investigaciones meteorológicas, antes de empezar a dar clases. Pensé que te podía haber comentado algo sobre las tormentas.

—Sé que trabajó para la NO A A cuando comenzó, pero nunca habla del asunto —respondió alzando un hombro—. Su único comentario con respecto a mi ponencia fue para decirme que no la escribiera.

—¿Por qué?

—Me dijo que me convertiría en modelo de los dementes del mundo. Desgraciadamente, creo que tiene razón. El resumen del trabajo apareció en la página del congreso en Internet hace unas pocas semanas, y ya he recibido docenas de solicitudes del texto completo. Y para que te quede suficientemente claro, muy pocas direcciones de correo terminan en «.edu». —Ella terminó de echar agua en la cafetera y la encendió, dándose luego la vuelta para mirarle de frente—. ¿Por qué no me dices por qué has venido hasta aquí, Jake? Me podrías haber preguntado sobre Richard por teléfono.

Él la miró a los ojos durante varios minutos. Después se encogió de hombros, por lo que ella se preparó para una mentira.

—Tienes razón. Tengo otras preguntas que no quería hacer por teléfono. —Dudó unos segundos—. Estuve trabajando ayer todo el día hasta la hora de salir para aquí. ¿Podría darme una ducha antes de que hablemos?

Veinte minutos más tarde, él estaba duchado y ella vestida y estaban dando los primeros pasos entre chaparrones por el puente de Brooklyn para observar qué sucedía en Lower Manhattan cuando hay una orden de evacuación obligatoria. Había sido idea de Jake. Decididamente, aquel hombre estaba loco.

—¿Por qué no hay nadie en las calles?

—Son las seis y media de la mañana del domingo. Acaban de llegar a casa —masculló.

—Existe una orden de evacuación.

Ella no miró.

—No para todos, sólo para los que viven en la costa, como mis padres.

—¿Por qué no los estás ayudando a que evacuen?

—Porque todavía no se han levantado. Después tienen que ir a misa. Y quizás entonces empiecen a pensar en el asunto. —Se encogió de hombros—. Esto es Nueva York. La gente no se asusta por los grandes acontecimientos. ¿No ha abierto todavía la pastelería de la esquina? Eso sí podría dar inicio a un revuelta social.

—Se aproxima un huracán de categoría 5.

Ella se encogió de hombros y tomó un trago de su café. Nunca sabía tan bien en

un vaso térmico como en una taza de verdad.

—Ya basta de cháchara. Quiero saber qué sucede —dijo Kate secamente.

—No te lo puedo decir todo... —comenzó.

—¿Por qué no? —exigió.

Él la miró sorprendido.

—Iba a empezar a explicarte, ¿vale? Déjame hablar.

Ella hizo un gesto exasperado con los ojos y tomó otro sorbo de café.

—No puedo contártelo todo porque no lo sé. Eso es lo que intentaba decirte. Trabajo para una agencia gubernamental como meteorólogo forense. Mi interés por las tormentas sobre las que hablamos tiene que ver con investigaciones meteorológicas actuales.

«No sabe mentir». Ella lo miró.

—Ya hemos hablado de esto el otro día, Jake. ¿Qué tipo de investigaciones?

Él empezaba a parecer irritado, aunque quizás sólo estuviera molesto por haber dormido poco.

—¿Podrías dejar de interrumpirme?

—Bueno, ve al grano. Comenzaste a hacerme preguntas extrañas sobre las tormentas cuando terminé mi exposición. Y ahora apareces en mi casa con un puñado de preguntas. Si estuvieras intentando liarte conmigo, me imagino que tu estrategia sería diferente. Entonces, ¿de qué se trata? Y no quiero más mentiras. Eres un pésimo mentiroso —concluyó con dureza.

Él se atragantó con el café, y cuando por fin pudo hablar su voz le salió algo entrecortada.

—Quiero saber todo lo que puedas contarme sobre Carter Thompson y Richard Carlisle.

Ella frunció el ceño.

—No puedo contarte nada.

—No me jodas.

—Eh, que no soy yo quien está pidiendo favores. Y un cambio de actitud tal vez funcionaría mejor —replicó irritada.

—¿Tú crees quejo tengo que cambiar de actitud?

—¿De verdad has venido hasta aquí para hablar de Carter y de Richard? —Sacudió la cabeza—. Bueno, está bien. Lo cierto es que sé sobre Carter lo mismo que sabe el resto. Es una figura pública que he visto de lejos unas cuantas veces en actividades de la empresa. Nunca he hablado con él.

—¿Nunca?

—No. Sí. Quiero decir, nunca. Sé que me conoce porque estaba enfadado cuando me equivoqué al no predecir esas tormentas. Y le envié una copia de mi trabajo...

—¿Cuándo? —quiso saber Jake.

—¿Qué te ocurre? Se lo envié la noche antes de salir para la conferencia.

—¿Se ha puesto en contacto contigo desde entonces?

—No lo sé. No he estado en casa el tiempo suficiente para mirar mi correo electrónico desde que regresé de Washington.

—Vayamos a verlo.

—Por supuesto que no. —Ella se cruzó de brazos y se negó a cambiar de idea—. Quiero saber de qué va esto o llamo a la policía.

El abrió los ojos desmesuradamente.

—¿A la policía? ¿Por qué demonios ibas a llamar a la policía? ¿Crees que soy...?

—Lo que creo es que te conocí el viernes en un congreso. Allí me asustaste, y ahora llegas a la puerta de mi casa a las seis de la mañana del domingo hablando con tanta coherencia como uno de los dementes que me envían correos con direcciones como el `hombredelmaltiempo@conspiraciones.com`. Dices que trabajas para una agencia gubernamental como meteorólogo forense. Pues bien, tal vez sea cierto, ¿pero cómo sé que dices la verdad? Podría ser la Oficina Federal de Investigaciones de las Cloacas. —Se encogió de hombros—. Y ahora estamos en un puente elevado sobre aguas profundas, supuestamente porque crees que hay micrófonos en mi apartamento o algo así. Dime tú qué se supone que debo pensar, Jake. Mejor aún, dime qué demonios está sucediendo.

Él la miró en parte mortificado y en parte irritado, pero, sobre todo, la miró como si se hubiera quedado sin palabras. Y Kate no parecía dispuesta a ser indulgente. Finalmente, dejó escapar un hondo suspiro.

—He estado investigando minuciosamente esas tormentas que has analizado, Kate, así como muchas otras. Hay una marca en cada una de ellas que sugiere que su intensificación no fue natural, tal como insinúas en tu trabajo.

Algo en su mente hizo que frunciera el ceño.

—¿Qué tipo de marca?

Él dudó, lo cual no la tranquilizó.

—Un estallido de calor.

—Yo no encontré nada de eso. ¿Qué tipo de estallido?

—No puedo decirte nada más sobre ellos. Al menos no todavía. Pero me tropecé con lo mismo en unos antiguos experimentos que sugieren que Carlisle podría saber algo sobre tormentas con similares patrones de intensificación.

—Nunca me dijo nada al respecto.

—No me sorprende. Las investigaciones que llevaba a cabo no eran del dominio público.

Todo lo que estaba oyendo le generaba más preguntas en la cabeza y mayores retortijones en el estómago.

—¿Qué relación tiene esto con Carter Thompson?

—Trabajaron juntos en la investigación.

Kate frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Afirmativo. Ambos nombres aparecen en los informes.

—Eso es muy extraño.

—¿Por qué?

Ella tomó un largo trago de café, sin estar muy segura de lo que iba a decir sin hablar primero con Richard.

—He visto muchas veces a Richard desde que me trasladé a Nueva York hace unos diez años —dijo con lentitud—. Nos reunimos, por lo menos, una vez al mes, nos mandamos correos electrónicos y hablamos por teléfono con mucha frecuencia, y nunca mencionó que conocía a Carter. Podría ser otro...

—Kate —la interrumpió suavemente Jake—, son éste Richard y éste Carter. Lo he confirmado. Necesito hablar con Richard. ¿Podrías arreglarlo?

Ella asintió lentamente.

—¿Y qué sucede con Carter?

—Tengo que hablar también con él, pero creo que lo haré más tarde.

—¿Qué hay de los estallidos de calor para incrementar la temperatura?

—No puedo hablar de eso.

Ella se apartó el pelo con el que el viento jugueteaba.

—No hay problema. Probablemente pueda averiguarlo por mí misma —dijo con aire indiferente—. Es decir, ¿cuántas formas de calor puede producir una tormenta en ciernes? Tendría que ser algo natural, algo como metal en la superficie que estuviera irradiando calor absorbido durante el día. No fue una bomba, porque eso no se puede ocultar. ¿Qué otra cosa puede haber sido? Si nuestro gobierno no sabe lo que es, eso quiere decir que la maquinaria pertenece a otros. ¿Es algún rayo mortal del espacio exterior que inventaron los rusos? Mierda, Jake, dime para quién trabajas —exigió—. ¿A quién crees que se lo voy a contar?

—Ahora no te lo puedo decir. Tal vez más adelante.

Dejando escapar un exagerado y exasperado suspiro, alzó la vista al cielo.

—Esto es una locura. No me lo puedes decir ahora. ¿Qué significa eso? ¿Que me lo puedes decir pero después tendrás que matarme? Vamos, ¿es la CIA? ¿el FBI? ¿la DEA? ¿Alguna otra agencia de tres letras? ¿Qué significa que no me lo puedes decir?

Él no dijo nada y comenzó a caminar de vuelta por donde habían venido. Kate lo vio alejarse mientras algo le cosquilleaba en el fondo de su mente.

Salió detrás de él y lo agarró del brazo al llegar a su lado.

—Son aviones, ¿verdad? Me preguntaste por qué había investigado si había aviones en la zona.

—No voy a seguir con esto...

—¿Podría hacerlo alguien en un avión? ¿Bombardear una tormenta en ciernes?

—No lo sé.

—Mira, hemos empezado mal. No te estoy diciendo que no vaya a ayudarte. Te ayudaré, Jake. Pero tienes que ser sincero conmigo.

—Ya te he dicho que no puedo. Ahora no. Necesito más información y más respuestas antes de poder decirte algo más que meras hipótesis.

—En ese caso, Carter podría tener más respuestas que Richard —le soltó.

Él se detuvo de golpe y ella chocó con él.

—¿Por qué?

Kate dio un paso atrás y tomó aire.

—Porque financia una fundación que se ocupa de reforestaciones. Una de las chicas de la empresa me lo comentó hace unos días. Ella lo está investigando para un trabajo.

Él la miró.

—¿De qué estás hablando?

—Él financia una pequeña fundación que examina distintos modos de acabar con la desertificación y la deforestación de las selvas tropicales. ¿Acaso una gran parte de eso no dependería de las lluvias? Él podría estar a la cabeza de este tipo de investigaciones. Es decir, todas esas tormentas tienen que ver con lluvias fuera de lo común e inesperadas, ¿no es cierto? Si él sabe quién está trabajando en ese tipo de investigación meteorológica, podría saber quién está detrás de las tormentas. O quién podría estarlo.

Por un momento, pareció que Jake iba a taladrar con los ojos a Kate.

—¿Puedo hablar con esa mujer? ¿La que está haciendo ese trabajo?

—Si está en la ciudad. La llamaré más tarde, cuando la gente normal se despierte.

Hicieron el resto del breve recorrido de vuelta a su apartamento en relativo silencio, llegando a la manzana de su edificio antes de que la esperada lluvia comenzara a caer. Kate casi podía escuchar los engranajes dar vueltas en el cerebro de Jake, y sabía que iba a pasar algún tiempo antes de que él tuviera algo coherente que decir. Probablemente era como la mayoría de los hombres: cuando ocupaba su cerebro al máximo, su capacidad para atender a varias cosas a la vez dejaba de existir.

Una vez dentro del apartamento, Kate tomó el mando a distancia y encendió el televisor mientras iba de la sala al dormitorio.

—Voy a darme una ducha. Quédate a ver los programas dominicales tipo *Grill the Hill*, si es que no se han ido todos hacia las tierras altas. —Ella atrajo su atención agitando el mando, y luego dejándolo a la vista, sobre la mesita de centro—. Estaré lista en diez minutos, y después quiero respuestas. Verdaderas respuestas.

Capítulo 37

Domingo, 22 de julio, 6:40 h, DUMBO, Brooklyn.

El viaje a Nueva York empezaba a parecerle un error. Kate estaba resultando ser bastante molesta con dos malas costumbres: interrumpirlo en mitad de la conversación y hacer demasiadas preguntas. Pero las noticias sobre las investigaciones de Carter tal vez le suministraran algunas pistas.

Jake tomó el mando de la televisión y, por costumbre, zapeó por las cadenas hasta llegar al Canal del Tiempo. Uno de los muchos expertos sobre fenómenos climáticos graves, un amigo de la universidad, estaba en pantalla. Jake subió el volumen mientras observaba cómo el ratón de la pantalla trazaba un círculo rodeado de flechas en dirección contraria a las agujas del reloj sobre una mancha roja de tamaño considerable que avanzaba por la Costa Este de Estados Unidos.

—... aumentando rápidamente por la noche tras entrar en la Corriente del Golfo y ha continuado avanzando en dirección norte paralela a la costa. En estos momentos, *Simone* está a unos ciento setenta kilómetros frente a las costas de Richmond, Virginia. El Centro Nacional de Huracanes la ha elevado de categoría 4 a categoría 5 durante la pasada noche. Los vientos constantes soplan a doscientos kilómetros por hora, y cuenta con un compacto y muy desarrollado muro en torno al ojo de la tormenta, como puede apreciarse en pantalla. ¿Jim?

Dio paso a uno de los presentadores, que miró con expresión seria a cámara.

—Gracias, Paul. Mientras continuamos con nuestra cobertura del huracán *Simone*, queremos ofrecer nuestras condolencias a las familias de las veintidós personas cuyas muertes han sido atribuidas a la tormenta, y apremiamos a los habitantes de las zonas que puedan ser afectadas para que tomen las precauciones necesarias y busquen refugio. Aunque la tormenta todavía no ha tocado tierra, las bajas zonas costeras desde los cayos de Florida hasta los Outer Banks han sufrido enormes daños por los vientos y las marejadas. Washington, D.C. se encuentra bajo orden de evacuación obligatoria y las organismos de emergencias de la ciudad de Nueva York y Long Island han emitido órdenes de evacuación obligatoria para los habitantes de las Zonas Uno y Dos, y de evacuación voluntaria a los residentes de la Zona Tres y otras áreas costeras. Los habitantes de la costa de Connecticut a Boston deberán prepararse para enfrentarse a intensos vientos, altas mareas y olas que podrían superar los tres metros. Volveremos con más información sobre el huracán *Simone*.

Jake apretó el botón para silenciar el volumen y observó la imagen de la tormenta que aparecía sobre el logo del canal antes de que comenzaran los anuncios. El incremento era impresionante, pero todavía no estaba fuera de los parámetros de lo

normal. Eso no quería decir que fuera normal, pensó con ironía, porque aquellos dementes podían haberla intensificado con sus sucios trucos. No había tenido tiempo para empezar a investigarlo antes de salir de Washington y estaba ansioso por abrir su ordenador allí mismo, pero sabía que eso sólo conduciría a que Kate le hiciese más preguntas. Ya había soportado suficientes en la última media hora. Además, la información no se marcharía a ninguna parte. Tan pronto como encontrara respuestas a sus preguntas y pudiera sacarse a Kate de encima regresaría a Washington, en donde podría bajar todos los datos y echarles una ojeada.

Se despezó en el sofá de Kate, hizo un poco de zapeo por los canales para buscar más cobertura de la tormenta, y luego cruzó las manos y se dedicó a observar los destrozos.

Vestida pero con el cabello todavía húmedo, Kate había salido de su dormitorio, encontrándose el televisor encendido y a Jake recostado en su sofá, completamente dormido.

«¿Por qué los hombres siempre parecen tan indefensos cuando están dormidos? Incluso cuando son unos cretinos que apenas nos conocen pero, sin embargo, se entrometen en nuestras vidas sin razón aparente».

Haciendo un gesto de frustración y todavía sin saber muy bien cómo actuar ante semejante situación, sacudió su cabeza y se encaminó hacia la cocina para servirse más café. Tras echar una rápida ojeada al reloj, tomó el teléfono. Su padre ya estaría despierto. Tendría que dejar a Jake en alguna parte e ir a casa de sus padres para llevarlos a un refugio. Parecía ridículo. Ella sabía que no dejarían nunca su departamento por voluntad propia, aunque vivían a sólo dos manzanas de la playa. Su padre querría enfrentarse a la tormenta y su madre tomaría su rosario favorito y les pondría escapularios a los dos. Ninguna de las dos cosas sería capaz de desviar los vientos de doscientos kilómetros por hora o las olas de seis metros de altura.

La grave voz procedente del televisor le llamó la atención.

—Y ahora, un avance con las últimas noticias. Conectamos con Oíd Greenwich, Connecticut, en donde el meteorólogo Richard Carlisle fue hallado muerto en su jardín esta mañana...

Convencida de que no había oído bien, Kate movió con fuerza la cabeza, con los ojos fijos en la pantalla.

El rostro de Richard le sonreía desde una foto colocada a la izquierda de la rubia presentadora.

Las palabras que oía no podían ser ciertas.

—... el cuerpo de Carlisle fue descubierto a las dos de la mañana por la policía de Greenwich, que se acercó hasta su casa, alertada por un vecino que se quejaba de los ladridos de un perro. Están tratando la muerte como un homicidio. Carlisle, que vivía

solo en la exclusiva zona de playa de Oíd Greenwich, era una respetada figura en la comunidad de meteorólogos y un apreciado personaje televisivo. Tenía sesenta y seis años. Pasamos ahora a otra noticia de última hora, en Oriente Próximo, durante la noche...

La taza de café se le cayó de las manos, haciéndose añicos a sus pies. Casi no se dio cuenta ni del ruido o la sensación, pero con el rabillo del ojo vio a Jake ponerse de pie de un salto desde del sofá en donde había estado durmiendo hasta hacía unos segundos. Al instante, estaba de pie a su lado.

—¿Qué sucede?

Ella se volvió a mirarlo, y aquel movimiento pareció durar una eternidad, hasta que pudo reconocer su rostro.

—Dijo que estaba muerto —murmuró. La áspera y ahogada voz no parecía ser la suya—. ¿No es eso lo que ella dijo?

—¿Quién ha muerto? Creo que deberías sentarte. Ten cuidado. El suelo está cubierto de cristales rotos —dijo Jake con suavidad, tomándola de la mano y llevándola amablemente hacia el sofá.

—No puede estar muerto.

—Aquí.

Ella sintió las manos de Jake sobre sus hombros, empujándola para sentarla, y luego cómo se doblaban sus rodillas y caía sobre los cojines. Lo miró, sintiéndose como si no fuera ella misma, como si el tiempo se hubiera transformado en algo viscoso. Era la misma sensación que la había invadido cuando vio caer las torres. No podía ser cierto.

—¿Por qué dirían que ha muerto? Cambia a otro canal. Quiero oír cuando digan que todo ha sido un lamentable un error.

—¿Quién dijeron que ha muerto? —volvió a preguntarle, con voz amable, mientras se agachaba frente a ella, mirándola a los ojos.

Ella le devolvió su mirada.

—Richard. Dijeron que Richard está muerto. Y que puede que sea un homicidio.

Jake abrió los ojos desmesuradamente y se puso de pie.

—Kate, quédate aquí. Te traeré un poco de agua.

—No tengo sed, Jake. Quiero cambiar de canal —le dijo, alzando la voz a la vez que su corazón comenzaba a latir más aceleradamente—. ¿Dónde está el mando?

Ella observó, a cámara lenta, cómo él agarraba el mando a distancia y cambiaba de canal hasta que llegó a uno de noticias en donde un periodista estaba de pie bajo la lluvia constante frente al cartel de una calle, Ford Lañe, la calle de Richard.

—Sube el volumen.

—... vivía al fondo de esta calle particular. Los vecinos llamaron a la policía a la una menos cuarto de esta madrugada para quejarse de los ladridos del perro de

Carlisle, y fue entonces cuando su cuerpo fue descubierto en el jardín, aproximadamente a medio camino entre su casa y un pequeño embarcadero. Los vecinos recuerdan haber visto un coche oscuro entrar en la propiedad de Carlisle a última hora de la tarde, y un vecino informó haber oído voces procedentes de los alrededores de la propiedad de Carlisle. Según la policía, no había indicios de que las puertas hayan sido forzadas y el robo no parece haber sido el móvil. La policía ha informado también que no hay señales de lucha, sugiriendo que tal vez Carlisle conociera a su atacante. Desde Old Greenwich, Connecticut, Brian Mitchell para la CNN Noticias.

El aparato quedó en silencio y muy, muy lentamente, Kate volvió la cabeza para mirar a Jake, como entre brumas. Las lágrimas le ardían en las mejillas y un nudo le atenazaba la garganta.

—Jake...

—Lo siento. —Se arrodilló nuevamente en el suelo junto al sofá y la abrazó, mientras ella comenzaba a temblar. No estaba segura de cuánto tiempo permaneció sentada así, llorando, entre la incredulidad y el vacío de la pérdida.

—Kate —dijo Jake finalmente, susurrando a su oído—. Creo que tendrías que venir conmigo.

Ella se apartó y lo miró, secándose las mejillas con la palma de la mano.

—¿Adónde?

—A Washington —contestó él tras un momento.

—No. —Ella comenzó a apartarse, pero sus manos se cerraron con firmeza sobre sus hombros y la sacudió levemente.

—Kate, escúchame —le dijo, en voz baja y grave—. Hay gente que quiere hablar contigo sobre tu ponencia, sobre Richard y sobre lo que te podría haber dicho.

—No. Él no me dijo nada. Necesito ir a...

—Kate —dijo, autoritario, y ella lo miró fijamente, sintiendo que sus ojos se abrían frente a la intensidad de los suyos—. Kate, préstame atención. Necesitas venir conmigo a Washington. *Ahora*. Así que no discutas. Nueva York está bajo orden de evacuación voluntaria. Washington está bajo evacuación obligatoria, pero te llevaré hasta allí a pesar de, literalmente, tormentas y huracanes.

—Pero mis padres...

—Deja que otro se ocupe de ellos.

—No hay nadie —replicó, apartándolo con las manos.

—Tiene que haber. Un vecino, alguien.

—No, yo...

—¡Maldita sea, escúchame, Kate! No sé si tu ponencia, la muerte de Richard y esta tormenta están relacionadas, pero si lo están, corres serio peligro. —Se agachó y subió el volumen del televisor, llenando la sala con la información sobre el último

pesticida, y luego acercó su boca hasta su oído—. No estoy hablando de los Boy Scouts. Estoy hablando de terroristas. Trabajo para la Agencia Central de Inteligencia. Alguien está actuando en estas tormentas, Kate. Alguien las está *creando*. Lo sabemos. Sólo que no sabemos quiénes son. Tú has dicho más o menos lo mismo en tu conferencia. La muerte de Richard puede haber sido un hecho violento fortuito, Kate, pero si no lo es, y si existe alguna conexión entre esas tormentas o tu ponencia, podrías ser un objetivo. Así que deja de discutir conmigo y prepara la maleta.

Domingo, 22 de julio, 7:45 h, DUMHO, Brooklyn.

Kate cerró los ojos, sin querer ver todas las luces traseras de los coches que se deslizaban delante de ellos, avanzando a paso de tortuga por el puente por el que habían paseado hacía apenas una hora.

«¿Desde cuándo los neoyorquinos prestan atención a lo que dice el alcalde o algún otro burócrata?».

—Mamá, sé que es temprano y que estás asustada —dijo Kate, con los nervios a punto de estallar, haciendo acopio de su muy escasa paciencia—. Pero esto es serio y tenemos que salir de la ciudad.

—Tu padre no quiere irse.

—No tiene opción —dijo Kate, lenta y enfáticamente—. Tenéis que iros, y ahora mismo, mientras las cosas estén en relativa calma. ¿Ves el viento? Si te parece que es fuerte ahora, dentro de doce horas será mucho peor, y en veinticuatro el agua podría subir hasta el segundo piso. No estoy bromeando, mamá. ¿Me entiendes?

—No me hables como si fuera una niña —se quejó su madre.

—Bueno, deja entonces de actuar como si lo fueras —replicó Kate—. Estoy intentando decirte que no sabemos adónde se dirigirá esta tormenta. Pero si llega a la ciudad, lo cual es muy probable, tú estarías en primera fila para recibirla. ¿Recuerdas las fotos de Nueva Orleans después del *Katrina*? ¿Qué no podías creer que hubiese gente que se quedara? Bueno, tú serías una de esas personas. Vives a dos manzanas de la playa.

—Tu padre...

—Dile que está loco. Dile que no tiene la botella de oxígeno adecuada para respirar bajo el agua —respondió enojada—. Tienes que subirte al coche y dirigirte a casa de tía Molly en Vermont. Lleva agua, comida y mantas, porque puede que tardéis mucho tiempo en llegar. Mantén tu móvil cargado y el tanque de gasolina lleno durante el viaje, ¿vale?

—¿Vendrás con nosotros? ¿Dónde estás? ¿Vienes para aquí?

Ella contuvo el aliento por un momento, luchando contra las lágrimas que la

ahogaban.

—No, yo, eh, tengo que salir de la ciudad por un asunto de negocios.

—¿Un domingo por la mañana? No lo mencionaste la otra noche. ¿Adónde vas?

—Washington. —Cerró los ojos y esperó el grito, que llegó justo al instante.

—¿Washington? ¿D.C.? Katharine, ¿estás loca? Todos se han marchado de Washington, incluso el presidente. ¿Para qué vas hacia allí? ¿Estás sola?

Ella apartó el teléfono de su oído y le echó a Jake, que tenía los ojos fijos en la carretera, una mirada irritada.

—No, no estoy sola. Estoy con alguien del trabajo. El viaje es un asunto repentino. Estaré bien.

Jake la miró y ella hizo un gesto con los ojos.

—Creo que deberías decirle a tu jefe que está loco y venir a Vermont con nosotros.

«Al menos ya se había decidido».

—Estaré bien —repitió Kate con firmeza—. Quiero que salgas de esa casa y te pongas en camino en menos de una hora, ¿entendido? Ve a uno de esos centros de evacuación si te ves forzada a hacerlo, pero aléjate de la playa. Te llamaré dentro una hora, y será mejor que hayas emprendido ya el viaje.

—Veré qué puedo hacer con tu padre.

—Que el señor O'Neal vaya y te ayude y lo amenace con meterlo en el maletero si no quiere marcharse por sus propios medios —respondió con firmeza—. ¿Entendido?

—Le encantará oír algo así. —Hubo una larga y densa pausa al otro lado de la línea—. Katie, ¿has oído lo de Richard?

La voz de su madre era suave y dubitativa, y Kate tragó saliva para deshacerse del nudo en la garganta que intentaba ignorar. Apretó los párpados.

—Sí, lo he oído.

—Lo siento mucho, Katie.

—Gracias, mamá. —Respiró con fuerza y abrió los ojos—. Escucha, te llamo dentro de un rato, ¿vale?

—Bueno.

—Te quiero —concluyó lentamente. Al otro lado de la línea le respondió un silencio.

—Yo también te quiero, Katie. Ten cuidado.

—Lo tendré, mamá. Tú también.

Finalizó la llamada y apoyó la cabeza contra el asiento, cerró los ojos y ni siquiera intentó detener sus lágrimas.

Domingo, 22 de julio, 8:30 h, Distrito Financiero, Nueva York.

Davis Lee se detuvo delante de la puerta abierta de su despacho y miró la inesperada figura de Carter Thompson en él. Su despacho. Apretó los dientes ante aquella intromisión y tosió levemente al entrar.

El condenado de Carter ni siquiera se dio la vuelta hasta transcurridos unos segundos.

—Buenos días. No sueles ser un hombre que dé sorpresas, Carter. Pensé que nuestra reunión era a las nueve —dijo Davis Lee con soltura mientras dejaba su café Starbucks sobre la mesa y se acercaba a estrechar la mano de su jefe. Éste parecía cansado. No sólo cansado. Exhausto. Pero cuando sonrió un brillo extraño apareció en sus ojos que Davis Lee no supo interpretar.

—Buenos días. No te habré hecho madrugar demasiado, ¿verdad?

«Es domingo».

—Por supuesto que no —mintió con una sonrisa mientras se detenía junto a él—. El paisaje es más agradable cuando no llueve. Ya han avisado de la evacuación. No puedo creerlo. La tormenta no se detuvo a destrozar las Carolinas, qué pena.

—Es una gran tormenta y ésta es una ciudad grande —dijo Carter distraído.

Ambos observaron la ciudad gris, bajo la lluvia, en silencio, durante varios minutos. Los relámpagos eran espectaculares, y Davis Lee podía sentir los truenos al estallar y retumbar a su alrededor.

—Y bien, ¿qué es lo que tienes en mente, Carter? ¿Alguna cosa en particular?

—Una de nuestras meteorólogas me envió un trabajo que escribió. Parece que lo presentó en un congreso hace unos días.

Carter permanecía con las manos en los bolsillos de los pantalones, pero Davis Lee se daba cuenta por la inclinación de su cabeza de que el hombre no estaba hablando de un asunto intrascendente. Probablemente estuviera muy furioso.

—Ésa tiene que ser Kate Sherman. Es excelente en su trabajo.

—Su escrito hace que parezca que se equivocó de carrera. Debería haber sido guionista de *Expediente X*.

«Mierda».

—¿Conocías el trabajo? ¿Lo aprobaste? —continuó Carter. Comenzó a jugar con las monedas en los bolsillos. Eso no era nunca una buena señal.

—Sabía que estaba escribiendo una ponencia y vi un borrador, pero no conocí la redacción final hasta que tú la recibiste. Nos la envió al mismo tiempo, después de que la aceptaran en el congreso —reconoció Davis Lee—. Nunca pensé que querría aparecer como una tonta. Es inteligente...

—Ella se presentó como nuestra meteoróloga jefe —interrumpió Carter con agudeza—, lo que parece significar que la compañía aprobó el trabajo y sus desafortunadas conjeturas. No debería haberlo escrito. No debería haberse publicado. Es una pena que no lo leyeras antes de que comenzara este embrollo. Me sorprende que

la prensa no lo haya comentado. Sin duda lo harán. —Carter se volvió a mirarlo con ojos helados—. Despídela. De inmediato.

«Ya tenemos suficientes problemas entre manos». Davis Lee le devolvió la mirada.

—Carter, eso es un tanto exagerado. Si te preocupa que la prensa se interese en su trabajo, ¿qué crees que harán si la despiden por haberlo escrito?

—¿Lo aprobaste por escrito?

Davis Lee separó los pies como para plantarse con firmeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Eso es generalmente un asunto formal, Carter. Estoy seguro de que hay algo, algún correo electrónico...

—Deshazte de ello —le dijo secamente—. Que alguien despeje su mesa, borre sus archivos y la elimine del sistema. Y después, despídela, Davis Lee. Hoy.

Las observaciones que había hecho Elle le vinieron a la memoria, cuando miraba a Carter a los ojos.

—Quiero asegurarme de que te entiendo correctamente, Carter. Kate Sherman ha trabajado para nosotros durante más de diez años, pero la despedimos porque piensas que podría haber desacreditado a la compañía por escribir una ponencia que no va a leer nadie, excepto los locos del clima. —Hizo una pausa—. Hay otros modos de resolver esto que no terminan con un juicio y titulares en los periódicos. Mierda, podríamos decirle que tiene que trasladarse a Iowa a trabajar en la sede central. Ella es una chica de Brooklyn. Renunciaría en un santiamén.

Carter no dijo nada, se limitó a seguir mirando por la ventana.

—¿Exactamente de qué tenemos miedo? —preguntó Davis Lee—. Somos una compañía privada con una reputación sólida. No veo cómo un escrito delirante repleto de hipótesis descabelladas y mala ciencia puede perjudicarnos. En todo caso, ella ha convertido su propia vida en un asunto complicado, torpedeando su próximo aumento. Kate no es un gurú demente, Carter, y francamente, no puedo creer que haya hecho esos comentarios. Es terriblemente inteligente y en general cuidadosa hasta la exageración. No quiero perderla. Déjame que hable con ella. Estoy seguro que le quedará todo muy claro.

—Harás lo que ordeno.

La furia hirvió dentro de Davis Lee mientras Carter se mantenía obstinadamente de espaldas a él.

—Muy bien, Carter. La despediré cuando la vea. Pero dejo constancia de que creo que es una mala idea. —Miró su mesa y vio una nota escrita de puño y letra de Elle.

«El hijo de puta está de pésimo humor. Hoy es tan buena oportunidad como cualquier otra».

—Hay otro asunto que es necesario discutir. —Davis Lee volvió a alzar la vista,

relajando la voz, más de lo que estaba hacía apenas unos segundos—. Una asistente mía estuvo echando una mirada a tu historial, para preparar tu anuncio a una posible candidatura. Encontró algunas cosas que creo que serían difíciles de explicarle a Bill O'Reilly.

Carter se puso rígido.

—No hay nada en mi historial que necesite explicaciones.

—Por eso hice que ella lo revisara, para asegurarnos. —Hizo una pausa para tomar un sorbo de café que ni necesitaba ni deseaba, y luego colocó con cuidado el vaso de plástico sobre su mesa—. No dije que hubiera encontrado nada malo, sólo algunas cosas que podrían malinterpretarse si alguien tuviera el deseo de hacerlo. ¿Nos sentamos?

Carter ignoró la invitación, por lo que Davis Lee permaneció de pie.

—Ella descubrió dos cosas que podrían ser problemáticas. La primera fue una serie de trabajos que escribiste en la universidad y que fueron citados en algunos libros un tanto estrambóticos sobre el control climático. —Davis Lee se aseguró de mantener una expresión neutra mientras observaba cómo Carter se quedaba rígido—. La otra son unos artículos de constitución de una fundación para... —Revolvió algunos papeles en su escritorio, para crear un efecto, como si estuviera buscando algo—. Algo del medio ambiente. ¿Selvas tropicales? Y algo sobre desiertos. Con base en... ¿era en India? ¿Hay selvas tropicales en India?

Alzó la vista y vio que Carter finalmente se había dado la vuelta para ponerse frente a él. La repentina palidez en el rostro de su jefe lo alarmó, pero también le resultó gratificante.

—Esos artículos de investigación podrían parecerle algo desequilibrados al electorado, creo, así que vamos a tener que pensar en controlar un poco el daño. Tener algo preparado en caso de que tengamos que explicarlos. Pero esa fundación podría parecer algo... ¿caprichoso?

Como había previsto, Carter enrojeció profundamente ante el insulto, y Davis Lee lo interrumpió antes de que pudiera responderle.

—Tal vez no sea la palabra justa. Quiero decir que a lo mejor no tiene mucho eco entre el electorado porque no es un tema que preocupe a los estadounidenses en estos momentos. Tenemos algunos desiertos, pero son atracciones turísticas, y no contamos con selvas tropicales. —Se encogió de hombros—. Estoy pensando que podrían hacer algunas preguntas con respecto a los motivos que te han llevado a concentrar tu energía y recursos fuera del país y no dentro. Quiero decir, Buffet y Gates pueden tirar su dinero en África o en cualquier otro lugar porque no se presentan como candidatos en las elecciones. —Hizo una pausa—. Por otro lado, los esfuerzos filantrópicos de su esposa no ayudaron en mucho a John Kerry, ¿no es cierto? Así que tal vez esto no esté bien.

—Siempre he defendido el medio ambiente y no estoy avergonzado de ello. Y financiaré cualquier causa que crea que valga la pena. —La voz de Carter sonó grave y casi temblorosa por la ira, y tenía los puños apretados junto a su cuerpo cuando se dio media vuelta—. En cuanto a mis escritos de juventud, no puedo evitar que la gente me cite. Y para tu información, los esfuerzos por controlar el clima han tenido lugar desde hace cientos de años. Muchos avances significativos han tenido lugar en las últimas décadas.

«Por todos los demonios».

—Entonces eso bastará para controlar el asunto, supongo. A menos que hayas tenido algo que ver con alguno de esos avances —concluyó con un tono despreocupado en la voz.

Carter se volvió a mirarlo con la furia brillándole en la mirada.

—Sí, eso bastará para controlarlo. Y para que quede claro, no tengo intención de ser cuestionado sobre nada de esto ni por ti en este momento ni por el Congreso más adelante.

Salió del despacho, dejando a Davis Lee mirando incrédulo su retirada y los pequeños restos de hierba embarrada que se desprendían de las suelas de sus zapatos.

«En qué sitio se llena uno los zapatos de barro entre el aeropuerto de Westchester y el centro de Manhattan? ¿Y por qué demonios habría de entrometerse el Congreso?».

Domingo, 22 de julio, 15:00 h, Camp David, Maryland.

Resultaba siempre agradable dirigirse a las montañas y alejarse del pegajoso calor de Washington, pero, cuando llovía, el complejo presidencial parecía más claustrofóbico que el túnel del metro. El sonido de la lluvia cayendo sobre los árboles y el retumbar en los techos y en el suelo era incesante, y después de dos días todos se estaban poniendo de mal humor. Win, que había llegado con sus padres el sábado por la mañana, observaba al principal asesor de seguridad nacional intentar por todos los medios mantener una expresión neutra frente a la furia del presidente.

—Dime una vez más por qué esto nunca llegó al PDB —exigió saber el presidente, haciendo referencia al informe presidencial diario, un sumario de todos los asuntos de seguridad o inteligencia que afectaban a los intereses estadounidenses en todo el mundo—. Tenemos a la cuarta parte de la población en movimiento a causa del *Simone* ¿y el hecho de que los servicios de inteligencia piensen que la tormenta podría ser un acto terrorista no es lo suficientemente importante para ser mencionado?

—No teníamos nada concreto, señor. Había evidencias convincentes de interferencias en el clima pero...

—¿Tenemos algo en concreto ahora?

Win observó un brillo sudoroso en la frente del consejero.

—La verdad es que no.

—¿Por qué no?

—La evolución de esta tormenta no ha seguido el mismo patrón que las otras, señor presidente, hay un equipo de trabajo dedicado al caso y...

—Quiero un informe cada hora, Tucker. —El presidente concentró su atención en el escritorio y Tucker Wharton huyó de la estancia. Cuando hubo cerrado la puerta, el presidente miró a Win a los ojos—. ¿Sabías algo de esto?

Asintió.

—Estuve en la misma reunión que Tucker.

—¿Y qué piensas?

—Pienso que es una gran oportunidad, y si no estuviera amenazando Nueva York, diría que deberías sacarte algunas fotos en Charleston.

Su padre lo miró fijamente durante un minuto.

—Eres un verdadero cretino, ¿lo sabías? —dijo.

Win reaccionó limitándose a esbozar una sonrisa.

«Aprendí de los mejores».

—¿Dónde está Elle? —preguntó su padre, regresando a la mesa.

—Todavía está en Nueva York. Fui allí el viernes para hablar con ella.

—¿Y?

Win se encogió de hombros y se reclinó contra la ventana.

—Está bien. No está averiguando tanto como esperaba, pero creo que la espoleé un poco. Estoy seguro de que tendrá pronto algo para nosotros.

Su padre lo miró por encima del hombro, con evidente desprecio.

—Han dado órdenes de evacuar la ciudad. ¿Vas a sacarla de allí? Tu madre nos matará a ambos si le pasa algo.

—Sí, lo sé. La niña adorada, la hija que nunca tuvo. —Hizo un gesto con la mirada—. Elle es ya una mujer hecha y derecha y nunca ha tenido tendencia a cometer estupideces. Además el edificio está en una zona alta en el Upper East Side y construido como un tanque. Estará bien.

Su padre se volvió y lo miró de frente, ofreciéndole la misma mirada feroz que hacía que su gabinete se asustara. Por costumbre, Win se resistió a apartar la suya.

—Tú, personalmente, la enviaste allí. Y tú, personalmente, te asegurarás de que nada le suceda. ¿Entiendes? Nunca me gustó esta idea. Ella es una buena chica y la situación la desborda porque tú la metiste en ello. No voy a dejar que sufra porque tú te la quisiste sacar de encima durante un tiempo para poder follarte a esa sucia zorra europea —dijo el presidente—. La próxima vez que te pregunte por ella, espero una respuesta satisfactoria.

Justo entonces entró un asistente.

—Señor, el director del Centro Nacional de Huracanes está al teléfono.

Aburrido con la conversación y agradecido por la interrupción, Win hizo un gesto afirmativo con la cabeza a su padre y abandonó la sala.

Capítulo 38

El tráfico había aumentado a lo largo del día, así como la irritación de la gente y el nivel de pánico en Nueva York. Ignorando las repetidas órdenes de dirigirse a las áreas de embarque más próximas para poder ser transportados de forma eficiente a los refugios adecuados, los habitantes habían salido por su cuenta a las carreteras. El resultado fue que en todas las rutas que iban de Long Island hacia la ciudad o salían de ella, y en todas las calles, carreteras, puentes y túneles desde Brooklyn y Queens y Staten Island hacia Manhattan, había unos atascos monumentales. Los cláxones competían con el rugir de las ráfagas de viento, y el incesante golpeteo de la lluvia llevaba un ritmo distinto al de los dedos tamborileando sobre los salpicaderos y los volantes. Las salidas de la autopista en Westchester y en el límite con Connecticut y Nueva Jersey ya estaban cerradas excepto para el tránsito local. Los ferrys estaban suspendidos, a causa del mar embravecido.

En la ciudad, el límite de velocidad en los túneles se había reducido severamente a medida que el agua había comenzado a exceder la capacidad de las cloacas para evacuarla, y algunos de los metros habían dejado ya de funcionar debido a que las vías estaban inundadas. Los puentes se estremecían de una manera que sus arquitectos nunca habían previsto, adquiriendo una curvatura que afectaba a vigas y puntales.

A pesar de todo, la mayor parte de la gente intentaba continuar con su vida normal, luchando por mantenerse erguida contra el viento e ignorando la lluvia. La frase más común era «por lo menos no nieva».

Las playas —Long Beach, Coney Island, las Rockaways— estaban siendo azotadas. Los tejados se desprendían de tiendas y refugios, y las sillas de los salvavidas se desplazaban por la arena. Arrancados de los paseos marítimos, con tornillos y todo, los bancos daban saltos por entre la arena y las aceras, deteniéndose sólo cuando se enredaban con los portones metálicos que ofrecían una mínima protección a los ventanales que ocultaban. Las embarcaciones se rompían sobre las rampas, dejando manchas de combustible sobre la superficie, tentando a los rayos.

Los árboles se estrellaban contra las farolas y arrancaban cables de sus torres, trayendo la oscuridad a lugares en donde durante más de un siglo no la habían visto. Las aguas embarradas y espesas entraban con repentino espanto en salas a oscuras, sorprendiendo a los incautos y aterrorizando a los inocentes. Lamía las escaleras, empujando a los ocupantes hacia los pisos superiores, alejándolos de la posibilidad de un rescate tardío, y acercándolos a una muerte espantosa, que por cierto no merecían.

Los peces, arrastrados hasta la costa por las corrientes, y hambrientos por la caída de la presión atmosférica, deleitaron a los pescadores que se atrevieron a desafiar a los elementos. Pero peces más grandes, los depredadores, vinieron después, dándose

grandes banquetes sin dificultades. Un grupo de surfistas, jóvenes, saludables, vestidos con trajes de neopreno y animados por las impresionantes olas, perecieron juntos en una masa flagelante de espuma sangrienta de dientes, aletas y oscura velocidad.

Los ríos Hudson y East, entre los cuales Manhattan solía descansar acunada en indiferente comodidad, se desbordaron y empujaron a las aguas saladas de la marea y sus efluvios mucho más al Norte de lo que nunca habían hecho, anegando propiedades más valiosas por la vista que por su capacidad de drenaje. El viento empujó las sucias y hediondas aguas por encima de los espigones y los muros de los jardines. La basura de los ríos flotaba en las calles y entraba navegando por las ventanas.

Y en medio de todo este caos, docenas de helicópteros se enfrentaban al viento mortal sobre la ciudad; los helicópteros privados alejaban a los privilegiados retrasados lejos del perturbador desorden que los rodeaba, mientras que los pilotos de los helicópteros de la ciudad alertaban a sus camaradas sobre el inminente desastre. Los de los medios de comunicación lo filmaban todo para satisfacer la mórbida curiosidad del resto del mundo.

Capítulo 39

Domingo, 22 de julio, 21:00 h, Campbelltown, Iowa.

Carter casi no recordaba el viaje de vuelta. Había tardado varias horas en ir desde el centro hasta el pequeño aeropuerto de Westchester County, un viaje que habitualmente le llevaba menos de una hora. Una vez allí, sin embargo, pudo embarcar y despegar de inmediato. Los *jets* privados servían para eso, para llegar con rapidez y sin dificultad a cualquier sitio. Había estado tan concentrado en sus pensamientos, preocupado por los recientes acontecimientos que amenazaban el éxito de su proyecto que se había sorprendido cuando las ruedas chocaron contra la pista de aterrizaje en su aeropuerto privado. No había sido capaz de concentrarse en ninguna otra cosa que la desbordante realidad. Durante treinta años no había habido intromisiones en su investigación y ahora, con el éxito al alcance de la mano, se veía, de pronto, amenazado por todos lados.

Respiró hondo, mientras permanecía de pie en su porche trasero, observando la oscura y brillante laguna y el aeropuerto que se extendía detrás de ella. Podía oír los ruidos que hacían sus nietos al acostarse. Sus hijas y sus familias habían hecho el inesperado e inexplicable viaje sin protestar, y permanecerían allí hasta que la amenaza de *Simone* y las consecuencias posteriores de la destrucción de la central nuclear de Indian Point dejaran de ser un problema. Él las necesitaría para que administraran sus asuntos, e Irisse pondría como loca si alguna de ellas hubiera estado en peligro. Dejó escapar un suspiro.

A pesar de los retrasos, estaba controlando la situación. Había resuelto el asunto con Richard Carlisle, y resolvería el de Kate Sherman, con dureza si fuera necesario. La ayudante que Davis Lee había mencionado también tendría que ser silenciada.

Carter intentó relajarse, repitiéndose a sí mismo que en unos cuantos días nada de eso sería necesario. El país buscaría un nuevo líder, y él estaría preparado. Lo necesitarían a él.

Sintiendo la necesidad de ser consolado, dio media vuelta, abrió la puerta mosquitera y regresó a su despacho, cruzando el suelo de madera, salpicado por la luz de la luna filtrada por los árboles. Agarró el móvil correcto y marcó el único número que había en su agenda. Raoul respondió al primer timbrazo.

Carter ignoró el saludo.

—Necesito que vayas a las Bermudas de inmediato. —El breve silencio al otro lado del teléfono lo hizo ponerse más tenso todavía—. ¿Me has oído? —exigió.

—Te he oído —fue la respuesta deliberadamente lenta.

—Vamos a realizar otra...

—No, no lo haremos.

La furia fue seguida de inmediato por el acelerado latir en su pecho. Se apoyó en la mesa cuando empezó a marearse.

—Vamos a realizar otra incursión —carraspeó, aferrando el brazo de su silla y cerrando los ojos para ahuyentar la sensación de vértigo—. No es una prueba. Te necesito allí.

—Los aeropuertos están cerrados, Carter.

—Me aseguraré que uno no lo esté. ¿Dónde estás?

—En la Península de Yucatán. No quería enfrentarme a su paso.

Carter soltó el brazo de la silla a medida que cedía el mareo.

—Ya ha pasado, por eso necesito que salgas. Necesito información. Sólo información. Necesito que te acerques.

—A un huracán de categoría 5 —fue la lacónica respuesta.

—El avión puede resistirlo.

El silencio fue ensordecedor.

—Te aconsejo que no lo hagas.

—¿Que tú qué? —quiso saber Carter, incrédulo.

—Está en medio del Atlántico. No hay sitios donde ocultarse ni donde aterrizar en caso de problemas. Nos verán y tendremos que pagar las consecuencias.

—No te pago para que seas un cobarde o un asesor. Te pago para que pilotes el avión y acates mis órdenes. Necesito la información —ordenó Carter con sequedad.

—Es demasiado arriesgado. Hay muchos aviones de reconocimiento en la zona, y luego está el seguimiento por satélite. Nos descubrirían.

Carter fue consciente de que abría y cerraba su puño, colgado a su lado.

—Muy bien. Haz lo que puedas con respecto a los datos, pero aun así necesito que vayas a las Bermudas tan pronto como sea posible. Serás recompensado adecuadamente.

La pausa fue lo suficientemente prolongada como para dejar las cosas en claro.

—De acuerdo, estaremos allí en cuarenta y ocho horas. Si el tiempo lo permite.

Carter ignoró el sarcasmo.

—Te necesito allí en doce horas.

—Eso no va a poder ser, amigo. El avión tiene que ser revisado. No sé si está listo para enfrentarse a una tormenta de ese tamaño.

—¿Por qué no está listo el avión? Llevas ahí dos días.

—Carter, puede que seas el banquero, pero yo soy el comandante del maldito aparato, y si yo digo que no despegamos, entonces no despegamos. —La voz del piloto había tomado un giro duro y defensivo que hizo que Carter entrecerrara los ojos.

La actitud del piloto era tan intolerable como insólita, pero sin una tripulación y un avión que los sustituyera, Carter no tenía más alternativa que aceptar, y el piloto lo

sabía.

—Hablaremos dentro de unas horas, cuando hayas tenido tiempo de reconsiderar tu situación —respondió duramente, y cortó.

Domingo, 22 de julio, 23:50 h, Virginia del Norte.

Kate se sintió como si hubiera atravesado el infierno. Habían tardado tres veces más de lo habitual a causa del tráfico endemoniado, los frecuentes desvíos a rutas secundarias debido a accidentes, árboles derribados, inundaciones, y el oscuro y permanente aguacero que hacía peligrosas las carreteras y ponía a los conductores en un estado casi hipnótico. Era poco antes de medianoche cuando llegaron a un grupo de casas casi iguales en alguna zona rural al oeste de Washington.

El viaje había sido tenso y casi silencioso, interrumpido por ocasionales intentos de conversar sobre cuestiones intrascendentes, algunos momentos de música y paradas estratégicas en áreas de descanso. A pesar de que a ella no le importaba conducir, Jake llevó el coche casi todo el trayecto. Incluso cuando estaba al volante, Kate se distraía. Al menos sus padres estaban a salvo en uno de los centros de evacuación de la ciudad. Esperaba que no le hubieran mentido para evitar que los llamara.

Trató de alejar esa idea de su mente. Tenía que confiar en ellos porque, en ese momento, no podía hacer nada más por ellos. La cobertura de los móviles había empezado a fallar y luego desapareció al cruzar el sur de Philly.

—Hemos llegado. Creo —informó Jake, conduciendo despacio por una larga calle, cubierta de charcos, que dividía en dos un gran parque. Había unos ocho vehículos aparcados cerca de la casa, todos mirando hacia la calle como si tuvieran que estar preparados en cualquier momento. La casa estaba a oscuras, sólo se veía un tenue resplandor en los bordes de las ventanas.

La invadió una sensación de miedo, y se dio cuenta que nunca le había pedido a Jake que le mostrara identificación alguna. Ni siquiera le había dado una tarjeta de visita.

—Nunca había estado aquí. Creo que es una casa segura. Cuando lo llamé antes de salir de Nueva York, mi jefe me dijo que te trajera aquí.

Atontada por el dolor, preocupada y agotada, a Kate le entró pánico. Quedar atrapada con un extraño, en el campo, era algo que nunca había visto en sus clases de defensa personal. Sí le habían enseñado que no debía subir al coche de un extraño, pero ya era demasiado tarde para pensar en eso. Deslizó la mano derecha hasta el muslo y apretó la manija de la puerta.

—No me has secuestrado, ¿verdad? Es decir, eres quien dices ser, ¿no es cierto? —dijo, intentando que no le temblara la voz.

Él se volvió a mirarla. Le dio la sensación de que intentaba contener la risa.

—No y sí. ¿Estás bien? Me parece que te estás preocupando demasiado.

—Pensé que íbamos a ir a las oficinas centrales.

—Washington está siendo evacuada, ¿lo recuerdas? Mi casa debe de estar ya inundada y Langley —el edificio de la CIA— está muy cerca del río, así que aunque hayan bloqueado las calles con bolsas de arena, estoy seguro de que sólo está habilitado para vehículos de emergencia. Estamos a unos cincuenta kilómetros del Beltway. Habrá un grupo de personas dentro que saben quién eres y por qué estás conmigo. ¿Vale? No hay nada de qué preocuparse.

—Eso es lo que tú dices.

—Bueno, sí.

Detuvo el coche y apagó las luces. Con cuidado, ella salió del vehículo, directamente a un charco en el que hundió su zapatilla deportiva.

«Fantástico». Se inclinó hacia el asiento trasero y agarró su bolsa.

—Te la llevo yo —se ofreció Jake, dando la vuelta alrededor del vehículo.

—No, está bien. Ya la tengo.

Él la dejó entrar primero a la casa. El gran salón, a la derecha de la puerta principal, estaba provisto de mesas plegables, varias sillas de oficina y muchos ordenadores portátiles y monitores de pantalla plana. El comedor, al otro lado de la puerta, estaba dispuesto de la misma forma. Algunas personas de la docena que estaba sentada a las mesas los miraron un instante pero no saludaron. Momentos después una mujer se acercó desde una esquina, desenvolviendo una chocolatina. Saludó a Jake por su nombre.

—Kate, es Candy Freeman, mi jefa. Candy, Kate Sherman.

Candy tendió su mano libre y Kate la estrechó. No pudo evitar observar que sus uñas estaban perfectamente arregladas y pintadas de un rosa fuerte. Le pareció un tanto incongruente, teniendo en cuenta que llevaba unos vaqueros gastados y una vieja sudadera de marca PENN.

—Hola, Kate. Gracias por venir. —Volvió a mirar a Kate y a Jake—. Creo que podemos esperar unas horas hasta que durmáis un poco. No os ofendáis, pero tenéis aspecto de cansados.

—Exhaustos sería más preciso. ¿Dónde podemos dejar nuestras cosas? —respondió Jake.

—Espero que os hayáis hecho excelentes amigos en el viaje. Por aquí estamos casi en situación de guerra. Las camas están arriba. Todos las compartimos y algunos de los muchachos han traído sacos de dormir. Os he reservado un dormitorio, arriba dando la vuelta a la izquierda de las escaleras. Es pequeño, con camas dobles. Los colchones están rellenos con algo que parece cemento, y las almohadas son más finas que mierda de ave en un alambre, pero las sábanas están limpias. —Miró su reloj—.

Iré a buscaros a las cuatro, a menos que os necesite antes. Tom llegará aquí a esa hora. Que durmáis bien.

Con una sonrisa, se dirigió hacia la sala, sentándose delante de un ordenador portátil, y mordiendo delicadamente su chocolatina.

Kate miró a Jake.

—¿Es real? —susurró.

Jake le hizo señas para que lo siguiera escaleras arriba.

—Totalmente. Fue una de las primeras agentes obsesionadas por hacer el entrenamiento paramilitar después de que lo habilitaran para nosotros. Sacó las notas más altas de su grupo. Apparently, lo único que no puede hacer es lanzar una granada correctamente. No te dejes engañar por todos los detalles femeninos.

—¿Por qué no puede lanzar una granada?

—El instructor le dijo que la arrojaba como si fuera una niña. Candy dijo que al sacarle el seguro se había roto una uña y eso la distrajo.

Dudando si creerle o no, Kate, sin embargo, decidió mantenerse a distancia de Candy Freeman.

Girando hacia la izquierda al final de las escaleras, siguieron su camino por un oscuro pasillo, que resonaba con los ronquidos que surgían detrás de las puertas cerradas. Llegó hasta el final del corredor hasta la única puerta que estaba abierta.

Allí, en lo que alguna vez había sido un gran vestidor, se encontraban dos camas gemelas separadas por escasos centímetros, pero arregladas con precisión militar.

—Cariño, hemos llegado a casa —dijo Jake con ligereza a sus espaldas.

—No hay sitio ni para darse la vuelta.

—No está diseñado para darse la vuelta. Está pensado para dormir.

—Me quedo con ésta. —Kate dejó caer su bolsa sobre la cama de la derecha—. El colchón ni siquiera se alteró por su peso. Miró por encima de su hombro a Jake y dijo secamente—: Parece que voy a romper mi norma de no quedarme a dormir con alguien en la primera cita.

Él sonrió.

—Si alguna vez salimos juntos, te llevaré a un sitio mejor que éste.

—Si alguna vez quieres salir conmigo, más te vale.

Recorrió su rostro con la mirada durante un instante y se puso serio antes de hablar.

Voy a hablar con Candy y hacerle un breve relato de todo. Vuelvo en unos minutos. Deberías acostarte. Mañana será un largo día.

—Gracias.

Después de una incómoda pausa, dejó la habitación. Al cerrar la puerta a su paso, la soledad se apoderó de Kate. Se dejó caer sobre la cama al tiempo que gruesas lágrimas empezaban a deslizarse por sus mejillas.

Lunes, 23 de julio, 00:20 h, una «casa segura» de la CIA en una zona rural de Virginia del Norte.

Jake bajó las escaleras y se dejó caer en una silla frente a Candy. Ella alzó la mirada, sin mostrarse sorprendida.

—Gracias por esperar.

—Parece que no soy capaz de dormir durante las emergencias nacionales. Háblame de ella.

—Es la meteoróloga de Administraciones Coriolis en Manhattan. La conocí en un congreso sobre el clima el viernes, cuando presentó un trabajo con algunas de las mismas tormentas que hemos estado analizando. Era amiga de Richard Carlisle, de la televisión...

Candy enarcó una ceja.

—¿El tío que murió?

—Fue asesinado. Y trabajó para la Agencia en los sesenta haciendo investigaciones climatológicas. Junto a Carter Thompson.

Candy sonrió.

—Ése es mi chico.

Echó una mirada al ordenador.

—¿Te importa si le echo una ojeada a *Simone*?

—De hecho, me importa. Tienes un aspecto espantoso y necesitas dormir un poco, porque mañana voy a necesitar que todas tus neuronas funcionen. Además, podría ser la última vez que puedas dormir en bastante tiempo, así que disfrútalo. — Sonrió con dulzura mientras se tomaba el último bocado de su chocolatina.

Resignado, aunque no completamente descontento, Jake se dirigió al dormitorio. Kate estaba acurrucada bajo las sábanas en su cama; su respiración era tranquila y regular. Momentos después, se estiró sobre su cama. No recordó cuándo se quedó dormido.

Lunes, 23 de julio, 3:45 h, una «casa segura» de la CIA en una zona rural de Virginia del Norte.

Kate llevaba una taza de café en una mano y se restregaba los ojos con la otra, mientras Jake buscaba en Internet en las páginas climatológicas a las que estaba suscrito.

Se le hizo un nudo en el estómago cuando observó los extensos manchones rojos, anaranjados y amarillos en espiral sobre el Atlántico occidental que avanzaban sobre las costas del Atlántico medio. Con un ojo de tormenta concentrado y bandas de

viento claramente constituidas, *Simone* había alcanzado vientos que la ponían claramente en la categoría 5 y continuaba avanzando en una previsible dirección norte, aunque a una velocidad un poco más alta, de veinte kilómetros por hora. Podía ser peor —las tormentas en la Corriente del Golfo eran conocidas por moverse más rápidamente—, pero no era necesariamente una buena señal. Las cálidas aguas de la Corriente del Golfo eran un poderoso combustible. Si las aguas eran más cálidas, podían intensificar aún más la tormenta.

—¿Estás segura de estar lo suficientemente despierta para ver esto? —le preguntó Jake.

—Sí, adelante. Aquí estoy. —Kate se obligó a sonreír y miró a la pantalla con los ojos entrecerrados que se fueron abriendo a medida que se daba cuenta de lo que veía—. Dios mío.

Habían sido despertados cinco minutos antes con la noticia de que Tom Taylor llegaría dentro de treinta minutos y querría un relato detallado de lo que Jake había logrado averiguar. Candy había acordado que era hora de informar a Kate sobre lo sucedido hasta el momento a fin de ayudarla a rellenar las lagunas.

Entrando a una zona restringida de la NOAA, Jake comenzó a bajar imágenes del crecimiento de la tormenta en las últimas veinticuatro horas, esperando, sin convencimiento, que el análisis no revelara los mismos impulsos artificiales que habían precedido las otras tormentas. Si habían sido pruebas para manipulación climática, habían tenido éxito.

Lo cual significaba que aquello no fuera, probablemente, sólo una prueba.

Miró nuevamente la pantalla que mostraba las imágenes por satélite. Con excepción de la costa de Maine, toda la costa noroeste estaba ahora bajo orden de evacuación obligatoria. Aunque los meteorólogos no sabrían entre las próximas veinticuatro o cuarenta y ocho horas si *Simone* iba a tocar tierra o se iba a disipar, el oleaje estaba rompiendo todos los récords a lo largo de la costa, arrastrando mar adentro casas y embarcaciones valoradas en millones de dólares tierra adentro.

—No hay manera de que esto vaya a desaparecer, Jake —susurró Kate—. Es lo más grande que haya visto nunca. Y está estacionada sobre la Corriente del Golfo. —Lo miró, con ojos desorbitados y algo aletados—. Salí a bucear ayer... el sábado, al sur de la costa de Long Island y la temperatura del agua era de 27°. Eso es más que acogedor, es una receta para un desastre increíble.

—Bueno, la industria recibió un duro golpe el año pasado como consecuencia de todas las advertencias tras el *Katrina* y el *Rita*. El público se sintió estafado al no ocurrir ninguna tormenta importante. Ahí tienen una —murmuró mientras copiaba la documentación y abría el programa que le permitiría ver la información de los días anteriores con todo detalle.

Tres minutos más tarde, pudo sentir el aliento de Kate sobre su nuca al inclinarse

sobre su espalda. Ambos miraban fijamente la pantalla, observando el paso de los segundos.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó en voz baja, como si el ruido pudiera perturbar la operación.

—Espera un segundo.

Disminuyó la velocidad mientras el contador se acercaba al tiempo aproximado de intensificación y segundos más tarde fue recompensado con un breve destello amarillo oscuro en el monitor. Su excitación disminuyó al darse cuenta de que lo que estaba observando no había sido causado por un láser. No tenía calor suficientemente.

—Maldita sea.

—¿Qué?

Se reclinó en su silla y miró a Kate, algo sorprendido.

—¿Has visto ese destello de calor?

—¿El rayo? Sí, ¿qué ocurre con él?

—En las otras sucedía algo similar, pero no era un rayo. Cuando las examinabas de cerca, resultaba ser otra cosa.

Kate lo miró como si estuviera loco.

—¿Qué cosa?

—Parecía la señal infrarroja de un láser.

Ella lo miró durante un minuto.

—¿Un láser?

Él asintió.

—¿Y esto es diferente?

Volvió a asentir.

—Diferente señal. Esto era más bajo y ocurrió cerca de la superficie. Y pasó demasiados segundos antes de la intensificación.

—Fue esa cosa submarina.

—¿Qué cosa?

—Hubo un fenómeno submarino. No fue un terremoto ni nada parecido. Se rompió una chimenea o algo así. —Sacudió la cabeza—. Ya me acordaré. Richard me lo comentó.

Ella se quedó repentinamente quieta, como si la mención casual de su nombre la desbordara. Jake miró hacia la pantalla, para otorgarle cierta privacidad.

Aclarándose la garganta, continuó.

—Fue la primera intensificación y fue menor, pero vuelve a eso y avanza unos pocos minutos. Allí verás la segunda, la grande.

Él hizo lo que le sugería, avanzando por el archivo hasta que la tormenta fue apenas una lenta agrupación de nubes. Observó los remolinos de colores pixelados moverse a saltos en la pantalla. Y entonces, tal como ella había dicho, vio el primero

de los flashes, seguido dieciocho minutos más tarde por una explosión de calor que apareció en pantalla durante breves segundos.

Le comenzaron a latir las sienes a medida que volvía a ver las imágenes, disminuyendo aún más la velocidad. Allí estaba. Una línea rojo oscuro que comenzaba a una altitud de casi cuatrocientos cincuenta metros, dirigiéndose hacia arriba durante menos de tres segundos, sobrecalentando el centro de la tormenta y elevando el techo de la misma de forma vertiginosa varios miles de metros.

—Hijo de puta. Te atrapamos —murmuró, y luego se volvió a mirar a Kate, que observaba la pantalla y la línea roja que estaba fija en el medio.

—¿Es eso? ¿Eso es el láser?

—Lo es —dijo triunfal, poniéndose de pie—. Kate, te daría un beso.

Ella levantó su mano al instante.

—Ni lo sueñes. Nunca antes del desayuno, a menos que primero haya cenado y bebido.

Él se rió, más relajado de lo que lo había estado desde que lo habían asignado al equipo de trabajo.

—Es mejor que vayas a ducharte antes que otros ocupen el baño. Tom llegará pronto.

Capítulo 40

Lunes, 23 de julio, 4:30 h, una «casa segura» de la CIA en una zona rural de Virginia del Norte.

La tosca tela que rozaba su espalda no parecía real, pero Kate no estaba del todo segura de dónde estaba. Porque, si lo estuviera, eso significaría que todo lo que recordaba que había sucedido en las últimas veinticuatro horas había sido real, y no una horrorosa alucinación. Si la tela era real, eso quería decir que la habían invitado a sentarse junto a Jake en torno a una mesa plegable en el salón de una casa aislada, rodeada de gente con uniformes de camuflaje, una animadora devoradora de chocolatinas que sabía matar gente, y un hombre de ojos muertos llamado Tom que tenía todo el aspecto de un asesino a sueldo, y muchos monitores planos cubriendo la mesa y toda superficie disponible. También quería decir que Richard estaba muerto y que sus padres estaban, esperaba, sudando en un centro de evacuados en algún lugar en Queens.

—Señorita Sherman, le agradecemos que haya venido hasta aquí para hablar con nosotros.

«Como si hubiera tenido elección».

Ella le sonrió con discreción y no dijo nada. El hombre inexpresivo la ponía nerviosa, y Jake, al describirlo, no había dicho nada tranquilizador del tipo «En verdad es un gran tipo» o «Se ablandará una vez que te conozca». Lo cual posiblemente quería decir que era un cretino y que continuaría siéndolo.

—¿Que le ha contado Jake con respecto a la situación? —preguntó Tom.

—No mucho. Sólo que parece existir cierta manipulación climática y que las tormentas sobre las que escribí en mi trabajo son las que él... ustedes, quiero decir, están analizando.

—¿Alguna otra cosa?

«¿Qué demonios hago aquí?».

—Me mostró la señal del láser en *Simone*. Mire, nunca me han gustado los interrogatorios —le espetó, en parte irritada y en parte asustada—. No me importa responder a sus preguntas, pero aún no he dormido lo suficiente y todavía estoy intentando asumir el hecho de que un buen amigo mío ha sido asesinado, así que no estoy funcionando al máximo de mi capacidad. Si usted me pregunta lo que quiere saber, esto será mucho más sencillo.

El no dio muestra alguna de haberse sorprendido, pero el general de rostro enrojecido que estaba a su lado pareció estarlo, si la mueca que hizo con la comisura de su boca podía tomarse como una clara indicación.

—Esto no es un interrogatorio, señorita Sherman. —Tom se reclinó en su silla y

la miró directamente a los ojos—. Existe la manipulación climática hoy día. Jake está convencido de que *Simone* —hizo un gesto con la cabeza señalando los monitores que presentaban diversas imágenes de la tormenta— ha sido, al menos en parte, fabricada. Nosotros estamos prudentemente de acuerdo con él. Si está en lo cierto, eso podría significar que las otras tormentas, las más pequeñas, fueron pruebas, y que *Simone* va a ser una suerte de «declaración». Desgraciadamente, todavía no estamos del todo seguros respecto a quién está ejecutando estas operaciones ni tampoco de cuál es el objetivo. —Se inclinó hacia delante, suavizando un poco la voz—. Hábleme sobre la fundación de Carter Thompson.

—No sé mucho sobre ella. Hay una chica en nuestra oficina que está haciendo una investigación interna para una biografía. Mencionó que Carter financia una fundación que estudia los procesos de desertificación y reforestación. Se lo mencioné a Jake, simplemente porque pensé que preguntarle a Carter podía ser un atajo para encontrar a alguien con capacidad de generar lluvias. —Hizo una pausa—. Me imagino que si alguien quiere recuperar las selvas tropicales y ganar tierras al desierto, debería ser capaz de generar lluvias —concluyó débilmente.

Tom la miró fijamente por un momento.

—¿Cuál es el nombre de esa mujer?

«Ah, ella me va a agradecer que lo diga».

—Elle Baker. Creo que su nombre de pila es Eleanor. Antes trabajaba en la Casa Blanca.

La sala quedó en silencio excepto por el sonido del tecleo de unas cuantas palabras. Cuando pulsó «enter», o más probablemente «enviar» alzó la vista y volvió a mirarla.

—¿Qué más le dijo sobre la fundación?

—Nada. Le acabo de decir todo lo que sé sobre eso.

—Le comentó alguna otra cosa sobre Carter Thompson?

—¿Cómo qué?

—No estoy interesado en su hándicap para el golf, señorita Sherman.

Ella lo miró con dureza.

—Dijo que había encontrado algunas citas de trabajos que escribió sobre manipulación climática.

—Continúe.

—Eso es todo.

—¿Eran trabajos en los que se daba instrucciones de algún tipo? ¿Eran políticos?

—No los leí y creo que ella tampoco los ha leído. Me parece recordar que dijo que las citas indicaban que él no pensaba que estuviera fuera de lo posible.

—¿Qué?

—La manipulación climática.

—¿Cuánto tiempo hace que fueron escritos esos trabajos?

—No lo sé. Elle mencionó algo sobre la mentalidad de la Guerra Fría. Tal vez en los cincuenta.

Él bajó la mirada a su ordenador y tecleó durante otro minuto o poco más, y luego volvió a alzar la vista.

—¿Por qué se le ocurrió estudiar esas tormentas?

—Yo...

—Mierda.

Kate se volvió a mirar a Jake y pudo ver con el rabillo del ojo que todos en la mesa habían hecho lo mismo. Más pálido que nunca, Jake señaló al monitor más grande, y Kate, conteniendo la respiración, hizo lo mismo.

La espiral que había sido compacta y en su mayor parte amarilla la última vez que lo observaron, se había ensanchado, las bandas de lluvia ocupaban un área mayor en la pantalla. También había variado un poco su desplazamiento hacia el Norte.

La nueva trayectoria incluía la ciudad de Nueva York.

—Santa Madre de Dios —susurró Kate al ver las nuevas predicciones del recorrido de la tormenta en una pantalla adyacente. Filadelfia, Long Island y Nueva York se encontraban todas en la zona en donde *Simone* podía tocar tierra. Todas eran regiones densamente pobladas, con muchos ríos, estuarios y zonas costeras que trasladarían las grandes olas tierra adentro. Todas estaban ya sumida en el pánico y el caos.

—Vientos constantes de doscientos kilómetros por hora —murmuró Jake, mirando a otro monitor.

—¿Eso la hace alcanzar una categoría 6? —preguntó uno de hombres uniformados situado en un extremo de la mesa.

—No existe la categoría 6 —dijo Kate débilmente—. Nunca ha habido razón para crearla.

—Pues parece que ahora hay motivos —replicó el oficial—. Y, ya que estamos, podríamos denominarla de categoría 7. Esa perra no va a morir sin dar pelea.

—Señores, bienvenidos al infierno —dijo Tom con suavidad.

Lunes, 23 de julio, 6:00 h, Upper East Side, Manhattan.

El cielo había cambiado.

Desde donde se encontraba reclinada sobre el respaldo de su cama, Elle había estado observando el cielo durante largo tiempo. Los colores artificiales de los carteles habían disminuido con la llegada de la mañana y se intensificaron de nuevo con la caída de la noche. Esto había sucedido al menos una vez desde que se había metido en la cama. Tal vez dos veces.

Parpadeó. Sus ojos le ardían y le pesaban, no era capaz de mantenerlos cerrados por mucho tiempo; los entrecerró mientras su cerebro intentaba decidir qué día era. Aunque, en realidad, no le importaba. Volvió a parpadear y apartó la vista, jugueteando en la sábana con sus dedos.

«Tengo que salir».

Notó que los hilos se separaban con facilidad, la tela se rasgaba y apelotonaba húmeda en su mano mientras sus pensamientos se arremolinaban en su cabeza.

«No tengo adónde ir».

Sus manos siguieron jugueteando con la tela.

«Win llegará pronto. Me llamó y dijo que así lo haría».

Cerró los ojos.

«¿Lo había hecho?».

Abrió los ojos de golpe mientras sus dedos se desplazaban por la sábana para rasgar otro trozo que todavía estaba intacto.

Un fuerte golpe en la puerta de entrada hizo que sus manos se quedaran inmóviles. Su corazón pareció estallar en su pecho.

«Win».

Se movió con lentitud, las piernas no respondían bien a las órdenes de su cerebro. Intentó ponerse de pie, pero sus piernas no la sostenían y un intenso dolor la recorrió desde los pies a los muslos mientras caía hecha un ovillo sobre la alfombra, intentando sostenerse con las manos. Un grito surgió de su garganta. Elle estaba tirada en el suelo, aturrida, llorando, con su vestido enredado en sus caderas.

Oyó ruidos en el vestíbulo. Voces masculinas, pero ninguna la de Win. Sonaban preocupadas. Miró hacia la puerta todavía cerrada de la habitación.

«No me puedo levantar».

Hombres que no conocía irrumpieron en el dormitorio con las armas preparadas, luego se detuvieron, mirándola asombrados.

—No me puedo poner de pie. —Extendió sus manos a los extraños, viendo sus dedos ensangrentados por primera vez.

—Mis manos —murmuró horrorizada, y giró la cabeza lentamente hacia la cama en donde había estado durante... desde que había vuelto a casa después de cenar con Davis Lee.

Las sábanas estaban manchadas de sangre, en algunas partes seca y de color marrón, en otras de rojo brillante y aún húmeda. Varios retazos de tela yacían alrededor del sitio que había ocupado hasta hacía poco, un nido de ratas construido con lino fino de Porthault y un abrumador sentimiento de culpa.

Unas manos fuertes la agarraron por las axilas, alzándola. Ella no podía apartar los ojos de sus manos. Había perdido la mayoría de sus uñas, las falsas que le gustaban a Win y las verdaderas. Lo que quedaba parecían cuerpos de animales

despellejados, como las fotos en los sobres de PETA.

—Señorita, señorita Baker, ¿se encuentra bien? ¿Está usted sola?

—Mis manos.

—Señorita Baker, señorita Baker. —Las manos que la sostenían la agitaron con fuerza, obligándola a sacudir la cabeza.

Ella no reconoció el rostro que la miraba.

—¿Está sola? —repitió.

Ella asintió y comenzó a llorar.

—Me duelen las manos. —Se llevó una mano al rostro para enjugar las ardientes lágrimas que rodaban por sus mejillas, pero el hombre la detuvo. Sentándola en la cama, apartó sus manos de su rostro y secó sus lágrimas con un pañuelo que sacó de un bolsillo.

—Gracias —dijo automáticamente—. ¿Los ha enviado Win?

—¿Win?

Ella miró al hombre, y detrás de él al otro, de rostro pétreo.

—Win —repitió—. Win Benson.

El hombre frente a ella se enderezó.

—No, señorita, no lo hizo. Necesitamos que venga con nosotros, señorita Baker. Necesitamos hablar con usted.

Ella intentó sonreírle, pero no podía verle el rostro con claridad.

—No puedo irme. Win vendrá a buscarme. Me lo dijo. Creo que me lo dijo. Tengo que quedarme aquí. Se enfadaría si no lo hiciera.

El hombre más cercano a ella la observó un instante, y cuando le volvió a hablar su voz sonaba amable.

—No habrá problema en que venga con nosotros. A él no le molestará. Señorita Baker, es importante que hablemos con usted ahora.

—¿Están seguros de que no va a venir? Me dijo que lo haría. —Cerró los ojos—. Creo que lo hizo. ¿Quiénes son ustedes?

—Somos del gobierno.

Abrir los ojos le resultaba un tremendo esfuerzo. Le pesaban tanto.

—Ya lo sé. ¿Qué es lo que quieren?

—Necesitamos hablar con usted sobre Carter Thompson. Necesitamos que nos acompañe a nuestras oficinas.

—Ya no trabajo para él. Davis Lee me despidió.

—¿Puede ponerse de pie?

Ella apoyó las manos sobre la cama para levantarse. El dolor la atravesó comenzando por la punta de los dedos y recorriendo su cuerpo, haciéndola gritar. El agente la agarró de las muñecas y la hizo levantarse, ladrando una orden por encima de su hombro al otro hombre. Momentos después, le envolvieron las manos con

toallas mojadas.

—Mantenga las manos en alto, señorita Baker. La llevaremos a donde puedan atenderla. —Mientras hablaba, el agente la cogió en brazos y la sacó del apartamento.

El tráfico estaba imposible. Y la lluvia era espantosa. Los coches en la carretera, al menos algunos de ellos, habían abierto paso a los agentes. El agudo quejido de la sirena los había acompañado la mayor parte del camino, y las luces habían titilado tanto que ella cerró los ojos.

La habían llevado a un hospital y, para su sorpresa, no habían tenido que esperar, aunque recordaba la escena entre una bruma de luces brillantes y fuertes ruidos. Se oían muchos quejidos y gritos a su alrededor, pero los hombres hablaban entre susurros. Ella mantuvo los ojos cerrados, sin querer ver ni sus manos ni los hombres con quienes estaba, sin querer ver cómo la gente la miraba. Abrió los ojos un momento, cuando una doctora insistió para que lo hiciera. Después le pusieron unas inyecciones cuyo efecto, le dijo la doctora, sería temporal, y le hicieron una cura en las manos.

Los hombres la condujeron nuevamente al vehículo y luego la llevaron a un edificio gubernamental en una zona de Manhattan en la cual nunca había estado antes. Si se hubiera sentido menos agotada, podría haberse alarmado. Sin embargo, en su situación, le importaban un comino quiénes o adónde la llevaban.

La vida había comenzado a volver lentamente a su cerebro en el momento en que sus pies descalzos se apoyaron en el pavimento del garaje de su edificio cuando el más amable de los agentes la ayudó a sentarse en el asiento trasero del sedán. Ella no estaba segura de cuánto tiempo había permanecido en la cama, pero le parecía que habían sido varios días. Probablemente tenía el aspecto de alguien que se había escapado de una representación escolar de *Carrie*. Su vestido, el mismo desde el viernes por la mañana, estaba arrugado y rasgado, manchado con sangre seca y vómitos. Los escamosos pegotes de su rostro, que le escocían, probablemente tenían el mismo origen. Ella se había mareado en el taxi camino a casa tras la cena con Davis Lee y también al llegar a su apartamento. Luego se había metido en la cama. Win la había llamado en algún momento para preguntarle si estaba bien. Ella creía recordarlo.

El dolor en sus manos había cambiado de una sensación de agujas al rojo vivo hasta un sordo y poderoso latido que sentía en todas partes y que se intensificaba en cuanto dejaba que sus codos descendieran más abajo del pecho. A pesar de ello, no dijo nada cuando entró en el ascensor y subieron desde las entrañas del edificio hasta dondequiera que se dirigieran.

Ella caminaba sola, con la mano del agente amable en su espalda para ayudarla, o tal vez para sostenerla en caso de que se cayera. O tratara de escapar.

«Dios mío, ¿qué es lo que he hecho?».

Tragó saliva y se obligó a mantener los ojos abiertos y los brazos en alto, concentrándose en mirar todas las cosas que había su alrededor para evitar pensar en los horrores — «¿He cometido un acto de traición?»— que se deslizaban por su mente.

Cuando salieron del ascensor, Elle supo que algo iba mal. La atmósfera en el edificio era de alto voltaje y el nivel de actividad era febril. En los pasillos nadie se detuvo a hablar con los agentes, limitándose a hacerles un gesto adusto con los labios apretados. Nadie echó a Elle más que una fugaz mirada, aunque las expresiones de quienes por su profesión no eran curiosos, oscilaban entre la sorpresa y el horror.

Se aclaró la garganta cuando se detuvieron delante de una puerta cerrada que era similar al resto de las puertas cerradas que habían cruzado.

—¿Qué día es hoy?

El agente que estaba marcando la combinación de la puerta ignoró la pregunta. El que la había estado ayudando la miró.

—Lunes. ¿Se encuentra bien?

Asintió y bajó la mirada hacia sus pies. Le parecían extraños y pálidos, en contraste con la sucia y funcional moqueta de color marrón moteado.

—Un poco mejor.

El otro agente, que apenas había dicho una palabra, abrió la puerta e hizo un gesto para que ella entrara primero. Se encontró con una oficina particularmente anodina, con una mesa vacía, excepto por el ordenador colocado sobre ella, al frente. Había sillas a cada lado y una pequeña mesa de conferencias en un lado. El agente amable la acompañó hasta el extremo más alejado de la mesa mientras que el otro se sentó inmediatamente en la mesa y comenzó a teclear rápidamente.

—¿Cómo están sus manos?

—Me duelen. —Apoyó los codos sobre la mesa. Los latidos aumentaban—. ¿Le ha dado la doctora algo que pueda tomar para el dolor?

—No.

Ella ni siquiera miró al que le había respondido, sino que levantó la vista hacia el que le había prestado ayuda.

—¿Estoy arrestada? —preguntó. Él la miró de reojo.

—¿Ha hecho algo malo?

«Malditos policías».

—Por favor, necesito algún calmante. El efecto de las inyecciones está disminuyendo.

El agente apartó la vista de ella y miró al hombre del escritorio.

—Tal vez pueda encontrar algo de Motrin por alguna parte.

«¿Motrin?».

—Mire, sé que yo misma me he hecho esto y sé que puede parecer una locura, pero me duele mucho —dijo con voz temblorosa por el esfuerzo, que amenazaba con pulverizar su escaso control—. ¿No podría darme algo? Tiene que haber algo con Percodán, Vicodina o algo similar. ¿No tienen un almacén de pruebas?

El hombre sentado a la mesa la miró como si estuviera loca —«Tal vez lo esté»— y el más amable casi como si quisiera sonreírle.

—Veré qué puedo hacer.

—¿Podría sentarse un poco más derecha? —dijo el otro agente mientras giraba la pantalla plana para enfrentarla a su rostro y ajustar dos pequeñas protuberancias a los lados.

El corazón le dio un vuelco. «Una webcam y un micrófono». Cerró los ojos.

—¿Qué es esto? ¿Quiénes son ustedes?

—Somos del FBI.

—¿Soy sospechosa de algo? ¿Necesito un abogado?

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Hay alguien en Washington que quiere hablar con usted. Por favor, abra los ojos y mire al monitor. No tiene por qué mirar a la cámara. Señorita Baker, por favor, abra los ojos.

Hizo un esfuerzo considerable, pero abrió los ojos. Pudo ver el logotipo de Microsoft girando en una simulación tridimensional.

—Gracias. Voy a empezar y luego nosotros saldremos del despacho. Cuando termine, o si necesita algo, de un golpe...

—¿Con estas manos? —preguntó, levantando las manos hasta colocarlas frente a su campo de visión—. ¿O tal vez debería dar una patada a la puerta? ¿Se oirán mis pies descalzos contra ella?

El agente menos cordial miró al otro.

—Dé una patada a la puerta si necesita hacerlo, o haga algo de ruido —respondió el agente amable.

—¿Por qué no puede uno de ustedes quedarse aquí conmigo?

—Es confidencial.

—¿El motivo por el que estoy aquí?

—El asunto sobre el que hablará. Señorita Baker, haga cualquier ruido que considere apropiado cuando termine. Estaremos fuera.

Ella inclinó el rostro hacia el monitor.

—¿Cómo demonios funciona esto?

—Ya está preparada. Tan pronto como haya línea al otro lado, usted estará en pantalla.

Abandonaron el despacho y Elle se acomodó, apoyando los codos en los brazos

de la silla e intentando apartar sus pensamientos de Win, de los dedos y del dolor.

Capítulo 41

Lunes, 23 de julio, 8:25 h; una «casa segura» de la CIA en una zona rural de Virginia del Norte.

—Limítese a mirar a la cámara y hable delante del micrófono. —Estaban en una habitación pequeña al fondo de la casa, con dos ordenadores uno junto a otro sobre una mesa pequeña. Kate estaba sentada delante de uno de ellos. Ella apartó la vista del monitor y miró a Jake a los ojos.

—Me siento tan incómoda haciendo esto. —Deslizó su mirada por Tom Taylor, que estaba sentado frente al otro aparato, mirándola por encima del monitor—. Yo no hago interrogatorios. Soy una meteoróloga. Pregúntele usted lo que quiera saber.

Él todavía tenía esa expresión irritada, pero cuanto más tiempo pasaba a su lado, menos la molestaba.

—Lo haré, a través de usted —respondió Tom—. Y esto no es un interrogatorio, sólo algunas preguntas de contacto.

—Mierda —murmuró.

Jake hizo un gesto ante el comentario, pero Tom se enfureció.

—Kate, nada de lo que aquí hacemos es una mierda. ¿Me ha entendido? —Su rostro estaba rígido y su mirada helada—. Hay vidas en juego. Millones de vidas. En este instante, necesitamos respuestas de esa chica, y usted se las va a sacar porque la conoce.

—La conocí hace unas pocas semanas. Pasé, tal vez, seis horas en su compañía. Apenas nos conocemos. Y para su información, ella no es exactamente Miss Simpatía.

—Sobrepóngase. Las preguntas aparecerán en la parte baja de la pantalla. Ella no las verá. Vamos, está en línea.

El cambio fue brusco cuando el ordenador se encendió y Kate tuvo que mirar dos veces a la pantalla. La mujer de rostro sucio y ensangrentado, encorvada sobre una silla casi no parecía la misma pulcra y contenida mujer que Kate conocía.

—Dios mío. ¿Qué te han hecho? —gritó, haciendo que Jake diera un brinco y Tom se pasara, impaciente, la mano por el pelo.

En pantalla, Elle se enderezó repentinamente en la silla, y luego hizo un gesto tan triste que casi hizo llorar a Kate.

—Nada. Estoy bien. ¿Quién eres...? ¿Kate?

—Sí, Elle, soy Kate.

—Pero, el FBI... dijeron que gente de Washington...

—Yo estoy en Washington. Creo. ¿Cómo estás? ¿Qué te ha sucedido?

Elle parpadeó, claramente agotada.

—No estoy muy segura, pero es una larga historia. Demasiado larga. Y ellos no han tenido nada que ver con esto. ¿Qué estás haciendo ahí? Lo último que recuerdo es que Washington estaba siendo evacuada.

—Lo estaba. Lo está. Otra larga historia.

«Apresúrate», apareció en la parte baja de la pantalla.

—¿Estás sola? Kate le preguntó tal como le habían indicado, y vio que Elle asentía—. Bien. Bueno, mira, sé que esto va a parecerme muy extraño dadas las circunstancias, pero necesito que me vuelvas a contar lo que has averiguado sobre Carter Thompson. Quiero decir, cualquier cosa que no sea de dominio público.

A pesar de tener tan mal aspecto y parecer exhausta, Elle la miró con cierta desconfianza y con un brillo reticente más que fortuito.

—Ya te lo conté el otro día.

—Vuelve a contármelo.

—¿Quién quiere saberlo, Kate?

—El gobierno.

—Quieres decir, ¿alguien de la campaña presidencial? —preguntó Elle, dejando traslucir el sarcasmo en su voz.

«¿Campaña?». Frunciendo el ceño, Kate negó con la cabeza.

—No sé de qué estás hablando. La gente que quiere saberlo es... —Se detuvo cuando Tom la miró por encima de los monitores.

—¿Estás sola? —quiso saber Elle—. ¿Dónde estás?

—No. Y no puedo decírtelo.

—¿Quién está contigo?

«Esto es una locura». Kate sonrió, disculpándose.

—Tampoco puedo decírtelo.

—¿Es Win? ¿O Davis Lee?

—¿Davis Lee? No. ¿Y qué otro nombre has dicho?

—Win Benson —respondió Elle, frustrada.

—¿El hijo del presidente? No.

AVANZA DE UNA VEZ. Kate leyó el mensaje, pero no miró a Tom.

—Mira, Elle, sé que esto es extraño, pero algo muy raro está sucediendo y el gobierno cree que Carter Thompson está involucrado. Necesitamos tu ayuda, de verdad. Me metieron en esto... en este asunto, por accidente, igual que a ti, así que ten paciencia. Comentaste algo sobre un programa de investigaciones sobre selvas tropicales...

—Kate, yo no voy a...

Furioso, Tom rodeó la mesa y acercó su cabeza a la de Kate. Ella salió de objetivo de la cámara.

—Señorita Baker. Soy el agente Ed Delaney del Departamento del Tesoro.

Estamos investigando a Carter Thompson por un posible fraude al sistema impositivo federal. Le estaríamos muy agradecidos si usted pudiera corroborar cierta información sobre la fundación que preside. Pero primero, ¿podría darme su número de seguridad social simplemente por cuestiones de identificación?

Elle abrió los ojos y le dijo, obediente, un número, que Tom escribió antes de volver a mirar a pantalla.

—Muchas gracias. Especialmente, estamos interesados en los fondos y actividades de la fundación. Dejaré que la señorita Sherman continúe con las preguntas, pero estaré aquí en caso de que usted necesite alguna aclaración. Por favor, responda lo mejor que pueda.

Se puso de pie y volvió a su lado de la mesa, mientras Kate se mordía el labio para no sonreír.

—Hola, Elle, lamento la interrupción. No estaba segura de hasta dónde podía contarte. ¿Qué puedes decirme de la fundación?

—Es una corporación estadounidense y su domicilio legal es, en realidad, la casa del señor Thompson en Iowa, pero hasta donde sé, sólo actúa en el exterior. En la India. Su propósito explícito es subvencionar investigaciones sobre prácticas para recuperar las selvas tropicales y para detener el proceso de desertificación.

—¿Qué más?

—Tiene un edificio en Hyderabad, en India, y cuenta con una plantilla de unas cuarenta y cinco personas. La mayoría son diseñadores de software, físicos e ingenieros. Muchos doctores. Creo que es su único edificio. No he visto mencionado ningún otro.

«¿Propiedades, finanzas, publicaciones?», apareció al pie de la pantalla de Kate.

—Además de los edificios, ¿qué otras propiedades posee?

—No busqué nada específico, Kate. Leí los informes anuales, que son bastante neutros. Tiene equipamiento de ordenadores, supongo. Y un avión.

—¿Un *jet* privado?

—No, para investigaciones. No aparece mencionado muchas veces, que digamos. Sólo de pasada en la introducción al texto.

—¿Y qué hay de los beneficios? ¿Se cita a la fundación en alguna parte?

—Por lo que yo sé, opera a fondo perdido y está completamente subvencionada por el señor Thompson. Y no, no pude encontrar ninguna cita en publicaciones científicas, académicas o en periódicos. Revise todas las bases de datos que me parecieron pertinentes —ciencias duras, blandas, Lexis-Nexis—. Si publicaron algunos resultados de las investigaciones o incluso alguna nota optimista en alguna parte, yo no los he encontrado, Kate. No hay nada. Parece como si la fundación no existiera.

Kate miró a Tom por encima del monitor. Él le devolvió la mirada.

«Pregúntale por otras investigaciones sobre él. Su pasado», apareció en la base de la imagen de Elle.

Kate volvió a mirar a cámara.

—Un segundo, Elle. —Cubrió el pequeño micrófono y miró a Tom—. Esto es ridículo. Ella trabajó en la Casa Blanca. Tiene que haber tenido acceso restringido. Es posible que pueda confiar en ella. Además, no es tonta. Si somos sinceros con ella, probablemente nos diga lo que queremos saber.

Tom parecía al borde de un ataque de furia. Una vena le latía en la frente y Kate ni siquiera quiso imaginarse la presión por centímetro cuadrado de sus mandíbulas apretadas.

—Gracias por la sugerencia, Kate —gruñó con una voz que estaba a medio camino entre un gruñido y una maldición—. A propósito, lo que ha tapado con la mano es la cámara, no el micrófono.

—Oh. Lo siento. —Kate, sobrecogida, sacó delicadamente su mano y miró a la pantalla en donde Elle intentaba no reírse. Algo de su expresión hizo que se pareciera más a sí misma.

—Me gusta tu plan, Kate —dijo—. Basándome en mi experiencia, tu señor Delaney parece más un espía que un contable. De la CIA, ¿verdad?

Kate tragó saliva y miró por encima del monitor de nuevo y vio a un Tom con la cara completamente roja de furia mesarse los cabellos con tal vehemencia que se sorprendió de que no se arrancara un mechón. Después asintió. Ella volvió a mirar a la pantalla.

—Bingo. Pero ahora tienes que ayudarme a redimirme. Hablamos sobre los primeros trabajos de investigación de Carter. Lo de manipulación climática. ¿Los has leído?

Tras una breve pausa, Elle asintió.

—Encontré todos los que pude de sus primeros escritos. Hay copias en el archivo de la oficina, pero también tengo una copia en mi apartamento. Y los escanéé, así que también hay varios CD. Uno está en mi bolso en mi casa, y mandé por correo otra copia a casa de mis padres.

Kate miró a Tom, su rostro nuevamente pétreo, y otra vez a Elle.

—¿No hay nada en la red del trabajo?

—No.

—¿Por qué?

Elle sonrió.

—Davis Lee no quería que nadie los viera, pero a mí me gusta estar segura.

—¿Por qué no quería que nadie los viera?

Apartó la vista de la cámara, claramente incómoda con la pregunta.

—¿Elle? ¿Por qué Davis Lee quería ocultarlos? —Kate repitió la pregunta ante el

terso asentimiento de Tom.

Pasaron varios segundos antes de que Elle volviera a mirar a cámara.

—Creo que Davis Lee y Carter Thompson están realizando el trabajo preliminar para que el señor Thompson se lance al ruedo de la campaña presidencial. Estoy bastante al tanto de la política y reconozco una limpieza pre-campaña cuando la veo. Todo mi proyecto fue una farsa. Estoy segura de que fui contratada para realizar tareas de control preventivo de daños, para encontrar estas cosas antes que lo hiciera la oposición.

Por primera vez, el rostro de Tom Taylor se relajó un poco. Miraba la pantalla con intensidad.

«¿Qué había en los artículos?», tecleó Tom.

—Dime qué había en los artículos.

—Eran algo parecidos a los tuyos, Kate. La mayoría sugería la posibilidad de usar la tecnología para manipular el clima.

—¿Cómo?

Se encogió de hombros.

—Eran en su mayor parte históricos, identificando qué se había intentado hacer y haciendo conjeturas o explicando por qué no había funcionado o no habían podido hacerlo.

—¿Daba alguna referencia con respecto a aquello que podía funcionar?

—Sí, decía que lo único que podía manipular el clima era la capacidad de alterar la temperatura. Denominaba al calor el «combustible» y al frío los «frenos» del clima planetario.

Kate miró a Jake, que, de repente, parecía mucho más serio.

«Vuelve a hablar de la fundación», le ordenó Tom.

—¿Alguna otra cosa de la fundación?

—Nada.

—¿No había referencias a sus primeros artículos o a querer ponerlos en práctica?

—No. Es decir, es muy conocido como experto en medio ambiente, así que tiene cierto sentido, pero no me encontré con su diario personal ni nada similar. Pero la creó hace unos quince años, que es cuando su compañía comenzó a obtener importantes beneficios. —Hizo una pausa, pero a Kate le dio la sensación de que quería continuar.

Y lo mismo le pareció a Tom, que escribió: «Insiste».

—¿Qué más?

—Bueno, ésta es sólo mi opinión, y quizás sea sólo un delirio de investigador, ¿vale? Pero los antiguos trabajos que escribió tenían una especie de pasión que no se encuentra en los más recientes, como los que hizo mientras estaba en la NOAA. Ésos eran completamente aburridos. Y parece que intentó volver a la universidad después

de irse de la NOAA. Hay muchas cartas a las universidades y solicitudes de becas en los archivos. Pero no le ofrecieron ningún puesto y no recibió ningún dinero, y por eso creó Coriolis. Supuse que la fundación empezó a funcionar cuando consiguió suficiente dinero para volver a lo que le interesaba. Ya sabes, a lo mejor fue su manera de entrar de nuevo en el juego.

Tom comenzó a escribir inmediatamente, pero no aparecieron instrucciones en la pantalla de Kate. Ella miró a Jake, que observaba el monitor de Tom como hipnotizado. Volvió a mirar a cámara.

—¿Dónde te encuentras?

—En Nueva York. Creo que en las oficinas del FBI.

—¿Qué te ha sucedido?

Bajó la vista a su regazo.

—Prefiero no hablar de eso, Kate. No voy a volver al trabajo. Pero estaré bien —dijo débilmente—. Cuídate.

Se le hizo un nudo en el estómago justo cuando el icono de finalizar apareció en la barra blanca en la base de la pantalla.

—Elle, cuídate mucho tú también. Y si necesitas algo... —La pantalla se oscureció y Kate miró el monitor de Tom Taylor—. ¿Ni siquiera puedo decirle adiós?

—Tienes cosas más importantes que hacer —respondió, y tecleó algo. La pantalla detrás de él, que había estado proyectando una vista lateral de Elle, pasó a mostrar una imagen del océano Atlántico—. *Simone* ha crecido y aumentado de velocidad en la última hora. Está a doscientas cincuenta millas de la costa de Delaware y a unas seiscientas millas al sureste de Nueva York. De acuerdo con el Centro Nacional de Huracanes y el Servicio Nacional de Meteorología, sigue una trayectoria estable nor-noroeste. Su presión ha continuado en lento y constante descenso durante las últimas doce horas y está ahora en los novecientos ochenta y nueve milibares. Dime qué quiere decir eso.

—Quiere decir que estamos con la mierda hasta el cuello —intervino Jake.

—Está sobre las Bermudas —murmuró Kate.

—Avancemos, Kate. Va a caer sobre Nueva York, ¿verdad? —preguntó Tom.

Kate lo miró.

—A menos que se dirija a Boston. En ese caso las cosas no se pondrán peores de lo que ya lo están en el área de los tres estados. Tendremos el agua y el viento, pero no la tormenta. No tocará tierra.

—¿Cuáles son las probabilidades de que eso suceda?

Kate miró a Jake y se encogió de hombros.

—¿Menos del cincuenta por ciento?

Jake asintió.

—Hay que esperar y ver. Las próximas veinticuatro horas...

—Son veinticuatro horas que no podemos permitirnos el lujo de esperar. Hemos confirmado la actividad sísmica submarina que mencionaste, pero si el segundo flash que habéis visto fue artificial, entonces es posible que haya otros intentos. Tenemos satélites de vigilancia adicionales en la tormenta para rastrear cualquier avión o barco que se acerque a unos cientos de kilómetros. Tengo pilotos de combate en alerta a lo largo de la costa en caso de que aparezca algún invitado inesperado. —Tom se puso de pie—. Tendremos personal en Hyderabad en unas horas. El FBI ya está en camino para traer a Carter Thompson y a Davis Lee Longstreet para interrogarlos.

—¿Por qué Davis Lee? —preguntó Kate.

—Porque puede que sepa algo —respondió Tom por encima de su hombro con un tono que no podía ser más desdeñoso—. Tengo una reunión. Mientras tanto, ¿por qué no pensáis en alguna manera de detener esto?

Capítulo 42

Lunes, 23 de julio, 9:10 h, una «casa segura» en una zona rural de Virginia del Norte.

Jake dejó su taza sobre la encimera de la cocina y el sonido al golpear contra la superficie pareció tener un tono concluyente. Miró a Kate, que se encontraba de pie entre la mesa de la cocina y la nevera, mirándolo de un modo extraño.

—Ya no puedo tomar más café. ¿Quieres una *Coca-Cola*?

Ella sonrió. Parecía tan exhausta como realmente se sentía.

—Me encantaría.

Jake abrió la nevera. Cuando volvió a darse la vuelta, Kate estaba sentada a la pequeña mesa.

—¿Light o normal?

—Normal.

Agarró una botella y un abridor y bebió un largo trago. La efervescente bebida, fría y dulcemente picante, lo espabiló y lo tranquilizó al mismo tiempo.

—No sé qué opinas tú, pero me gustaría poder despertar y que todo esto fuera una pesadilla verdaderamente espantosa —dijo Kate tras tomar un sorbo un poco menos largo.

—Las cosas van a empeorar.

—¿Qué detendrá a ese monstruo, Jake? Ya ha devastado la mayor parte de la Costa Este. ¿Qué más puede pasar? Si *Simone* sigue avanzando en esta dirección...

—Kate se detuvo y tomó aliento, poniendo una falsa nota alegre en su voz—. Caramba, todas esas predicciones apocalípticas se harán realidad.

Jake no tenía una respuesta para ello, así que tomó otro trago de Coca-Cola.

Ella cerró los ojos y respiró hondo.

—¿De verdad crees que alguien está detrás de todas estas tormentas que hemos estado investigando? —preguntó casi en susurro.

—No me queda la menor duda, Kate. Estoy absolutamente convencido de que cada uno de esos destellos de calor fue producto de un láser aéreo.

—Eso es una locura. ¿Quién haría algo así? ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Es probable que sea tu jefe, Carter. Supongo que dependerá de lo que encuentren en Hyderabad cuando lleguen allí, pero las cosas parecen ir encajando en su sitio.

—¿Pero por qué haría una cosa así? Sobre todo Carter Thompson. Tiene todo lo que cualquiera puede desear. Quiero decir que me niego a creer que es sólo por hacer dinero. Generar un desastre y luego repararlo. Es de locos. ¿Será una especie de

declaración? Si Elle tiene razón respecto a que él quiere presentarse como candidato a la presidencia, ésta no parece una buena estrategia de campaña. Millones de personas podrían resultar heridas. O muertas —murmuró; a continuación se frotó los ojos—. Vivimos en un mundo caótico, Jake. Un mundo que se está yendo a la mismísima mierda, si es que alguien está detrás de esto —continuó. Su voz osciló entre el cansancio y el temor.

Él se acercó a ella hasta colocarse a su lado, sin saber muy bien cómo reaccionar. Sintió el impulso natural de consolarla, pero existía la posibilidad de que las cosas se complicaran, así que se limitó a asentir, llevándose la Coca-Cola a los labios.

Para su sorpresa, ella comenzó a reír. Él la miró hasta que la risa se fue apagando poco a poco.

—¿Te encuentras bien?

—Lo siento. Ese gesto de asentimiento ha sido muy elocuente —dijo con sarcasmo.

—Sí, bueno. Soy un científico. No sabemos reflejar muy bien las emociones.

—No hace falta que lo jures.

Él sonrió y se inclinó sobre la encimera.

—¿Cómo demonios hacemos para detener esto?

—Nosotros sabemos que no se puede. Si hubiera alguna forma, ya se le habría ocurrido a alguien. Probablemente sepas mejor que yo cuánta gente lo ha intentado a lo largo de los años. Eso es lo que tú, en realidad, estabas investigando cuando estudiabas las tormentas, ¿verdad?

—No. Yo estudiaba las tormentas, como te dije, pero no te conté por qué lo hacía. Estaba ese pequeño detalle de la seguridad nacional a considerar.

—¿Y ahora que estoy dentro podemos hablar del asunto?

Casi se ahoga con la bebida.

—No estás dentro. Eres una mosca atrapada en uno de esos pegajosos papeles.

—¿No podré irme nunca?

—Estoy seguro de que te dejarán marchar. Tal vez neutralicen el campo magnético de tu cerebro primero. ¿Candy no habló contigo? Jamás podrás contar nada de esto.

—¿Lo decía en serio? —preguntó Kate, y él tuvo que mirarla un par de veces antes de ver el temblor en sus labios—. Entonces, ¿por qué Tom no quiso que Elle supiera quién era él?

—Por tres motivos. El primero es que la gente teme más al Departamento del Tesoro que a la CIA; el segundo es que la CIA no está autorizada a trabajar dentro de los Estados Unidos; y el tercero es que todo integrante de los servicios de inteligencia miente. Apostaría cualquier cosa a que ni siquiera Tom Taylor es su verdadero nombre.

—Eso me hace sentir mucho mejor —repuso ella secamente, y se llevó la botella de refresco a los labios y la terminó. Luego la dejó sobre la mesa y se puso en pie—. Odio beber y marcharme, pero necesito estar sola un rato antes de que se me desintegre el cerebro. Estaré arriba en la suite de lujo. Grita si necesitas algo.

Jake asintió y la observó mientras abandonaba la cocina.

Lunes, 23 de julio, 8:25 h, Campbelltown, Iowa.

—Esto es totalmente absurdo.

Carter sonrió ante el claro comentario del piloto y no contestó mientras observaba el avance del avión en el monitor de su ordenador. La caída constante de una lluvia ligera contra las ventanas del despacho de su casa era bienvenida tras tantas semanas de plácido tiempo.

—Estamos volando demasiado bajo, demasiado despacio y demasiado cerca del espacio aéreo estadounidense. Tienen aviones de reconocimiento con esta visibilidad espantosa y nosotros no aparecemos en el radar. Si alguien me ve, tendré a los F-18 dándome un enema de Sidewinder antes de que pueda parpadear. Eso si no nos estrellamos primero. Esto es una locura. Voy a anular la operación y largarme mientras todavía exista la posibilidad. Cambio.

El avión comenzó a elevarse inmediatamente en una curva que lo alejaba de la tormenta, aunque pasaría un tiempo antes de encontrarse fuera del alcance de los vientos que soplaban en dirección opuesta a las agujas del reloj. Carter apretó el botón que controlaba el micrófono.

—Negativo. Volverás al curso y altitud anterior y procederás según el plan. Cambio.

—De ninguna manera, amigo. Me largo. Cambio y fuera.

Carter parpadeó cuando el icono de las comunicaciones se oscureció, pero luego sonrió ampliamente.

—Hijo de puta —murmuró mientras pulsaba unas teclas y asumía el control remoto del módulo de mando del láser en el avión—. Veamos qué piensas de esto.

Era evidente que el piloto no tenía intenciones de llevar a cabo la operación. Raoul no había encendido todo el equipamiento necesario, una omisión que Carter rectificó rápidamente, accionando a distancia la secuencia necesaria para activar el combustible y las fuentes de energía.

El avión estaba ganando velocidad y altura y ya había cambiado el curso en dirección a la costa estadounidense.

El icono de las comunicaciones se encendió justo cuando el láser fue activado, lo cual hizo que Carter se riera en silencio.

—Bastardo demente. Apaga eso. —El británico estaba furioso.

—Es mi avión, mayor Patterson, por si lo había olvidado —respondió Carter con una sonrisa en la voz—. Tengo una operación que completar y pienso hacerlo, con o sin su ayuda.

—No me he olvidado de nada. Pero deseará que lo haya hecho. Me he puesto en contacto con la torre de Filadelfia y he pedido permiso para un aterrizaje de emergencia...

—No le hará falta. Cálmese. —Carter cerró el canal de comunicaciones, completó la siguiente secuencia a distancia e introdujo la información de las coordenadas necesarias. La ubicación no era precisamente ideal. El avión estaba demasiado lejos del ojo del huracán para otra descarga, pero ahora tenía la oportunidad de probar algo que no había intentado desde el *Iván* en 2004: apuntar sobre el propio océano. Sobrecalentar el agua delante de la tormenta no sería tan efectivo como calentar su centro, pero el calor adicional en la superficie e inmediatamente debajo actuaría como combustible.

Programó la descarga para una duración de quince segundos, mucho más larga de lo habitual, e inició la secuencia de disparo. Segundos más tarde, observó cómo la pequeña área de la superficie del océano pasaba de un azul claro al verde, y luego al amarillo a medida que se calentaba.

Cuando llegó el momento, los sensores del monitor de Carter comenzaron a chispear amenazadores. Con una expresión apenada, activó el mecanismo de seguridad que había instalado en el avión para casos como ése. Deseaba no haber tenido que usarlo nunca, pero ahora no le quedaba otra alternativa.

Con el corazón acongojado escribió la última contraseña y apretó «enter» para activar los pequeños explosivos montados dentro de los tanques de combustible en las alas del avión. Dejó escapar un pesado suspiro y centró su atención en la tormenta del otro monitor. El área del océano se había estabilizado y volvía al verde oscuro, mientras la tormenta comenzaba a cambiar bruscamente de dirección. Y a crecer.

—Saldrá bien —se dijo a sí mismo mientras se ponía de pie y se ajustaba el cinturón de su bata—. Saldrá bien.

Lunes, 23 de julio, 9:45 h, una «casa segura» de la CIA en una zona rural de Virginia del Norte.

—¿Kate?

Ella dio un salto, sentándose e intentando mirar a la figura que se inclinaba sobre ella. Escuchó el chasquido de su cabeza al chocar contra la de Jake, apenas un segundo antes de recibir el impacto. La sensación la volvió a dejar tendida sobre la cama, sin aliento durante un segundo antes de sentir el dolor.

Él soltó una imprecación mientras luchaba por controlar las involuntarias

lágrimas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —quiso saber ella. La habitación estaba completamente a oscuras. La cama seguía siendo incómoda.

Él se sentó en su cama agarrándose la cabeza entre las manos.

—Tom nos quiere a ambos despejados y listos para el trabajo, ahí abajo.

—¿Qué hora es?

—Sólo has dormido un rato. Una media hora.

Ella se volvió a sentar, apoyándose contra la pared mientras se frotaba con cuidado el creciente chichón que empezaba a aparecer en su cabeza.

—Por Dios, tienes la cabeza dura.

—Tú también. ¿Por qué has hecho eso?

—¿Yo? ¿Por qué estabas tan cerca? Estaba dormida. De todas formas, ¿qué es lo que quiere?

—Es *Simone*. Ha vuelto a intensificarse.

Kate cerró los ojos. Nunca había sentido los párpados tan pesados.

—Maldición.

—Peor aún. Hace unos quince minutos, un avión que volaba cerca de la tormenta tomó contacto con la torre de control de Filadelfia, pidiendo permiso para un aterrizaje de emergencia. A los pocos minutos, explotó. El avión estaba registrado a nombre de la fundación de Carter Thompson.

A pesar de los párpados pesados, abrió los ojos.

—¿Qué?

—Y hay más. No apareció en el radar. Tenía algún tipo de mecanismo de camuflaje. La Guardia Costera lo había detectado visualmente. La Armada ya había preparado varios aviones para escoltarlo, pero no llegaron a tiempo. Y antes de explotar, los satélites detectaron un rayo láser de gran intensidad dirigido hacia el agua delante de la tormenta. Era la misma señal que las anteriores, pero no fue tan breve. Duró por lo menos quince segundos. Dos boyas registraron la temperatura del agua a 48° a quince metros. Una boya de superficie registró 76° antes de quemarse.

Ella lo agarró del brazo.

—Jake, ¿estás bromeando? ¿En la superficie del mar? Por todos los santos, es agua casi hirviendo.

—No estoy bromeando. —La miró—. Algo me dice que va a ser un día muy largo.

Lunes, 23 de julio, 12:00 h, East Village, Nueva York.

Los quejidos y el aullido del viento eran los únicos sonidos que Davis Lee podía escuchar, sentado en su salón, mirando por la ventana de su apartamento del tercer

piso. El sonido había alcanzado una intensidad aterradora e hipnótica. Allí sentado, inmóvil, en la densa oscuridad, se sentía encandilado y alarmado a la vez ante lo que aparecía abajo, en la calle. Había permanecido allí durante horas, probablemente desde antes del amanecer, aunque aquel día no parecía haber amanecido. En ese tiempo, había visto pequeños árboles arrancados de cuajo, papeleras volando a través de las ventanas del segundo piso y un Volkswagen escarabajo naranja deslizarse de costado por la calle hasta estrellarse en la esquina de un edificio de ladrillos. El coche quedó casi partido por la mitad, al igual que el conductor. La copiloto había salido aturrida y dando gritos. Al ver que nadie se acercaba a ayudarla transcurridos diez minutos, dejó de gritar y se alejó tambaleándose por la calle. Davis Lee no había vuelto a verla.

Eso había sido hacía algunas horas. Ahora las calles estaban desiertas. Incluso los pocos ladrones que había visto merodeando se había ido. El agua había alcanzado, por lo menos, los treinta centímetros de profundidad en las calles, lamiendo los primeros escalones de los edificios. Marquesinas retorcidas, despojadas de sus toldos, eran sacudidas salvajemente en todas direcciones hasta que por fin se desprendían.

Su apartamento comenzaba a resultar sofocante. Pero abrir las ventanas no era buena idea. La electricidad y el servicio telefónico se habían interrumpido hacía horas. Su móvil todavía tenía algo de carga, pero no tenía cobertura. Tenía agua, pero nada de comida.

En algún momento se le había ocurrido que podría morir. No de un modo valiente ni noble. Posiblemente, de una manera horrible y dolorosa o de alguna manera humillante. La idea nunca antes había cruzado por su mente.

Durante generaciones, su familia había considerado el honor una obligación y la buena suerte una parte de su herencia, pero la batalla a la que Davis Lee se enfrentaba no era de las que pudieran esquivar las balas. Aquello era la naturaleza. Y él estaba seguro de que el hombre no era inocente. Por lo menos un hombre.

Cuando Carter había abandonado su despacho el día anterior, Davis Lee se había sentado y leído el trabajo de Kate y los artículos que Hile había encontrado, y después se había metido en Internet y realizado algunas búsquedas él mismo. Kate estaba, posiblemente, en lo cierto; las tormentas eran peculiares. Todos los informativos habían señalado su origen insólito y luego las habían dejado de lado por no presentar un interés como noticia. E Ingeniería Coriolis había sido la primera en llegar a los lugares para reparar los destrozos. Era extraño; el poder destructivo del clima en el Sahara había sido observado también a nivel local, pero ignorado por el resto del mundo porque había tenido lugar en África. ¿Qué significaba otro desastre más en ese lugar? A la devastadora inundación fuera de época no se le dio ninguna importancia y fue atribuida al calentamiento global, a la desertificación o a alguna otra catástrofe climatológica en ciernes. E Ingeniería Coriolis siempre había acudido

casi antes de que los gobiernos pudieran solicitar ayuda. Con frecuencia, los equipos de Coriolis llegaban trayendo noticias de asistencia adicional como parte de la filantropía personal de Carter.

Aquel bastardo tenía que estar detrás de todo eso. No podía haber otra explicación. Era lo suficientemente inteligente y rico como para hacerlo, y demasiado vanidoso como para ocultar su rastro.

Pero intentar comprender qué era lo que Carter pensaba poder ganar destruyendo la Costa Este cuando quería ser presidente era...

Davis Lee contuvo la respiración.

«Presidente».

Ese era todo el asunto. Carter no sólo quería ser presidente. Quería reemplazar a Winslow Benson. No, no sólo reemplazarlo sino enterrarlo. Que su nombre fuera sinónimo de muerte y devastación.

«Y qué mejor modo de hacerlo que destruir uno de los mayores símbolos del país: la ciudad de Nueva York».

La última noticia que Davis Lee había visto en la televisión antes de quedarse sin electricidad la noche anterior era en relación con la central nuclear de Indian Point, que había sido construida para resistir vientos de doscientos cincuenta kilómetros por hora, un límite al que nadie pensó que se llegaría nunca.

Carter lo sabía. Y aparentemente había decidido ponerlo a prueba.

Davis Lee se miró las manos. Cuando aquella pesadilla terminara, estarían manchadas con la indeleble sangre de miles de vidas. Él había sido muy hábil en dirigir la compañía o, al menos, eso es lo que había creído estúpidamente. Lo único que había hecho en los últimos diez años fue acelerar la situación en la que se encontraban. Carter habría tardado más tiempo aunque podría haberlo hecho por sí solo. Planificar y luego levantar la parte financiera había sido inteligente, pensó. Carter, sin embargo, se había dado cuenta desde un principio que lo que Davis Lee había sugerido sería una fuente de ingresos; sería el seguro de Ingeniería Coriolis cuando las cosas fueran mal y una enorme estructura financiera cuando las cosas fueran bien, como, hasta entonces, había sucedido.

«Todo ha sido culpa mía».

Se sentó frente a la ventana unos minutos más, luego se puso de pie y se dirigió hacia un rincón en su cocina. Un buen trago de su bourbon favorito, Elijah Craig, lo mantuvo a flote mientras continuaba hacia el baño. La multitud de medicamentos colocados en el mueble daba fe de su ajetreada y buena vida: somníferos para los viajes por el Pacífico en primera clase, calmantes para los dolores de ligamentos producidos en las canchas de tenis y rodillas destrozadas en las montañas nevadas, antidepresivos para los días en los que había visto morir a Enron y Worldcom había comenzado a desmoronarse...

Los llevó a todos al salón. Sentado en el costoso sofá, que una hermosa decoradora de interiores le había recomendado que adquiriera, comenzó a tomarlos poco a poco, de uno en uno, mientras continuaba viendo caer la lluvia.

Lunes, 23 de julio, 11:45 h, Campbelltown, Iowa.

Carter había dejado su oficina temprano para volver a su casa donde, como era habitual, almorzaría con Iris en el porche cubierto de la fachada principal. Estaban sentados en sus sillas favoritas, mirando a los nietos jugar a perseguirse por el jardín mojado. Algunas de sus hijas estaban reunidas en un grupo, vigilando a los pequeños.

Un movimiento en el extremo izquierdo del jardín llamó la atención de Carter, y un segundo después vio la camioneta blanca del vigilante aparecer lentamente, dando la vuelta a la última curva del camino de entrada. Tres furgonetas negras con cristales tintados lo seguían.

Notó una extraña sensación de desastre en el estómago mientras dejaba la taza de café sobre la pequeña mesa entre su silla y la de Iris. Nelson no lo había llamado desde la entrada para decirle que había visitantes, aunque ése fuera el protocolo establecido, y eso era muy extraño. Como policía retirado de Iowa, Nelson siempre cumplía las órdenes.

—Carter, ¿qué sucede? ¿De quiénes son esos coches? —preguntó Iris, con tono alarmado.

—Creo que deberías llevar a las chicas y a los niños dentro, Iris.

—No lo haré. Carter...

Se puso de pie mientras los primeros dos vehículos se detenían frente a la casa. Los otros dos se apartaron de los demás y se dirigieron en direcciones opuestas alrededor de la casa. Los niños habían dejado de jugar y los observaban con curiosidad. Tres de las chicas habían llamado a sus hijos. Meggy, la abogada, se dirigió directamente hacia el porche.

Nelson bajó de la camioneta. Una mujer rubia con un impermeable oscuro bajó del lado del copiloto. Alrededor de su cuello colgaba de una cinta una credencial. Cuatro hombres vestidos de modo similar salieron del otro vehículo y avanzaron hacia la fachada de la casa. Uno detuvo a Meg a medio camino.

—Señor Thompson, soy la agente especial Susan Lemke, del FBI —anunció la mujer rubia mientras se acercaba al porche—. Nos gustaría hablar con usted.

—Tienen una forma bastante peculiar de pedirlo, agente Lemke —replicó Carter, metiendo las manos en los bolsillos—. Podría haber concertado una cita en mi despacho, como hace la mayoría de la gente. Ésta es mi casa. No creo que tenga nada que hacer aquí.

—Por favor, mantenga las manos donde pueda verlas, señor, y apártese de las

escaleras.

Dejó caer sus manos a los costados y miró más allá del vigilante y encargado de seguridad de su residencia.

—Nelson, ¿qué está pasando?

—Tienen una orden de registro, señor Thompson. Tuve que dejarlos entrar a la propiedad, y no me han permitido avisarle. —La voz de Nelson era fría y profesional.

Carter se volvió a la agente que había alcanzado ya el porche. Otro agente le acompañaba y estaba en el primer escalón del lado opuesto a la barandilla. Meg lo observaba todo. Iris lloraba en silencio, dejándose caer en su silla y cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué quiere, Susan? —le preguntó Carter con una sonrisa a la agente.

Ella no reaccionó ante el tono de confianza. Su postura en el escalón superior no era agresiva, pero estaba preparada para actuar según las circunstancias. Tenía unos ojos tan carentes de expresión como su voz.

—Tenemos una orden para registrar la propiedad, señor. Y nos gustaría hacerle algunas preguntas con respecto a su reciente viaje a Nueva York, así como algunas de sus otras actividades.

—¿Estoy arrestado?

—Carter —dijo Iris sin aliento, cubriéndose el corazón con una mano y con la otra la boca.

—No, señor, pero si quiere que un abogado esté presente durante nuestra conversación, tiene derecho a ello.

—La mujer rubia es mi hija y mi abogada —explicó, haciendo un gesto a Meg, a quien se le permitió, de forma inmediata, acercarse a ellos.

—Papá, no digas nada. —Se volvió hacia la agente—. ¿Podría, por favor, ver la orden?

Carter pudo escuchar los ruidos procedentes de la casa y las órdenes que daban, y supo que habían comenzado a dismantelar su vida lo mismo que su hogar. Cerrando los ojos, respiró profundamente intentando controlar el creciente latir en su pecho. Raoul, la tripulación y el avión ya no existían, pero el edificio en la India seguía en activo y él no podría confiar en nadie para proteger su trabajo, y mucho menos cuando se acabara el dinero. Iris no podía mentir. Ella les diría todo lo que sabía, que no era mucho, pero sí suficiente para llenar las lagunas.

Se dio cuenta de que la casi dolorosa excitación que había experimentado cuando las últimas pruebas habían sido exitosas y los pequeños episodios en que su corazón se aceleraba no eran en nada parecidos a un ataque. Ésos habían sido extáticos, una mezcla de placer y dolor. La sensación que sentía ahora en su cuerpo no encerraba placer. El dolor se deslizaba por sus brazos, notaba una opresión en el pecho, pero sin embargo no hizo nada por detenerlo, nada para darlo a conocer. Era parte de su

acuerdo con la naturaleza. Había acordado marcharse cuando fuera el momento, y parecía haber llegado. Había cumplido su papel, hallado su destino. El resto iba a ser escrito sin su ayuda. La confusión en su cabeza tenía que ser el modo en que la naturaleza lo ayudaba a irse con facilidad. Con suerte, el dolor cesaría pronto.

No dudaba de que encontrarían todo. Estaba en su despacho. No quería ponerles trabas criptográficas. No había motivo para hacerlo.

Su presencia allí era señal de su éxito. Lo supo en lo más profundo de su corazón enfermo. Le iban a arrebatarse los sueños y convertirlo en un demonio por perseguir sus sueños, y luego continuarían en secreto con su trabajo. Ése era el insulto final de Winslow Benson. Se apropiarían de todo: su trabajo, sus sueños, su éxito.

No pudo ocultar una mueca cuando el dolor se intensificó, ni pudo evitar tomar aire, aferrarse a la barandilla para mantener el equilibrio. El brazo no le respondía. No lo podía mover. Y comenzó a caer.

Los agentes lo sujetaron antes de que se golpeará contra la madera, las anchas tablas de castaño que había cortado él mismo.

—¡Papá! ¿Estás bien? —La voz, ya distante, fue seguida por un grito. Un grito de Iris.

Intentó responderle, decirle que todo iría bien, pero su voz sólo resonó en su cabeza. Encerrada allí, con todos sus secretos. Y comenzaron a arrancarle la ropa, a tocarlo, a hablar de él como si ya no estuviera allí.

Capítulo 43

Lunes, 23 de julio, 13:35 h., una «casa segura» de la CIA en una zona rural de Virginia del Norte.

Los truenos y la lluvia eran tan fuertes que ni Kate ni Jake oyeron el helicóptero hasta que estuvo prácticamente en el jardín. Cuando advirtieron el ruido, se dirigieron juntos hacia el salón, que servía de centro de operaciones.

—Demonios —dijo Kate a la entrada.

Las mismas palabras cruzaron la mente de Jake. La habitación estaba atestada de militares uniformados de todos los ejércitos. Se estaban secando la lluvia y colgando sus chaquetas empapadas en las escasas perchas que había en la entrada.

Mientras la gente se sentaba a la mesa o se recostaba contra las paredes, la conversación era casi inexistente. Tom se dirigió a la cabecera de la mesa.

—Gracias a todos por venir tan pronto —dijo con su habitual tono neutro y duro a la vez—. Sé que todos han sido informados sobre el P—3 de camuflaje electrónico que explotó minutos después de establecer contacto con la torre de Filadelfia. Hemos confirmado que antes de la explosión emitió una descarga de láser de uno punto cero, cuatro, cero, cinco milímetros de frecuencia de onda, con una duración de quince segundos que fue dirigida hacia la superficie del océano. Todavía no hemos determinado si fue un accidente o un acto deliberado, ni hemos determinado cuál era el objetivo, en caso de que fuera un acto premeditado. Sabemos que el aparato era un avión de investigación propiedad de la Fundación para la Recuperación del Medio Ambiente, dirigida por Carter Thompson como fachada para sus investigaciones sobre control climático. Agentes del FBI han ido a casa de Thompson esta mañana con una orden de registro y para interrogarlo. Minutos después de su llegada, sufrió un ataque cardíaco y un grave accidente cerebral. Todavía está vivo y aparentemente consciente, pero ha sufrido parálisis motriz y es incapaz de hablar. Está en el hospital regional, y los agentes lo están controlando tan de cerca como los médicos. Davis Lee Longstreet, que administraba una de las compañías de Carter y posiblemente estuviera al tanto del trabajo de la fundación, fue hallado en su apartamento de Nueva York hace unas horas. Aparentemente, se suicidó ingiriendo una sobredosis de medicamentos.

Kate no pudo reprimir un grito horrorizado antes de taparse la boca con la mano. Tom hizo una pausa y la miró.

—Mis condolencias, señorita Sherman. —Miró a su alrededor—. Esto nos deja con un huracán de categoría 5 a menos de trescientos kilómetros de la costa de Estados Unidos.

Todos guardaron silencio mientras Tom examinaba sus notas.

—Estamos razonablemente seguros de que ha habido injerencias externas, de carácter humano, en la tormenta, en, al menos, las últimas noventa y seis horas. Éstas han consistido en descargas de energía de uno punto cero, cuatro, cinco milímetros de frecuencia de onda de láser dirigidos al ojo del huracán. Cada uno de los episodios fue seguido de una intensificación de la tormenta. —Se sentó en su silla y miró, con aire indiferente, a todos en la habitación—. Carter Thompson trabajó para la Agencia Central de Inteligencia a fines de los sesenta y principios de los setenta como investigador meteorológico, al igual que Richard Carlisle, que fue asesinado hace aproximadamente unas cuarenta y ocho horas. El proyecto en el que se encontraban trabajando se ocupaba de la creación e intensificación de tormentas huracanadas, y tuvieron éxito al crear o aumentar la intensidad de ocho tifones en el Pacífico durante el verano de 1971, incluyendo dos que excedieron los límites inferiores de una designación de categoría 5. Tras ese éxito, un comité del Congreso los recompensó eliminando los fondos del programa y Carter se quedó sin trabajo. Uno de los miembros de aquel comité era Winslow Benson. Recientes informes de inteligencia indican que Carter Thompson estaba obsesionado con el presidente y que tenía, además, ambiciones presidenciales propias. Basándonos en eso y otros informes, hemos determinado, con una alta probabilidad, que Thompson es responsable de la intensificación de *Simone* y que el objetivo más probable de la tormenta es la zona noreste, previsiblemente la ciudad de Nueva York, en donde el presidente iba a dar un discurso dentro de tres días. En este momento, todo indica que esta tormenta continuará creciendo y avanzando hacia el noroeste, es decir, hacia Nueva York.

Se frotó concienzudamente la oreja. Aquel gesto provocó un hormigueo en las manos de Jake y estuvo tentado a darle un golpe. Aquel cretino estaba jugando a hacerse el duro.

—Uno de los problemas es que no sabemos cuántos aviones poseía Thompson. Si hay otros aparatos equipados para continuar con esta operación, la tormenta podría volver a intensificarse. Además, las compañías de Carter cuentan con una pequeña constelación de satélites de observación y comunicación en órbitas de baja altitud. Por lo que sabemos, podrían contar con la misma tecnología instalada en uno o más de ellos. No lo sabremos hasta que hablemos con el personal de Hyderabad, que es donde estaba su centro de operaciones.

—¿Cuál es la situación allí?

—Estamos intentando llegar sin ser vistos. Lo último que queremos es que los hindúes pongan sus manos sobre algo antes de que llegemos nosotros. —Tom deslizó su mirada por la habitación, deteniéndose en cada uno—. El director nacional de Inteligencia quiere tomar la ofensiva en esto, lo que significa que debemos impedir otra intensificación. Creo que todos somos conscientes de que debe ser evitada a toda costa. Aunque el huracán no sobrepasara la categoría 5, si llega a

Nueva York, el impacto de *Katrina* parecerá un día en un parque de atracciones.

—No hay nada superior a la categoría 5 —interrumpió Kate.

Tom apenas la miró.

—Ahora sí. Razón por la que me gustaría considerar algunos escenarios alternativos.

Todos permanecieron en silencio.

—¿Alternativas respecto a qué? —preguntó por fin Kate.

El agente se volvió a mirarla.

—Alternativas a un aumento de intensidad, señorita Sherman. —Luego se dirigió a Jake.

«Fantástico». Jake sintió que su ánimo decaía.

—Doctor Baxter, ¿qué se puede hacer para detener una tormenta como *Simone*?

—Nada —respondió Jake sin emoción—. Me refiero a que el hombre no puede hacer nada. Se ha intentado en el pasado, como echar aceite vegetal sobre la superficie del océano, o sembrando las tormentas, pero nada ha funcionado. El fenómeno natural que puede disminuir una tormenta es un frente de dirección contraria o un dramático cambio en la temperatura. Por ejemplo, si chocara con una zona de aire o agua fría, podría debilitarse, pero tendría que ser un área enorme. De otro modo, dividiría la tormenta en varias tormentas menores.

Tom se volvió a uno de los oficiales de la Armada.

—¿Podemos hacer algo así? ¿Podemos enfriar parte del océano?

El oficial ni siquiera parpadeó.

—No, señor.

Tom entrecerró los ojos.

—¿Quiere decirme que no pueden, comandante, o le da la impresión a usted de que no podemos? ¿Ha existido algún intento o se ha encargado algún estudio en ese sentido?

—No conozco ni estudios ni intento alguno, y es algo más que una impresión —respondió el comandante, apretando las mandíbulas más que antes—. Y a pesar de que dicha operación fuera una posibilidad teórica, existirían problemas logísticos. No contamos con un navío y una tripulación para sacrificar, colocándola en el camino de la tormenta. Tanto si la operación funciona como si no, sería una misión suicida para todo el personal a bordo. Además, sin haber realizado estudios previos, no sabemos qué refrigerante sería el adecuado. Una vez que ese asunto fuera decidido, tendríamos que asegurarnos de que hubiera una cantidad suficiente disponible para llevar a cabo semejante operación, y después tendríamos que fabricar el equipo para dispersarlo.

Tom se volvió a Jake.

—¿Funcionaría una bomba? ¿Podríamos bombardear la tormenta?

Jake negó con la cabeza.

—La cantidad de energía producida por un huracán de categoría 5 es inmensa. Podría suministrar suficiente energía para mantener la Costa Este iluminada durante un periodo de tiempo muy largo, si pudiéramos almacenarla. Para contrarrestar ese tipo de energía se necesitaría un explosivo atómico enorme, mayor de lo que nunca se haya fabricado, y es probable que no funcionara. Además de las obvias consecuencias para el medio ambiente y las personas.

Todos en la habitación guardaron silencio, y tras unos minutos, Jake se aclaró la garganta. Todos los ojos se posaron en él, y tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse atrás.

—¿Alguna otra cosa que añadir a la discusión? —preguntó Tom.

«Aquí se acaba mi carrera». Jake tragó saliva.

—Tengo una idea que quizás valga la pena intentar.

—Oigámosla —respondió Tom.

—Es un recurso extremo.

—No lo dudo.

Jake lo miró a los ojos.

—Durante años, los láseres fueron utilizados para dispersar la niebla durante los aterrizajes y despegues de los aviones. Hace poco que han dejado de usarse porque los nuevos generadores de calor en las cabinas los han vuelto obsoletos, pero es una tecnología probada. Ciertos láseres pueden generar suficiente calor como para evaporar las nieblas cálidas, que no es otra cosa que vapor de agua, de forma casi instantánea. Y lo que las torres de convección de un huracán absorben es vapor de agua. Si pudiéramos dirigir los láseres al ojo de la tormenta de forma lateral hacia las paredes y a muy baja altitud —próximos al nivel del mar— tal vez conseguiríamos interrumpir y debilitar el ciclo de convección. —Ninguno de los presentes dijo nada ni lo miró a los ojos, excepto Kate y Tom.

—Necesitaríamos muchos láseres —se oyó una voz al otro extremo de la mesa.

—O unos cuantos muy poderosos —rectificó Jake.

Tom lo miró, frunciendo confundido el ceño.

—Si los láseres evaporan el agua, entonces, ¿por qué Thompson utilizó láser para intensificar las tormentas?

—Lo que hizo fue como echar un cubo de gasolina en una hoguera —contestó Jake—. Disparó el láser hacia la parte superior del centro de la tormenta, en donde todo el calor latente en la columna de vapor de agua ya estaba siendo liberado en forma de energía. El golpe de calor de su láser aceleró ese proceso, creando una succión vertical en la columna de aire que ya se elevaba por el ojo. El ciclo de convección se expandió de forma dramática haciendo que la tormenta se volviera más alta, ancha y rápida. Lo que sugiero es que intentemos cortar la circulación en la base de la columna de aire, lo suficiente para desestabilizar la tormenta.

Tom lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás pensando en láseres instalados en aviones que volarían atravesando la tormenta, o en barcos?

—No he pensado en ello, la idea se me acaba de ocurrir. Pero ésa es una decisión que escapa a mi área de conocimiento —dijo Jake, encogiéndose de hombros.

Tom miró a un oficial escéptico con el uniforme azul de la Fuerza Aérea.

—¿Qué opina, mayor?

—Un avión no puede atravesar un huracán. Se necesitaría un aparato especial con soportes. Y no tenemos ninguno instalado con láser. Tampoco los tiene la Armada.

—¿Tenemos *algo* que pueda ser desplegado en esas condiciones? ¿ANT?

El comandante de la Armada parecía incómodo.

—Bueno, señor, los Peregrinos llevan láser, pero todavía están en fase experimental...

—Tendrían que ser lo suficientemente grandes y pesados para operar en el vórtice —interrumpió Jake—. ¿Con qué tipo de motor cuentan?

El oficial lo miró brevemente.

—Tiene un motor de cohete que lo eleva hasta la altitud y velocidad deseadas y luego se desprende. Los soportes se hacen cargo desde ese momento —explicó lentamente, con tono condescendiente.

Con el rabillo del ojo vio que Kate le entregaba un pedazo de papel.

«¿Quieres evaporar un huracán usando LÁSERES? Has leído demasiada ciencia ficción. A propósito, ¿qué son los ANT?».

«Aeronaves No Tripuladas. Aviones robot», escribió y le devolvió el papel.

—¿Qué tipo de láser? ¿De qué alcance? ¿Qué tamaño tienen? —exigió saber Tom.

—Ciento veinte kilos con una velocidad máxima de casi mil kilómetros por hora y un alcance de mil seiscientos kilómetros. Puede permanecer en el aire durante tres horas, pero no funciona tan bien como los otros cuando hay turbulencias.

—¿Y cuáles son los que funcionan?

—Los Depredadores, pero no tienen láser.

—Entonces no perdamos el tiempo con ellos. ¿Qué tipo de láser llevan los Peregrinos? ¿Pueden funcionar de la forma que ha descrito el doctor Baxter?

—Los láseres son infrarrojos, del mismo alcance y frecuencia de onda que los utilizados para intensificar la tormenta. Lo que ha sido sugerido podría estar dentro de su capacidad operativa —dijo fríamente el comandante—. El Peregrino realiza tareas de reconocimiento a distancia. Misiones de búsqueda y destrucción.

—No sea modesto, comandante —replicó Tom—. ¿Pueden esos láseres ocuparse de esta tormenta?

—Los láseres son muy poderosos, señor, con un radio de alcance medio y están

diseñados para destruir material u otras sustancias sobrecalentándolos. Han provocado el estallido de tanques blindados en las pruebas de campo.

Jake percibió que Kate se estremecía.

—¿En cuánto tiempo?

—Menos de diez minutos.

Tom se volvió hacia Jake.

—Todo lo que necesitas es algo para producir suficiente calor para evaporar el vapor en la base de la tormenta, ¿verdad?

—Bueno, no demasiado, porque si no estaríamos ayudando a intensificar la tormenta.

—Entonces ¿absorber aire caliente y seco tendría el mismo efecto que absorber aire caliente y húmedo? —preguntó Tom irritado.

—No, un huracán necesita humedad, porque es allí donde se encuentra la energía —intervino Kate.

—Entonces enviamos unos cuantos aviones robot para cargarse la base de la tormenta, secándola. ¿Qué pasa después? —quiso saber Tom.

—En teoría, el centro de la tormenta se desintegraría y se fragmentaría. Pero podría volver a reconstituirse —explicó ella.

Tom se encogió de hombros.

—Entonces la seguiremos atacando hasta asegurarnos que no suceda.

—Me gustaría señalar que si los rayos son dirigidos hacia la atmósfera en vez de a un objetivo sólido...

Tom la interrumpió.

—Una atmósfera tan densa tiene que atenuar de modo significativo el rayo. Y en todo caso, no habrá otras naves al otro lado de la tormenta. ¿Estoy en lo cierto, comandante?

—Sí, señor.

Kate pareció encogerse en su silla. Jake apartó la vista.

—Dígame cuántos Peregrinos tenemos en la Costa Este —exigió Tom.

—Treinta.

Tom enarcó una ceja.

—¿Treinta? ¿Y dónde se encuentran?

—Frente a la costa de Nueva Jersey, en el *William J. Clinton*.

Jake se enderezó en su silla al oír el nombre del último de los portaaviones de nueva generación y energía nuclear. Era más grande que cualquier otro que estuviese en activo, y con tecnología más avanzada.

Se alzó otra voz.

—El *Clinton* ha sido enviado mar adentro, señor, por delante de la tormenta.

Tom frunció el ceño.

—¿Cuándo fue botado?

—Todavía no está en servicio activo, señor. Ha permanecido allí realizando pruebas de campo de última hora y entrará en activo cuando concluyan. Está previsto que participe en las maniobras de la OTAN en septiembre.

Tom asintió, y luego, girando la cabeza, atravesó a Jake con la mirada.

—¿Qué proximidad tendrían que alcanzar?

Con una creciente sensación de temor, Jake se movió inquieto en su silla.

—¿De dónde?

—De la tormenta —respondió Tom con falsa paciencia.

Jake intentó ocultar la alarma que había aumentado su ritmo cardíaco y que le revolvía el estómago.

—Si los aviones robot tienen un alcance de mil seiscientos kilómetros, entonces supongo que ésa es la distancia...

—No —interrumpió el oficial de la Armada—. La tormenta es de cuatrocientos cincuenta kilómetros de diámetro con vientos de más de doscientos cincuenta kilómetros por hora. Dadas las condiciones, los aviones robot tendrían que ser lanzados mucho más cerca para asegurarnos de que lleguen al ojo del huracán lo más pronto posible. Tendríamos que acercarnos todo lo posible.

—¿Cuánto le llevaría al *Clinton* alcanzar una posición a distancia adecuada? —preguntó Tom.

El comandante tragó saliva.

—La velocidad máxima es de treinta y cinco nudos. Entre treinta y cuarenta y ocho horas, dependiendo de la dirección y velocidad de la tormenta. Pero, señor, no está oficialmente...

—Gracias a todos. Comandante, intente que el secretario de la Armada haga un hueco para reunirse con el director nacional de Inteligencia esta tarde. —Tom se puso de pie y se dirigió a Jake—. Recojan sus cosas. Los dos. —Sin darles tiempo a protestar, Tom se volvió al resto del grupo sentado a la mesa—. Necesito hacer una llamada. Vuelvo enseguida.

Tom ya había salido hacia la pequeña sala al fondo de la casa en donde la webcam estaba preparada, cuando sus palabras empezaron a causar efecto. Kate se puso de pie y lo siguió, intentando contener el pánico que se reflejaba en su rostro. Su corazón latía mucho más rápido y su respiración era mucho más agitada.

—Espere un minuto.

Él se detuvo y la miró, sin disimular su irritación.

—¿Sí?

—¿Que recoja mis cosas para ir exactamente adónde?

—Quiero que estén en ese portaaviones. Ustedes han sido los artífices de la idea y, por tanto, deben comprobar que se lleve a cabo.

Kate abrió los ojos desmesuradamente. «¿En el portaaviones?».

—Para ser exactos, la idea fue de Jake, no mía —espetó—. Soy meteoróloga. No sé nada sobre láseres. Y yo no...

—Hay gente a bordo que sabe de láseres —cortó Tom secamente—. Usted sabe de tormentas. Y, concretamente, sabe cómo se comportan las tormentas de Thompson.

—Eso no quiere decir que quiera estar en medio de una. *En un barco*. —Ella lo miró con fijeza—. Soy civil, por si lo ha olvidado. No me puede ordenar que haga esto.

—Ese *barco* tiene trescientos sesenta metros de eslora, con un desplazamiento de cincuenta toneladas, y es el barco de guerra tecnológicamente más avanzado que se haya construido nunca, señorita Sherman.

—No me importa su tamaño. Será como un corcho en una bañera frente a esa tormenta.

—Ahí es donde entra usted en juego, señorita Sherman. Me ha oído decir que no sabemos todavía si hay otros aviones en el arsenal de Thomson. Si esa tormenta aumenta, toda la Costa Este va a estar hundida en la mierda hasta el cuello. Es posible que usted pueda ayudarnos a evitarlo. Si no puedo apelar a su profesionalidad, tal vez pueda apelar a su patriotismo. Si no me equivoco, usted fue testigo de la caída de las Torres Gemelas. Y personas que usted conocía fueron víctimas del ataque. ¿Algún familiar?

Ella miró sus ojos fríos y muertos, sin aliento, como si hubiera sido golpeada no sólo emocionalmente, sino también físicamente, y asintió con lentitud. Un nudo de furia se le formó en la garganta, impidiéndole hablar, aun cuando hubiera sido capaz de encontrar las palabras.

—No se equivoque, Kate —continuó Tom en voz baja y carente de emoción—. Lo que su jefe ha hecho no es menos que el acto de terrorismo que aquellos hijos de puta cometieron hace seis años. Con la última descarga de láser, Carter Thompson ha permitido saber a todos los enemigos de Estados Unidos que el clima se ha convertido en un arma estratégica. Y les dejó claro a todos que eligió a su propio país como objetivo. Ninguno de esos puntos ha sido discutido. Todo lo que podemos hacer ahora es estropear sus planes, una opción que no tuvimos hace seis años. Y en última instancia, si usted no nos quiere ayudar, no tendrá ni casa ni padres a los que volver. —Hizo una pausa y se mordió el interior de las mejillas durante un instante, y luego volvió a mirarla—. Usted conoce mejor que yo que si esa tormenta vuelve a intensificarse antes de llegar a la masa continental, la destrucción será como la del 11 de septiembre y el *Katrina* a la vez. Long Island y una gran parte de Brooklyn y Queens ya están bajo el agua, así como gran parte de Lower Manhattan y Staten Island. ¿Hasta dónde quiere que llegue la destrucción tierra adentro, Kate? —Volvió a

hacer una pausa—. ¿Es consciente de que la central nuclear de Indian Point, que se encuentra a cincuenta kilómetros de Manhattan fue construida para resistir vientos máximos de doscientos cincuenta kilómetros por hora? ¿Qué pasa si los vientos son más rápidos? Imagínese vientos de doscientos setenta o doscientos ochenta kilómetros por hora llevando partículas altamente radiactivas. ¿Hasta dónde llegarían? ¿Cuánta gente moriría de inmediato? ¿Y a cuántos seguiría matando, y durante cuánto tiempo?

Ella lo miró, luchando contra las lágrimas que ardían detrás de sus párpados.

—¿Y bien, Kate? ¿Debo enviarla a su casa para que se reúna con sus padres? ¿O va a ayudarme a mí y al resto de la gente que hay en esa habitación y en ese barco a detener esa maldita tormenta?

—Es usted un hijo de puta —susurró.

—¿Es eso un sí?

—Sí.

—Bien. Tiene que estar lista en quince minutos.

Jake estaba de pie en la puerta del dormitorio, viendo cómo Kate metía sus cosas en su bolsa con gestos bruscos y secos, como consecuencia de la furia que le había provocado su conversación con el Señor Diplomacia. Cuanto más tiempo permanecía en silencio, más seguro estaba Jake de que, de repente, explotaría. Lo había aprendido tras haber pasado las últimas veinticuatro horas junto a ella.

—¿Y bien? —le preguntó mientras ella cerraba la cremallera de su bolsa y agarraba las asas.

—¿Bien qué? —replicó, con los dientes tan apretados que tenían que dolerle.

—¿Qué te dijo mi marciano favorito que te hizo cambiar de idea? —La dejó pasar primero en dirección al pasillo.

—Una especie de chantaje al viejo estilo. Estoy segura de que leíste el mismo informe que él sobre mí.

—Yo nunca vi ningún informe sobre ti. Sólo le mencioné tu nombre el sábado. ¿Por qué la CIA tendría un informe sobre ti?

—Ésa es una buena pregunta. Pero él parece conocer muchas cosas sobre mí, incluyendo dónde puede tirar a dar. —Le lanzó una mirada y él vio que las lágrimas se deslizaban incontroladas por su rostro.

«Mierda».

—¿Hay algo que pueda hacer?

Ella negó con la cabeza, y luego se pasó una mano por la cara.

—No, a menos que puedas sacarme de aquí y de ese barco.

—Buque —la corrigió automáticamente—. Kate, los portaaviones son monumentales. Por lo que he oído, el *Clinton* tiene una tripulación de casi ocho mil

personas. Créeme, tiene que ser una tormenta enorme antes de que te des cuenta de que se mueve.

—*Simone* es una tormenta enorme, Jake, por si lo has olvidado. —Se sonó la nariz y comenzó a revolver en su bolso—. Además, ¿cómo sabes tanto de portaaviones?

—Cuando estuve en los marines, me asignaron durante un breve periodo a uno, para realizar investigaciones.

Ella volvió a sonarse la nariz, lo miró, sin estar impresionada en absoluto.

—¿Cómo llegaremos allí?

—En helicóptero.

—Yo no vuelo —dijo ella mientras comenzaba a bajar las escaleras.

Él la siguió.

—Tendrán Dramamine a bordo.

—No dije que me ponía enferma cuando vuelo, sino que yo no vuelo —replicó.

—Bueno, no podemos ir en coche. ¿Por qué no vuelas?

Ella se sonó de nuevo la nariz antes de responder.

—La hora exacta en la que dejé de volar fue poco antes de las nueve de la mañana, el 11 de septiembre de 2001. Tuvo que ver con la imagen de unos aviones que se estrellaban contra unas torres —dijo por encima de su hombro mientras terminaba de bajar las escaleras.

—Dios mío.

—Mi cuñado trabajaba en la Torre Norte. Había llevado a mi sobrina —se llamaba Samantha y tenía seis años— a trabajar con él ese día porque se lo había pedido como regalo de cumpleaños. Mi despacho tiene vistas a las torres. De hecho, desde él podía verse la suya —explicó, con voz ahogada—. ¿Necesito continuar o te vas haciendo una idea?

—Por Dios, Kate. Lo siento. Yo no sabía...

—Bueno, Tom Taylor lo sabe —respondió—. También sabe dónde están mis padres. ¿Qué más sabe, Jake?

—No tengo ni idea —contestó al cabo de un minuto—. Pero quiere que vayamos, Kate.

—Hay muchas otras personas que pueden vigilar *Simone* en su nombre. ¿Por qué tenemos que ser nosotros? ¿O yo, por lo menos? Yo no trabajo para él.

—Tú y yo somos los únicos que analizamos las tormentas.

—Eso no quiere decir nada, Jake. Esta es diferente. Por un lado, se encuentra sobre el agua. Y es cien veces mayor que cualquier otra cosa que Carter haya hecho.

—Si vuelve a intensificarse...

—Si vuelve a intensificarse, estaremos todos muertos.

Jake hizo una pausa, respiró hondo y decidió romper la ley del silencio. La agarró

por los hombros y la hizo que se volviera para mirarla a los ojos.

—Mira, Kate, tú sabes lo que Tom te dijo de Richard y Carter. Ellos hicieron esto hace treinta años. Pero hay más. Lo que voy a decirte es altamente confidencial. *Altamente* confidencial, ¿entiendes? Yo fui y revisé algunos de los huracanes más grandes o atípicos de los últimos quince años. Estoy casi seguro de que Carter tuvo algo que ver con el huracán *Mitch* en 1998 y con el *Iván* en 2004. Y posiblemente con el *Katrina* y el *Wilma* en 2005. Ese hombre está loco. —Los ojos enrojecidos de Kate y el rostro surcado por lágrimas dejaron traslucir la impresión que le había causado semejante información—. Y sospecho que Taylor piensa que tú sabes más sobre las tormentas y sobre Carter. Por eso nos quiere allí para la tormenta y, sobre todo, te quiere tener a mano.

—Quieres decir que estoy bajo custodia —dijo, con voz rota—. ¿Por qué a ninguno de vosotros os entra en la cabeza que yo no sé nada más que lo que ya os he contado?

Capítulo 44

El viento giraba como si estuviera vivo. Compacto y fino, ondulaba sobre el agua, cerrando y protegiendo el eje de la tormenta, que estaba iluminado de forma brillante desde arriba. Era una imagen visible sólo para los escasos valientes que se arriesgaran al viaje, para aquellos pocos capaces de soportar horas de aterradora turbulencia mientras se adentraban una y otra vez en los cientos de kilómetros de oscuras, sucias y revueltas nubes y lluvias que constituían las paredes exteriores, y soportaban los atonadores choques y los espectaculares relámpagos que giraban y cubrían las alas y el fuselaje. Sólo ellos sabían que, en contraste con esas ominosas y protectoras murallas, el corazón de *Simone* era puro.

El sol de primera hora de la tarde caía sobre la torre abierta, dando a la luz una claridad que no había existido fuera de una tormenta durante siglos. El ojo del huracán no estaba contaminado, no había errores cometidos por el hombre, sólo la naturaleza, en su aspecto más terrible, en su aspecto más esplendoroso. El sol salpicaba el vapor de agua del aire ascendente, otorgándole un brillo tranquilo asociado con mayor frecuencia a las historias de redención que a las de destrucción.

La tormenta se aferraba con firmeza a la calidez del mar, bebiendo profundamente, acumulando fuerzas, recuperándose mientras hacía girar miles de litros de agua y los enviaba hacia lo que quedaba de las desprotegidas playas y edificios. Las murallas de agua, más sólidas que líquidas, rugían por los límites ribereños de Manhattan y explotaban en los barrios costeros con un aterrador rugido, rompiendo corazones, mentes y huesos. Vientos pesados y húmedos se estrellaban contra la orgullosa y fortificada ciudad, llenando el enorme agujero en su extremo sur.

Una masa de contenedores de basura, vaciados de su contenido y con sus cubiertas de plástico actuando como hélices, giraba por las calles, pasando por encima de los coches y otros obstáculos y, de vez en cuando, levantando el vuelo, para estrellarse contra ventanas a seis o diez pisos de altura. Vientos voraces aspiraban a los ocupantes aterrados a través de los agujeros de bordes afilados. Vehículos sin conductor se deslizaban por las calles congestionadas, destruyendo los bulevares, agujereando estructuras y alimentando el embotellamiento de tráfico más insaciable que los habitantes de la ciudad habrían podido jamás concebir. Las farolas eran arrojadas como lanzas, como arpones hacia un océano de aire, destruyéndose al chocar y empalando a todo lo que encontraran.

La caída de la presión atmosférica desbarató los planes de los mejores ingenieros del mundo cuando enormes superficies de cristal reflectante, resistente a los impactos, estallaban en sus marcos y volaban o caían por los desfiladeros de altos edificios. Dependiendo de su aerodinámica, segaban edificios o rebotaban contra el

metal y la piedra. Dando volteretas por calles y cielos, los ventanales se detenían sólo al decapitar las gárgolas, las estatuas o a los aterrados peatones que huían de los lugares destruidos que ya no les ofrecían refugio.

Indiferente a todo lo que no fuera el calor y el agua que le daba vida, *Simone giró todavía más rápido, una creación de descorazonados e indescriptible belleza, de poesía, una diosa etérea, convertida en espiral que buscaba inspirar asombro y respeto. Su rugido sobrenatural lo silenciaba todo. Su contacto era destructor.*

Y aun así, como conocía lo espiritual, sus consecuencias le daban nueva vida.

Capítulo 45

Lunes, 23 de julio, 17:08 h, océano Atlántico, a doscientas millas al sureste de Nueva York.

Apretando los dientes con tanta fuerza que le dolía la mandíbula, Kate se desabrochó el cinturón de seguridad de su asiento en el enorme, ruidoso y casi vacío helicóptero, que se encontraba ahora sobre el helipuerto del *William J. Clinton*. La embarcación se alejaba a buen ritmo de la costa estadounidense.

—¿Para qué lado me dijiste que debía girar cuando baje de este aparato? —le preguntó a Jake en voz baja.

—Para la derecha. Para el lado de la proa. Para el frente de la embarcación.

—Sé lo que es la proa de un barco —siseó.

—Buque. Miras en esa dirección porque es hacia donde ondea la bandera. Así que mírala otra vez y recuerda por qué estás aquí —replicó—, y después sígueme. Vas a pedir permiso para subir a bordo.

—¿Qué demonios se te ha metido en la cabeza? —preguntó—. Y, a propósito, ya estoy a bordo.

—¿Te molestaría hacer lo que te pido, por el amor de Dios?

El piloto se dio la vuelta ocultando a duras penas una sonrisa.

—Un minuto más y podrán bajar. ¿Vienen de luna de miel? Porque éste no es el *Princesa del Caribe* —dijo.

Kate dejó que Jake se ocupara de conversar y se dedicó a mirar por la ventanilla a toda la gente corriendo en torno al helicóptero y por el buque. La cubierta era enorme. *Enorme*. Y no había nada, salvo un mar furioso y oscuro y la lluvia cayendo en todas direcciones. No se veía tierra en el horizonte, ya de por sí brumoso y difícil de distinguir.

Estar allí en esas circunstancias —durante un estado de alerta terrorista, en dirección a lo que podía convertirse en el huracán más grande nunca visto— era surrealista, o tal vez demasiado real. Se parecía demasiado al momento en que habían caído las torres. Ella y todos los demás había permanecido confinados en el edificio durante casi veinticuatro horas. Sin luz, sin aire acondicionado, sin energía de ninguna clase. Sólo pánico y dolor, con el ruido de las sirenas y las espesas nubes de humo, asfixiante y lleno de cenizas que pasaba frente a las ventanas, oscureciendo un poco el horror al otro lado. Ella no quería estar allí, rodeada de gente enloquecida por la adrenalina, excitada por dirigirse directamente hacia el peligro para realizar un trabajo que, en el mejor de los casos, era un despropósito.

Ella quería estar en cualquier otro lugar excepto allí. Quería estar en su casa.

—¿Kate?

Miró a Jake.

—Podemos salir.

—Fantástico. Gracias. —Aceptó su mano mientras se encaminaba agachada hacia la puerta abierta y bajaba a cubierta. Él tenía razón. No podía sentir el movimiento de las olas o el barco. Buque.

Le soltó la mano y señaló diciendo algo que no pudo oír. Ella miró a su derecha, más allá de lo que parecía el frente de un edificio de varios pisos con fachada de vidrio, hacia la proa del barco, en donde la bandera ondeaba bajo el furioso viento. Con el rabllo del ojo, vio a Jake enderezar los hombros y saludar. La imagen de la bandera y del hombre le atenazó la garganta y nubló su vista.

Jake se volvió y miró a un oficial de aproximadamente su misma edad a unos escasos metros de distancia. Kate imitó sus movimientos, diciendo lo que él le había dicho y estrechando la mano que le tendían. Después los siguió a ambos a través de una escotilla y hacia el laberinto gris metálico del interior del buque.

Una vez que les hubieron mostrado su camarote, un pequeño cubículo con apenas espacio para poder darse vuelta y el baño más minúsculo que había visto en su vida, dejó caer su bolsa y siguió a los hombres hacia una de los miles de puertas que acababan de pasar. El guía los dejó delante de una de ellas, después de llamar y anunciarlos. Entraron en una sala de conferencias, provista de pantallas planas en todas las paredes y sillas giratorias atornilladas al suelo.

—Bienvenidos a bordo.

Kate volvió la cabeza al oír la voz de una mujer. No le resultaba extraño escuchar una voz femenina en un entorno masculino. Ya se había cruzado con varias mujeres por los corredores. Fue el tono de la voz. Tenía un matiz de irritación y un poco de curiosidad. Y nada de calidez. Tampoco los brillantes ojos azules de la rubia de uniforme. Eran helados.

Volvió la cabeza ligeramente para mirar a Kate a los ojos, y tendió su mano.

—Capitán Joanna Smith.

—Hola. Me llamo Kate Sherman.

La capitán Smith se volvió a Jake y repitió su presentación, y luego señaló la mesa.

—Ya que hemos terminado con las presentaciones, siéntense —ordenó secamente—. Llegarán todos en un minuto.

Se sentaron en la mesa de conferencias, con la capitán ocupando el asiento de la cabecera, en donde un montón de papeles y un ordenador portátil abierto la esperaban. A los pocos minutos, los asientos en torno a la mesa estaban ocupados por un equipo de rostros serios, casi adustos, de hombres y mujeres uniformados. La primera impresión de Kate, a medida que entraban en la sala, era que parecían demasiado jóvenes para estar haciendo lo que hacían. Más de la mitad llevaban

anillos de boda. Demasiado jóvenes y ya comprometidos.

«En nombre de Dios, ¿qué estamos haciendo aquí?».

Después de los primeros y confusos saludos, Kate se dio cuenta de que se estaban presentando más por sus ocupaciones que por sus títulos. Sus nombres estaban sobre el bolsillo de la pechera. Sus rangos en las mangas. La confianza en sí mismos, en cada uno de sus movimientos.

La capitán Smith comenzó la reunión sin preámbulos, hablando con un tono tranquilo y sin inflexión.

—La tripulación ha sido informada de nuestra misión, que es neutralizar al huracán *Simone* haciendo uso de todos los medios posibles y necesarios —dijo, mirando primero a Kate y luego a Jake antes de deslizar la mirada en torno a la mesa.

Las palabras sonaron amenazadoras y Kate contuvo un escalofrío. Jake se limitó a parpadear.

—Nuestros meteorólogos están siguiendo la tormenta y nosotros identificamos un punto de encuentro, al cual llegaremos aproximadamente a las 23:00 horas. Estaremos ubicados al nor-noroeste de la tormenta, en la zona de los vientos externos, y a, aproximadamente, cien millas marinas del ojo del huracán, si su rumbo se mantiene. Eso significa que nos estaremos enfrentando a vientos de doscientos kilómetros por hora o más, y un mar muy agitado. Les anticipo que me encontraré en el centro de mando o en el puesto de combate durante el tiempo que dure este operativo. —Miró a su ordenador—. Creo que han hablado de utilizar Peregrinos.

Al no obtener respuesta alguna, ella miró directamente a Jake.

—¿Han discutido el uso de Peregrinos? —repitió.

—Sí.

La capitán miró a una mujer joven sentada al otro extremo de la mesa. Tenía aspecto más de estar en un gimnasio de secundaria dando órdenes a las animadoras y no a varios metros debajo de la cubierta principal de un portaaviones discutiendo sobre armas de tecnología avanzada.

—No resistirán los vientos, capitán. Creo que tenemos que usar el Cóndor. Es más pesado y cuenta con capacidad láser.

Las cejas de la capitán se enarcaron ligeramente.

—Todavía está en fase experimental.

—Tenemos órdenes de realizar pruebas de campo.

—Esto difícilmente va a constituir una prueba de campo —respondió secamente la capitán, y después, volviéndose a un hombre a su derecha, preguntó—: ¿Qué opina?

—Creo que no tenemos más alternativa que usar el Cóndor.

La conversación pronto fue salpicada de una terminología técnica que Kate no comprendía y siglas que no entendía. Discretamente, dejó que su mirada recorriera la

sala. Como en un avión, no había ni un centímetro de espacio desperdiciado, excepto que en este entorno, nadie había intentado un diseño confortable o a la moda. El esquema decorativo era decididamente utilitario. Azul —azul marino, supuso— y gris eran los colores predominantes. La superficie de la mesa era de fórmica y las sillas tenían el asiento duro. Las luces eran fluorescentes. El suelo vibraba.

Ella escuchó mencionar el nombre de la tormenta y volvió su atención hacia la capitán, que le estaba hablando a un oficial que se había puesto de pie para dibujar un diagrama sobre una pizarra que había bajado cubriendo una de las pantallas. Justo en ese momento, un rugido atroz resonó en la sala y Kate miró asustada a su alrededor.

—¿Qué ha sido eso, en nombre de Dios? —espetó sin poder contenerse, y en un instante, todo el mundo concentró su atención en ella. Algunos con aire divertido, uno o dos irritados, mientras Jake elevaba los ojos al cielo.

La capitán enarcó una elegante ceja y se dirigió hacia el oficial a su derecha.

—Tal vez pueda explicarle.

Joven, bronceado e intentando mantenerse serio, el hombre la miró.

—Eso ha sido un Hornet al despegar, señorita Sherman —dijo con soltura—. Es el avión de caza más moderno de la Armada. Nuestros pilotos se encuentran patrullando el perímetro de la tormenta para asegurarse de que ningún otro avión con capacidad de intensificar tormentas se acerque a ella. Escuchará con frecuencia el ruido de los despegues y aterrizajes mientras esté a bordo. Estoy seguro de que tendrá la oportunidad de verlos desde cubierta.

—Gracias —respondió con humildad—. Por favor, disculpen mi interrupción.

Un golpe en la puerta fue seguido por la entrada de un marinero.

—Oficial en cubierta.

Todos en la sala se pusieron inmediatamente de pie, mientras un hombre asiático de corta estatura, pero con un aspecto estupendo, a pesar de haber alcanzado ya la madurez, entró en la sala. Todos, excepto Jake saludaron, por lo que Kate mantuvo sus manos a los costados.

—Descansen —ordenó antes de que se cerrara la puerta, y todos se relajaron pero no se sentaron. Se dirigió hacia la cabecera de la mesa. Kate observó que la capitán había dejado libre la silla en ese extremo y se había puesto delante de la silla que tenía a su izquierda, que hasta ahora había permanecido vacía. El recién llegado hizo un gesto para que ella volviera a su lugar.

—Capitán.

—Gracias, señor.

El hombre se sentó a la izquierda de la capitán y entonces ella y los demás tomaron asiento. Un movimiento llamó la atención de Kate y bajó la vista. El bolígrafo de Jake señalaba hacia una esquina de su bloc de notas. Allí aparecía escrito con letra pequeña: *Contralmirante Takamura. Muy importante.* Apartó la vista,

sintiendo que el cerebro le pesaba más.

—Tan pronto como estemos en posición, comenzaremos a desplegar los Cóndores —dijo la capitán, mirando al contralmirante.

—¿Cuántos tienen a bordo?

—Diez —respondió el oficial de armamento desde el otro extremo de la mesa—. Estábamos discutiendo su configuración cuando usted llegó, señor.

—Continúen.

La discusión sobre frecuencias de ondas y duración, altitud, velocidad del viento, vectores y fuerzas centrífugas comenzó nuevamente. A los pocos minutos, Kate volvió a concentrarse cuando Jake avanzó hasta la pizarra.

—¿En qué piensa usted, señorita Sherman? —preguntó la capitán Smith.

«Mierda». Kate miró a la oficial a los ojos.

—Honestamente, capitán, esta discusión va más allá de mis conocimientos. No sé nada sobre armamento. Mi especialidad es el clima.

La capitán ni siquiera parpadeó.

—¿Tiene alguna pregunta que no haya sido hecha y respondida?

«Otro interrogatorio». Miró a Jake, y luego a la capitán.

—Bueno, ¿cuál es el alcance de los láseres? ¿Se degradan al cruzar la atmósfera? ¿Podrían destruir algo?

—Se atenúan y la luz no se desvía, señorita Sherman, por lo que los rayos no se curvarán. Como precaución, sin embargo, las rutas de navegación al sursureste de la tormenta han sido evacuadas hasta el paralelo 32 —respondió alguien al otro lado de la mesa.

—Gracias —dijo en voz baja Kate, e indicó a la capitán que no tenía más preguntas. Podría perfectamente ponerse el sombrero con orejas de burro. Lo que discutían estaba totalmente fuera de su alcance.

Capítulo 46

Lunes, 23 de julio, 18:05 h, Upper East Side, Nueva York.

Elle suspiró aliviada. Por fin estaba sola. Los agentes especiales Laurel y Hardy habían insistido en que fuera a un refugio, pero ella se había negado. Sólo Dios sabía cómo sería eso. Prefería correr el riesgo en su apartamento, aunque no creía que un huracán fuera a caer sobre Nueva York. Pero, si lo hacía, ella estaría a salvo. El edificio era anterior a la guerra y construido como la cámara acorazada de un banco, en una zona elevada del Upper East Side.

Los agentes habían accedido sólo cuando ella encontró a Lisa Baynes y la convenció de que permaneciera con ella. Había sido una buena idea, por la compañía y porque Elle no podía hacer mucho por sí misma con las manos vendadas. La intrépida Lisa llegó hasta el edificio de Elle a pesar de la situación en las calles y se quedó completamente muda después de ver las siete espaciosas habitaciones decoradas en su mayor parte con antigüedades. Lisa había resultado una gran ayuda, a pesar de que la había acibillado a preguntas cuando se marcharon los agentes. Gracias a ella, Elle estaba duchada, vestida con ropa limpia y sentada sobre sábanas limpias en su propio dormitorio, cansada y tratando pensar una vez más qué pasos iba a dar a partir de ahora.

Las zonas bajas habían estado bajo aviso de evacuación en los últimos días y se había ordenado la evacuación obligatoria el día anterior por la mañana. Según Lisa, la ciudad era un caos, y ésa había sido la principal razón de que ella hubiera decidido quedarse. El alcalde había ordenado que la gente se comportara de manera tranquila y racional; los neoyorquinos respondieron, como era habitual, ignorando tanto la orden de evacuación como al alcalde. Los periodistas deambulaban por las calles en busca, precisamente, de todo tipo de estupideces, y encontraron a gran cantidad de gente cuyos planes de emergencia consistían en buscar refugio en los túneles del metro. Lo cual no estaba mal, pensó Elle, si a uno le gustaba nadar con ratas y no con tiburones.

Ahora que había recuperado la cordura, Elle supo que tenía que abandonar aquel apartamento, aquella ciudad, aquella vida. Cada minuto que pasaba allí era un minuto perdido. Incluso sabiendo que no se encontraba en peligro, no quería estar allí. Sus maletas estaban listas desde primera hora de la tarde y se encontraba esperando junto a la puerta principal la primera oportunidad de poder irse sin correr riesgos. Cualquier lugar le vendría bien.

Win no había llamado. Sólo había hablado con sus padres. A pesar de la llamada de Davis Lee, Win la estaba manteniendo a distancia. Por el momento, él estaría a salvo y seguro junto a sus padres. Sin duda, toda su familia estaba descansando confortablemente en el rancho de Montana o en su palacio de ladrillo en Nuevo

México, pensó con amargura. Tampoco le importaba demasiado.

En ese momento lo único que le preocupaba era asumir el control de los daños causados en su propia vida. Contaba con que la situación fuera lo suficientemente caótica una vez que pasara la tormenta como para darle algo de tiempo mientras regresaba a Washington a vaciar su apartamento. A pesar de las inundaciones, estaba segura de que no tendría ningún problema en alquilarlo. Era un pequeño piso en un edificio histórico situado en Aurora Heights, y por lo tanto, muy cerca del Pentágono. Incluso podría ganar algún dinero con ese arreglo.

Los meteorólogos habían agotado los superlativos hacía ya varios días, pero al mirar por la ventana, Elle volvió a pensar que aquélla no parecía la peor tormenta que había visto jamás. Lisa dijo que hasta que se fue la luz los comentaristas televisivos habían dicho que la situación iba a empeorar muchísimo.

El cielo de fondo estaba pintado de tonos grises más o menos oscuros, y las nubes parecían hervir en un caldo demoníaco. El viento arrastraba la lluvia de forma casi horizontal, entre los edificios. Los constantes relámpagos y los ensordecedores truenos le recordaban las escenas de batalla en *Salvar al soldado Ryan*, y la lluvia también contribuía a esa sensación, imitando el sonido apagado de las ametralladoras, al golpear contra las ventanas. Existía una especie de extraña soledad en medio de tanta violencia, pensó, y no le importó.

El seco y chirriante zumbido del timbre de la puerta interrumpió el ritmo de la lluvia contra las ventanas. Lisa apareció en la puerta del dormitorio con los ojos desorbitados, y Elle se dio cuenta de que el portero no había anunciado a nadie. Como la última vez.

El temor le cosquilleó en la nuca. Ella no conocía a ninguno de los vecinos, y John nunca dejaría que alguien entrara en el edificio si no tenía su permiso. O una credencial.

—¿Quién es? —preguntó.

—No lo sé. Hay tres tipos ahí afuera. Uno tenía la cabeza gacha y no pude ver su rostro.

Con manos temblorosas Elle tomó la consola telefónica de la mesita de noche y apretó el código de la recepción con un lápiz. Las vendas de sus dedos hacían que marcar un número fuera, si no imposible, incómodo.

—¿John? —dijo cuando le respondieron—. Hay alguien en mi puerta. ¿Has dejado subir a alguien?

—Me dijo que era una sorpresa, señorita Baker. Y yo pensé que estaría bien. Él me dijo que venía a buscarla para llevarla lejos de la tormenta.

—¿Quién? ¿Quién se lo dijo? —exigió saber, con el pánico subiendo por su garganta, amargo como la bilis.

—El señor Benson. Disculpe que le haya arruinado la sorpresa, señorita Baker,

pero...

Ella colgó el auricular mientras el zumbido del timbre volvía a oírse, esta vez con más insistencia, como si la persona que lo presionaba estuviera impaciente o irritada.

O enfadada más allá de toda medida.

Su corazón le latía en el pecho, miró a Lisa, que ahora estaba completamente asustada.

—No los dejes entrar.

—¿Quiénes son?

—Son... Es... —Se puso de pie—. Es Win Benson, el hijo del presidente. Dile que no estoy, ¿vale? Inventa cualquier cosa.

—¿Quién? ¿Win Benson? No puedo mentirle. ¿Por qué...?

—No puedo explicártelo —dijo Elle, emitiendo un pequeño chillido—. ¡Dile simplemente que no estoy aquí!

Empujó a Lisa prácticamente fuera del dormitorio y cerró la puerta. Un momento después, la oyó discutiendo con un hombre. Asustada, Elle dio media vuelta, buscando en vano una vía de escape.

—Elle. Era Win.

Las vendas la volvían torpe, pero tras un momento de forcejeo, abrió la ventana. Se preparó para enfrentarse a la fuerza del viento y de la lluvia antes de pasar una pierna por encima de la reja metálica de la escalera de incendios. La suela de su zapato se deslizó bajo su peso, haciéndole perder el equilibrio, obligándola a sentarse a horcajadas colgando del marco de madera de la ventana. Le dio la sensación de que la lluvia era como miles de piedras que se hundían en la piel de sus brazos y su espalda, con una fuerza tal que le causaban dolor. Le zumbaban los oídos, lo cual no tenía mucho sentido puesto que estaban en un octavo piso. También le resultaba difícil respirar. Trató de que su respiración se hiciera más pausada, pero no le sirvió de ayuda.

Tenía que llegar a la calle. Podía esperar a que pasara la tormenta en alguna parte y marcharse después. Ignorando el dolor que sentía en los brazos, Elle se aferró con más fuerza al marco, para contrarrestar la superficie resbaladiza de la madera bajo sus dedos vendados, y pasó la otra pierna por la ventana. Su vestido, ya empapado, se le pegaba a los muslos, dificultando sus esfuerzos.

Un grito de frustración salió de su garganta mientras perdía el equilibrio y caía en la reja del pequeño balcón. El viento la cortaba, envolviendo sus cabellos alrededor de su cuello como un garrote, y estrellando trocitos de escombros contra su rostro. Agarrando las barras verticales del balcón, consiguió sentarse.

—¿Estás loca? ¿Qué haces ahí fuera?

El grito amortiguado sonó cerca. Elle levantó la cara y vio a Win de pie, dentro, junto a la ventana, protegiéndose del viento y acompañado por su guardaespaldas del

servicio secreto.

—Déjame sola —gritó.

—Elle, te vas a matar. Entra. Dame la mano. —Extendió su mano para agarrarla, inclinándose un poco por la ventana antes que los agentes volvieran a empujarlo hacia el interior. Uno de ellos echó medio cuerpo fuera, diciéndole que se acercara y tomara su mano.

Ella apartó la vista y miró hacia abajo, buscando el final de las escaleras, pero lo que vio, en cambio, fue el callejón de detrás del edificio repleto de basura. Por debajo corría un río de basura urbana de la zona cara, arrastrando botellas de vino, envases de leche y bolsas de supermercado que se estrellaban en una tortuosa y sucia marea.

—Elle, dame la mano. —La voz de uno de los agentes parecía cercana. Se volvió y vio que el hombre salía por la ventana.

—Puedo hacerlo —se murmuró a sí misma, preguntándose cuándo había comenzado a llorar. Se arrastró, con los pies por delante, hacia la escalera. Su trasero y sus muslos rozaron contra el áspero metal mientras que su vestido se resistía a moverse junto con ella.

—Elle, no —gritó Win—. No lo conseguirás. Entra, por el amor de Dios. ¿Qué estás haciendo?

En su voz podía vislumbrar el pánico, y eso alentó su coraje.

—Déjame sola —le gritó, deslizándose los pies por las escaleras. Se dio un poco más de impulso, moviendo las manos hacia el siguiente tramo de escalera.

«Lo lograre. Esto es fácil. Sólo tengo que repetir esto mismo varias veces».

Unas manos la agarraron por detrás, pasando por debajo de sus brazos y sobre su pecho, levantándola. Ella soltó la barandilla y hundió en los brazos que la rodeaban sus dedos sin uñas, mientras las vendas se le soltaban. Retorciéndose, intentando escapar, sintió el húmedo y oxidado metal contra sus muslos.

—Déjame —gritó, desembarazando su cuerpo del abrazo del agente.

—Elle, detente.

—¡Déjame marchar!

El relámpago atravesó la oscuridad, impactando contra algo cercano. El ruido, la lluvia de chispas que cayó desde lo alto del edificio delante de ella, y el trueno que sacudió todo la desorientó, e instintivamente, giró hacia el edificio. Al hacerlo, se soltó del agente de servicio secreto. Dándose cuenta que estaba libre, Elle se lanzó escaleras abajo.

El doloroso impacto del borde de un escalón al golpear contra su hombro le hizo soltar un grito. A pesar de que sus ojos se nublaron por las lágrimas y el dolor, continuó deslizándose escaleras abajo, dejando que el pesado metal de diseño industrial le abrasara cada centímetro de piel que rozaba. Se dio cuenta, al tratar de sostenerse, de que su dolorido brazo izquierdo estaba flácido, moviéndose de modo

antinatural contra su cuerpo. Al golpearse contra el descansillo, sintió un líquido tibio gotear por su rostro y se lo secó, después alzó la vista para ver al agente, sano e indemne, descender con cuidado las escaleras, pero con expresión decidida en el rostro.

Usando su brazo sano, Elle se las ingenió, de alguna manera, para ponerse de pie. Se apoyó contra la barandilla mientras tropezaba, descalza, hacia el siguiente tramo de escaleras. Otro rayo volvió a caer, más cerca, sacudiendo la escalera por el impacto. Mientras se giraba para ver a qué distancia se encontraba el agente, vio una sombra naranja y verde pasar por encima de su cabeza, antes de hacerse añicos en un revoltijo de tierra y ramas.

Mientras Elle levantaba el brazo para protegerse los ojos de los trozos de la maceta de terracota del ático, perdió el equilibrio y cayó con pesadez contra la barandilla de las escaleras. El impacto del enorme árbol había empujado el cuerpo del agente a través de la reja del suelo. Caía barro de algunos pedazos de arcilla sobre la macabra masa de ropa y restos humanos que colgaron durante un momento antes de ser arrastrados por el viento para irse volando por el callejón hacia la ciudad. Elle vomitó y se dio la vuelta, cayendo de rodillas. El suelo se movía a sus pies.

Alzó la cabeza y se concentró en la muralla de ladrillos que había delante de ella, en los pernos de negro metal que se desprendían de su anclaje.

—Dios mío. No. No voy a morirme aquí. —Las palabras resonaron en su cabeza como un eco. No estaba segura de haberlo dicho en voz alta, mientras se acercaba al extremo del siguiente tramo de escaleras.

«Siete pisos. Puedo hacerlo».

Descendió las escaleras tratando de mantener el equilibrio tanto como pudo, ignorando el dolor, manteniendo la respiración tranquila, y concentrándose en sostenerse de pie, aferrándose a la barandilla. Cuando su pie tocó el descansillo del sexto piso, toda la estructura sufrió una tremenda sacudida, y ella quedó inmóvil, conteniendo la respiración, con la mirada fija en uno de los pernos que se había desprendido por completo de los ladrillos.

«Dudar no me ayudará. Tengo que seguir adelante».

El viento la azotó. Tenía frío, y era más difícil controlar el temblor e incluso moverse. Tomando aliento y aferrando con fuerza la barandilla, dio un paso adelante. Los zapatos del agente estaban delante de ella, uno de ellos todavía con un pie dentro. Embarrados, ensangrentados e incrustados de un modo imposible en la reja, yacían los restos pulposos de sus piernas y otras partes no identificables.

Reprimiendo las ganas de volver a vomitar, continuó, tratando de esquivar lo que chorreaba desde arriba y evitando pisar lo que estaba ante ella.

Mantecía la cabeza baja contra la tormenta, alzándola con frecuencia para comprobar su avance. La lluvia, arrastrada por el viento helado y cargada de la

suciedad de la ciudad, lastimaba su piel ya herida, haciendo que cada paso fuera más doloroso que el anterior, y más lento que lo que debiera ser. Casi al llegar al último escalón del descansillo del tercer piso, Elle alzó la cabeza y vio a Win, de pie, solo, abajo en el callejón, con el agua hasta las rodillas. Su rostro tenía realmente una expresión preocupada, y le gritaba algo que no podía oír a causa del fragor de los truenos, el aullido del viento y el golpeteo metálico de las tapas de los contenedores que se agitaban como frenéticas sábanas contra el viento.

El temblor de sus rodillas, unido al mareo y la creciente irrealidad de lo que estaba haciendo, la hizo detener. Se cayó contra las escaleras metálicas. Registró el quejido y la sacudida de las escaleras de incendio en alguna parte de su cerebro mientras descansaba su brazo sano sobre sus rodillas y comenzaba a llorar. Finalmente, un sonido reconocible penetró en la creciente oscuridad de su mente y le hizo alzar la cabeza.

Win se había acercado a ella por el callejón. Estaba parado directamente bajo la escalera de incendios en las turbulentas aguas. Su traje, así como el resto de sus ropas, estaban pegados a su cuerpo.

—Baja. —Las palabras se oían muy débilmente contra el aullido del viento.

Ella sacudió lentamente la cabeza, mientras las lágrimas se deslizaban incontenibles por su rostro.

—No puedo —susurró, sabiendo que tampoco podría regresar a su apartamento.

Secándose las lágrimas con el dorso de la mano, sintió que las escaleras volvían a temblar y alzó la vista a tiempo para ver los restos de otro árbol cayendo hacia ella.

La sensación de caída no duró mucho. Afortunadamente, tampoco duró mucho la sensación del peso de la escalera de incendios desmoronándose sobre su espalda.

Capítulo 47

Lunes, 23 de julio, 23:45 h, océano Atlántico, a bordo del buque William J. Clinton.

Mientras transcurría la noche, los rostros cambiaban ocasionalmente a medida que alguno abandonaba la sala y otro entraba, pero la tensión nunca disminuía y las conversaciones nerviosas nunca aumentaban de volumen. La mayoría de las miradas estaban concentradas en las tres pantallas planas que ocupaban la más grande de las paredes. Kate parpadeó ante la imagen de radar de la tormenta en la pantalla que tenía delante de ella. Era hipnótica en su homogeneidad y lentitud, tal vez porque lo blanco oscurecía todo lo que sería habitualmente visible sobre el mapa. El perfil de la Costa Este de Estados Unidos y Canadá, las Bermudas y gran parte del Caribe aparecían dibujados sobre la cubierta de nubes.

Ella siempre había considerado que la majestuosidad de las tormentas cuando aparecían en las pantallas de radar encerraba una especie de extraña magia. Los blancos retazos en los extremos de la tormenta le parecían tan delicados, ocultando la fuerza mortal que los impulsaba y el horrible daño que causaban. Las imágenes de satélite infrarrojas, sin embargo, nunca ocultaban la furia de una tormenta.

El filo serrado de color naranja cálido, con su centro rojo y sus flamígeros bordes amarillos, giraban en dirección contraria a las agujas del reloj, como una aterradora rueda de Catherine.

El verde cubría la mayor parte del resto de la pantalla. Desde el Caribe hasta Boston, desde el este de las Bermudas hasta el valle de Ohio, las pixeladas bandas de lluvia cambiaban ligeramente mientras las observaba. Kate sabía que estaba viendo en tiempo real, lo mejor que la tecnología podía ofrecer, pero, sin embargo, tenía la sensación de verlo todo a cámara lenta. Estaba tentada a acelerarlo y llegar a su natural conclusión. Excepto que, en este caso, la natural conclusión es lo que intentaban evitar, porque significaba la muerte para, posiblemente, cientos de miles de personas, tal vez millones, si la tormenta destruía Indian Point.

Se concentró entonces en la pantalla del medio, con imágenes de una cámara montada en el vientre de un cazador de huracanes P—3 de la Fuerza Aérea, que daba vueltas a varios miles de metros sobre el nivel del mar en el ojo del huracán. La superficie del mar era brillante, un revuelto y espumoso agujero azul vetado de blanco. Los datos que continuaban llegando desde las sondas robóticas, pequeños sensores lanzados por la tripulación en la tormenta, eran desalentadores.

Los números parpadearon al recibir los datos de la última sonda.

—Maldición —dijo Jake. No gritó. Su voz, en realidad, era tranquila, pero el silencio en la sala era tan denso que casi resonó como un aullido.

—Dios mío —susurró Kate. Su garganta se cerró inconscientemente al sentir el abrazo del miedo.

La presión barométrica había caído a 883 milibares, apenas una marca por encima de la presión a nivel del mar más baja nunca medida, y los vientos en los muros circundantes al ojo de la tormenta habían alcanzado los doscientos ochenta kilómetros por hora. La temperatura del agua debajo del ojo era de alrededor de los 30°. Demasiado cálido para el medio del Atlántico. Demasiado cálido incluso para la Corriente del Golfo. Era combustible para un infierno que ya estaba fuera de control.

—Baxter. Sherman. —La voz de la capitán no reflejaba emoción alguna y eso parecía conferirle más autoridad. Se giraron hacia ella, que estaba de pie junto a una de las consolas, con su rostro serio pero impasible—. Llegó la hora del rock and roll.

Comenzó a dar órdenes con aquella voz estremecedoramente tranquila, y el nivel de actividad en la sala se intensificó cuando el personal, siguiendo un orden jerárquico, empezó a repetir las órdenes y los hombres y mujeres situados ante las consolas y monitores de la sala comenzaron a distribuir la información.

Kate estaba totalmente atónita mirando la tercera pantalla. Estaba dividida en dos imágenes casi idénticas. Se trataba de las imágenes de los dos ANT, los aviones de combate automatizados, que estaban siendo preparadas y esperaban en sus tubos de despegue. Ella había averiguado que serían tripulados por «pilotos de control de mandos» desde una base naval en California.

Se dio una orden y Kate oyó un sordo rugido mientras observaba un destello en la pantalla y después todo se volvía brumoso. Un instante después, no vio nada salvo el cielo. Un cielo sucio, gris, tormentoso. Después, las imágenes en la pantalla cambiaron. La vista de la derecha procedía del aparato teledirigido. La vista de la izquierda era una imagen infrarroja desde un satélite militar. Kate notó que alguien se movía a sus espaldas, hasta que se dio cuenta de que se trataba de la capitán.

—Se dispara con un cohete —informó—. Éste lo lleva hasta la velocidad y altura de crucero, lo conduce durante un trecho y luego lo suelta.

—Entonces, cómo...

La pregunta de Kate fue interrumpida cuando las imágenes de satélite comenzaron a cambiar con rapidez. Ella observó como casi un tercio del cuerpo del avión caía en un lento arco. Abrió los ojos con sorpresa cuando vio que las largas y estrechas alas se desplegaban lentamente a los lados. Otras alas más cortas aparecieron en un extremo del aparato junto a un motor de hélice, que se desplegó ya girando.

—Ahora funciona con energía propia. —Kate miró a la capitán, que le dedicó una fugaz sonrisa—. Creo que podríamos decir que es poesía en movimiento. Tiene casi nueve metros de largo, con alas que miden casi quince metros y transporta doscientos veinte kilos de equipo electrónico, incluyendo el láser, el combustible y el equipo de

propagación. —Sacudió la cabeza—. No tengo ni idea de cómo alguien lo puede hacer funcionar, pero, maldita sea, espero que sepan lo qué están haciendo —dijo, y luego volvió hacia una de las consolas.

La pantalla dividida volvió a cambiar, y Kate observó otro despegue.

No sabía cuánto tiempo había pasado allí. La turbulencia sacudía las cámaras y la mareaba, pero las imágenes de los aviones quitaban el aliento cuando pasaban de la visión del radar que atravesaba las nubes a imágenes de alta definición a todo color, al infrarrojo, y luego volvían a comenzar la secuencia. Desde dos mil quinientos metros de altura, el mar era una agitación espumosa, blanco con vetas oscuras que desaparecían casi tan pronto como aparecían. A pesar de estar a más de doscientas cincuenta millas del ojo del huracán, los aparatos pronto se introdujeron en los frentes lluviosos de la tormenta.

—Altitud de descenso.

Como si hubiera hablado el mismísimo Dios, la voz que se oyó por los altavoces no expresaba emoción alguna mientras anunciaba las nuevas coordenadas. Al instante, Kate escuchó la orden de disparar el láser y una línea brillante irrumpió en la pantalla mostrando la imagen infrarroja. El segundo avión disparó un minuto más tarde y ambas pantallas fueron iluminadas con las potentes descargas lumínicas que brillaban entre las bandas de lluvia que giraban, dividiendo en dos el ojo del huracán.

—Mierda —murmuró Jake en voz lo suficientemente alta como para que Kate lo oyera; ella apartó, entonces, la vista de las imágenes de los aparatos y miró la imagen desde arriba, desde el cazador de huracanes, y a todos los números que parpadeaban a su lado.

—¿Qué ocurre? ¿El centro no se está calentando, verdad?

—No. No pasa nada. Absolutamente nada, maldita sea —respondió Jake tenso—. Todo está estable.

—Mierda —dijo también ella, con un pánico sordo instalándose en su ya revuelto estómago—. ¿Podemos seguir disparando? Han pasado sólo unos minutos. Finalmente tendrá que funcionar.

Jake la miró a los ojos.

—No, Kate, no es así. Tenemos dos delgados rayos de calor que pasan a través del centro de una tormenta de casi mil kilómetros de diámetro. Si funciona, será un milagro.

—Pero tiene que funcionar —dijo ella, sin que le gustara la nota de desesperación de su propia voz, pero incapaz de controlarla.

—Probaremos con dos aeronaves más. Después de eso, tendremos que abortar la misión y ponernos a cubierto. —La voz de la capitán cortó la discusión como un bisturí. Ambos se volvieron a mirarla—. Podemos permanecer otros veinte minutos, pero si nada ha cambiado, hemos de apartarnos de su paso. —Se volvió hacia el

oficial a su izquierda y dio las órdenes para desplegar dos ANT adicionales. En la pantalla, los láseres ya en el aire seguían disparando en medio de la tormenta.

—Jake —murmuró Kate, intentando controlar su agitación mientras observaba los números que aparecían por encima de las imágenes del P-3—. Jake, las variables están cambiando. Mira. Creo que está comenzando.

«Ya era hora». Jake giró la cabeza, perforando la pantalla con su mirada. Y en verdad, la humedad relativa había disminuido un .03. Miró a la capitán.

—¿Cuándo pueden lanzar esos aparatos?

—Están siendo colocados en los tubos en este momento —dijo.

—Fantástico. —Volvió su mirada a las pantallas, sin confiar del todo en lo que veía.

Los números del P-3 estaban estables y permanecerían así hasta que volvieran a lanzar otra sonda, pero las borrosas figuras de los sensores menos sensibles de los aviones teledirigidos mostraban una reducción del uno por ciento de la humedad relativa mientras pasaban por las áreas que las descargas del láser acababan de barrer.

Mientras las aeronaves se aproximaban al ojo de *Simone*, la tensión en la sala creció como la marea de una tormenta. La turbulencia era enorme y las imágenes borrosas y casi irreconocibles. Los rayos se arqueaban salvajemente, mientras los pilotos en California luchaban para mantener el curso y la altitud estables.

—Si uno de esos rayos impacta en uno de los aviones, estamos jodidos —murmuró Jake.

Alrededor de un segundo después, el marcado acento de la voz del piloto del cazador de huracanes se escuchó por los altavoces.

—Supongo que no les importará apagar esos láseres mientras salimos —sugirió.

—Cesen el fuego mientras sacamos a los muchachos —ordenó secamente el oficial principal a cargo del armamento. Casi al instante, los rayos de los aparatos teledirigidos desaparecieron de la pantalla.

Un claro agradecimiento salió de los altavoces.

—¿Qué está pasando, Jake? —quiso saber la capitán tras un tenso segundo de silencio mientras todos observaban, y parecían sentir, a los aviones rebotando como pelotas de baloncesto.

—El muro del ojo, las bandas de viento al lado del ojo, está girando a una velocidad constante de doscientos ochenta kilómetros por hora. Las paredes del ojo son siempre los vientos más fuertes del huracán —respondió rápidamente Kate—. Se forman por la circulación más estrecha de la célula de la tormenta y son las más críticas para mantener activa la tormenta. Una vez que los aviones las crucen y entren en el ojo habrá un cese brusco de la intensidad. La velocidad del viento se reducirá en unos dos tercios. Después tendrán que cruzar el ojo hacia el otro lado.

—Entre la presión del aire y las diferencias de velocidad del viento, los aparatos

caerán como piedras —la voz de Joanna era grave y baja—. O se romperán al pasar.

—Tendrán que efectuarse algunas correcciones admitió Kate mientras el primer avión atravesaba el muro de viento y lluvia hacia un cielo tan brillante que varios de los presentes en la sala se sorprendieron. Aunque podía haber sido resultado de la instantánea caída de trescientos metros que había sufrido el aparato antes de volver a elevarse. Se introdujo por el lado opuesto del ojo justo cuando entraba el segundo avión.

Segundos después, la segunda aeronave intentó penetrar la pared opuesta del ojo. Golpeando contra los vientos en un ángulo errado, se giró y se partió, explotando más violentamente que una bomba de tamaño mediano, gracias a la presión peligrosamente baja. Las esquirlas y el combustible fueron succionados por los muros del ojo y comenzaron a expandirse y a ascender en una hélice letal. Incluso un pequeño fragmento podía cortar el cuerpo metálico de un avión como un cuchillo caliente un trozo de mantequilla.

Dando las gracias por la aventura, el piloto del P—3 se elevó tanto y con tanta velocidad como le fue posible, lanzando una última sonda antes de salir del ojo.

—Bueno, creo que podemos decir con seguridad que estamos jodidos —dijo Joanna mientras el comandante de los pilotos daba la orden de que no se dispararan las nuevas aeronaves teledirigidas. Todos en la sala sabían que a partir de ese momento, los únicos datos que recibirían serían los que transmitieran los satélites y las boyas de profundidad. El reconocimiento de los cazadores de huracanes había concluido.

El oficial de armamento dio la orden de continuar con el rayo mientras la primera aeronave se movía hacia los vientos más fuertes, al frente de la tormenta. Joanna miró a Kate.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos traer al pajarito de vuelta?

—Si se lo puede hacer girar una vez que esté fuera de la banda externa, y acceder a otra altura, tal vez podríamos hacerlo. Los restos de la nave que explotó se elevarán y estarán en la parte superior de la tormenta, así que ir a menor altura no supondrá un riesgo, al menos de momento. Sería más efectivo que los láseres trabajaran a una menor altura, pero cuanto más abajo, peor es la turbulencia. —Kate se encogió de hombros—. A esta altura, no creo que nada pueda hacer daño.

—¿Qué supone otra aeronave de ocho millones de dólares, verdad? —fue la seca respuesta mientras la capitán Smith se volvía a sus oficiales.

Jake concentró su atención en la imagen de satélite y en la enorme superficie blanca y giratoria que cubría la pantalla.

Martes, 24 de julio, 12:15 h, una «casa segura» de la CIA en una zona rural de Virginia del Norte.

Las noticias del portaaviones no eran buenas. La atmósfera en la casa era bastante opresiva, en más de un sentido. El aire acondicionado había sido apagado hacía veinticuatro horas; el generador era utilizado exclusivamente para los ordenadores y los equipos de comunicación. La tensión era asfixiante. Casi era preferible salir a la tormenta en busca de algo de aire fresco y soledad, aunque pudiera significar la muerte. Y eso fue exactamente lo que hizo Tom Taylor.

La puerta no había sido todavía cerrada a sus espaldas cuando vio la llama de un fósforo, atravesando la oscuridad a su izquierda.

—Mierda.

La voz de la mujer fue el eco de sus propios pensamientos.

Puesto que Kate estaba a bordo del portaaviones y Candy estaba dentro, eso significaba que su acompañante era la franca y poco agradable coronel Brannigan.

—Yo también la saludo —dijo secamente.

—Créalo o no, ese comentario no iba dirigido a usted —fue la respuesta igualmente cortante—. Es mi último cigarrillo y una gota de lluvia acaba de caer sobre él.

—De todos modos no debería fumar.

Su silencio, demasiado elocuente, estaba cargado de una furia que ella se abstuvo de utilizar.

—Lo dejé durante ocho años pero volví a fumar después de conocerlo a usted. Tengo la sensación de que, en caso de que me vaya a morir en los próximos días, no será por uno de éstos.

Encendió otro fósforo, seguido, segundos después, por la primera bocanada con olor a tabaco, y segundos después, un suave suspiro, casi erótico, con el trasfondo de la noche oscura, el aullido viento y las fuertes lluvias.

Se quedaron allí de pie, en incómodo silencio durante unos momentos.

—¿Cómo está Carter? —preguntó ella.

—Le ha dado un ataque.

—Sí, ya me he enterado. ¿Ha muerto?

—No. Está consciente pero no coopera.

La mujer, irritada, soltó una bocanada de humo.

—¿Qué quiere decir eso?

El *maldito imbécil* permanecía en silencio.

El se volvió para mirarla.

—Quiere decir que cuando le hicimos preguntas para determinar su capacidad mental, respondió adecuadamente, parpadeando, pero cuando los agentes del FBI comenzaron a preguntarle sobre la fundación, el avión y las tormentas, simplemente cerró los ojos.

—Tal vez se quedó dormido.

—No se quedó dormido. Está negándose a cooperar —respondió Tom, sin inflexión en la voz.

Durante algunos minutos más, el silencio volvió a reinar entre ellos mientras permanecían de pie uno junto al otro bajo el pequeño alero de la puerta trasera.

—¿Se da cuenta, verdad, de que usted tiene por lo menos tanta culpa como él por lo que está pasando ahora?

Él giró la cabeza para mirarla a los ojos, que estaban encendidos con claro desprecio. Era una mirada que estaba acostumbrado a recibir, así que no le molestó. Pero sí sus palabras.

—¿Perdón?

—He dicho que usted comparte la culpa por *Simone*. Usted jugó estúpidamente con la corriente en chorro a causa del mismo complejo de Dios que llevó a Carter Thompson a hacer hervir las aguas del océano.

Sintió que se apretaban sus mandíbulas mientras la ira lo atravesaba, pero no respondió hasta que se pudo controlar.

—A veces las cosas tienen que empeorar mucho antes de que mejoren, coronel. Al haber pasado toda su carrera militar detrás de un escritorio mirando mapas meteorológicos, tal vez no sepa qué significa tener la vida de una persona en sus manos, y mucho menos la de millones, así que sólo le diré esto: jamás vuelva a cometer el error de asociarme con un terrorista. No tiene ni la más remota idea de qué hago o por qué lo hago.

—Ni me interesa saberlo, señor Taylor. Estoy segura de que su experiencia incluye muchos asuntos sórdidos, como interrogatorios...

—Se equivoca, coronel. Nunca interrogué a nadie. ¿Sabe a quiénes eligen para ser interrogadores? —respondió. Su voz, una vez más, sonó fría y despreocupada—. A las cobardes que no pueden hacerse cargo del trabajo verdaderamente sucio.

Ella lo miró lo suficientemente asombrada y ofendida, así que él fue directamente a por ella.

—Su nombre de pila es Patricia, ¿verdad?

Ella asintió.

—Era el nombre de mi esposa.

—¿Qué es esto, una confesión de trinchera? —preguntó ella, apartando la mirada y dando una última y prolongada calada a su cigarrillo. Sus manos habían adquirido un ligero temblor en los últimos diez segundos.

—Tal vez. —Hizo una pausa—. En realidad me importa poco si le caigo bien a usted o a cualquier otra persona o si me respeta a mí o a mi trabajo, pero me ofende que me llamen terrorista.

Ella asintió.

—Ya lo ha dejado claro.

—No. Me parece que no. —Se volvió hacia ella, cruzando los brazos sobre el pecho—. Trabajé para la Agencia durante veintiséis años y después me retiré. Abrí un pequeño negocio, una mueblería, en donde hacía reproducciones de muebles li.nn esc. de época. —Observó cómo enarcaba las cejas—. Siempre he sido bastante manitas, coronel. Pero un día, se me cayó una de las herramientas, haciéndome un feo corte. La enfermera de guardia en la sala de urgencias fue la persona más amable que haya conocido nunca. Nunca me hizo preguntas, me aceptó como era. Me casé con ella a los tres meses. Tuvimos dos hijos.

—Déjeme adivinar. ¿Después lo abandonó? —Su tono era sarcástico, pero su voz se había vuelto algo ronca.

—Sí lo hizo. Estábamos de vacaciones en la casa de verano de su familia, en Martha's Vineyard. Me fui antes para terminar un trabajo para un cliente. Patricia y los chicos debían llegar a casa dos días después, pero su avión fue desviado hacia la Torre Sur del World Trade Center. —Su respiración entrecortada fue seguida de un sollozo ahogado—. Unos días después, mi antiguo jefe me llamó y me preguntó si quería volver a echar una mano. Y aquí estoy. —Hizo una pausa y la vio sumergirse en un mar de emociones encontradas.

—Lo siento, señor Taylor. Lamento mucho su pérdida, en serio —dijo ella, buscando las palabras adecuadas.

—Gracias, coronel Brannigan. —Se dio la vuelta para mirar a la tormenta.

Sólo cuando ella entró y oyó la puerta cerrarse a sus espaldas, se permitió una sonrisa amarga.

Martes, 24 de julio, 12:40 h, océano Atlántico, a bordo del buque William J. Clinton.

Kate siguió a Jake al despacho de la capitán. Era más agradable que cualquier otra sala que hubiera visto en el barco, con paneles de madera, muebles que parecían adquiridos en Ethan Allen y una alfombra mullida. Estaba, sin embargo, llena de gente. El contralmirante y la capitán ya se encontraban allí, así como otros oficiales, algunos de lo cuales ya le habían presentado y otros no, y un civil, que, claramente, no estaba pasando un buen día.

La capitán Smith se volvió a Jack y a Kate y les pidió —o mejor dicho, les ordenó — que se sentaran.

—Los aviones teledirigidos no han funcionado, y eso es todo lo que tenemos autorización para hacer —anunció ella sin preámbulos—. No quiero poner mi barco a prueba manteniéndolo cerca de la tormenta sin un buen motivo. —Hizo una pausa—. El contralmirante y yo hemos estado en contacto con el secretario de defensa y hemos recibido autorización para utilizar una nueva arma que tenemos a bordo para pruebas

de campo. —Miró al civil—. Doctor Przypek, éstos son Jake Baxter y Kate Sherman, los meteorólogos de los que le hablé. ¿Podría explicarles rápidamente cómo funciona el arma?

El hombre se adelantó, claramente fuera de su ambiente. Bajo, grueso y con descuidados cabellos oscuros que necesitaban algo más que un corte, vestía un ajado polo azul con un indescifrable logotipo en la pechera, vaqueros gastados y zapatillas.

—Hola, soy Kevin. —Se aclaró la voz y continuó—. El arma se llama Propagador de Luz de Energía de Alta Intensidad Endoatmosférica y Núcleo Helado, o PLEAIENH. Lo llamamos, «Infierno helado», dijo con una sonrisa triste que a Kate le resultó extraña en aquel rostro de cachorro—. Lanza un rayo de partículas heladas a un blanco aéreo, congelándolo al instante.

Kate se le quedó mirando. Jake, tras un minuto, se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Tal vez debería darnos una explicación más detallada. Suena demasiado a lo que hemos intentado hacer, excepto que usa frío en vez de calor.

El hombre se rió. El resto de los ocupantes de la sala permanecieron silenciosos y tensos.

—No es un láser. El rayo está compuesto de partículas subatómicas denominadas przypeks. Yo las descubrí, por eso llevan mi nombre. Existen sólo a temperaturas que rondan los 85° Kelvin, lo cual es bastante frío. ¿Han visto ese gran objeto redondo rodeando la nave a nivel del agua? Parece una llanta metálica —preguntó, con una sonrisa esperanzada en el rostro.

«Este tío esta chiflado». Kate negó con la cabeza, y Jake hizo lo mismo.

—Oh. —El desconuelo del académico era tan evidente que si no hubieran estado en una situación tan tensa, Kate supo que ella se habría reído.

—Bueno, ése es el acelerador que las produce. —Volvió a detenerse, encogiéndose de hombros—. Tratando de resumir una larga historia, cuando las partículas se juntan y tenemos una masa suficiente, podemos lanzarlas desde un cañón y dispararlas a través de la atmósfera hacia un objetivo.

—¿No se calientan al entrar en contacto con el aire? —preguntó Jake con un tono de voz ligeramente más agudo de lo estrictamente necesario.

Kevin frunció levemente el ceño.

—Bueno, sí, algunas se calientan. Las partículas de las capas exteriores del rayo se degradan. Pero como las partículas viajan a la velocidad de la luz, pueden alcanzar el objetivo antes que cualquier calor apreciable atenúe su centro, el cual es notablemente más denso que las capas externas. Cuando el centro da en el blanco —normalmente el motor sobrecalentado de un cohete o avión— las partículas lo congelan instantáneamente y éste se cae. Y suele explotar, además. —Se encogió de hombros—. Sin calor, no hay amenaza.

Kate se aclaró la voz.

—¿Entonces vamos a apuntar este rayo al huracán?

Kevin la miró.

—Bueno, sí y no. El cañón es poderoso, pero es un instrumento de precisión. Su apertura es bastante reducida, sólo cinco centímetros de diámetro, y el cañón tiene que estar en una posición fija cuando se lo dispara. Así que uno tiene que apuntar a algo más específico que «el huracán».

—¿Como qué? —resopló Jake—. No hay nada constante en una tormenta ciclónica. Es inestable y está, por definición, en movimiento constante.

—¿Qué distancia puede cubrir? —preguntó Kate, ignorando la pregunta de Jake.

—Está diseñado para combates a corta distancia, hasta el horizonte, pero no más allá. Su alcance es de unos veinticinco kilómetros aproximadamente. Depende de las condiciones ambientales. Es decir, en el espacio, estamos hablando de...

—¿Y a nivel del mar? —interrumpió Jake con brusquedad—. En una atmósfera turbulenta y caldeada, con mucho vapor de agua, ¿rebotaría?

—Rebotarían —corrigió el hombre—. No, las partículas no rebotarían, pero como usted ha sugerido, la densidad de la atmósfera que el rayo atraviesa aumentará el porcentaje de atenuación. Deberíamos estar tan cerca como sea posible del blanco.

—¿Y ése sería el ojo? —preguntó la capitán.

El físico se encogió de hombros.

—Esa decisión es suya.

—El centro mismo de la tormenta —dijo Jake—. El punto de convección, en la cúspide...

—¿Y qué hay del agua? —preguntó Kate. Todas las miradas se dirigieron a ella.

—¿El agua? —repitió la capitán incrédula—. ¿Lo que hace que el barco flote? ¿Usted quiere congelar *eso*?

Kate la miró a los ojos.

—Un rayo de cinco centímetros de diámetro apuntando a un ojo de unos cuantos kilómetros de diámetro no puede causar demasiado daño. Es una suposición.

—Hay algo de verdad en lo que dice. —Todos miraron al físico—. Los sensores y los programas en los que se basa el arma buscan señales infrarrojas de alta velocidad. Aunque la fuerza de una tormenta ciclónica libera mucho calor, no creo que sea el blanco ideal. El rayo, como dije, es estrecho. Está diseñado para dar en blancos relativamente pequeños, por eso tal vez no podría crear un efecto suficiente para detener el ciclo de convección, ni siquiera para desestabilizarlo.

—Cualquier esfuerzo por desestabilizarlo debe tener lugar en una zona tan baja como sea posible en la tormenta, tan cerca de su fuente de alimentación como podamos. Eso es lo que intentamos hacer con las aeronaves teledirigidas, ¿verdad? detener la construcción de las torres de convección, ¿no es así? Bueno, esto podría ser

todavía mejor. Si no hay nada que suba por las tuberías, entonces las torres de convección se desmoronarían. —Kate se volvió hacia el científico que ahora sonreía—. ¿Puede apuntarla hacia el agua?

—Nunca lo hemos probado, pero no veo por qué no podemos intentarlo. El frío se esparciría, pero no estoy seguro de la dirección.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, puede ser a lo largo de la superficie, o hacia abajo en la columna de agua. Supongo que cualquiera de las dos serviría, ¿no es cierto?

—A ver —interrumpió la capitán—. ¿Va a funcionar? Porque o intentamos eso de inmediato o en caso contrario tendremos que salir a toda velocidad de este lugar. —Miró al científico, a Kate y a Jake—. ¿Qué opinan?

—Creo que no nos queda más alternativa que probarlo —respondió Jake.

—¿Cuándo pueden tenerlo preparado? —preguntó la capitán.

—Dentro de treinta y cinco minutos —respondió el oficial de armamento—. El acelerador ha estado listo desde que partimos de Dover.

La capitán se volvió hacia ellos y los miró de una forma que, sin duda, le había servido para conseguir su puesto.

—Mejor será que esto funcione.

Había un claro movimiento en el barco, y Kate deseó no haber tenido la posibilidad de aceptar estar en la sala de controles de paredes acristaladas en «la isla», el centro de mando que se elevaba varios pisos por encima de la cubierta del portaaviones. Habitualmente, era utilizada para supervisar las operaciones de vuelo, pero el equipo de aviación había cedido su espacio, y ella, Jake, Kevin y la capitán se encontraban allí para supervisar la primera actuación del «Infierno helado».

—¿Está seguro de que el cañón no se va a desprender y venir hacia nosotros y matarnos? —susurró Kate a Kevin mientras estaba de pie junto a él, que se encontraba sentado delante de la terminal de un ordenador.

Kevin, Jake y la capitán la miraron, con expresiones que oscilaban entre la ironía y la exasperación.

—Ese bebé está construido para presentar batalla. Nada lo va a arrancar de cubierta. Además tiene un perfil muy bajo. Se eleva sólo unos pocos metros. Todo tiene que permanecer tremendamente frío.

—No se nos caen muchas cosas por la borda, Kate. Tal vez uno que otro escéptico —comentó secamente la capitán Smith, para luego desviar su mirada hacia los múltiples monitores colocados ante ellos.

La furia de la tormenta había aumentado a un punto tal que había sobrepasado lo que constituía una categoría 6 o más en la escala de Saffir-Simpson —si llegan a existir semejantes categorías—. Su presión era más baja, la velocidad de los vientos

mayor, su avance más veloz y el ojo más concentrado que cualquier otra tormenta de la historia. Y seguía su avance inexorable hacia la costa de Nueva York.

—Bueno, creo que es hora de empezar la función —dijo Kevin, deteniendo sus dedos sobre el teclado por primera vez en, al menos, media hora.

Jake lo miró.

—¿Crees que ha llegado la hora?

Kevin sonrió.

—En efecto. Es hora de empezar.

La sala de control, donde se había estado trabajando bajo un intenso murmullo, quedó en silencio.

—Necesitamos el cañón sobre cubierta —dijo la capitán, y la orden fue repetida por un marino uniformado sentado en una consola ubicada de espaldas a cubierta.

—Sube el cañón —anunció el marinero un momento después.

En el extremo de la cubierta, Kate vio que parte del suelo se deslizaba y una caja cuadrada y de aspecto pesado se alzaba en su lugar.

—¿Ése es el cañón? —preguntó.

—La parte de atrás —respondió Kevin con orgullo en su voz mientras sus dedos comenzaban nuevamente a volar sobre el teclado.

—¿Es esto alguna especie de broma? —dijo la capitán con un tono que dejó a todos petrificados. Kate se volvió para mirarla, con el corazón latiéndole aceleradamente.

El rostro de la capitán había empalidecido y sus ojos echaban fuego en dirección al marinero de rostro serio que le acababa de entregar un papel.

—No, señora.

La capitán descansó su mirada en el rostro de Kate, para luego pasar al de Jake y al de Kevin.

—La Estatua de la Libertad ha caído hace cuatro minutos. —Tragó saliva y miró fijamente a Kevin—. Haga que esto funcione. *Haga que esto funcione.*

Después de unos segundos, el físico se volvió en silencio hacia su tablero de mandos. Su voz temblaba visiblemente.

—Se está abriendo la apertura —anunció—. Apuntando tres grados sobre el horizonte. Tres, dos, uno. Fuego.

Un rayo translúcido de un azul plateado salió hacia el infinito a unos seis metros por encima de la proa, congelándolo todo a su paso. Las olas, de no menos de treinta metros de altura, se congelaban a la mitad, enviando enormes trozos de hielo a estrellarse contra la cubierta en el irrefrenable instante del movimiento de agua que los rodeaba. Trozos sólidos de agua blanca de decenas de metros de longitud saltaban por el aire, rebotando sobre la cubierta, aplastando todo lo que cruzara su camino. Kate se agachó cuando uno de ellos llegó volando hacia «la isla» y se estrelló contra

la gruesa ventana de plexiglás en el piso inferior al que se encontraban.

—Dios Todopoderoso, miren eso —gritó Jake, y Kate y Joanna se acercaron a él. Las imágenes de satélite infrarrojas de alta definición mostraban vistas panorámicas y de cerca de la tormenta. Kate pasó de una a la otra. El foco panorámico mostraba una gruesa línea azul que cortaba el corazón rojo vivo de la tormenta y continuaba ciento cincuenta kilómetros sobre el mar, hasta volverse verde y luego desaparecer de la pantalla. El foco cercano mostraba sólo el ojo de la tormenta, dividido por el azul con verdes y amarillos radiando en todas direcciones.

Después de un minuto de reverente, o tal vez incrédulo silencio, la línea azul desapareció de la pantalla y todos los ojos se volvieron a Kevin.

—¿Qué? —preguntó todavía temblando.

—¿Adónde ha ido? ¿Por qué lo ha apagado? —quiso saber Jake.

Kevin lo miró como si estuviera loco.

—Ha durado más de lo que se supone debía durar. Es del tipo apuntar y apretar.

—Bueno, vuelva a cargarlo —exigió Jake.

Kevin frunció el ceño.

—Bueno... no podemos.

—¿No podemos? —repitió Jake, prácticamente ladrando—. Ese único rayo no es suficiente, amigo. Tiene que volver a hacerlo.

Kevin parecía levemente azorado.

—Estamos hablando de partículas subatómicas, no bombas o balas. Uno no va al polvorín a buscar unas cuantas más.

—¿Qué hacemos?

Parecía sorprendido por la pregunta.

—Se crean en un acelerador de partículas. Lleva... lleva su tiempo.

—Dijo que había uno a bordo. Vamos, Kevin...

—Lo hay, pero no es una tostadora, Jake. Es...

—Jake, deja de comportarte como un asno —le dijo Kate, agarrándolo por un hombro—. Echa un vistazo a la pantalla. Ha funcionado.

—¿Ha funcionado? —Kevin saltó y casi tropieza con las prisas de llegar al monitor.

El azul había desaparecido por completo, y aunque el calor residual de la tormenta se había reagrupado, intentando restablecer el equilibrio y volver a dar energía al eje, la maquinaria de *Simone* había sido seriamente desestabilizada.

El silencio en la sala era palpable, roto sólo por los ocasionales bloques de hielo que caían sobre cubierta.

—¿Se mantendrá? —La pregunta de la capitán fue tranquila, pero su voz estaba marcada por la emoción.

Jake se volvió hacia ella.

—Es demasiado pronto para saberlo. Pero, si baja la temperatura, los vientos disminuirán. ¿Podemos enviar más aviones teledirigidos para atacar las torres más pequeñas antes que puedan reconstituirse? Los restos del anterior ya deben de haber desaparecido a estas alturas.

La capitán tragó saliva visiblemente, manteniendo su rostro más o menos inexpresivo, luego asintió y dio la orden de comenzar a preparar las aeronaves para su despegue. Después entregó el mando al oficial ejecutivo y se retiró.

Kate la encontró en la cabina de oficiales unos minutos más tarde, pálida, temblorosa, salpicándose el rostro con agua y enjuagándose la boca.

—Ha hecho usted un trabajo estupendo, capitán —dijo Kate con suavidad.

Inclinándose sobre el lavabo, e intentando mantener su rostro terriblemente pálido sin dar señales de emoción alguna, Joanna Smith la miró.

—Me alegra que piense así. Pero no creo que la Armada lo considere igual. Se limitarán a señalar que puse a ocho mil personas en peligro y causé millones de dólares en daños a mi buque. Me retirarán del mando antes de que me lo hayan otorgado.

—Nadie en este barco ha salido herido, Joanna. Ha salvado millones de vidas.

La capitán se obligó a sonreír.

Tomando una decisión instantánea que podía causarle muchos problemas, Kate cruzó los brazos sobre su pecho y miró a la capitán a los ojos.

—¿Sabía que la tormenta había sido creada artificialmente y que el objetivo era la central nuclear de Indian Point? Bueno, pues es cierto. Así que a la mierda con lo que diga la Armada. Usted es una heroína.

Abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Se suponía que usted tenía que informarme de eso?

Kate se encogió de hombros.

—Lo dudo, pero si usted se lo dice a alguien, le diré a su tripulación que la encontré vomitando.

El comentario logró una auténtica aunque exhausta sonrisa por parte de la capitana.

—¿Si le digo qué a quién?

—No la he visto a usted —respondió Kate con un saludo bastante torpe.

Cuando Kate regresó a cubierta, mucha de la tensión se había apagado. Aunque *Simone* seguía siendo peligrosa, el definido y claro diseño ciclónico que había definido a la tormenta en la pantalla había sido seriamente distorsionado. Los vientos eran todavía lo suficientemente fuertes para causar daños serios y las olas seguían estrellándose contra la proa, que se encontraba a muchos metros por encima de la línea de flotación, con la misma furia, pero en las pantallas el centro de la turbulencia era naranja con mucho de amarillo en vez de rojo brillante.

Jake y Kevin seguían centrados en una controlada discusión sobre la conveniencia de bombardear lo que quedaba de la tormenta.

—Eh, demonios, tomaos un respiro —dijo Kate, dándole un golpecito en el brazo a Jake e indicándole con la cabeza que alzara la vista hacia donde ella estaba mirando.

Alguien había conectado una pantalla al satélite del Departamento de Defensa que estaba enfocado sobre el Distrito Financiero de Nueva York. En silencio y asombrado espanto, la gente a bordo del *Clinton* vio la devastación que había assolado el centro de las finanzas mundiales que había vibrado con fuerza apenas unos días atrás. Los rascacielos se elevaban de entre aguas que no descenderían hasta pasados varios días. A Kate le cosió un buen rato reconocer la enorme superficie de agua en el lugar donde se había alzado el World Trade Center. Y después su mirada se deslizó hacia la parte superior de la pantalla, en donde un brazo sosteniendo una antorcha se elevaba entre la revuelta corriente del río Hudson.

—Santa Madre de Dios —exclamó Kate mientras las imágenes se volvían borrosas a causa de las lágrimas. Sintió el cálido peso del brazo de Jake descansando contra su hombro, mientras la atraía hacia él.

—Es la última vez, Kate —le susurró junto a su oído, y ella no pudo distinguir si su voz también temblaba—. Es la última vez que alguien tendrá que ver o vivir esta experiencia. Hemos ganado.

Capítulo 48

Sin haber sido derrotada por los aviones teledirigidos, *Simone* había sido el ejemplo perfecto de una tormenta de proporciones olímpicas decidida a restablecer el dominio de la naturaleza sobre el hombre, hasta que el disparo de helado fuego atravesó su corazón, destruyendo su meticulosa y organizada estructura. Las torres de convección detuvieron su ascenso en giros vertiginosos ante la fuerza del cambio atmosférico.

Se desató el caos.

Las espirales ascendentes de aire caliente y húmedo titubearon y se vinieron abajo con la desaparición de su combustible. Las bandas internas de lluvia, murallas de increíble altura de nubes girando frenéticas, se detuvieron en su sitio y se destruyeron, con una miríada de diminutas gotas aumentando de forma extraordinaria de tamaño, expandiéndose en un lapso de tiempo que apenas pudo medirse y convirtiéndose en bolitas de hielo quebradizo. Cayeron sobre el océano rugiente y ahora gélido, que las tragó.

Sin el doble impulso de las fuerzas de vida y muerte sosteniéndolos, los vientos de las bandas externas comenzaron a disminuir, perdiendo su feroz coherencia. El sol, que ya no era invisible excepto en el centro, volvió a asumir su supremacía y comenzó a conducir al mundo de vuelta al equilibrio.

Epílogo

12 de mayo, 2008, 14:35 h., Midtown, Nueva York.

De un salto, Kate se apartó de la ventana y apartó los ojos del panorama.

«Lo que queda».

Se dirigió hacia la larga mesa en el medio de una sala de conferencias vacía y tomó un montoncito de notas antes de volver a mirar hacia las ventanas. El cielo de finales de primavera era de un gris sucio, similar a su humor.

Ella estaba en el piso veintidós de un típico rascacielos de Midtown, con vistas al Sur, en dirección hacia lo que había sido el Distrito Financiero. Cuando los efectos de la inundación provocada por *Simone* hubieron desaparecido y el barro y los escombros más urgentes fueran retirados, dio comienzo una demolición en gran escala. Los edificios que no se habían derrumbado habían quedado atrapados en esqueletos de andamios y, en Navidad, las grúas habían reemplazado a las torres de oficinas en el horizonte.

«Mi ciudad».

No había orgullo en aquel pensamiento, sólo furia y un triste vacío. Cerró los ojos un momento y luego se apartó con decisión de las ventanas.

Los turistas y los comentaristas televisivos —la mayoría de los cuales no hubieran podido distinguir la Quinta Avenida de la Avenida Flatbush— habían comenzado a decir con un tono de orgullo que *Midtown era el nuevo Downtown*, y cada vez que oía eso le entraban ganas de estrangular a alguien. La verdadera tragedia es que era cierto. Ya estaban a mediados de mayo y el extremo sur de Manhattan era todavía un pueblo fantasma tal y como había sido diez meses antes, cuando la tormenta concluyó. Muchos habitantes y empresas habían huido; pocos habían regresado.

El resto del país —del mundo— se había sentido horrorizado frente a los daños. El mismo presidente Benson había llegado tan pronto como las aguas comenzaron a bajar. Una fotografía reproducida con frecuencia lo mostraba solo, de pie, en las ruinas de Liberty Island, con las manos delante de su rostro, su cabeza y hombros caídos con la cruda elocuencia del dolor, y más allá, la Estatua de la Libertad tumbada de lado, con su rostro bañado por un embarrado y tóxico río Hudson.

Mucha gente se había visto afectada, muchas ciudades y pueblos a lo largo de la Costa Este habían sido devastados por la tormenta, de modo que Nueva York se había quedado sola para enterrar a sus muertos y limpiar sus calles. Los apenados habitantes se habían consolado mutuamente tratando de autoconvencerse de que cuando hubieran terminado los funerales, cuando se limpiara el barro, la vida volvería. Los barrios, los negocios, las multitudes; la actitud y el ritmo de vida. Todo

eso tenía que volver; aquello era, después de todo, Nueva York. Pero no había sucedido. Ni el ciudadano bravucón con su típica indiferencia, ni la voluntad de reconstruir habían reaparecido. La ciudad permanecía debilitada, sus habitantes confundidos y descorazonados.

Kate había sido una de las afortunadas. No había podido entrar en su apartamento durante semanas después de la tormenta, mientras la comunidad decidía si demolerlo o no, pero su estatus como testigo clave del gobierno le había garantizado una habitación en un hotel en las afueras de la ciudad, comida y dinero para gastos, lo cual era bueno, puesto que no tenía adónde ir. La casa de sus padres había desaparecido; la playa Gerristen era nuevamente una planicie embarrada como lo había sido hacía unos cientos de años. Sus padres habían decidido marcharse a Arizona.

Tampoco había trabajo. Coriolis agonizaba, y Wall Street ya no era ni un símbolo ni una meta. Devastada por dos catástrofes en seis años, la mayoría de los bancos y empresas de inversiones se habían trasladado de forma permanente. A Kate poco le importaba. Mientras algunos la llamaban patriota, Wall Street la consideraba una paria. Cuando su nombre aparecía mencionado, venía acompañado de maldiciones.

Ella no se había mantenido precisamente ocupada desde la tormenta. Los primeros meses después de *Simone* los había pasado en interminables entrevistas con abogados gubernamentales, y después, en declaraciones para las cuales era llamada por abogados que representaban a diferentes intereses, que iban desde su antigua empresa hasta la Casa Blanca. En su tiempo libre, asistía a funerales.

Finalmente, cuando casi todo eso hubo concluido, le habían ofrecido un trabajo.

Un trabajo. Uno. Y ella lo había aceptado.

—Eh, llevo buscándote veinte minutos.

Kate giró la cabeza al oír la voz de Jake.

—¿Ya has llegado?

—Obviamente. ¿Y qué quieres decir con «ya»? Estoy aquí desde hace una hora.

Hizo un gesto a modo de disculpa.

—Lo siento.

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Trabajar para la Agencia quiere decir que nunca tienes que pedir perdón. ¿Estás lista?

Ella se obligó a sonreír.

—Déjame guardar estas carpetas y estoy lista.

—¿Impaciente?

No hacía falta mirarlo a los ojos.

—No.

—¿Nerviosa?

—No.

—¿Entonces qué?

Ahora lo miró.

—No estoy segura de querer que me utilicen como terapia de shock —murmuró mientras pasaba a su lado por el corredor que conducía a su cubículo en la oficina de la CIA en Nueva York. Hacía tres meses que estaba en la Agencia. Todo parecía irreal.

«No. Surrealista».

—Ese tipo mató a un montón de gente, Kate, y casi te mata a ti y a mí. Sólo porque sea...

—Lo sé. Lo sé, Jake. Carter Thompson es un maniaco. Pero también es un hombre viejo y sufrió un ataque cerebral. Ha pasado de ser un autoproclamado amo del universo a un vegetal. Me permito sentir algo de pena por él. Eso se llama ser humano —replicó.

Él pasó su mano por su brazo y la detuvo.

—Es un criminal, Kate. Un asesino en serie que apenas puede comunicarse y que no quiere cooperar.

—Mató a un buen amigo mío con sus propias manos, Jake. No me he olvidado de eso. Nunca lo haré. ¿Pero por qué tendría que cooperar? ¿Qué pueden hacerle? Lo han estado interrogando durante meses. Si no quiere parpadear para responder a una pregunta, cierra los ojos y se queda dormido. ¿Qué va a hacer el gobierno? ¿Encerrarlo en la cárcel por no cooperar? Ya está allí. Su cuerpo es su cárcel.

Los ojos de Jake eran tan ardientes como ella sabía que eran los suyos.

—Él responde cuando oye mencionar tu nombre. Por eso estamos aquí.

—Eso me han dicho. ¿Se supone que tengo que alegrarme de que le suba la tensión arterial a alguien que ha sufrido un ataque cerebral? —preguntó. Luego dejó escapar un suspiro y relajó sus hombros—. Mira, estoy cansada de todo esto. Muy, muy asqueada de todo. Quiero volver a estudiar el clima. A realizar análisis forenses. Para eso me contrataron, no para participar en un macabro show para que Carter Thompson revele qué es lo que queda de su cerebro. —Se sintió complacida más que irritada cuando el Blackberry de Jake comenzó a sonar, y lo dejó en la sala de conferencias mientras se dirigía a su cubículo a guardar los archivos y recoger sus pertenencias.

Diez minutos más tarde, con la gabardina sobre el brazo, el maletín con el ordenador colgando de su hombro y el equipaje de mano a sus pies, Kate se asomó por la puerta de la sala de conferencias, esperando a que Jake se diera la vuelta y la viera. Cuando terminó la llamada y la miró, la expresión de su rostro era una mezcla curiosa de alivio e irritación. Había un atisbo de sonrisa, lo que hizo que ella frunciera el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Carter ha muerto.

Por un momento, lo único que Kate pudo hacer fue parpadear. Había tenido que asumir tantas muertes en los últimos meses que no sentía emoción alguna. Su primer pensamiento fue que ahora no tendría que salir de la ciudad.

—¿Qué ha sucedido? —Entró en la habitación, dejó caer su gabardina en el respaldo de una silla y colocó el maletín sobre la mesa.

—Hace alrededor de una hora, su esposa fue a verlo. Con un par de tijeras que había ocultado de alguna manera cortó todos los tubos que quedaban a su alcance. Sólo había llegado a cortar unos cuantos cuando la descubrieron, pero creo que alguien la agarró por detrás y ella aferró un cable y... —frunció el ceño—. Cortó lo suficiente del aislamiento hasta llegar a la electricidad.

Kate volvió a parpadear.

—¿Entonces está muerta? ¿Y él también?

—Asados. Literalmente. Un agente del FBI y una enfermera también resultaron gravemente heridos.

Ambos permanecieron quietos durante un minuto, con la mirada perdida.

—Creía que el lugar estaba vigilado más férreamente que las puertas del infierno. ¿Cómo pudo entrar con unas tijeras? —preguntó Kate, pero inmediatamente alzó las manos—. No me respondas, aunque puedas. No me importa. Está muerto.

Pasó un minuto, y Jake se aclaró la garganta.

—¿Y ahora qué?

Kate dudó.

—¿Se ha cancelado nuestro viaje?

—Sí.

Sus miradas se cruzaron.

—¿Qué te parece si vamos a comer? —preguntó ella con lentitud.

—Tendrán que traernos la comida.

Ambos se quedaron petrificados cuando oyeron una voz familiar por detrás de la puerta al abrirse. Un momento más tarde, apareció el rostro lampiño y serio de Tom Taylor. Ni ella ni Jake dijeron una palabra mientras Tom entraba y cerraba la puerta a su paso.

Al mirarlos, sus ojos fueron tan inexpresivos como siempre.

—¿Qué? ¿Han pasado varios meses y no os alegráis de verme?

—Has acertado. —Kate intentó sonreír pero no pudo.

Ignorando su comentario, Tom depositó su maletín sobre la mesa, se sentó y sacó el ordenador.

—Sentaos. El asunto es ecoterrorismo, concretamente contaminación. Más específicamente la deliberada contaminación de los océanos, la mutación genética de

ciertas especies. Lo que necesito de vosotros dos es un curso acelerado en convección termosalina. —Miró a Kate—. Yo pago la comida. Sugiero que no pidamos sushi.

Nota del autor (Bill Evans)

Aquellos que se convierten en meteorólogos suelen decir que un acontecimiento climático que les impactó es la razón por la que se han dedicado a esta disciplina, y yo no soy distinto en eso. Habiendo crecido en Misisipí, mi vida cambió para siempre en 1969 cuando el huracán *Camilla*, que causó una tremenda pérdida de vidas y daños materiales en mi tierra natal, cambió el modo que yo tenía de ver el mundo hasta aquel momento.

Cuando me trasladé a Nueva York en 1989, observé todos los edificios sobre la línea costera y pensé, morbosamente: «Vaya sitio para ser azotado por un huracán». Y así comenzó este proyecto.

En 1997, siendo anfitrión del Congreso Meteorológico de las Bahamas, asistí a la exposición del gran especialista, el doctor Nicholas Kock, profesor de geología en la Universidad de Nueva York. El doctor Kock presentó una electrizante ponencia sobre los grandes huracanes del Noroeste y lo que sucedería si un huracán afectara a Nueva York hoy en día. Cada setenta años un huracán de importancia ha golpeado a la ciudad de Nueva York con resultados devastadores. La isla Hog, situada al sur de la playa Roosevelt, al sureste de Manhattan, desapareció de la faz de la tierra en medio de la noche, durante un huracán. El último gran huracán que afectó a Nueva York fue posteriormente denominado *El Expreso de Long Island*. Esa tormenta destruyó gran parte de Long Island, Connecticut y Nueva Inglaterra. Eso sucedió en 1938 —hace casi setenta años—, y ahora estamos muy próximos a su aniversario.

En el Noreste, una generación entera ha nacido y crecido sin experimentar la devastación de un huracán de ninguna categoría. Mientras paseaba por las calles de Nueva York, me di cuenta de que allí la gente no tenía ni idea de lo que sucedería si un huracán impactara de forma directa sobre la ciudad. Cuando pregunté, la abrumadora mayoría de los habitantes respondieron que buscarían refugio en el metro en caso de un huracán. ¿El metro? Obviamente, la gente no es capaz de comprender lo que un huracán haría con la ciudad, y mucho menos qué es lo que deberían hacer en semejante supuesto, aun habiendo visto la devastación causada por grandes huracanes en los últimos años.

Además, la zona donde se asienta Nueva York es muy diferente a la de la costa del golfo de México en los Estados Unidos. La ciudad está en un área que forma un ángulo recto constituido por la costa de Nueva Jersey, que va de norte a sur, y Long Island, que se extiende de este a oeste. Puesto que los huracanes giran en sentido contrario a las agujas del reloj, el agua se acumularía directamente en los cinco distritos de la ciudad a un ritmo impresionante, mucho más rápido que en cualquier otra región del país. Por si fuera poco, la tierra bajo el océano Atlántico en esta zona es pedregosa, no arenosa como en la costa del Golfo, y se eleva en dirección a Nueva

York. Por ello, en el Noroeste, una tormenta de categoría 2 se transforma en 3 con facilidad, una de 3 en 4, y así sucesivamente...

Esa información me resultó tan abrumadora que quise escribir un libro sobre el asunto. Decidí recoger esos datos y escribir lo que, en principio, pensé sería un libro científico sobre un huracán que afectara a Nueva York: cuáles serían las pérdidas, datos estimativos de daños y destrucción. Después de todo, ya había sucedido con anterioridad, y en cuestiones climáticas, la historia siempre se repite.

En primer lugar, me dirigí con mi investigación a mis jefes de la WABC-TV, y los convencí para realizar un programa especial de media hora sobre lo que sucedería si un huracán de categoría 3 azotara Nueva York. Ese especial y una serie dedicada a otros fenómenos climáticos son emitidos ahora durante todo el año.

Pero yo creía que esa gran historia sobre un huracán cayendo sobre la ciudad de Nueva York debía ser contada, así que seguí presentando mi idea sobre un libro científico a todo aquel que quería escucharme. Afortunadamente para mí, hubo oídos atentos. Mientras buscaba consejo en amigos y conocidos del ámbito científico, la televisión y la industria editorial, mi libro científico comenzó a transformarse. Un día, almorzando con Jeffrey Linz, el gran crítico cinematográfico y amigo personal, con quien he jugado al softball en Central Park durante veinte años, éste me dijo: «¿Por qué motivo querías escribir un libro científico cuando el relato de un huracán que afectara a Nueva York sería una gran película? ¡Escribe el guión!». Entonces, accedí en parte. Cambié mi primitiva idea de un libro científico por la de una novela, y no un guión. ¡Gracias por el consejo, Jeff!

Después vino el 11 de septiembre. Ese momento cambió al mundo. Inmediatamente archivé la idea del libro. ¿Un desastre más cayendo sobre Nueva York? ¡Ni pensarlo! La historia durmió una breve siesta hasta la primavera de 2003 cuando volví a la carga, en busca de alguien que me ayudara a escribir y a publicar este libro. La temporada de huracanes había sido relativamente tranquila hasta ese momento, pero la temperatura de los mares estaba aumentando, y parecía que, a medida que pasaba el tiempo, íbamos a ser testigos de un aumento de las tormentas —lo que el Centro de Huracanes definió como «periodo, en varias décadas, de actividades tormentosas más altas de lo normal»—. Desde entonces, cada año que «uno de las grandes» esquivo la ciudad de Nueva York significa que estamos un año más cerca.

A principios de 2004, mientras me encontraba participando en un torneo benéfico de golf en el Innes Arden Country Club en Old Greenwich, Connecticut, tuve el placer de encontrarme con Jeff McGovern. Jeff, un gran tipo y un gran jugador de golf con un gran «pasado», se interesó por la idea de mi libro y de un modo fortuito me presentó a Marianna Jameson, mi coautora.

Ahora sé lo que deben de haber experimentado los hermanos Wright. Después de

trabajar tan duramente tanto tiempo, ahora mi proyecto finalmente ha despegado y emprendido el vuelo.

Bill Evans

Agradecimientos (Bill Evans)

Siempre me pareció que tenía una gran historia que contar porque a todos a los que les pedía consejo así lo afirmaban. Nadie me dijo nunca que me diera por vencido. Pero ¿pensarían que un meteorólogo como yo, que predice el tiempo, no tenía la menor idea de cómo contar una historia? Me ha llevado una década completar este proyecto, y jamás podría haberlo concluido sin los buenos consejos de gente maravillosa como Bob Miller en Hyperion, Rich Mallock y Rene Simkowitz en Hearts, y William Pecover (sir William), el magnate editorial británico. Han sido gentiles y generosos con su tiempo, especialmente sir William (con quien compartimos numerosas botellas de vino tinto), y cada uno de ellos estuvo dispuesto a presentarme a otros que podían ayudarme con mi proyecto. Estoy profundamente agradecido a todos ellos por su apoyo en esta aventura, a pesar de no haber publicado nunca una sola palabra.

También quiero dar las gracias a todos aquellos con quienes he pasado tantos años conversando sobre este libro, por sus consejos —Bryan Norcross, los doctores Max Mayfield, Bob Sheets y Nicolas Koch—. Gracias también a la oficina del alcalde Michael Bloomberg y al Departamento de Emergencias y Defensa Civil de Nueva York, especialmente al secretario de prensa Jarrod Bernstein y al encargado de prensa Andrew Troisi. Sus sugerencias han sido muy valiosas, sobre todo en el momento de calcular hasta qué punto se inundaría la ciudad de Nueva York si fuese azotada por un huracán, quién debería ser evacuado y adónde deberían dirigirse. Ha resultado enormemente tranquilizador saber lo bien preparadas que están ambas instituciones para responder al infierno que se desataría en la ciudad si una catástrofe semejante tuviera lugar. Gracias también a Ellen Schubert y al enérgico personal del UBS por darme a conocer el enorme parque de la bolsa mercantil de Stamford, Connecticut, para que pudiéramos aprender cómo se negocian las acciones.

También deseo mostrar mi agradecimiento a Tom Doherty Associates por tener las agallas de aceptar a un escritor novel. Melissa Ann Singer ha sido fabulosa, y el personal y el departamento de ventas me han brindado todo su apoyo, lo cual es fantástico para alguien en mi posición.

Quiero dar las gracias de todo corazón a mi coautora, Marianna Jameson. Si no fuera por ella, este libro nunca habría sido escrito. La primera vez, cuando la conocí, hablamos del tiempo durante varios días. Compartimos el mismo entusiasmo por la meteorología y el mismo sentido del humor. Al ver nuestras conversaciones convertirse en texto, no pude creer lo que estaba leyendo. Cuando alguien es meteorólogo como yo, mira los datos del clima día y noche y sueña con transformar esos hermosos fenómenos en palabras seductoras. Marianna captó mis ideas, las completó con furiosos huracanes, devastadores tornados, lluvias torrenciales,

tormentas masivas, vientos furibundos, soles abrasadores y cielos azules. Ella ha escrito con tanta convicción que puedo sentir la lluvia y el viento sobre mi rostro. Es el clima puesto en palabras. Ella hace eso y, además, cuenta una historia fantástica.

Asimismo, quiero mostrar mi agradecimiento a James Howard y Verna Evans, mis abuelos, que me educaron para que fuera lo que quisiera ser. También me enseñaron a recordar que primero debo dar gracias a Dios diariamente por vivir la vida que ha planeado para mí y por el clima que creó. Y, por último, mi más profundo agradecimiento a las personas más importantes de mi vida, mi familia. Tengo una esposa inteligente y hermosa y cuatro hijos maravillosos. Dana, mi mujer, no sólo ha resultado ser un apoyo constante, sino que además lee unos 175 libros por semana, por lo que también representa para mí una fabulosa fuente de datos.

Bill Evans
Stamford, Connecticut
Verano de 2007

Nota de la autora y agradecimientos (Marianna Jameson)

La cronología de mi participación en este proyecto es diferente a la de Bill, en parte porque comenzó con una conversación en la que nada tuve que ver. Y donde, de hecho, tampoco estuvo Bill. Mi buen amigo Brian Mitchell se encontró con un conocido suyo, Jeff McGovern, una noche en que su tren llegaba a la estación Grand Central, y su conversación tomó un rumbo que yo llamaría afortunado. Jeff mencionó que tenía un conocido que quería escribir una novela; y Brian hizo referencia a que él tenía una amiga novelista. Así pues, mi primer agradecimiento debe dirigirse a estos dos hombres, cuya conversación accidental dio lugar a la colaboración literaria entre Bill y yo.

Nuestra presentación tuvo lugar por teléfono. Debo admitir que tenía mis dudas en trabajar con una celebridad, pero la calidez de Bill, su personalidad sencilla y su modo flexible de entender la vida fueron más de lo que había esperado encontrar. Nos caímos bien de entrada, dándonos cuenta de que teníamos el mismo sentido del humor. También compartíamos la fascinación por la mecánica y los misterios del clima, el interés en la tecnología punta y la predilección por las novelas de suspense. Vaya mi más profundo agradecimiento a Bill por sumarme a este proyecto, que ha dado como resultado lo que siempre fue un sueño suyo largamente acariciado, y que, para ser honesta, ha sido una gran diversión para mí.

Decididos a que este proyecto funcionara, comenzamos a trabajar. Gracias a la creatividad, apoyo, aliento y firme sentido comercial de nuestra agente literaria, Coleen O'Shea de la Agencia Literaria Allen O'Shea, dimos forma y pulimos nuestro relato hasta que estuvo listo para ver la luz. Llegó, empaquetado y sellado al escritorio de Coleen la primera semana de agosto de 2005, cuando nosotros, al igual que el resto del mundo, vimos cómo el huracán *Katrina* convertía en realidad las pesadillas de tanta gente. Estuvimos de acuerdo, sin necesidad de discutir que retrasaríamos la publicación del manuscrito hasta que descendieran las aguas y el horror inicial comenzara a disiparse de la conciencia nacional.

Pocos meses más tarde, nuestro manuscrito llegó a la mesa de Linda Quinton, vicepresidente y editora asociada de Tor, a quien le encantó y se lo pasó a la editora Melissa Singer. Que el manuscrito cayera en sus manos, resultó ser para nosotros una auténtica fortuna. El entusiasmo de Linda insufló nueva vida a nuestro libro, y Melissa, una editora ideal, nos ayudó a limar las aristas más ásperas del relato, ofreciéndonos excelentes consejos editoriales. Este libro no sería lo que es sin su ayuda. Los departamentos de producción, arte, distribución, ventas y publicidad de Tor se contagiaron del entusiasmo de Linda y Melissa por nuestro libro y tanto Bill como yo lo apreciamos muchísimo. Un agradecimiento especial para Jamie Stafford-Hill, el director artístico, por diseñar la fabulosa ilustración de portada.

Durante el proceso de investigación y elaboración de este libro junto a Bill, me comuniqué con muchos expertos en diferentes especialidades. Todos ellos fueron, sin excepción, pacientes y muy generosos con su tiempo e información. En primer lugar, quiero dar las gracias a Bill, que me dio un curso acelerado sobre fenómenos meteorológicos. Lori Blast, a cargo de las relaciones públicas y educación en el Centro de Operaciones de la Fuerzas Aérea MacDill de la NOAA, ha sido una valiosa ayuda y me puso en contacto con el piloto «cazador de huracanes» del LCDR Cari Newman y con el director de vuelo/piloto, el meteorólogo Paul Flaherty. Ambos respondieron a todas mis preguntas, brindándome una información increíble sobre lo que significa volar hacia los huracanes cuando la mayoría de los pilotos tratan por todos los medios de evitarlos. Paul, en particular, resultó ser un informador sincero, ameno y paciente, cuyo entusiasmo por su trabajo fue patente en todas las respuestas a mis innumerables preguntas.

Quiero dar las gracias también a tres personas del UBS en Stamford, Connecticut, quienes, una tarde muy ocupada hicieron un poco de tiempo para decirnos todo lo que necesitábamos conocer sobre el entorno de un mercado bursátil: Ellen Schubert, que nos llevó a Bill y a mí al parque del UBS y nos hizo un resumen rápido pero completo de lo que allí sucede; Elizabeth Maxwell, que fue extremadamente generosa con su tiempo y nos suministró información sobre el trabajo de los operadores de bolsa, sobre el cómo y el porqué de su trabajo, y a Gary Gray, que nos explicó detalladamente, con toda claridad, y con un encantador sentido del humor, el papel importante de los meteorólogos en las bolsas. Igualmente, quiero mostrar mi agradecimiento a Bernd Pfrommer por ayudarme a entender los derivados del clima. Jarrod Bernstein y Andrew Troisi me proporcionaron una estupenda información sobre las operaciones de los servicios de emergencia de la ciudad de Nueva York. Los datos técnicos que nos facilitaron todos fueron recibidos con gratitud y utilizados con la mejor de las intenciones; sin embargo, hay algunas cosas que hemos tenido que adaptar al contexto de nuestro relato. Soy responsable de todos los errores.

Debo dar un agradecimiento especial a mi padre, que sirvió al país como oficial de la Armada de los Estados Unidos en varias misiones de abastecimiento en el Pacífico. Crecí escuchando sus historias, con frecuencia divertidas, sobre sus aventuras en el mar, y disfruté, en particular, de aquellas en que los barcos navegaban evitando tifones y ocasionalmente, atravesándolos. Mientras trabajaba en este libro, una de esas historias acudió insistentemente a mi memoria. En ella el barco en el que se encontraba se dirigía hacia un tifón. Los fuertes vientos y el oleaje hicieron que parte de la cubierta y la estructura de soporte se rompiera. Como oficial encargado del control de daños, la situación era un problema de su responsabilidad. No dudó en utilizar todas las barandillas metálicas, escalera, camastro o cualquier otra cosa disponible para tapan la brecha, y en poner a soldar a todo el personal que estuviera

libre. Los que no conocían la diferencia entre un soldador de acetileno y una cadena de ancla (parafraseo, después de todo él era marino) se convirtieron en soldadores expertos a toda velocidad. El barco se salvó sin pérdidas humanas o de mercancías, y llegó renqueando a puerto, asombrando a todos los que pudieron examinar los daños que había sufrido.

Cuando tenía veinte años, creía que esa historia relatada un accidente de escasa envergadura que él había ido adornando para entretener a sus revoltosos hijos, y puse una expresión incrédula un día que volvió a contárnosla. A los pocos días, recibí, sin comentario alguno, una copia de la felicitación del Departamento de la Armada que detallaba en un lenguaje menos florido, pero no menos excitante, la misma historia que él me había contado. Me sentí avergonzada, asombrada y, no por primera vez, inmensamente orgullosa de ser su hija. Es una pena que no esté aquí para leer este libro. Creo que le habría gustado.

Gracias también a mis amigos y a mi familia, que no sólo me quieren sino que siguen dirigiéndome la palabra después de haberme ido a una especie de exilio electrónico mientras trabajaba en este libro. Un agradecimiento especial a Deb Dufel, Amy Hymans, Nancy Mitchell y Melanie Cochra por su comprensión y apoyo.

Mi gratitud infinita a Kevin Przypek («Super K»), que fue el mejor postor con ocasión de que uno de los personajes del libro se llamara como él. La generosa donación de Kevin para el fondo para el patio de la escuela Newfield ha sido una estupenda contribución para una buena causa. Mike O'Connor también merece una mención especial, porque incrementó el precio estratégicamente, apostando contra Kevin. Gracias también a sus esposas, Ángela y Tara, respectivamente, por alentar las costumbres «consumistas» de sus maridos.

Finalmente, gracias infinitas a mi marido y a mis hijos. Son el aire que respiro.

*Marianna Jameson
Verano de 2007*

*Los amigos que nos acompañan en la travesía
titubean, se pierden en la tormenta.
¡Nosotros, sólo nosotros permanecemos!*

Matthew Arnold, Rugby Chapel.



BILL EVANS, se inició a los trece años como locutor en radio y televisión, y estudió Administración de Empresas en la Universidad Estatal de Mississippi y Meteorología en la Universidad Estatal de Jackson. Ha sido meteorólogo y presentador de televisión en varias emisoras de varios estados. Es un conocido deportista y colaborador en organizaciones benéficas para niños y jóvenes. Publicó su primer libro en el año 2007.



MARIANNA JAMESON, Escritora americana de intriga y misterio, Marianna Jameson está especializada en defensa, software e industria aeroespacial.

Su novela más conocida en español es Categoría 7, escrita con Bill Evans.